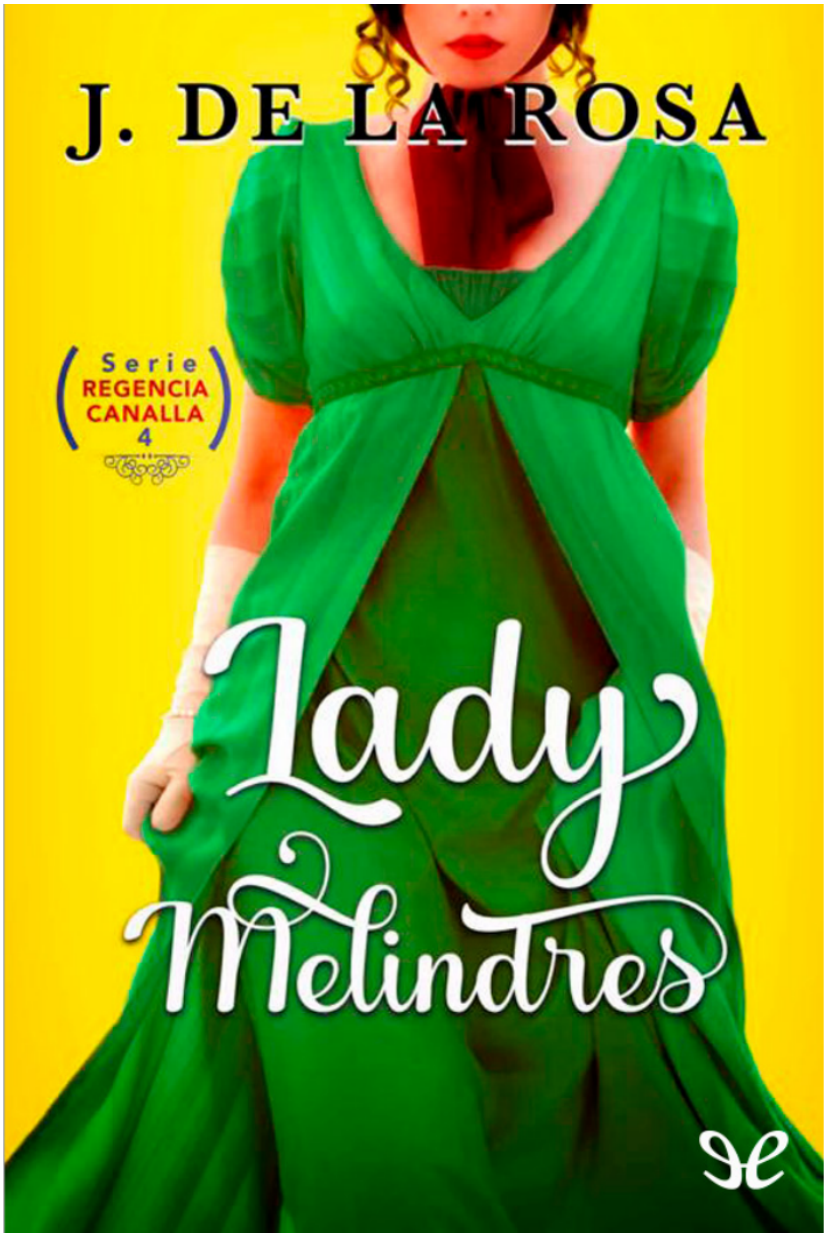
J. DE LA ROSA
Serie
REGENCIA
CANALLA
4
Lady
Melindres

Don Íñigo ha caído en desgracia y es necesario sacar de España a las cinco hijas que aún le quedan allí. Con cuatro de ellas no ha sido difícil, pero con Isabel de Mendoza… no solo tiene un carácter puntilloso, sino que sus circunstancias son particulares.

Para una misión tan arriesgada como peligrosa se ve obligado a contratar al único capaz de llevarla a cabo, sir Callaham, un mercenario rudo, aunque indudablemente atractivo, que deberá viajar a España, rescatarla y ponerla en los brazos de su padre en Londres en el menor tiempo posible, en el invierno más crudo que se recuerda y con las tropas del Rey pisándoles los talones.

José de la Rosa

Lady Melindres

Regencia Canalla - 4

ePub r1.0
Titivillus 06-07-2023

Título original: *Lady Melindres*
José de la Rosa, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Capítulo 1
Una extraña visita

Londres, 1817. Un año después de los acontecimientos narrados en Una dama inconveniente. España está sumida en la ruina tras las guerras Anglo-española y de la Independencia. Mientras, una parte de los Mendoza sigue en Inglaterra.

El mayordomo parecía bastante incómodo cuando hizo acto de presencia ante don Íñigo.

—Señoría. —Hizo su habitual y profunda reverencia—, una persona que dice ser un caballero aguarda en el vestíbulo a ser recibido.

Al marqués, que seguía terriblemente preocupado por los acontecimientos que estaban desarrollándose en los últimos días, no le pasó desapercibida la inquietante suspicacia del responsable del servicio de Chesham Manor. Eso se acrecentó cuando vio que no portaba la bandeja de plata donde debían mostrarse las tarjetas de visita de quienes pedían audiencia.

—¿Ha dicho, al menos, su nombre? —preguntó, intrigado.

—Sir Callaham dice llamarse, aunque nada en su aspecto indica que pueda merecer ese título, si su señoría me permite la insolencia.

—Por supuesto —respondió intrigado—. Hágalo pasar. Veremos qué quiere esa… persona.

Con enorme disgusto, el mayordomo se retiró, para regresar al instante anunciando al misterioso visitante.

Don Íñigo le esperaba con una cortés sonrisa en los labios, como hubiera hecho si quien atravesara esa puerta fuese el mismísimo Príncipe Regente. Su larga experiencia le había enseñado a desconfiar de las apariencias. Federico Guillermo III de Prusia, por ejemplo, hubiera parecido un tendero si no se conociera su dignidad

real, y su mismo rey, Fernando VII, se asemejaba a alguien de quien guardarse si se le cruzaba de noche en una calle mal iluminada.

Quien apareció detrás del mayordomo daba razones más que sobradas para dudar si aquel sir que le precedía no sería un adorno arbitrario.

Era alto de estatura y, aunque el maltrecho gabán impedía cerciorarse, parecía tener buena forma física. El cabello despeinado podía ser rubio o de un castaño muy claro, pero lo llevaba tan revuelto como si un aquelarre de comadres se hubiera dedicado a tirar de él. Cejas bien perfiladas a pesar de que una de ellas estaba partida en dos por una antigua cicatriz, gemela de la que le cruzaba el lado derecho de la barbilla. Llevaba bigote, más rubio que el cabello y bastante descuidado. Sus ojos, en cambio, eran vivos y luminosos, de un azul muy claro, que no habían dejado de analizarlo desde que entrara en el despacho. Quizá con un buen baño perfumado, un barbero eficiente y ropas que no parecieran provenir de la Caridad, aparentaría ser un hombre decente.

—Sir Callaham, según me indican. —Don Íñigo no se atrevió a tenderle la mano.

—Así es. Tengo entendido que quería verme.

El marqués arrugó la frente. No tenía ni idea de a qué se refería aquel hombre. ¿Por qué motivo un Grande de España podría necesitar la asistencia de alguien así? Lo mejor era despacharlo cuanto antes y volver a sus asuntos, que suficientemente inquietantes eran de por sí.

—Ha debido haber un malentendido…

—Lord Carlton. —No lo dejó terminar su visitante, en un español tan perfecto como si se hubiera criado en Salamanca—. Él es quien me envía.

Don Íñigo arrugó las cejas… ¿Cómo era posible? Le había insistido a milord en que era urgente y en que necesitaba a alguien de absoluta confianza, pero nunca pensó que su buen amigo, que conocía la gravedad de los acontecimientos, se decidiera por enviarle a un hombre como… aquel.

Lo analizó más detenidamente. Era evidente que su economía era precaria, pero también que no se sorprendía por la magnificencia de Chesham Manor, lo que le indicaba que había conocido la comodidad. Sus manos no eran las de un señor. Estaban

agrietadas por el frío del invierno y la intemperie, pero su apostura hablaba de noble cuna. Era evidente que no era español, pero su acento bien podía pasar desapercibido en Madrid. Por lo demás, parecía decidido y no se andaba con tapujos.

—¿Por qué habla tan bien mi idioma?

—Mi madre era española. Ella y yo nos comunicamos en su lengua hasta su último aliento.

Le dio sus condolencias, más por educación que por otra cosa, y volvió a mirarlo de arriba abajo. Poco en él hablaba de sangre ibérica, pero muchas de sus hijas eran tan rubias como las candelas, lo que no era de extrañar.

Aquella misión era perfecta para Ponzoña, y si María se enteraba de lo que estaba sucediendo, tomaría un caballo y saldría nadando hasta Santander sin dudarlo. Pero acababa de parir a su segundo hijo, y debía protegerla como a las demás.

Con un gesto, lo invitó a que tomara asiento, pero Callaham lo rechazó.

—¿Qué le ha contado lord Carlton?

El visitante cambió el peso de un pie al otro. Era consciente de que se trataba de un asunto espinoso y que debía andarse con cuidado.

—Tengo entendido que necesita un hombre para una misión complicada en España. Eso es todo.

El almirante había sido discreto, como siempre, lo que agradeció. A él mismo solo le dijo que le mandaría a alguien en quien podría confiar. Únicamente, le esbozó las calamitosas circunstancias por las que pasaba, sin pronunciar nombre alguno.

—¿Y por qué cree que milord ha pensado en usted para un asunto… delicado?

Callaham no apartaba los ojos del marqués, como si quisiera adivinar lo que pasaba por su mente.

—En primer lugar, por el idioma.

—Comprenderá que conozco a hombres muy capaces que lo hablan mejor que usted.

El visitante asintió.

—He servido bajo las órdenes del almirante en dos guerras y sabe de lo que soy capaz. Esa sería la segunda razón.

—Pocos hombres que hayan llegado vivos al día de hoy han

podido salvarse de estar en la guerra.

Callaham se humedeció los labios. La recompensa que lord Carlton le había prometido era suficientemente suculenta como para no poder salir de aquella casa con las manos vacías, así que debía arriesgarse.

—Y la tercera, que no soy español, por lo que no debo obediencia a su Corona, solo a las prebendas que usted ha prometido darme.

Hubo un silencio tenso, hasta que los labios de don Íñigo se curvaron en una sonrisa y el ambiente se relajó.

Fue hasta la licorera, sirvió dos copas de jerez y le tendió una a su visitante mientras tomaba asiento y le indicaba por segunda vez que lo hiciera. En esa ocasión, accedió, acomodándose justo en frente.

—¿Sería deshonroso llamarle… mercenario?

—Sería acertado, señoría.

Don Íñigo asintió.

—Sin embargo, posee un título. ¿Escocés quizá?

—Irlandés, aunque no muy afortunado.

—Comprendo. —Sí, ahí estaban las especiales circunstancias que le contara lord Carlton.

Decidió entrar en materia sin más preámbulos. El tiempo era fundamental. Tomó un cartapacio, alargando la mano hasta su mesa, y se lo tendió.

—Es necesario que todas mis hijas estén fuera de España cuanto antes. Ahí tiene toda la información que necesita conocer.

Callaham frunció el entrecejo, pero no abrió el portadocumentos.

—Dudo que me necesite para eso. Un grupo de hombres pertrechados y discretos podrían escabullirse por la frontera y acompañarlas hasta Portugal o hasta Francia.

Los dedos de don Íñigo se unieron por las yemas, adquiriendo una actitud beatífica.

—Las cosas nunca son como aparentan ser, sir Callaham. Ya he actuado tal y como ha descrito y, como resultado, cuatro de mis pequeñas, las más jóvenes, deben estar embarcadas en este momento camino de Burdeos. Al menos, eso me aseguran mis agentes. Pero la quinta…

El visitante permaneció expectante, a la espera de que el marqués terminara la frase. Al no hacerlo, decidió preguntar.

—¿Ha habido algún inconveniente?

—Isabel es un tanto… especial. —Le quitó importancia con un movimiento de la mano—, y se ha negado a abandonar Madrid. Así que usted debe ir allí y convencerla de que le acompañe hasta aquí, hasta Londres.

—¿Convencerla?

—Convencerla, obligarla, arrastrarla, me da igual el verbo que utilicemos si mi hija está entre mis brazos de aquí a un mes. Es un asunto de vital importancia.

Callaham evaluó el rostro de su interlocutor. Aunque aparentaba que todo aquello estaba bajo control, algo le decía que hablaba con un hombre desesperado, con alguien que temía por lo que más amaba.

—¿A qué peligros podemos enfrentarnos?

Un bufido de desesperación en forma de cínica sonrisa dibujó la boca del marqués.

—A todos los imaginables, si tiene en cuenta que el rey más pendenciero de la historia de España ha jurado dañarme por mi negación a seguir sus dictámenes, y es muy consciente de que lo más valioso que poseo son mis hijas.

El carácter levantisco y arbitrario de Fernando VII era conocido más allá de las fronteras hispanas. Se decía que era tan camorrista como un bandolero y con tan pocos escrúpulos que no había dudado en vender a sus padres a Napoleón. Todo eso indicaba que no sería un trabajo fácil y por eso el precio era tan elevado. Decidió asegurarse de que era correcto lo que el almirante le había transmitido.

—¿Los términos son los acordados con lord Carlton?

—Así es.

Callaham se puso de pie.

—Entonces, no hay tiempo que perder. Tendrá a su hija entre sus brazos en el plazo acordado.

Hizo una abrupta reverencia, pero antes de salir, el marqués lo detuvo.

—Sir Callaham.

Se volvió hacia él para recibir las últimas instrucciones.

—Isabel es… muy especial. No desespere con ella, y, sobre todo, tráigala, cueste lo que cueste.

No tenía ni idea de a qué se refería, pero siempre había tenido buena mano con las mujeres, aunque la naturaleza de esa habilidad era algo que no tranquilizaría al aristócrata español.

Decidió no contestar. Le lanzó una inclinación de cabeza y salió del despacho.

Capítulo 2
Un viaje tortuoso

Pocos recordaban un invierno tan crudo como aquel, y la única ventaja para la navegación era que los fuertes vientos, mientras no se tornaran en tempestades, permitían que los barcos inflaran sus velas para atravesar los mares a una velocidad impensable con un clima más benigno, lo que había acortado su viaje a España.

Callaham arrojó el maltrecho petate sobre el jergón.

Madrid era espléndida, pero pasar desapercibido exigía alojarse en lugares poco recomendables. Se trataba de un cuartucho encima de una posada, cerca de la Real Casa de Postas: un camastro, aguamanil y una silla sin respaldo. Y chinches, por supuesto, bien acompañadas de cucarachas que oía corretear bajo el entarimado.

Don Íñigo se había preocupado de que no le faltara de nada. En el cartapacio tenía salvoconductos para él y para doña Isabel, un par con sus nombres verdaderos y dos excelentes falsificaciones con apellidos tan comunes que pasarían desapercibidos. Había planos con los mejores caminos para salir de Madrid y de España, un mapa de la capital, los contactos de personas afines a los Mendoza que podrían socorrerlos en caso de necesidad y la dirección exacta donde podría localizar a la terca hija del aristócrata español.

Toda esa documentación no era fácil de discernir, ya que la mayoría de nombres, lugares y direcciones estaban escritas en clave, con los datos sucintos para que, en caso de que cayera en manos indeseadas, no se convirtiera en un desastre.

Justo antes de salir de Chesham Manor, el rígido mayordomo se le había acercado y, manteniendo una distancia como si pudiera contagiarse de peste bubónica, le entregó una bolsa en nombre de su señor repleta de monedas de plata. Le sorprendió que un caballero todopoderoso tuviera la consideración de no ofenderlo

siendo él mismo quien le entregara el dinero de sus gastos.

Sí, el marqués de las Eras no escatimaría en recursos para salvar a su adorada y malcriada hija.

Se preguntó cómo sería y cuáles circunstancias la tendrían retenida en una ciudad donde su seguridad corría peligro. Su experiencia le decía que esa cabezonería en una dama solo podía estar provocada por una razón: el amor.

Las jóvenes damiselas eran muy dadas a soñar con esos amores edulcorados de las novelas, donde jóvenes petimetres les recitaban azucarados poemas y ellas se desmallaban entre sus brazos. ¡Qué lejos estaba aquello de la realidad! En cuanto las casaran, las llenarían de hijos y las abandonarían en un palacete, rodeadas de arañas doradas y sirvientes cuartelarios, mientras el galán se dedicaría a dilapidar la fortuna de su dote.

La hija de un Grande de España bien podía encajar en ese tipo de mujer. Una muchacha superficial, caprichosa y bobalicona, sin carácter alguno, acostumbrada a las comodidades, que jamás habría pasado necesidades, volcada únicamente en la vanidad de qué vestido ponerse esa mañana o esa tarde y qué esmeraldas o rubíes harían juego con sus chapines.

«Convencerla, obligarla, arrastrarla», le había dicho el marqués, y si era bonita y no demasiado simple, incluso tendría la tentación de hincarle el diente, pero inmediatamente se lo recriminó: aquello era un trabajo, y si la virtud de la doncella se perdía en el camino, difícilmente lograría su ansiada recompensa.

Se asomó al ventanuco, que se abría a un callejón infecto.

Llegar a Madrid no había sido fácil. En el salvoconducto rezaba como un noble irlandés que venía a la ciudad para visitar a un pariente enfermo. Nada sospechoso, ya que era cierto que aún vivían algunos familiares de su madre. Nada intrigante.

Había planeado el viaje de ida como un ensayo del de vuelta. Lo razonable hubiera sido entrar por Bilbao o Santander, en barco desde la costa británica, pero era consciente de que, si las cosas se torcían, cuanto menos tiempo pasara en territorio de la Corona española, mejor, así que desembarcó en Oporto para tomar la ruta de Salamanca.

Atravesar Portugal no supuso inconveniente alguno, pero en cuanto cruzó la frontera, le fue exigido el salvoconducto en cada

posta. Y no solo eso, el camino estaba tan bien acuartelado a causa de los bandidos que infectaban las serranías de esa zona que llegó a la conclusión de que debía ser evitada.

Eso solo le dejaba una posibilidad: salir de España por el norte, a pesar de tratarse de un sendero más largo. Pero según los informes de don Íñigo, también era más seguro, ya que el tránsito de viajeros era mayor y las posibilidades de camuflarse entre ellos más amplias.

Lo primero que tenía que hacer era situarse. Bajó hasta el mesón donde el posadero servía vino caliente y especiado.

—¿Le parece confortable la habitación? —le preguntó nada más verle.

Había pagado un buen precio por ella, ya que en España era costumbre compartir cama con cuantos fueran pidiendo refugio en la posada, a veces hasta cinco o seis desconocidos en un mismo jergón, y doña Isabel no estaría dispuesta. Eso le dio ante el propietario un aire de potentado que le venía muy bien.

—Limpia y ventilada —contestó con una mentira que le llevaría de cabeza al infierno—. ¿Sabe dónde puedo encontrar un buen sastre y un barbero honrado?

El hombre se secó las manos con un sucio mandil.

—En línea recta, antes de llegar a la Plaza Mayor. Si sabe leer, dicen que lo pone en el letrero. Dígale que va de mi parte, le hará una rebaja. El barbero está justo al lado.

Ser recomendado por un hombre cuya camisa debió ser blanca en un pasado muy remoto no era lo más tranquilizador. Pero tenía claro que lo único que necesitaba era parecer un caballero honrado, y cualquier sastre le serviría.

En cuanto salió a la calle, el golpe de frío se le metió entre las costillas. Estaba siendo un febrero gélido a pesar de que siempre había oído decir a su madre que el aire de Madrid era templado como una caricia.

Bien apretado en el viejo gabán, recorrió la calle en la dirección indicada y no tardó en ver el letrero que le dijeron. El local parecía más digno de lo que había imaginado, y cuando abrió la puerta y la campanilla sonó, un hombre diminuto, muy parecido a un jilguero, acudió al instante a su encuentro.

—Verde menta —le dijo, señalándolo con un dedo muy tieso.

El interior estaba caldeado gracias a una estufa alemana que

incluso en Inglaterra eran difíciles de ver.

—Creo que no le entiendo.

—El color de sus ojos es perfecto para un chaleco verde menta. Este año está arrasando, pero tiene usted la suerte de que me queda un retal en algún sitio.

El golpe de calor había hecho que se sofocara de inmediato.

—Se lo agradezco, pero necesito un terno completo. Algo discreto. Había pensado en el negro.

La perspectiva de vender un conjunto hizo que los ojos del hombre brillaran.

—Con su prestancia y colorido, yo optaría por un tono mandarina. En la Corte causa furor.

Furor era lo último que quería causar y parecer una calabaza no estaba entre sus planes. Aquel hombrecillo insistente parecía a punto de saltar, como un pajarillo que va de rama en rama, para encaramársele encima.

—Nos quedaremos con el negro —intentó ser cortés—, y si me lo puedo llevar puesto, añadiría una chistera y un par de guantes. ¿Tiene botas?

Si al hombre le hubiera tocado la lotería, no parecería tan satisfecho, pero su nariz se arrugó en un mohín de disgusto, y pareció buscar las palabras adecuadas.

—Haremos algo sorprendente. —Unió ambas manos, como si de un abracadabra pudiera conseguir un milagro—. Usted subirá al piso de arriba mientras preparamos las prendas. —Lo evaluó con la mirada—. Espalda ancha, y pie grande, creo que no habrá problema.

—¿Al piso de arriba?

El hombre parecía incómodo.

—Es usted inglés, ¿verdad?

Estaba seguro de que su acento era impecable, pero aquel viejo mercader se las sabía todas.

—Mi madre era española.

De nuevo, la sonrisa de complicidad en los labios del sastre.

—Aquí tenemos la costumbre de bañarnos. Es algo que nos dejaron los moros, pero pruébelo, es muy reconfortante.

Acababa de llamarle puerco, y podía tener razón. Antes de salir de Londres, su semana había sido… ¿Cómo decirlo? Tumultuosa.

Un desahucio, un par de peleas y pasar las gélidas noches londinenses en un callejón no daban para mucha higiene. Se había embarcado para España al día siguiente de hablar con don Íñigo. Aquel baño le vendría de maravilla.

—Suba, señor. La criada le preparará agua caliente.

Una hora más tarde, un nuevo caballero salía por las puertas de la sastrería.

No solo se había dado un baño reconfortante, sino que la apuesta criada fue extremadamente amable hasta el punto de compartirlo con él. Relajado y satisfecho, las prendas que le habían seleccionado no podían ser más adecuadas: pantalones y levita negros, a juego con el nuevo gabán y la chistera, chaleco perlado, y un par de guantes de piel forrados de cabritilla. Todo correcto y con un conseguido aire insulso. En cualquiera de las calles de Madrid, se diluiría como un respetable caballero más, lo que era todo un logro.

El sastre lo despidió en la puerta para indicarle que entrara en la de al lado, donde estaba el barbero.

—¿Un servicio completo, señor?

El servicio completo ya se lo había hecho la criada, pensó de un excelente humor.

—Cabello, rasurado de barba y arreglar el bigote.

—Una calidad excelente, señor —dijo el barbero tocando con sutileza su rubio pelo aún húmedo.

Indudablemente, le gustaba Madrid. Si no fuera porque sus derechos estaban en Irlanda, se mudaría allí sin pensarlo.

—Simplemente adecentarlo —indicó—. Me he abandonado en demasía los últimos tiempos.

—Por supuesto, señor.

Media hora más tarde, pudo mirarse en el espejo. El cabello peinado hacia atrás y embadurnado en pomadas olía a naranja y cedro y le daba un aire señorial que nunca había tenido, ni siquiera cuando tenía derecho a llamarse así.

Había hecho un milagro con su bigote, cortándolo lo justo para que mantuviera su personalidad sin parecer desbordado.

Le dio una generosa propina, e iba a abandonar el establecimiento cuando preguntó como si fuera cosa del azar.

—¿Sabe dónde queda la residencia de los Mendoza? Son viejos amigos y me gustaría saludarlos.

El hombre lo miraba con una sonrisa muy española en el rostro y que significaba todo y nada.

—Es una familia grande y prestigiosa. ¿A cuál de ellos conoce?

—Al marqués de las Eras.

El rostro del hombre cambió de color de inmediato y bajó la voz hasta hacerla casi inaudible.

—No es conveniente que pregunte por él, señor.

Callaham se extrañó.

—¿Por qué?

—Se le ha acusado de traición a la Corona. —Parecía de verdad compungido—. Quienes han tenido trato con su señoría están siendo interrogados.

Así que aquellas eran las dificultades de las que hablaba don Íñigo.

—¿Y sus hijas? —se atrevió a interesarse—. Creo recordar que tenía varias.

El hombre tragó saliva.

—Esperemos que hayan podido escapar. El Rey no va a tener escrúpulos para arrojarlas a una celda pestilente.

Capítulo 3
Una dirección dudosa

Callaham volvió a consultar el documento donde, en forma de poema, aparecía en clave la dirección donde debía recoger a doña Isabel.

Sí, indudablemente era aquella.

Al principio, sintió cierto desconcierto. La imagen mental que se había hecho de la caprichosa aristócrata española encajaba en uno de los muchos palacios de la familia diseminados por Madrid. Quizá a cargo de una tía soltera que la acompañara a fiestas y veladas empalagosas. O directamente en la residencia de don Íñigo, donde habría una legión de criados, institutrices y amas que velarían porque se cumpliera el menor de sus antojadizos deseos.

Sin embargo, lo que tenía delante era un convento. Un convento de monjas de clausura. El desconcierto inicial dio paso a la comprensión. Su madre misma había sido educada en uno de ellos. Era costumbre entre las clases nobles formar a sus asustadizas hijas entre las delicadas manos de las religiosas, que fortificaban su espíritu y les enseñaban materias tan inútiles que las convertían a la mayoría en pésimas pianistas y espantosas bordadoras. Esa era una de las razones por las que, una vez que se enfrentaban a la vida real fuera de los muros del convento, todo les causaba crisis nerviosas.

Dudó si hubiera preferido a una muchacha caprichosa antes que a una puritana, y además enamorada, pero aquello no estaba de su mano. Su tarea era convencerla de que abandonara el convento y de que lo acompañara a través de las extensas tierras españolas hasta los brazos de su padre. Él decidiría qué hacer con el supuesto enamorado.

Se alisó la levita. Había conseguido quitarse la pomada del cabello, que empezaba a hacer de las suyas, encabritándose en

ondas dispersas, pero por lo demás era la imagen viva del más gris de los caballeros.

Satisfecho con su aspecto, recorrió la distancia que lo separaba del portón de entrada, no sin antes entregar una moneda al cochero de alquiler para que le esperara el tiempo necesario.

Nada más tirar del cordón, sonó la campana y un ventanuco, tan diminuto y bajo que le obligó a inclinarse, se abrió a medias. Al otro lado, vislumbró lo que parecía ser el ojo de una mujer en el que resaltaba, sobre todo, una ceja fruncida.

—¿Hola? —intentó comunicarse tras quitarse respetuosamente la chistera.

Pero su interlocutora no dio muestra alguna de querer hacerlo.

—¿Hola? ¿Me entiende?

Quizá su español no era tan bueno como creía… Pero de inmediato recordó las enseñanzas de su madre, y supo qué estaba pasando.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. ¿Qué quiere?

La monja no parecía poseer una educación refinada. ¿Sería pariente de su posadero?

—Un asunto de suma importancia. —Su sonrisa sabía que era irresistible—. Es necesario que hable con la madre superiora y…

—No.

La ventanita se cerró, y Callaham llegó a la conclusión de que aquella religiosa y él no habían empezado con buen pie.

Volvió a tirar del cordón y de nuevo apareció el ojo de la monja con la frente unas pulgadas más fruncidas que antes.

—Ave París Purísima, sin pecado concebida —Callaham decidió abreviar—. Quizá no me haya entendido, reverenda madre. Pero me han indicado que para hacer una donación al convento debo hablar con la madre superiora.

—Sor Sacrificio.

—¿Disculpe?

Oyó el ruido de varios cerrojos al descorrerse, que por el sonido debían tener el tamaño de cañones, y al final se abrió una puerta estrecha recortada en el portalón. La religiosa era diminuta y los abultados hábitos le daban el aspecto de algo redondo, como una bola de algodón.

—No me llame reverenda madre. Soy sor Sacrificio.

Sin más, empezó a andar de manera renqueante, dándole la espalda, mientras un enorme manojo de llaves tintineaba en su cintura a cada trompicón.

Callaham se encogió de hombros, y supuso que debía seguirla. Así lo hizo, atravesando un zaguán, una segunda puerta y un amplio claustro medio desierto.

Medio desierto porque solo había un grupo de muchachas que parecían atender la lección de otra monja, vestidas impolutamente de blanco, que se mostraron absolutamente sorprendidas por la presencia de un hombre dentro de los muros del convento.

Callaham les dedicó una inclinación de cabeza y una sonrisa sin parar de seguir a la madre portera. Aquellas debían ser las pupilas que se criaban al solaz del convento. ¿Cuál de ellas sería doña Isabel? Si se parecía a su padre, debía tratarse de aquella muchacha morena y corpulenta, la que podría salir triunfante en una reyerta de taberna. Le dirigió una sonrisa más amplia, era importante causarle buena impresión, y la muchacha se ruborizó y casi se desmayó ante el atrevimiento del caballero.

—Si sigue mirando a las pupilas, tendré que echarle —bufó sor Sacrificio, como si tuviera ojos en la nuca, pues ni siquiera se había vuelto.

—Solo intentaba ser cortés.

—Es ahí.

Ni presentaciones ni despedidas. La monja lo dejó ante una puerta y se dio la vuelta, supuso que para amonestar a las damiselas por haber mirado al intruso.

Un tanto desconcertado, golpeó la madera, y, de inmediato, una voz amable le indicó que pasara. ¿Era habitual que un hombre llamara a la puerta de la madre superiora? Estos españoles eran extraños, sí señor.

Accedió a una habitación sobria, un despacho abarrotado de libros y documentos apilados sobre una mesa, tras la cual otra monja estaba sentada y escribía en un enorme registro de cuentas.

—Mientras venía hacia aquí con sor Sacrificio, me han avisado de su presencia —explicó la madre superiora, como si intuyera lo que pasaba por su mente.

Era una mujer de mediana edad. O quizá muy anciana, pero

nada en ella permitía adivinarlo. Tenía una voz amable, educada, y al parecer sabía de letras y de números. Ni le dijo que se acercara ni le indicó que se sentara. Callaham le hizo una discreta reverencia y permaneció cerca de la puerta, con la chistera entre los dedos, sin saber muy bien cómo proceder.

—Ha hablado de una donación. —Estaba claro que las hermanas no se andaban por las ramas.

Él se sintió incómodo. Era bueno en muchas cosas, pero hablar con religiosas no era una de ellas.

—Es un poco más complejo.

El rostro de la superiora se crispó ligeramente. No le gustaba que su vida de oración fuera interrumpida por asuntos banales. Aquel convento y las escasas necesidades de las monjas precisaban de recursos constantes, y si aquel caballero no venía a ayudar, no tenía nada que hacer allí.

—Enseguida tenemos oraciones, por lo que le agradecería que fuera breve.

Decidió seguir su misma táctica: Al grano.

—Las señoritas que he visto en el claustro…

—Son nuestras pupilas —le aclaró, poniéndose de pie. Era evidente que quería despacharlo cuanto antes—. Las mejores casas nos las entregan para que conformemos su espíritu y le demos una educación recta.

—Quería hablarle sobre una de ellas.

¿Sería un pariente o un pretendiente? Muchos matrimonios se conformaban cuando las muchachas estaban aún bajo su tutela.

—Le escucho.

Callaham carraspeó. No, no estaba cómodo.

—Vengo en nombre de un caballero. Este documento lo acredita.

Se lo tendió, avanzando un par de pasos. Ella lo tomó con sus pálidos dedos, e inmediatamente Callaham volvió a donde estaba.

Ruego entreguen a mi hija, doña Isabel de Mendoza, al cuidado y tutela del portador.

Don Íñigo de Mendoza, marqués de las Eras.

Sucinto y al grano, como todo en ese país. Estaba rubricado y

sellado con su escudo. Un documento que no comprometía y que podía ser entregado bajo cualquier circunstancia.

A pesar de la penumbra de la sala, Callaham vio cómo la religiosa palidecía.

—Don Íñigo —murmuró.

Ahora él sí se atrevió a dar un paso en su dirección.

—Tengo que custodiar a su hija hasta Londres, donde se reunirá con su padre.

—Dios bendito. —Parecía que acababan de quitarle de encima un enorme peso—. Esperábamos que de un momento a otro vinieran los hombres del Rey a por ella.

Aun así, Callaham se anduvo con cuidado.

—¿Está de acuerdo entonces en entregármela?

—Por supuesto. —Le devolvió el documento—. No hay cosa que me tranquilizara más, pues tenemos en enorme estima a doña Isabel y a su familia, pero no me corresponde a mí decidirlo. Es ella quien no quiere marcharse y, como comprenderá, no puedo actuar en contra de su voluntad.

Aquello lo dejó perplejo. Ante sí tenía a una mujer culta, digna e inteligente… ¿Y se dejaba manipular porque una muchacha bobalicona se había enamorado de un petimetre y no veía el peligro en que se encontraba?

—Pero está en terrible riesgo. —¿Es que no lo comprendía?—. Sus hermanas ya han sido puestas a salvo mientras que ella…

La madre superiora bajó la vista al suelo. Su mandíbula estaba crispada. Parecía a punto de tomar una decisión trascendental. Tomó una campanilla de su mesa y la hizo sonar.

—Esto jamás lo haría si no fuera un asunto tan grave, pero entiendo lo delicada que es la situación. Será mejor que se lo diga usted mismo. Pero le advierto: si insiste en quedarse, no tengo más remedio que respetarlo.

Al instante, apareció sor Sacrificio, con la misma frente crispada de antes.

—Acompañe al caballero al cuartito de la portería, hermana. Debe esperar allí.

Sin más, volvió a sentarse, como si él hubiera dejado de existir.

Cuando atravesó de nuevo el claustro, estaba desierto. Al parecer, habían puesto a las muchachas a buen recaudo. Sor

Sacrificio lo dejó en una habitación angosta, con un solo ventanuco alto que daba a la calle. Sin más, se dio la vuelta y lo dejó solo.

¿Cómo podía ser tan imprudente esa cabeza de chorlito de doña Isabel? En una celda llena de arañas, donde la arrojarían los hombres del Rey, poco podría recibir las palabras perfumadas de su enamorado. Además, ¿quién la pretendería cuando la pusieran presa? De hecho, la familia del petimetre que intentaba ganar su dote ya le habría advertido sobre la necesidad de apartarse de los Mendoza.

Otra monja entró en el habitáculo, estrictamente vestida de negro menos el pecherín blanco que enmarcaba su rostro.

—¿Tardará mucho doña Isabel?

Ella tenía las manos unidas y lo miraba con suspicacia.

—Creo que quería verme.

Callaham tardó en comprenderlo. Aquello era una monja, no la hija de un aristócrata español de la más alta alcurnia, era imposible que… La miró más detenidamente. Solo eran visibles las manos y el rostro, muy blancas ambas, sin mácula. Tenía pálidos los labios y decididos los ojos verdosos, que lo miraban con una mezcla de recato y aprensión.

—Pero… —comprendió al fin.

—Las oraciones empiezan enseguida, le ruego que se apresure.

Así que aquella era la razón por la que doña Isabel no había abandonado España: se había hecho monja. Se sintió un estúpido, pero a la vez comprendió cómo aquello complicaba aún más las cosas.

Carraspeo y se tiró del chaleco para parecer respetable.

—Su padre me ha mandado para que la acompañe junto a él. Debe obedecerlo sin dilación.

Ella no se inmutó.

—Ya le dije a sus hombres que mi lugar está aquí.

¿Cómo podía ser tan obstinada? Señaló con un dedo al exterior.

—¿Sabe lo que sucede ahí fuera?

Ella parecía tener un absoluto control de su rostro, porque seguía sin inmutarse, a no ser por sus ojos, que podrían esconder una tormenta.

—Han engañado a nuestro Rey para que crea que mi padre es un traidor.

—Y vendrán a por usted para encerrarla en una mazmorra y quién sabe qué más.

Isabel lo miraba fijamente a los ojos. Podían ser hermosos si no parecieran tan impasibles. Al final habló.

—Si eso es lo que el Señor quiere para mí, lo aceptaré de buen grado.

¿Es que no comprendía la gravedad de los hechos?

—Puede seguir siendo monja en Inglaterra.

Ella esbozó un gesto incómodo. Por primera vez, daba la impresión de que no era una estatua de mármol.

—Aún no he tenido la felicidad de ponerme los hábitos. Solo soy novicia.

—Sea lo que sea. —La dignidad de caballero que pretendía aparentar ya había desaparecido, y sus manos volteaban delante de Isabel—. En Inglaterra hay conventos católicos. Podrá…

Ella volvió a estirarse, como si el lapsus de hace un momento ya no existiera, y alzó las cejas, impaciente.

—¿Algo más?

¿Cómo que algo más? Debía acompañarlo sí o sí. La otra opción era que la apresaran y cualquiera sabía a dónde podían llegar los hombres del Rey.

—Tiene que venir conmigo —casi suplicó.

Ella lo miró un instante. Sí, podía ser hasta bonita si no fuera tan obstinada. Se volvió hacia la puerta abierta, donde su guardiana había seguido cada palabra.

—Sor Sacrificio, el visitante se marcha. —Después lo miró un instante—. Dígale a mi padre que lo nombro en mis oraciones todos los días.

Y se dio la vuelta para desaparecer como había llegado.

Capítulo 4
Una decisión desesperada

Callaham miró hacia abajo. Si la soga se rompía o el garfio cedía en su anclaje, el golpe sería muy doloroso.

Permaneció muy quieto a pesar del frío, que provocaba que no pudiera parar de tiritar, maldiciendo porque el edificio hubiera sido construido en una piedra tan blanca, ya que sus ropajes oscuros contrastaban demasiado. Así, contuvo la respiración mientras un capitán de la Guardia del Rey golpeaba, unos pocos metros más abajo, el portón del convento.

Él estaba pendido sobre sus cabezas, intentando alcanzar una de las pocas ventanas abiertas que no habían sido atrancadas desde el interior, con la mala fortuna de que justo en ese momento decidió ir a arrestar a doña Isabel.

El plan era sencillo: asaltar el convento, buscarla y raptarla.

Sí, podía haber algunas lagunas, como que no tenía ni la más remota idea de cómo entrar, pero aquellas ventanas abiertas de la planta superior le habían dado la solución. También estaba el pequeño detalle de saber dónde diantres estaba la celda de la noble española…, pero ya se le ocurriría algo.

Allí, pendido sobre un pelotón de hombres armados hasta los dientes, le amparaba la oscuridad de la noche y que la luna no había hecho acto de presencia. Aun así, si alguno de ellos levantaba la cabeza, lo descubriría sin esfuerzo.

Escuchó el sonido del ventanuco que centraba el portalón abriéndose y la voz del capitán exigiendo que les dejaran entrar en nombre del Rey.

O ahora o nunca. Se impulsó, apoyando el pie que quedaba en el aire sobre un saliente, y logró llegar a la cornisa, con la mala suerte de que una de las piezas de piedra que la conformaban estaba suelta

y se desprendió.

Logró dar el salto hacia el interior del edificio justo cuando escuchó el relinche de los caballos asustados y la voz de uno de los guardias.

—¿Qué ha sido eso?

Supuso que estarían oteando la fachada, en busca de una explicación sobre por qué una piedra acababa de caer cerca de donde estaban. La voz agria de sor Sacrificio jugó en su favor.

—Es un edificio antiguo. Harían bien en echar una mano para repararlo.

Aquello pareció calmarlos, y Callaham aprovechó para mirar alrededor.

Se encontraba en la galería alta del claustro que atravesara esa mañana y que se mostraba tan desierto como cuando lo abandonó.

En el piso inferior deberían estar las estancias comunes, como el refectorio, la biblioteca o la capilla. ¿Dónde diantres se encontrarían las celdas de las novicias? Y de todas ellas…, ¿cuál correspondería a doña Isabel?

Para él todas las monjas eran iguales y de noche les pasaba como a los gatos, que se volvían pardas. Esa parte del plan no la tenía desarrollada. Había pensado en actuar sobre la marcha, como hacía siempre.

Escuchó el ruido de cerrojos que se abrían, el inconfundible sonido metálico de los uniformes militares, y ante sus ojos entraron en el patio un grupo de soldados bien pertrechados, diez o doce, capitaneados por el más joven, un tanto melifluo. Demasiados para detener a una simple monja, pensó, aunque era una manera de mostrar la autoridad del Rey.

Se apartó para que la antorcha de su espalda no proyectara sombra alguna que lo hiciera visible. Hacía un frío terrible y aquel claustro abierto era de lo más desapacible. Se asomó lo justo para ver qué pasaba.

Aquella mañana había sido consciente de que no tardarían mucho en apresar a doña Isabel, pero no le fue posible colarse en el convento con la luz del día, y entonces tenía no solo que encontrarla y sacarla de allí, sino hacerlo antes de que lo consiguiera la Guardia.

El capitán estaba dando órdenes a sor Sacrificio, pero esta

parecía que lo que le decían le importaba un bledo, porque no hacía el más mínimo gesto de ir en busca de la superiora.

Esta apareció desde la puerta de la capilla, que se abría al otro lado del claustro.

—¿Es necesario entrar armados en un lugar sagrado?

El capitán no se inmutó.

—Traigo orden de detener a una de las hermanas.

—¿Qué delito ha podido cometer una sierva del Señor que vive solo para la oración?

—Ese no es asunto suyo, madre. —Le tendió un documento. Supuso que era la orden de detención—. Debe entregármela o nosotros mismos la buscaremos.

—¿De quién se trata? La oscuridad no me deja leer.

Era evidente que intentaba ganar tiempo. Pero el capitán no parecía un hombre paciente. Dio un intimidante paso en dirección a la religiosa.

—¿Dónde está?

Pero esta no se inmutó.

—¿Qué harán con ella?

—Debe responder algunas preguntas.

Oponerse era absurdo y no estaba en la naturaleza de su congregación.

—En el segundo piso —dijo al fin—. La última celda del pasillo, antes del recodo.

Callaham lo oyó con claridad, como si lo hubiera dicho más alto de lo que correspondía. ¿Lo había visto? ¿La madre superiora era consciente de su presencia? Su única ventaja era el tiempo que aquellos hombres tardaran en atravesar el claustro, subir las escaleras y encarar el pasillo.

Salió disparado. Lo tenía justo a su derecha. Era un tramo abovedado, frío y angosto, con puertas seguidas en uno de sus lados. La última estaba, en efecto, justo antes de un recodo.

Fue hasta allí mientras escuchaba el sonido metálico de las botas sobre el pavimento del claustro. Llegarían enseguida. Rogó porque la puerta no estuviera cerrada desde dentro, y cuando giró el pomo y este cedió, casi se le escapó un suspiro de alivio.

Entró de inmediato, cerrando a su espalda. Era una celda minúscula y húmeda, un camastro de madera, una silla y una

palangana. Sobre una mesa había un crucifijo iluminado por una vela. Isabel estaba de rodillas ante él rezando, pero se volvió en cuanto escuchó el ruido de la puerta. No parecía tener miedo, y si lo tenía, sabía disimularlo.

—¿Cómo se atreve? —fue todo lo que dijo.

Callaham agradeció que no gritase. Si hubiera sido al revés, él habría lanzado un grito desgarrador. Isabel lo miraba con el enfado del infierno clavado en sus ojos, pero le daba igual. Habló en voz baja, como si aquellos soldados pudieran oírlo.

—Debe acompañarme. Los hombres del Rey están aquí.

Ella estiró mucho el cuello, con cierta altanería.

—No pienso hacer nada sin terminar mis oraciones.

No era posible lo que acababa de escuchar.

—No sea testaruda —intentó mediar—. Saldremos, nos esconderemos, y cuando se marchen, podrá rezar un rosario si le viene en gana.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Si he de seguir el camino de las santas mártires, que así sea.

Se volvió hacia el crucifijo, juntó las manos, cerró los ojos y volvió a la oración, como si el cielo no se estuviera desmoronando sobre ellos.

Callaham estaba conmocionado. Sabía que no iba a ser fácil, pero no estaba preparado para encontrarse con una mujer más terca que una mula. El ruido de la Guardia ascendiendo por la escalera era audible incluso desde allí. Aparecerían en cualquier momento.

Se rascó la cabeza. ¿Cómo podía ser tan testaruda aquella mujer? Y lo hizo sin pensarlo: se quitó el pañuelo, fue hasta ella, y con él le amordazó la boca para que no gritara mientras la hija de don Íñigo balbuceaba sin poder emitir palabras y, por la expresión de sus ojos, le encomendaba a todos los infiernos.

Una vez que estuvo seguro de que no podría emitir sonido alguno, la tomó en peso y se la colocó en el hombro. Parecía un polluelo debajo de tanta tela, pues apenas pesaba. Pero cómo pateaba la condenada. Tuvo que sujetarle bien las piernas y los brazos porque en sus intentos de escapar una de sus rodillas había impactado muy cerca de su virilidad.

Con la monja amordazada y bien sujeta sobre su hombro, se atrevió a abrir la puerta y atisbar el exterior. Estaban allí, muy

cerca, porque se escuchaban como si de un momento a otro fueran a entrar en el pasillo. De nuevo, lo hizo sin pensarlo: salió, cerró tras de sí, y abandonaba el túnel más allá del recodo cuando la Guardia, abanderada por el joven capitán, hacía acto de presencia.

Si aquella mujer hubiera sido razonable, podría haberle preguntado cómo diablos escapar de allí, pero si le quitaba el pañuelo de la boca, sus gritos se oirían en El Escorial, así que fue hasta el final del angosto pasillo mientras a su espalda oía las voces contrariadas de los guardias que no habían encontrado lo que pretendían y procedían a abrir todas las celdas y a sacar a todas las novicias para interrogarlas.

Al fin, encontró otra escalera que llevaba al claustro. Seguro que existía alguna puerta trasera por la que escapar del convento, pero no tenía tiempo de buscarla. Aquellos hombres barrerían el edificio palmo a palmo hasta dar con ella.

Pronto se encontró en el amplio y frío patio. Miró hacia arriba. Había un guardia apostado, por lo que tuvo que rodearlo amparado por las arcadas para que no le viera. Menos mal que doña Isabel no pesaba, aunque se retorcía como si lo que llevaba al hombro fuera un saco lleno de gatos hambrientos.

Cuando llegó cerca del zaguán, una figura oscura y redondeada les cerró el paso, como un cancerbero.

Él se quedó muy quieto. Ya escuchaba de nuevo las pisadas de los guardias bajando a tropel por las escaleras centrales. O le habían visto, o habían supuesto que doña Isabel intentaba escapar, pero sor Sagrario, que era quien les impedía salir, no se movió un ápice de la puerta.

Él la miró a los ojos. ¿Desfrunciría alguna vez las cejas aquella mujer? Llegó a la conclusión de que no, de que era un rictus grabado en su piel a fuerza de malhumor.

Tendría que deshacerse de ella como fuera, porque no iba a dar marcha atrás una vez llegados hasta allí.

Una de las piernas de Isabel se escapó y la rodilla golpeó su ingle. Se encogió de dolor, pero no soltó la carga, agradeciendo que por unas pulgadas sus gónadas hubieran quedado a salvo. Las monjas estaban resultando ser mucho más mortíferas de lo que nunca hubiera imaginado.

La sujetó con fuerza e iba a arremeter contra la madre portera

cuando esta le hizo un gesto con un dedo en los labios para que guardara silencio.

No terminó de comprender, pero así lo hizo, y la monja le indicó que le acompañara.

Callaham miró hacia atrás. Los hombres del Rey estarían en el claustro en instantes. Vio la enlutada figura de la madre superiora de pie, en medio del amplio patio, que le miraba fijamente, y asintió, dándole a entender que se apresurara, que ella intentaría entretenerlos.

Se lo agradeció con un gesto y siguió a sor Sacrificio. Esta abrió una puerta y la atravesaron. Había un pasillo oscuro. Casi a tientas, fue detrás de ella, siguiendo el tintineo de las llaves que le colgaban del cinto. Una luz le indicó que había abierto otra puerta. La cruzaron de nuevo. Un patio pequeño con una fuente. Era un trote alocado, sin dirección, pero no tenía otro remedio que confiar en ella. Una puerta más y otro largo pasillo. No tenía ni idea de dónde estaba ni a dónde iba, pero los pasos de los soldados ya no eran audibles.

Al final apareció de nuevo otra luz muy tímida, y cuando pasó a través del marco, se encontró fuera de las tapias del convento, en una calle angosta que no supo identificar.

Se volvió para darle las gracias a sor Sacrificio, pero esta le miraba con las cejas crispadas y cerró antes de que pudiera hacerlo.

Capítulo 5
Una joven impertinente

Cuando soltó el fardo de tela marrón sobre el jergón, tenía el hombro entumecido.

—¡Por el amor de Dios! ¿Nunca dejará de dar patadas?

Doña Isabel se retorció sobre el lecho. Parecía que debajo de tanta tela de ruda arpillera hubiera un millar de hormigas hambrientas por cómo se movía. En uno de aquellos giros, el rostro de la joven aristócrata apareció enmarcado en la cofia blanca, de la que solo sobresalía el óvalo de la cara.

Aunque seguía amordazada, continuaba dando bufidos. Los mismos que había emitido mientras Callaham atravesaba la madrugada madrileña con ella al hombro. Idénticos a los que no paró de emitir cuando pudo meterla con enorme dificultad en el coche de alquiler que le esperaba y cuyo cochero los miró boquiabierto. Similares a los que profirió mientras atravesaban la posada desierta hasta llegar a aquella ruinosa habitación.

A pesar de que los gritos podrían llegar a San Sebastián, Callaham procedió a quitarle la mordaza y entonces sucedió algo sorprendente: ella permaneció muy callada, muy quieta, allí tumbada sobre la cama.

Él se retiró lentamente, como si lo que tuviera delante fuera un león hambriento o un mortífero cocodrilo, pero Isabel seguía inmóvil, como si hubiera sido atacada por una apoplejía.

—¿Está bien? —se atrevió Callaham a preguntar. Si hubiera tenido un largo palo a mano, la habría movido un poco para ver si reaccionaba.

—Estamos solos. Aquí —murmuró ella, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo.

Él miró alrededor, como si necesitara comprobar que,

efectivamente, estaban solos en la habitación de la posada que había pagado a buen precio para estar solos.

—Así es. No tiene nada que temer.

—Usted y yo, solos.

Él sonrió, orgulloso de sí mismo.

—Ha sido difícil, pero está a salvo.

—¡No! Estoy condenada eternamente a los oscuros fuegos del infierno.

Se sentó en la cama, con las piernas abiertas, mirando fijamente al vacío mientras el hábito y el manto formaban una aureola a su alrededor.

—Nada de eso. —Él no entendía muy bien qué estaba pasando—. Está a salvo, y si todo sale según mis planes, en breve estará en brazos de su padre.

—¡Agh! —Se tiró de espaldas sobre el jergón, con los brazos en cruz—. Necesito rezar un rosario. ¿Dónde está mi rosario?

De nuevo, Callaham miró alrededor, como si encontrar uno allí fuera posible.

—No recuerdo que llevara ninguno encima.

Ella volvió a sentarse, pero esta vez clavó sus verdes ojos en él, acusadores.

—Es un pecado mortal.

—¿Haber perdido el rosario?

—Estar a solas en una habitación con un hombre.

Se hizo el ofendido.

—Soy un caballero.

—Señor —implorando al cielo—, ¡soy una pecadora! ¡Una pecadora!

Ahora se había puesto de rodillas, con las manos y la vista en el techo por el que correteaba una familia de arañas, y rogaba perdón.

Callaham la dejó hacer. Doña Isabel estaba resultando ser toda una sorpresa. En aquel momento, daría su brazo derecho y uno de sus ojos porque la joven aristócrata hubiera sido la muchacha caprichosa y antojadiza que se había imaginado. Al cabo de mucho tiempo, decidió intervenir.

—¿Podemos hablar un instante? —preguntó, paciente.

Ella se detuvo, lo miró, terriblemente enfadada, y lo señaló con el dedo.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

Isabel se llevó una mano al pecho.

—Voy a ser monja. No puedo estar aquí con un desconocido.

—¿Me permite que le dé mi punto de vista? —Parecía muy sereno.

Ella asintió.

Callaham esbozó una sonrisa muy forzada, juntó las manos como haría un sacerdote en misa, y respiró hondo para calmar su sofoco.

—Es una novicia, así que no está sujeta a voto alguno ni la vincula a la Iglesia fidelidad más allá que cualquier otra muchacha de su misma edad. ¿Me equivoco?

Ella negó con la cabeza, sin moverse un ápice de su extraña postura de rodillas en el jergón.

—Si la hubiera dejado en el convento…

—Si el martirio era lo que el Señor tenía deparado para mí… —le cortó, intentando dar su punto de vista.

—Si la hubiera dejado en el convento. —Se impuso Callaham—, la habrían arrojado a una celda del presidio y ya está. Ni malos tratos ni abusos ni martirios de ningún tipo. ¿Ha estado en la cárcel?

Ella negó de nuevo con la cabeza.

—Un… amigo mío. —Prefería no dar detalles sobre su pasado— dice que es francamente aburrida y nada martirizante. Incluso algo cómoda, más que su celda por su puesto. Casi sería un acto de vanidad dejarse apresar. ¿Me entiende?

Ella asintió.

—Y por último…

—¿Hay más?

Callaham tuvo ganas de reír, pero no lo hizo. No podía fiarse de ella ni de sus reacciones.

—Sigo las órdenes de la persona que más la quiere, su padre. Si ha decidido poner su seguridad en mis manos, es porque sabe que conmigo estará a salvo. Y le juro…

—Jurar es pecado.

Aquella muchacha llegaba a ser exasperante.

—Le prometo —recalcó— que la sacaré de aquí con la mayor

decencia posible, la pondré en manos de su respetable padre y le rogaré que le permita abrazar los hábitos en cualquier congregación católica de Inglaterra suficientemente austera como para que se encuentre adecuadamente martirizada.

Por un momento, los ojos de Isabel brillaron.

—¿Hará eso por mí?

—Es mi obligación.

La muchacha miró a ambos lados hasta fijar los ojos en la chimenea, que estaba ricamente alimentada.

—Hace calor.

Él ya se había dado cuenta, porque el blanquísimo rostro de doña Isabel fue cambiando mientras hablaban hasta volverse tan encendido como los pétalos de una amapola.

—Quizá deba deshacerse de la cofia y del manto. El fuego está muy vivo.

Ella lo dudó un instante. ¿Sería pecaminoso mostrar el cabello ante un hombre desconocido? Repasó sus enseñanzas, pero no encontró ninguna que hiciera referencia a aquello, así que decidió que no era mala idea.

Fue quitando uno a uno los alfileres que sujetaban el manto a la cofia hasta que este cayó pesadamente sobre la cama. Después, trasteó con los botones blancos del tejido. Aún no estaba muy hecha a ponérsela y quitársela, pues apenas llevaba dos semanas de noviciado, así que bregó hasta conseguir arrancársela, con un suspiro de alivio.

Sin moverse de donde estaba, Callaham observó las manipulaciones de la muchacha, y cuando esta al fin alzó la cabeza, liberada del pesado ropaje que la envolvía como un capullo a un gusano de seda, tuvo que tragar saliva.

La cascada de cabello que ahora caía sobre su espalda, cubriéndole salvajemente un ojo, era de un color dorado cobrizo, como el que pintaba Tiziano en sus obras. Descendía en grandes ondas brillantes y lustrosas, exuberantes y muy sensuales.

El calor del rostro de Isabel se había aliviado y ahora lucía fresco, con el delicioso rubor en las mejillas. No se había dado cuenta de lo tupidas que eran sus pestañas, ni de lo jugosos que parecían sus labios.

Ante sí tenía a una criatura deliciosa, al menos, de cuello para

arriba, porque hacia abajo seguía sobriamente vestida con el hábito de novicia.

Ella suspiró aliviada y clavó la vista en él. Callaham sintió un ligero escozor entre las costillas.

—¿Su habitación está cerca de esta?

Él escuchó la pregunta, pero estaba tan embelesado mirándola que tardó en contestar.

—Me-me temo que tendremos que dormir bajo el mismo techo.

Ella se llevó una mano al pecho.

—Yo no…

—Le prometo. —La tranquilizó, alzando ambas manos— que conmigo estará más segura que en su celda del convento. Además, y espero que no se sienta ofendida, no encaja usted en el tipo de mujer que suele agradarme.

Ella parpadeó varias veces, lo que la hizo aún más atractiva.

—Eso me tranquiliza bastante.

Al fin, Callaham pudo dejar de observarla. Era necesario afianzar los principios y uno de ellos era que de ninguna manera podía intentar seducirla. De manera alguna. Decidió comportarse como un caballero, porque eran altas horas de la madrugada y a la mañana siguiente les esperaba una jornada dura.

—Usted dormirá en la cama y yo en el suelo.

—No. Yo dormiré en el suelo.

Él sonrió. Al fin la dama entraba en razón, intentando parecer amable, o al menos cortés.

—De ninguna manera —sonrió de nuevo—, pero le agradezco su cortesía.

Ella lo miró sin comprender.

—No es por cortesía. En el convento dormíamos sobre el frío y duro pavimento.

Así que era eso. Prefirió no contestar para no parecer un estúpido.

Supuso que ella se acostaría con el hábito puesto, así que tomó las raídas mantas, las colocó cerca de la lumbre, una de las almohadas que olía regular y le indicó el lecho que le acababa de preparar.

—Debe estar cansada.

Ella casi se arrojó al duro pavimento. Encogiéndose como un

bebé sobre sí misma. Él se tumbó en la cama, con las manos bajo la cabeza, aunque sabía que no podría dormir.

—Yo solo quería dedicar mi vida al servicio de Dios, y ahora me encuentro encerrada en una posada con un forajido… ¿Puedo llamarle forajido?

Callaham carraspeó.

—Creo haberle dicho que soy un caballero.

—Los caballeros que yo conozco llevan el cabello más…

—Es un remolino de nacimiento. —Intentó aplacarlo con una mano sin éxito—. Si lo padeciera el Rey, tendría mi mismo aspecto.

Isabel se sentó para mirarlo de frente. Con el fuego de la chimenea a su espalda, parecía que la pelirroja cabellera estaba hecha de llamas.

—¿Y cómo vamos a salir de Madrid y atravesar España? —le preguntó—. Hay retratos míos en tres de las residencias de mi padre. Solo necesitan bocetearlos y mandarlos a todos los cambios de postas…

No era estúpida. Sabía bien a qué se atenían.

—Nos haremos pasar por un matrimonio burgués y cambiaremos radicalmente su aspecto —la tranquilizó.

Ella volvió a tumbarse.

—¿Seguro que no traje mi rosario?

Él sonrió desde la cama, donde intentaba conciliar un sueño imposible.

—Pero puede rezar sus oraciones, quizá así se quede dormida.

—Dios te salve, María…

—En voz baja. Incluso para usted.

Se hizo el silencio. A la mañana siguiente, que despuntaría brevemente, tendrían que correr grandes peligros, y había que estar preparados.

—¿Cree que esto dará resultado? —escuchó la voz de Isabel. Esa vez parecía más cansada, a punto de vencerse.

—¿Huir? Por supuesto. Soy experto en huidas.

Hubo un ligero silencio.

—Me refería a usted y a mí. Creo que no le caigo bien.

Volvió a sonreír en la oscuridad.

—¿Yo le agrado?

—Le detesto bastante.

Sí, era una muchacha interesante.
—Entonces, todo irá como la seda.

Capítulo 6
Un guardia desconfiado

Un grito desgarrador hizo que el agua que debía enjuagarle el rostro se derramara por su pecho.

—¿Qué diantres…?

Callaham, a tientas, encontró el trozo de tela que debía ser una toalla y se retiró el jabón de los ojos. Cuando al fin pudo enfocarlos hacia la procedencia del terrible alarido, vio a Isabel sentada en el suelo, tapada hasta el cuello con las raídas mantas, con una expresión espantada en el rostro.

Inmediatamente, miró hacia la puerta. ¿Era posible que la Guardia Real los hubiera encontrado?, ¿que estuvieran intentando entrar?, ¿que…? Pero allí no había nadie. Estaban los dos solos en la habitación de la posada, el día había amanecido frío aunque soleado, y nada daba a entender que estuvieran en peligro.

—¿Qué…? —intentó preguntar de nuevo a la joven aristócrata.

Ella le señaló con el dedo, y apretó aún más las ropas contra su barbilla.

—¡Está desnudo!

Callaham miró hacia abajo, hacia el reguero de agua jabonosa que le bajaba por el pecho.

Se había levantado con cuidado para no despertarla. Ella dormía plácidamente, con la rojiza cabellera diseminada alrededor. Así que, mientras Isabel descansaba, Callaham había aprovechado para asearse, lo que era lo mismo que quitarse la camisa y usar la jofaina para lavarse el rostro y el torso.

—No estoy desnudo, solo descamisado.

El rostro escandalizado de Isabel se tornó en enojado.

—Eso es intolerable delante de una dama. Y ni que hablar delante de una mujer que aspira a ser monja.

Él se encogió de hombros, usó la toalla para secarse el agua del pecho y de las axilas e intentó ser conciliador.

—Ya le he dicho que seremos un matrimonio bien avenido de ahora en adelante, así que lo mejor será que nos familiaricemos…

—Tápese —exigió con voz helada.

Hubo un duelo de miradas que duró una eternidad, hasta que Callaham decidió que era mejor ceder, ya que el viaje sería largo y tener en su contra a la melindrosa damisela solo lo haría más insoportable.

De mala gana, arrojó la toalla sobre la cama y buscó su camisa.

Ató los lazos lentamente, mirándola de frente, desafiante.

Ella no apartaba los ojos, como si lo juzgara, sí, exactamente así, pero le importó un bledo.

Cuando terminó, le hizo una afectada reverencia.

—El agua aún está templada. Lávese y póngase ese vestido —señaló una prenda doblada sobre una silla que Isabel no había visto hasta entonces—. Me terminaré de acicalar en el pasillo.

Iba a salir cuando escuchó de nuevo la voz de la dama.

—El color es impropio.

La examinó. Seguía sentada en el suelo, con la mirada altanera de cejas alzadas clavada en él. Después la dirigió hacia el vestido. Lo había traído en su equipaje desde Londres. Era una buena pieza de excelente tejido y el dependiente le aseguró que las señoritas de calidad vestían así.

—¿Impropio de qué? —preguntó.

—Nunca visto tonos tan llamativos.

Tenía varias opciones, entre las que estaban llamar él mismo a la Guardia y que se la quitaran de encima, pero decidió ser paciente: solo serían un par de semanas infernales y después…

Fue hasta la silla y tomó el vestido con dos dedos para mostrárselo a la damisela.

—El atuendo es perfecto para nuestro papel. —Lo dejó sobre la cama con cuidado y volvió a la puerta—. Cuando salga por esta puerta, será la esposa de un acaudalado comerciante irlandés. Ellas visten así.

—El escote solo lo llevaría una mujer indecente.

Aquella misión iba a ser dura. Muy dura.

—¿Está llamando indecente a mis compatriotas?

—Usted es…

No la dejó terminar.

—Dígalo. Será mejor que nos digamos las cosas a la cara o este viaje será tortuoso.

Después se cruzó de brazos, con las piernas abiertas y la mirada de quien espera una sarta de insultos que debía encajar lo mejor posible.

Isabel se puso de pie. Sus ojos estaban encendidos. Debía reconocer que la rabia la volvía más bonita. Aquel cabello ondulado y salvaje hablaba de pasión y de sábanas revueltas, pero era mejor no pensar en eso.

Ella tomó fuerzas un instante, pues quería que el terrible insulto que le iba a proferir le causara todo el daño posible. ¿Era aquello muy cristiano? Quizá no, pero le daba igual. Ya rezaría tres padrenuestros y dos avemarías.

—Usted es… un infame. —Soltó, y se ruborizó al mismo tiempo.

Esperó un instante el efecto de sus palabras, pero el rostro de Callaham solo se había quedado demudado.

—¿Eso es un insulto?

Decidió ir un paso más allá.

—Y un villano.

Bien. Callaham no podía perder un instante más en niñerías. Le sonrió fríamente y señaló el vestido.

—Diez minutos, si no, entraré y la vestiré yo mismo.

Sin más, tomó el pañuelo, las botas, la casaca y el gabán, y cerró tras de sí de un portazo.

Cuando la perdió de vista, respiró aliviado. Debía ser paciente. Aquella muchachita malcriada que iba de piadosa era la peor opción de cuantas había valorado. Pero no podía perder de vista su recompensa. Sería un viaje a los infiernos para disfrutar en adelante de lo que nunca debieron arrebatarle.

Se acicaló en un instante, y cuando tuvo el gabán bien abotonado, bajó hasta la planta baja de la posada.

El mesonero servía una pasta espesa de gachas que algunos incautos se atrevían a degustar. Debía preparar el terreno para cuando Isabel bajara las escaleras.

—Ayer mi esposa se quedó con las ganas de saludarle.

—Cierto, me dijo que vendría entrada la noche. —Se restregó las

manos en el ajado mandil—. Pero debió ser muy tarde. No recordaba que el servicio de carruajes dispusiera de tiros tan de madrugada.

—La trajo un pariente. Usé la llave que me prestó.

Se escuchó un ruido en la escalera y el mesonero se estiró la sucia camisa para aparentar una pulcritud imposible.

—¡Ah! Debe ser ella.

Cuando Callaham se volvió, Isabel bajaba los escalones, con la mano en el maltrecho pasamanos, y él se quedó sin palabras.

El vestido parecía haber sido confeccionado sobre su cuerpo porque le quedaba como un guante. Era de una gruesa tela que debía ser costosa, y de un tono verde similar al de las esmeraldas. Estaba cortado bajo el pecho y tenía un bonito escote redondo que apenas amparaba el rotundo busto de la aristócrata. Aun así, ella había encajado un pañuelo blanco para hacerlo menos provocativo. Se recogió el cabello, aunque un mechón caprichoso se escapó de la patilla. Un sombrero de seda se le ataba bajo el mentón, con un lazo rojizo que hacía un contraste extraordinario. Era una auténtica belleza, una beldad bajada del cielo.

Cuando llegó hasta ellos, el mesonero le hizo una torpe reverencia.

—¿Un refrigerio, señora?

Isabel le sonrió fríamente.

—Prefiero vomitar.

—Ella nunca se alimenta tan temprano —intentó Callaham excusarla.

El hombre entendió que había borrasca entre la joven pareja y, pasando el paño por una barra que jamás podría ser lustrada, se fue apartando de ellos hasta el otro extremo.

Solo entonces Isabel se le encaró.

—¿Y bien?

Él intentó disimular que no estaba deslumbrado.

—El coche de pasajeros sale un par de calles más arriba. Llegamos tarde.

Por toda respuesta, ella se giró de manera un tanto dramática y se dirigió a la puerta de la posada.

Desde el otro extremo, el mesonero intentó ser amable con un grito de despedida.

—Señora, cuando vuelva a Madrid, la recibiremos como se merece.

Isabel tuvo la gentileza de volverse y dedicarle una apacible sonrisa.

—Gracias. Despídame de las cucarachas. —Después, se dirigió a su petulante acompañante—. ¿Sabe que había una ahogándose en la palangana?

Él no contestó. No estaba seguro de si prefería el carácter asustadizo de la novicia o el cínico de la aristócrata. Atravesaron un par de calles uno junto al otro, sin hablarse. Mostraban una excelente estampa de matrimonio bien avenido y algunos transeúntes les sonreían, como si adivinaran que eran una pareja feliz.

Nada más lejos de la realidad, porque Callaham no dejaba de pensar en las horas amargas que le quedaban al lado de aquella retorcida mujer, e Isabel intentaba encontrar una explicación a por qué su padre la había puesto en manos de aquel delincuente.

El edificio de postas era el lugar de partida de los coches de tiro, que salían desde Madrid a los confines del Reino. Algunos eran tan grandes que albergaban hasta a diez pasajeros. Otros más modestos. Callaham había comprado billetes para Burgos, donde esperaba conseguir un coche con conductor que los llevara más allá.

Había un gran número de personas, todas de calidad debido a los altos precios de los billetes: burgueses o miembros de la baja nobleza que no disponían de coche propio ni de caballos de repuesto para un viaje tan largo.

Una dama añosa, ataviada con tantos lazos que parecía la canastilla de un bebé, se acercó a ellos.

—¿Ustedes también van hacia Burgos?

Callaham le hizo una elegante reverencia.

—Esa es nuestra intención.

Ella pareció aliviada y llamó con grandes aspavientos a un caballero de anteojos que parecía un polluelo a su lado. Al parecer, intentaban saber con quién les iba a tocar viajar.

La dama observó a la pareja que tenía delante. Ella era una belleza y él, un hombre de lo más apuesto.

—No me lo digan. —Chasqueó los dedos en el aire—, recién casados.

Callaham interpretó el papel del enamorado marido, y tomó a su supuesta esposa del brazo. Ella intentó zafarse sin éxito.

—Mi adorada mujer se ha empeñado en acompañarme —sonrió más ampliamente—. No puede estar apartada ni un segundo de mis encantos.

Isabel comprendió que no podría soltarse, pero tenía más recursos.

—¿Su marido también es un bocazas?

—¿Mi marido…? —La miró la dama un tanto confundida, hasta que pareció comprenderlo—. Qué sentido del humor más encantador.

—No lo sabe bien. —A Callaham le costaba trabajo mantener su papel de hombre amable—. ¿Sabe si saldremos pronto?

La mujer suspiró.

—En cuanto la Guardia revise los salvoconductos. A mí me da una enorme tranquilidad. Dicen que en estos transportes puede ir cualquiera. —Miró hacia el fondo y pareció tranquilizarse—. Ahí están al fin.

Callaham e Isabel se miraron, por primera vez, sin más intención que intercambiar su preocupación. Un grupo de guardias armados hasta los dientes iban pidiendo la documentación a cuantos aseguraban que iban a viajar, después exigían el billete, y solo cuando lo sellaban, les permitían subir a los carruajes.

Ella no podía evitar sentirse preocupada. Hacía unas pocas horas casi hubiera acogido con agrado que la detuvieran. En aquel instante algo había cambiado, porque sería desastroso que lo hicieran. Él la tranquilizó, palmeándole la mano, e Isabel tuvo que agradecérselo con una sonrisa.

Quien llegó hasta ellos era un sargento. Callaham lo supo por los galones que orlaban su casaca. Era un hombre de mediana edad, rostro duro y mirada afilada. La parlanchina señora se desvivió en agradecimientos y le hizo asegurar que no había salteadores en el camino. El hombre fue parco pero amable, hasta que llegó hasta ellos.

Clavó la mirada en Callaham, más tiempo del oportuno, y cuando revisó su salvoconducto y el billete que le tendía, volvió a analizar su rostro.

—¿Es usted británico?

—Irlandés.

—¿Cuál es el motivo de su viaje?

—Volver a casa, por supuesto.

La señora impertinente creyó oportuno intervenir.

—Se acaban de casar, ¿no se lo nota en el rostro, sargento?

El hombre, que hasta ese momento parecía no haber reparado en Isabel, no tuvo más remedio que mirarla. Sus ojos se entrecerraron y ella creyó ver que intentaba recordar algo. Al final, esbozó una fría sonrisa.

—Enhorabuena, señora.

Isabel tragó saliva.

—Gracias. ¿Podemos marcharnos?

Callaham le había entregado los dos salvoconductos. El suyo era auténtico, ya que hasta el momento no tenía nada que ocultar. El de Isabel era una de las falsificaciones, debido a que su apellido no podía estar escrito en ningún papel a menos que quisiera que la detuvieran. El sargento estaba leyendo cuidadosamente el de ella.

—Conozco a un Azpilicueta en Bilbao. —Ese era el nombre que el falsificador le había asignado—. ¿Puede ser familiar suyo?

Ella intentó disimular la incomodidad que la embargaba.

—No lo creo.

De nuevo, el sargento se la quedó mirando. Pudo ser un instante o varios segundos, porque ella no apartó los ojos de los suyos, sin parpadear siquiera.

Al final, el hombre pareció convencerse de que todo era correcto. Dio un paso atrás, selló los documentos y se los entregó a Callaham.

—Bien, todo parece en orden. Tengan un buen viaje.

Se lo agradecieron. Los otros cuatro acompañantes ya estaban a bordo de una gran berlina, donde el equipaje se amontonaba en la parte superior.

Él le dio la mano, e Isabel se acomodó junto a la señora que ya conocía. Los otros dos eran caballeros de edad que parecían hermanos. Callaham entró detrás, hizo las cortesías pertinentes y se sentó enfrente de su supuesta esposa.

Cuando los caballos, un tiro de cuatro, echaron a andar, él le sonrió para tranquilizarla.

Todo indicaba que el viaje sería breve y un éxito. En unos pocos

días, ella estaría en brazos de su padre y él, en su heredad de Restful House.

Capítulo 7
Un viaje incómodo

No debía engañarse, pensó Callaham. Los modales de Isabel no eran los de una burguesa y eso podría convertirse en una gran inconveniencia.

La simple forma de sentarse, con la espalda muy recta, que apenas tocaba la tapicería. O la manera grácil en que se movían sus manos. O la exquisita cortesía que mostraba con todos menos con él. Por no hablar de su piel blanquísima, apenas tocada por el sol, sus manos impolutas y cuidadas, y cierta forma de hablar que solo se escuchaba en la Corte o en los círculos más elevados del escalafón social.

Como la mayoría de damiselas de alta cuna, había pasado gran parte de su educación en un convento. Sabía de aquello porque su madre se lo había contado. Las jóvenes de las familias más influyentes eran apartadas de sus padres nada más nacer. Se las ponía a cargo de una institutriz, un aya y una dama de cría que se encargaría de alimentarlas. Según fueran creciendo, se irían añadiendo preceptores, profesores de música, de baile o de erudición, para convertirlas en auténticas cortesanas.

Durante esa época, verían a sus progenitores, con suerte, una vez al día, el tiempo suficiente para que pudieran comprobar que se comportaban como se esperaba de ellas. Justo antes de que la naturaleza las volviera fértiles, había que guardarlas, y pasaban al cuidado de las religiosas, donde llevaban una vida frugal y de ejemplaridad, pero donde se las seguía preparando para los altos designios que les destinarían sus dinastías.

Cualquiera con un poco de visión se percataría de inmediato de eso, de que algo fallaba en aquella pareja de jóvenes burgueses recién casados, porque ninguna mujer del pueblo o de la baja

nobleza se comportaría jamás de manera tan exquisita.

La dama de los lazos no había dejado de hablar desde que se acomodaran en el carruaje.

Tenía que dar su opinión de todo: del tapizado de la carroza, del mal estado del camino, de la muselina inglesa o de la Divina Trinidad. Por suerte, hasta ese instante Callaham solo había tenido que asentir, ya que ella llevaba el peso de una conversación donde había un solo interlocutor, ella misma.

Callaham no se sintió tranquilo hasta que abandonaron Madrid por la Puerta de Bilbao. Su mirada había estado fija en el exterior, pendiente de lo que sucedía, de las tropas con las que se cruzaban o de los caballos que pasaban al galope, por si era necesario intervenir.

De vez en cuando, miraba a Isabel, que estaba muy callada, también muy seria, quizá intentando comprender qué había sucedido con su vida en las últimas horas. Su familia había pasado de ser una de las más respetadas del Reino a considerárseles proscritos, y ella, de coger los hábitos a ir en un carruaje público, acompañada de un desconocido camino de no sabía dónde.

Debía reconocer que era una belleza. Aquella nariz recta, exquisita, los labios jugosos, las largas pestañas. Incluso aquel aire trágico que tenía ahora, o las pocas veces que no había estado enojada con él la volvían aún más apetecible.

—¿De qué parte de Inglaterra es usted?

Callaham no escuchó la pregunta, pues su mente había conseguido volverse sorda ante la chirriante voz de la dama. Escuchó el silencio que se hizo a continuación.

Cuando la miró, se encontró con cuatro pares de ojos clavados en él, y con Isabel, que había alzado una ceja con cierta curiosidad.

Carraspeó antes de hablar.

—No soy inglés. Soy irlandés.

—Pensaba que era lo mismo.

—Es muy diferente, señora.

Miró a Isabel de nuevo. Por algún motivo, se sentía incómodo. Ella seguía observándolo con curiosidad.

—¿Y cómo debemos referirnos a usted? —arremetió de nuevo la curiosa.

Recordó que en el salvoconducto se había obviado su

tratamiento de sir y su título de *baronet*.

—Callaham estaría bien.

La dama cruzó la mirada con todos, como si fuera a decir algo ocurrente.

—Hemos acordado, querido, como usted habrá oído, que ya que estaremos varios días compartiendo compañía, nos llamaremos por nuestros nombres de pila. Espero que no lo considere un atrevimiento.

Aquello empezaba a tocarle las narices. Sus ojos volvieron a posarse en los de Isabel. A pesar de estar muy pálida, creyó ver cierto aire de sorna en su mirada.

—¿Y usted se llama? —contestó con otra pregunta a la mujer.

Ella se tapó la boca con la mano, para ocultar una amplia sonrisa.

—Mona —carraspeó.

—Un nombre encantador —tuvo que convenir.

—En verdad, es Ramona —aclaró la dama—, pero mi madre adoraba los diminutivos. Mi marido es Francisco, pero siempre le hemos llamado Paco. Los dos caballeros que nos acompañan son Pepe, aunque, ciertamente, se llaman José y Aldo, porque Romualdo es demasiado largo.

Ahora fue Callaham quien alzó una ceja.

—Veo que en España nadie se llama como se llama de verdad.

—Viejas costumbres. —Le quitó importancia—. ¿Cómo quiere que le llamemos a usted?

Aquel asunto siempre le resultaba incómodo, porque había que dar demasiadas explicaciones, y la gente seguía siento muy susceptible a pesar de que los acontecimientos estaban lejanos. Decidió cambiar el foco de atención y esbozar su sonrisa más encantadora.

—Mi esposa es doña Isabel. Bel hubiera sido extrañó.

La mujer no captó su ironía, pero Isabel sí, que le lanzó una mirada mortal. La dama se volvió hacia ella, con expresión maternal.

—Es encantadora, querida. —Pero de nuevo, volvió a él—. ¿Y usted?

Carraspeó, se tocó la nariz, pasó una mano por el cabello y volvió a carraspear.

—Me pueden llamar León —dijo con voz bronca.

—¿Es su nombre real o una abreviatura?

No podía mentir, porque si tenía que enseñar de nuevo el salvoconducto y alguien decía su nombre en voz alta, les haría sospechar.

—Una abreviatura.

—Nos encantará escucharlo completo.

De nuevo, estaban fijos en él todos aquellos ojos. Sobre todo, los de Isabel, cuyo rostro mostraba una expresión que podía considerarse a punto de la hilaridad.

—Napoleón —dijo al fin.

Hubo un silencio inmediato y las sonrisas amables se crisparon en las bocas. Las guerras napoleónicas aún estaban frescas en la memoria de todos, y que a un vástago se le hubiera llamado así solo podía indicar de qué parte estaba su familia.

—Vaya —se atrevió a decir uno de los dos caballeros—, su padre combatió en el bando equivocado, según veo.

—No tuve nada que ver, se lo aseguro. —Intentó ser gentil con enorme esfuerzo—. En aquella época, yo no tomaba mis propias decisiones.

Al contrario de lo que esperaba, la mirada de Isabel había adquirido un notable interés. Parecía que lo analizaba con otro tipo de curiosidad. ¿Admiración? Imposible, aquella mujer lo detestaba, pero al menos, sí sorpresa.

Mona decidió que era su responsabilidad templar de nuevo el ambiente.

—¿Y desde cuándo están casados?

Callaham en verdad que se lo agradeció. Alargó una mano y tomó la de Isabel. Ella, con sonrisa crispada, intentó apartarla, pero los dedos de aquel hombre parecían garfios.

—Tuve la dicha de desposar a Isabel hace dos semanas.

Hubo un gemido de satisfacción que escapó de la boca de todos.

—¿Y es usted de Madrid, querida? —La dama nunca quedaba satisfecha.

—Nací cerca de El Escorial.

Obvió que en un palacio de recreo de su familia, claro.

—Tiene unas manos preciosas, y un cutis encantador. Por no hablar de su cabello.

Isabel intentó aparentar humildad, bajando la mirada. A Callaham le satisfizo aquella nueva vena interpretativa.

—Es lo poco que me ha legado mi familia.

—¿Tienen intención de tener hijos pronto?

—No.

Dijo ella de inmediato.

—Sí.

Le pisó él.

La dama parpadeó varias veces.

—¿En qué quedamos?

Teniendo en cuenta que unas horas antes Isabel era una novicia, era un tema realmente incómodo. Callaham decidió tomar la voz cantante.

—Queremos, al menos, una docena.

Mona le clavó el codo en las costillas a Isabel.

—Con un marido así de fogoso y tan atractivo, estará usted encantada.

—¡Querida!

Hasta su marido se escandalizó.

—Son jóvenes, Paco. Los jóvenes no se ruborizan, ¿verdad?

El rostro de Isabel estaba encendido como si debajo de su asiento estuviera la parrilla de san Lorenzo. Ahora fue ella quien decidió cambiar de asunto.

—¿Tardaremos mucho en llegar a San Agustín?

—Aún queda un largo trecho —le respondió el otro caballero—. Pernoctaremos en el camino.

Callaham e Isabel intercambiaron una mirada. El tiempo jugaba en su contra. Cuanto antes llegaran a Burgos, antes encontrarían un transporte que les acercara a la frontera.

El caballero que acababa de hablar se inclinó gentilmente hacia ella.

—Permítame que le diga que tiene usted una educación exquisita.

Callaham se crispó de inmediato, pero Isabel comprendió lo que pasaba.

—Me educaron en un convento, debe ser eso.

—Maneras tan gráciles solo las he visto en la Corte, en verdad.

Miró a su acompañante. Sería difícil explicar por qué una noble

viajaba en un coche colectivo, sin servicio alguno. Muy posiblemente pensaran que se había fugado, algo inocente comparado con la verdad, pero era muy probable que dieran parte a la Guardia en cuanto tuvieran ocasión si así lo creían, por lo que debía convencerlo de que era una idea absurda.

Isabel tomó ahora la mano de su supuesto esposo, como el matrimonio perfecto.

—No he conocido a nadie que frecuente la Corte, aunque nos encantaría que nos lo presentaran, ¿verdad, cariño?

Él soltó una carcajada que sonó un tanto fingida.

—Daría un real de oro porque así fuera.

Isabel imitó su risa, absolutamente forzada, y Mona la acompañó, lo que logró que en unos instantes los seis integrantes del grupo estuvieran riendo a pierna suelta sin saber muy bien de qué.

Mona fue la primera en recuperarse.

—Pues con la timidez no se llega a ningún sitio. —Le golpeó a Isabel la rodilla con una mano—. Míreme a mí. Seguiría vendiendo verduras si no le hubiera dicho a Paco que me parecía agradable.

El rostro de su marido se encendió.

—Querida, nuestros acompañantes no querrán aburrirse con tus historias.

—¿A qué se dedican sus padres?

De nuevo, puso el foco en Isabel. Ella tragó saliva y Callaham le sonrió para darle a entender que saldría de aquello victoriosa.

—Mi madre murió. Papá… es comerciante.

—Y por eso se ha casado usted con un inglés.

—¡Exacto! —Él dio una palmada al aire.

Una piedra del sendero hizo que la conversación recayera de nuevo en el mal estado del Camino Real. Callaham e Isabel aprovecharon para intercambiar una mirada. Él intentó animarla con una leve sonrisa y los ojos de ella se lo agradecieron. Por alguna razón, aquello llenó el corazón del irlandés de enorme satisfacción.

—Esperemos que en el próximo puesto de guardia no nos entretengan —dijo al aire uno de los caballeros—. Tengo los huesos molidos.

Callaham lo cogió al vuelo.

—¿Próximo puesto de guardia?

—Este camino es peligroso, pero no debe preocuparse, encontraremos tropas a menudo.

Aquello era un gran problema, pero dijo lo contrario.

—Me quedo más tranquilo.

Capítulo 8
Una conversación confusa

Como era habitual en las zonas más escarpadas del Camino Real, los pasajeros debían apearse y continuar a pie detrás de la berlina, ya que se hacía imposible para los caballos remontar las cuestas con tanto peso.

Mientras el cochero tiraba de las riendas y azuzaba a los animales, los dos mozos empujaban el carruaje desde atrás con el objeto de sobrepasar sin percances aquella pendiente infernal.

En uno de los recodos, los caballos parecían incapaces de solventarla y la carroza trastabilló peligrosamente. Callaham, que no apartaba la vista de los enormes esfuerzos que hacían las bestias y los trabajadores, no lo dudó. Se quitó el gabán y la levita, a pesar del frío, y se unió a los dos mozos para intentar empujar y traspasar así la dificultosa pendiente que tenían delante.

A prudente distancia, caminaban los pasajeros en dos grupos que parecían la noche y el día.

Primero iban los tres hombres maduros, incluido el marido de la dama, que hablaban pausadamente sobre las nuevas oportunidades comerciales con Oriente ahora que las rutas eran seguras.

Detrás, las dos mujeres. Abrigadas para soportar los fríos de febrero y a paso lento, como correspondía a damas de buena educación.

Desde que Callaham abandonara el grupo de los hombres para ayudar en las maniobras, Isabel se había visto incapaz de apartar los ojos de él.

Era sorprendente cómo se ajustaba el pantalón a sus fuertes piernas y cómo la camisa, que empezaba a empaparse de sudor en el centro de la espalda, se pegaba a los músculos de los brazos cuando había que empujar con fuerza para que las ruedas no

retrocedieran.

A Mona no le pasó desapercibida aquella mirada embelesada, una mezcla de admiración y… ¿lascivia? Echó de menos los años mozos, cuando esta aún anidaba en su corazón.

—Es un hombre tremendamente atractivo.

Isabel tardó en comprender a qué se refería, y cuando se dio cuenta, sus mejillas se encendieron: mirar a un hombre era algo que se pagaba con el purgatorio. ¡Cuánto echaba de menos su rosario!

—Sí, por supuesto —contestó con timidez.

—¿Cómo se conocieron?

Hacía unas horas le habían dicho que su padre era comerciante y que esa era la razón por la que se descubrieron. Era cierto en gran medida, pues su condición de futura monja le prohibía mentir. Don Íñigo había sido muy mal visto en la Corte cuando empezó con sus aventuras mercantiles, pero estas eran la razón de su enorme fortuna. Así que, en efecto, su padre era comerciante… y marqués, y Grande de España, pero eso no era lo que le habían preguntado.

Ahora debía andarse con cuidado para no faltar a la verdad y mantenerse a salvo.

—Nos cruzamos en un zaguán. —Llegó a la conclusión de que era cierto y no la comprometía—, y ahí empezó todo.

—Qué historia tan encantadora.

Ella simplemente sonrió.

—¿Puedo ser indiscreta? —arremetió Mona.

Isabel se sintió incómoda. En su círculo social jamás se traspasaban ciertas barreras de intimidad, y en el convento, hablar de una misma era casi un pecado de vanidad. Ser indiscreta se consideraba algo muy similar a un paseo por los infiernos de Dante.

—No sé si sabré responderle —se sinceró.

La dama se colgó de su brazo. A pesar de ayudarse por un largo bastón, aquella cuesta la hacía resoplar como a una ballena.

—Aún no han consumado el matrimonio, ¿verdad?

Un calor abrumador le subió al rostro. Había oído hablar mucho sobre la consumación, aunque no estaba muy segura de a qué se referían. Instintivamente, miró a Callaham. Se estaba limpiando el sudor de la frente con el antebrazo, por lo que la camisa abierta mostraba claramente la misma imagen que aquella mañana había vislumbrado en la habitación de la posada.

Era muy consciente de que llevaba toda su vida apartada del mundo. Primero, en manos de sus cuidadores y preceptores, y después, de las hermanas. Era muy posible que fuera de los jardines de los palacios y de las tapias de los conventos aquellas conversaciones fueran habituales, así que decidió seguirle el juego para que no sospechara sobre sus orígenes y su identidad.

—No, no lo hemos hecho.

—Mi pobre niña. —Le palmeó el brazo—. Si su madre falleció hace tiempo, es posible que no tuviera la oportunidad de informarla sobre los rituales del lecho.

Ignoraba a qué se refería, pero la curiosidad le asaltó de inmediato.

—Yo tenía diez años cuando mamá nos dejó.

Mona parecía desolada.

—¿Y su marido tampoco la ha… instruido sobre sus deberes?

«¿Qué deberes?», se preguntó. Si su firme intención no fuera la de meterse a monja, algo que ya estaba decidido, estaba segura de que le habrían enseñado todo lo necesario para satisfacer a un marido de su misma posición: bordar, leer poemas, tocar el pianoforte y poder mantener una conversación piadosa. Debía referirse a eso, sin duda.

—¿Estamos hablando de esos… deberes? —Intentó no parecer estúpida.

—Exacto, querida. —Aquello pareció tranquilizarla—. Me deja más tranquila que sepa de qué hablamos.

Se sintió satisfecha.

—León y yo dedicamos mucho tiempo a… —Supuso que fuera del convento, todas aquellas actividades de una dama de posición se denominarían así—. A nuestros deberes.

Mona le dio un codazo en las costillas a la vez que sonreía misteriosamente.

—¡Qué maravilla! Con un hombre así y con su edad, yo no pararía de practicar. Tiene un porte absolutamente maravilloso —dijo sin apartar la vista de Callaham—, si me permite este atrevimiento.

Se preguntó qué rasgo físico vislumbraba en Callaham para presuponerle que sentía una pasión desmedida por la poesía y el pianoforte. ¿Los caballeros de buen porte solían ser asiduos a las

Artes? Supuso que así sería.

—Es incansable. —Se envalentonó—. A veces me duelen los dedos, pero insiste en que continúe hasta quedar sin fuerzas.

Sor Benedicta era así, hasta que no era capaz de pulsar la sucesión correcta de acordes, no dejaba que apartara las manos del piano.

Mona parecía que empezaba a sofocarse. Debía ser por la pendiente.

—Por lo que veo, son ustedes aficionados a prácticas… modernas.

Le encantaba hablar de música. Una de sus pasiones era el canto. Era capaz de alcanzar notas altísimas. Cantar elegantes composiciones vocales para sus esposos era otra de las enseñanzas del convento.

—A veces. —se animó—, me duele la garganta por el esfuerzo, pero merece la pena.

—¿La obliga a…?

—Lo hago yo gustosa —contestó satisfecha—. Todo lo que sea darle placer a mi marido es grato para mí.

Mona se había apartado ligeramente de ella. Ahora la miraba de manera distinta. El rostro piadoso, casi de *madonna*, de hacía unos minutos, ahora se asemejaba al de alguien que la admiraba.

—Nunca lo hubiera imaginado viendo sus exquisitas maneras, mi querida amiga.

Isabel se sentía muy satisfecha. Sabía que Callaham dudaba de su capacidad para comportarse correctamente fuera de conventos y palacios. Y allí estaba, saliendo al paso sin dificultad alguna.

—Me educaron para eso.

El rostro de Mona se llenó de compasión. Cuando conoció, le pareció la criatura más exquisita que nunca había visto. Ahora comprendía que aquella muchacha fue criada en un prostíbulo, único lugar donde podrían haberle enseñado a satisfacer así a un caballero.

—Mi pobre niña. —La achuchó cariñosamente. Isabel no terminaba de comprender qué le pasaba—. He conocido a otras mujeres que tuvieron ese tipo de infancia. Y me hace dichosa que el señor Callaham la rescatara, pero creo que no debería plegarse tan fácilmente a sus… caprichos.

—Verlo disfrutar me hace muy feliz.

La dama no tuvo más remedio que toser.

—Por supuesto, pero debemos mantener nuestra dignidad.

En aquel momento, Isabel no tenía ni idea de qué estaban hablando. «Consumación y deberes conyugales» seguían estando en el limbo oscuro de las ideas mal definidas.

—Sí, la entiendo —contestó para no comprometerse.

La berlina ya había llegado a la cima, y el cochero les estaba indicando, con gestos, que ya podían tomar sus asientos. Callaham estaba felicitando a los mozos mientras abrochaba los lazos de su camisa. Estaba sudoroso y despeinado, pero Isabel tuvo que convenir en que tenía algo que le impedía dejar de observarlo. Quizá ese cabello que se empeñaba en ir en todas direcciones, o aquella cicatriz tan viril que le partía la ceja.

—Lo que no comprendo —continuó Mona, con las cejas arrugadas por la duda— es por qué, si son ustedes tan arrojados y desean tener una docena de hijos, no han consumado el matrimonio.

Ahí estaba de nuevo ese asunto de los «deberes». Decidió dar un baño de santidad a su supuesto marido.

—La virtud de León es demasiado grande.

Los ojos de Mona se abrieron de par en par. ¿De verdad la joven le estaba hablando de la… «virtud» de su marido?

—¿Tanto? —se atragantó.

—Enorme.

Se puso una mano en el pecho. Su Paco también era un hombre bien dotado, pero por lo que decía esa muchacha, y parecía tener experiencia en esas lides, el joven apuesto que venía hacia ellas era todo un toro de lidia.

—Comprendo. —Tosió. Le había entrado un calor sofocante—. Conocí a un hombre así. Puede ser muy doloroso.

Isabel no supo entender por qué debería doler ser virtuoso. Supuso que era una cita teologal y admiró que Mona fuera docta en el evangelio.

Callaham ya se había puesto la levita y se abrochaba el gabán para no enfriarse. Por algún motivo, mientras se acercaba a ellas, Mona no pudo dejar de mirar entre las piernas del irlandés.

—Su encantadora esposa y yo hablábamos de usted —le dijo en

cuanto estuvo a su lado.

Sí, antes de terminar de atarse el gabán, había podido confirmar que la muchacha tenía razón sobre su enorme «virtud».

—Espero que haya sabido alabar mis encantos —dijo él, cortés, tras una ligera reverencia.

—Mucho. —Mona le guiñó un ojo—. Me ha puesto los dientes largos con su descomunal… encanto.

Sin soltar a Isabel del brazo, continuaron andando hacia la berlina.

Callaham se quedó allí parado, rascándose la cabeza, y preguntándose de qué diablos había estado hablando doña Isabel.

Capítulo 9
Un recuerdo afortunado

El sargento Robles atravesó el puesto de guardia y los dos soldados que custodiaban la entrada del cuartel se pusieron firmes de inmediato.

Entre la tropa tenía fama de ser tan riguroso como magnánimo. Igual no le temblaba la mano cuando tenía que castigar una incorrección, que se jugaba su puesto si debía defender una injusticia. Eso había provocado que sus hombres sintieran verdadera admiración por él y fueran capaces de seguirle incluso al mismo infierno.

Robles era tan consciente de que su vida era la ley y el orden como de que sus cualidades estaban desaprovechadas. Su padre había sido herrero, como su abuelo y su bisabuelo. Él era el primero de su estirpe que se dedicaba en cuerpo y alma primero al ejército y después a la Guardia Real. Pero por su ascendencia, con cuarenta años cumplidos, había llegado al límite del escalafón que estaba permitido a los plebeyos. Para ser oficial, era necesario demostrar sangre noble en sus venas, lo que en él era una ausencia absoluta.

El rey usurpador, José Bonaparte, había acabado con esta práctica, pero la instauración Borbónica había vuelto a las antiguas costumbres.

Su capitán era un auténtico majadero. Hijo de un caballero de la Orden de Malta, eso sí, pero tan inútil como obstinado.

Un grupo de soldados que haraganeaban en el patio adquirieron una actitud marcial en cuanto repararon en él. Robles era de los que pensaban que no se dejaba de ser soldado ni en el cuartel ni en la casa, así que cuando pasó cerca de ellos, a pesar de no estar de servicio, tuvo la necesidad de corregirlos.

—Átese la lazada —le indicó a uno—. Y usted, vuelva dentro y

lustre esas botas, y los botones de la casaca.

No rechistaron. Todos sabían que el sargento no admitía réplicas y recordaría sus rostros, por lo que la próxima vez que se encontraran se aseguraría que sus órdenes habían sido cumplidas.

Esa tarde había algo en su cabeza que no lo dejaba tranquilo.

Conocía esa sensación, cuando algo le rondaba, como una avispa alrededor de la miel, y no desaparecía hasta que no daba con ello.

No estaba muy seguro de qué se trataba. Quizá una idea que se había alojado allí arriba o una percepción que su cerebro aún no había digerido, pero estaba seguro de que era importante.

Le pasaba a menudo y era consciente de que no debía desestimarla. Por una de aquellas sensaciones fue capaz de apresar a Pedro el Chato, bandolero que había aterrorizado los montes asturianos, o de descubrir el paradero de soldados franceses escondidos en tiempos de la guerra.

Lo de aquella mañana era algo tenue. Como el resplandor de una vela en la distancia, pero tan intenso como un ataque de gota.

Mientras se dirigía al despacho de su capitán, repasó mentalmente su jornada. Aquella mañana, su esposa le había servido gachas y discutieron sobre la conveniencia de desposar a su hija mayor con el primogénito de su panadero. Para su mujer era una oportunidad que no podían perder, pero él pensaba que su hija, cuando tuviera edad suficiente y juicio propio, debería elegir con quién casarse y ser responsable de su propio destino.

Había salido de casa de malhumor, y este se agrió cuando el capitán lo mandó a supervisar la salida de los viajeros que tomarían el transporte compartido desde la Casa de Postas. Era un trabajo propio de soldados, que no necesitaba de su supervisión. Nadie que tuviera una intención oscura utilizaría ese tipo de servicio, sino que saldría de la ciudad posiblemente a caballo, en una carroza privada o incluso a pie.

Había sido una total pérdida de tiempo, como ya suponía, lo que ayudó a que su humor se tornara más oscuro.

Cuando llegó al despacho de su superior, el asistente le dedicó un saludo militar.

—Sargento, el capitán aún no puede atenderle.

Arrugó la frente.

—Me ha mandado una nota de que acuda de inmediato.

—Está… ocupado en este momento.

El rubor en el rostro del muchacho le hizo comprender que sería algo reprobable. Su oficial al mando apenas tenía veinte años y le interesaba tanto el ejército como a él la ornitología. Después los caballeros en los clubes se preguntarían por qué se perdían las guerras.

Decidió no protestar. No serviría de nada. Aquella nota decía que debía acudir al puesto de mando de inmediato, y había dejado el almuerzo a medio tomar para estar allí.

No podía pagarlo con el asistente, así que se sentó en el banco que había en una pared, y permaneció muy quieto, con la firme intención de dominar su malhumor.

Lo que aún quedaba de aquellas reformas de José Napoleón era el ascenso por méritos. Algunos plebeyos como él podían entrar en el cuerpo de oficiales si probaban méritos suficientes como para lograrlo. Era injusto, por supuesto, pues su capitán simplemente había nacido, nada más, mientras que él debería lograr algo heroico, pero así eran las cosas.

Precisamente por eso estaba de tan malhumor, porque supervisando documentos de viajeros o vigilando que no hubiera reyertas en el mercado era muy difícil que le saliera una oportunidad donde probar su valía.

Cuando empezó en la milicia, hacía más de veinte años, estaba lleno de ilusiones. Lo hizo como soldado al cuidado de la seguridad de una de las mejores familias del Reino, los Mendoza, concretamente, de don Íñigo y de su progenie, que habían caído en desgracia recientemente.

Aún se acordaba de su esposa. Era, posiblemente, la mujer más bella que había visto nunca. Tanto que uno sentía cierta fascinación al estar en su presencia. Como todos, estuvo medio enamorado de ella, cosas de la juventud, ya que la marquesa no reparaba en la presencia de los jóvenes soldados que estaban a su cuidado.

Don Íñigo le agradaba. Sabía ser digno a la vez que trataba a cada uno con respeto. Pero si, como se decía, había traicionado al Rey, debía pagar por el incumplimiento de su deber, como cualquiera, fuera cual fuera su nacimiento.

Volvió a darle vueltas a qué era aquello que no salía de su cabeza. Sabía que antes o después la niebla se aclararía y lo vería

claro, como siempre pasaba, pero mientras tanto, era una sensación tan incómoda que la detestaba.

La puerta del despacho del capitán se abrió en ese instante y el sargento se puso en pie y adoptó una posición marcial, como correspondía al respeto que merecía un superior.

Pero quien salió fue una mujer joven y bella, con un traje colorido y mucho carmín en labios y mejillas que terminaba de recolocarse el vestido, como si hubiera tenido que quitárselo.

La mirada del sargento se opacó. Era partidario de que cada uno hiciera lo que le viniera en ganas siempre que no contraviniera la ley y que lo desempeñara fuera de su tiempo de servicio.

—Robles —dijo el capitán, asomándose a la puerta—, ¿qué hace aquí?

Esa era otra de las cosas que no soportaba de su superior: ni siquiera aparentaba que tenía el más mínimo interés en su desempeño.

—Según esta nota. —La alzó—, era algo urgente, señor.

El capitán tardó en recordarlo. De repente, sus ojos se iluminaron.

—Cierto. —Dio una palmada en el aire—, pase y cierre la puerta.

Aquella falta de dignidad le exacerbaba. Llevar los galones de capitán era un honor y una responsabilidad, y había que estar a la altura. Pero su sólida instrucción le hacía respetar minuciosamente las precedencias, aunque fuera con un superior como aquel.

Su capitán parecía más un estudiante que un guerrero. Demasiado joven, en mangas de camisa y con los tirantes caídos, mostraba una imagen difícil de respetar.

Le ofreció asiento, mientras él lo hacía en su silla, colocando las botas sucias sobre la mesa.

No lo aceptó, por supuesto. Era del todo inconveniente sentarse en presencia de un superior.

—¿Un jerez?

También lo rechazó, pero el capitán se sirvió una copa generosa.

—Mi padre insiste en que debo ascender.

Aquella afirmación le agrió aún más el carácter.

—Lo lamento, señor —intentó no parecer cínico.

—Se lo agradezco. Un puesto más elevado implica más

responsabilidad y trabajo, dos cosas que me ponen el vello de punta. ¿A usted no?

—No, señor.

El muchacho lo miró con simpatía. Le agradaba aquel hombre firme y correcto, aunque agradecería que tuviera un poco de sentido del humor.

—Es usted un militar de raza. ¿Su padre también lo era?

La pregunta incomodó al sargento.

—Me temo que no, señor.

El capitán se recostó sobre su silla, como si estuviera en una fonda en vez de en el puesto de mando de la Guardia Real.

—Entonces es todo un mérito. Mi padre insiste en que necesitamos un golpe de efecto, algo que llame la atención a los de arriba.

Aunque aquella afirmación era del todo hiriente para alguien en su situación, también era consciente de que su suerte estaba atada a la de aquel hombre; si el capitán ascendía, era posible que él también lo hiciera.

Por un momento, su malhumor se templó, pues tenía buenas ideas en aquella dirección. Con un estado corrupto y una administración que era un desastre, había mil lugares donde indagar, aunque para el objetivo que seguía el capitán, lo mejor era apuntar alto.

—El entorno de Su Majestad es levantisco —apuntó—. Si me permite investigar…

—Nada de eso. —Lo cortó de inmediato el capitán—. Cualquiera de los caballeros que rodean al Rey nos mandaría a galeras si se enterasen. Debe ser algo inofensivo y de gran impacto. Por eso le he llamado. Seguro que a usted se le ocurre algo.

Ya estaban en lo de siempre: lograr algo sin riesgo. Sabía de sobras que era un imposible que… Algo que había sobre la mesa del capitán le llamó la atención.

Era un dibujo de imprenta, el busto de una mujer que parecía extraído de un cuadro por el tratamiento que tenía. Era habitual que la Guardia distribuyera retratos de forajidos que era necesario atrapar, pero raramente eran mujeres.

—¿Puedo verlo, señor? —lo señaló con un dedo.

El capitán tardó en comprenderlo. Sin moverse de su cómoda

posición, le dio permiso con un voleado gesto de la mano.

—Me lo trajeron esta mañana antes de que usted estuviera aquí. Es una monja prófuga, ¿se lo imagina? Anoche tuvimos que registrar un convento. Me perdí una cena del club. —Soltó una carcajada—. A dónde vamos a llegar.

Se le encendió un dolor de estómago al enterarse, ya que esa mañana podría habérselo enseñado, pero como todo en el doliente estado de aquel muchacho, no sucedió. Hizo un esfuerzo para que su superior no lo notara.

—¿Se ha fugado con alguien?

—Es más complicado. ¿Ha oído hablar del escándalo de don Íñigo de Mendoza?

Sus oídos se agudizaron. Aquella sensación que tuviera desde hacía rato empezaba a tomar forma.

—Sí, señor.

El capitán tenía una expresión de absoluto aburrimiento.

—Se rumorea que ha intervenido para que Inglaterra no auxilie a nuestro Rey en la compra de una flota que proteja las costas, un delito contra la Corona que se paga duramente.

—Algo he oído, señor.

—Aunque el marqués reside en Londres, cinco de sus hijas aún vivían en España. De cuatro de ellas sabemos que han logrado escapar, pero la quinta…

Lo dejó en el aire. Las sensaciones de Robles empezaban a materializarse. ¿Aquella mañana ante la Casa de Postas…?

—¿Es esta? —señaló.

—Se había negado a acompañar a sus hermanas porque ha tomado los hábitos, pero ayer noche logró huir cuando fuimos a buscarla. Imagínese: una monja prófuga. —Otra carcajada—. Pero me temo que queda fuera de nuestra competencia.

Robles analizó el dibujo. Era una mujer joven, de rasgos finos y porte sereno. Bajo los trazos aparecía su descripción. En cuanto la leyó, sintió un escalofrío porque la había tenido delante aquella mañana.

—¿Por qué queda fuera de nuestra competencia, señor? —Quiso saber antes de exponerlo.

—Los delitos de traición los lleva otro destacamento.

—¿Y si nosotros damos con ella? —Lo miró directamente a los

ojos, algo que no estaba regulado en el código militar—. Buscaba algo que le hiciera lucirse.

El capitán parecía muy cansado.

—Buscar a una mujer en Madrid es como hacerlo con una aguja en un pajar, mi querido sargento.

Aquella era la oportunidad que buscaba, y no iba a dejarla desaprovechar.

—No, señor, porque sé dónde se encuentra esta mujer en este preciso momento.

Capítulo 10
Un encuentro ansiado

Don Íñigo volvió a sacar la cabeza a través de la ventanilla de su berlina.

—¿Podemos bajar ya?

El capitán de su guardia, que estaba vigilante sobre lo que acontecía alrededor, fue una vez más al encuentro de su señor.

—Las maniobras de atraque se demorarán un rato aún, señoría. Con este frío, es preferible que aguarde dentro del carruaje.

El marqués asintió, aunque su espíritu cabalgaba acelerado en su pecho. Aquella noche nevó, y si no fuera por la estufa transportable de carbón que los lacayos habían instalado bajo una manta de marta cibelina sobre la que se acomodaban los pies, estarían helados.

Convino con su capitán en que tenía razón, y volvió a cerrar la ventanilla.

—Ha esperado varios años, milord. ¿Qué son unos pocos minutos en comparación?

Tuvo que convenir que la señora Smith tenía razón.

Esa mañana habían recibido la noticia de que la goleta en la que sus hijas escaparon de España estaba a punto de atracar en Greenwich.

Era una noticia tan ansiada que hasta se sintió desfallecer cuando leyó la nota y necesitó sentarse unos minutos para recuperar la fuerza y la compostura.

Chesham Manor estaba preparada para recibirlas. La señora Smith se había afanado para que las cuatro mejores habitaciones de la mansión estuvieran a punto en el momento en que llegaran. A diario se llenaban de flores frescas que costaban una auténtica fortuna, ya que el invierno estaba siendo crudo y había que traerlas

de zonas más cálidas.

Por eso mismo, cuando ordenó que enjaezaran su berlina, dio orden de que el ama de llaves le acompañara al puerto, con idea de que sus pequeñas tuvieran una presencia femenina y atenta desde el instante mismo en que tocaran suelo inglés.

—Cuénteme otra vez cómo son sus hijas.

Don Íñigo miró al ama de llaves. Era una gran mujer. ¿Qué hubiera sido de ellos sin su constante atención? De María, que había utilizado su firmeza para sobrevivir a un mundo demasiado crudo para ella. De Leonor, tan ávida de libertad que no conseguía que nadie la entendiera.

Suspiró. Últimamente, hablaba mucho de ellas, de sus hijas, de sus tesoros. Quizá porque durante sus años de trasiego de embajada en embajada había sentido la seguridad de que estaban bien atendidas y cuidadas, mientras que en aquellos días trágicos…

—La pequeña —empezó, y sus ojos brillaron—, doña Inés, es la que más se parece a su madre. Tiene una belleza arrolladora de la que es muy consciente.

—María y Leonor son dos beldades.

—Pues cuando conozca a Inés, verá que la lozanía de las dos mayores se vuelve pálida en comparación. Debe tener ahora, déjeme pensar…, dieciséis, y según me dicen los informes de sus ayas y preceptores, conoce de memoria las gacetas de moda que le llegan de París, a las que está suscrita. Me temo que es una coqueta, así que será necesario templar su carácter hacia la modestia.

Aunque sus palabras pudieran parecer lo contrario, la expresión de su rostro se regocijaba en cada imagen de su adorada hija.

—¿Detrás iba doña Ana?

—Es su cara opuesta. —Su rostro volvió a iluminarse al recordarla—. Demasiado responsable para diecisiete años. Tiene pasión por la ciencia aplicada y sus maestros me hacen llegar sus continuas demandas de aparatos de óptica, engendros de vapor e instrumentos de nombres impronunciables. Sería feliz en un taller donde llevar a cabo sus experimentos.

La señora Smith tuvo cuidado al hacer la pregunta, pero quería saberlo todo de aquellas muchachas.

—¿A ella fue a quien estuvieron a punto de expulsar del convento?

—¡Incendió un ala entera! —Su sonrisa se amplió—. Gracias a Dios no hubo desgracias y era de nueva fábrica, pero me costó una pequeña fortuna su reconstrucción y el donativo de compensación que tuvo que acompañarla. Uno de sus experimentos de vapor, ya sabe.

Aún le costaba trabajo ordenar en su cabeza quién era quién entre las hijas del marqués que pronto ocuparían la mansión, pero empezaba a hacerse una idea.

—Y, por último, las gemelas. —A ellas dos podría reconocerlas nada más verlas, esperaba.

Don Íñigo alzó los ojos al cielo. Quería expresar cierta congoja, pero era una mirada de éxtasis y adoración por sus adorados retoños.

—Solo mi esposa era capaz de distinguirlas. María también, pero a veces se burlaban de ella. A Leonor se le ocurrió, de pequeña, la idea de marcarle el rostro a una de las dos para saber quién era quién, pero pudimos detenerla a tiempo.

El ama de llaves soltó una carcajada que de inmediato reprimió para adoptar su habitual actitud comedida.

—¿Ni siquiera se diferencian en carácter?

El marqués lo pensó detenidamente. Hacía demasiado tiempo que no las veía, pero entonces le era imposible distinguirlas.

—Doña Elena es más callada, disfruta con la lectura y con la música y siente pasión por la medicina. Doña Sofía, en cambio, tiene un temperamento artístico. Al menos, así lo llamaba mi difunta esposa. Rara vez no tiene las manos manchadas de óleo o las uñas rotas porque ha estado tallando con una gubia. Como ve, mis hijas no son convencionales.

Dos golpes en la puerta captaron su atención. Cuando la abrió, el capitán parecía tan emocionado como él mismo.

—Señoría, el barco ha atracado y están montando la rampa.

Se tiró de la berlina sin pronunciar palabra ni esperar a que los lacayos extendieran la escalerilla. Su habitual paso renqueante pareció haberse recompuesto por obra de magia porque, con la vista puesta en una elegante goleta que izaba un estandarte portugués para no ser retenido en puerto, se dirigió en aquella dirección sin importarle que la nieve y el hielo volvían inseguro el pavimento.

La señora Smith no fue tan temeraria. Esperó pacientemente a

que todo estuviera debidamente dispuesto. Dio orden de que las puertas y ventanas de la carroza se cerraran convenientemente para mantener el calor y, solo entonces, se atrevió a seguir a su señor.

Al principio, apenas pudo distinguir cuatro bultos de diferentes estaturas envueltos en gruesas capas de pieles que descendían de la embarcación y corrían hacia su señoría.

Un par de años atrás habría reprobado firmemente ese comportamiento, pues una dama nunca, jamás, debe apresurarse. Pero hacía dos años que trabajaba para los Mendoza y había aprendido que la espontaneidad podía ser una virtud.

Se mantuvo a prudente distancia mientras la familia se encontraba.

Don Íñigo cayó de rodillas antes incluso de que sus hijas llegaran hasta él. Supuso la emoción que debía embargar a su señor en esos momentos. Las muchachas lo rodearon, lo abrazaron, y por el movimiento de sus cuerpos, sospechó que las emociones habían flotado en forma de lágrimas.

Ella misma tuvo que reprimir las que se empeñaban en caer por sus mejillas. Con disimulo, sacó un pañuelo de la bocamanga y se limpió la humedad de los ojos. Cuando se recompuso, el marqués ya iba a su encuentro, acompañado de sus cuatro hijas.

Las abrigadas capas y gorros apenas les permitían vislumbrar los rostros, pero de inmediato vio que el verde grisáceo, tan particular de los ojos de los Mendoza, lo compartían las cuatro.

Otra de las características comunes en todas ellas era la elegancia natural que ya vislumbrara en doña María la primera vez que la vio. Podía ser confundida con altivez, incluso con una desmedida seguridad en sí misma. Pero para la señora Smith, que llevaba media vida rodeada de grandes aristócratas, era ese elemento tan difícil de imitar que se adquiría tras generaciones de vida cortesana.

Las gemelas eran inconfundibles. Como le había dicho su señoría, parecían dos gotas de agua que, a su vez, fueran mellizas. Tenían una expresión vivaz y un color de tez envidiable, ligeramente dorado dentro de la blancura que correspondía a una dama. Había algo en ellas que agradaba al instante. Quizá la sonrisa, que no terminaba de borrarse en su rostro, o cierta expresión sorprendida con que lo miraban todo. Sabía que no sería

fácil tratar con ninguna de ellas: eran Mendoza y, al parecer, eso venía de fábrica, pero tuvo la intuición de que con aquellas dos lo tendría menos complicado.

Doña Inés, la pequeña, debía ser la que tenía tan firmemente asido a su padre como si jamás se fuera a volver a separar de él. Don Íñigo se había quedado corto exponiendo su belleza porque no solo se trataba de un rostro perfecto, donde cada elemento por separado podía ser adorado en un altar, sino que el conjunto y cierta sofisticación que solo se podía traer de nacimiento la volvía tan irresistiblemente atractiva como debía ser Lucifer cuando aún era un ángel.

La cuarta, doña Elena, parecía la más analítica. Mientras que sus hermanas no podían disimular la emoción que las embargaba en forma de lágrimas, su rostro permanecía seco y sereno y daba la impresión de estar más interesada en el mecanismo de las enormes grúas del puerto que en la emocionante escena de la que ella era parte. También era muy hermosa, de rojos y voluptuosos labios que le recordaron a doña Leonor, pero con cierto distanciamiento que achacó a una mirada poco afilada.

Cuando llegó hasta ella, un don Íñigo transformado en el hombre más feliz del mundo abrió los brazos como un padre orgulloso.

—Señora Smith, estas son…

No pudo terminar, porque una calesa venía hacia ellos con los caballos al galope.

El capitán empuñó su espada y sus hombres se lanzaron a proteger a la familia, pues todo indicaba que el imprudente conductor iba directo a ellos.

Las palabras permanecieron heladas en la boca de don Íñigo y la señora Smith ya iba a lanzarse sobre las muchachas para protegerlas con su cuerpo, cuando el ligero carruaje frenó en seco, y un remolino envuelto en una capa negra corrió hacia ellas.

Fue doña Inés quien la reconoció.

—¡María!

Lady Torlundy, antes conocida como María de Mendoza, la mayor de todas ellas, se arrojó a sus brazos, las abrazó, las besó una a una, y cuando terminaba, volvía a empezar con la primera, alabando en esta la lozanía de su piel, en aquella la estatura y en

otra el buen aspecto.

Don Íñigo se apartó para dejar que su hija correspondiera a sus anheladas hermanas, a quienes había echado tanto de menos como él mismo.

En aquel momento, había una duda en su cabeza que le llevó a fruncir la frente, a pesar de su felicidad: ¿Quién se lo había dicho a María, que en ese instante debería estar disfrutando de los baños calientes de Bath?

Porque su intención era que su hija mayor no se enterara hasta que Isabel no se reuniera con ellos un par de semanas más tarde.

Cuando María consiguió que su respiración se calmara, se incorporó, mirando alrededor como si hubiera perdido algo. Solo entonces cruzó los ojos con los de su padre.

—¿Dónde está Isabel?

El marqués supo que aquel día iba a terminar con un terrible dolor de cabeza.

—Tenemos que hablar.

Capítulo 11
Un mensaje misterioso

La noche anterior no encontraron alojamiento para todos los ocupantes del coche compartido, así que se habían distribuido de la manera más peculiar en una posada llena hasta rebosar en medio de ninguna parte. Si a eso se sumaba que el frío se estaba volviendo más intenso a cada paso, el viaje empezaba a convertirse en algo muy incómodo.

—¿De verdad he de dormir con Mona? —le había preguntado Isabel en voz baja mientras esperaban a que el posadero sirviera algo de queso, que era en todo lo que consistiría la cena.

—Y con aquellas dos señoras en la cama de al lado —señaló a dos mujeres estrictamente vestidas de negro que mantenían el rictus tan fruncido junto a la chimenea que parecían a punto de reprobar cualquier cosa—. Es la costumbre. Se paga por un espacio en la cama. Una habitación para un solo viajero es un lujo que haría saltar todas las sospechas.

Isabel no replicó. Parecía más sorprendida que molesta. Aquella criatura había pasado de las comodidades de palacio a las mortificaciones del convento, y aquel término medio en el que vivía la ciudadanía común parecía resultarle de lo más particular.

—¿Y dónde lo hará usted?

Callaham esbozó una sonrisa un tanto forzada para que los que estaban alrededor, compartiendo la misma larga mesa, no leyeran sus labios.

—¿No crees que deberíamos tutearnos?

Isabel lo miró a los ojos. ¿Cómo podían ser tan luminosos?, se preguntó él.

—¿A un forajido que me ha raptado y ha olvidado mi rosario?

Y cómo podía ser tan rencorosa.

—A tu marido. Recuerda que para toda esta gente somos un par de enamorados.

Ella alzó una ceja.

—¿De verdad alguien se ha enamorado alguna vez de usted?

Le molestó la pregunta. Y mucho. Pero no iba a salirse con la suya sacándolo de sus casillas. Lanzó una mirada alrededor, tranquilizadora, y volvió a bajar la voz para centrarse en su «querida esposa».

—Te sorprendería la de corazones que puedo llegar a romper.

—De disgusto, supongo.

Los ojos de Callaham echaron fuego. ¡Vaya con la monjita! Tendría que darle una lección para que supiera que con su fogosidad no se jugaba.

—Ruborízate si quieres, pero soy un magnífico amante.

—Amante del delito, se referirá.

No, tratar con ella no era asunto fácil. ¿Y si la dejaba allí sentada e iba en busca de la Guardia para que se la quitara de encima? Estuvo tentado a hacerlo, pero la recompensa era demasiado apetitosa. Otra sonrisa tranquilizadora alrededor y volvió a centrarse en Isabel.

—Más vale que me tutees —alzó la voz—, amor —la bajó de nuevo—. Si cualquiera de ellos sospecha de nosotros, no dudarán en dar parte a las autoridades porque estos caminos están repletos de bandidos que se hacen pasar por personas respetables. Ya eres demasiado rara para ellos.

Aquello sí pareció molestar profundamente a doña Isabel.

—¿Rara? ¿Cómo te atreves?

¿De verdad tenía que explicárselo? Pero al menos, lo había tuteado.

—Has pedido agua de rosas para lavarte las manos cuando hemos llegado.

—No entiendo qué puede tener de extraño.

El posadero se quedó mirándola, como si le hablara en chino, mientras ella se había quitado los guantes y extendido las manos para que «alguien» se las enjuagara.

—Y has exigido que no pongan cebolla al faisán —añadió, porque Isabel daba por hecho que, en España, como en su casa, se cenaba faisán todas las noches.

—Sigo sin entenderte.

—Isabel, esto no es la Corte —intentó que su voz no sonara exasperada, pero no lo logró—. La mayoría de estas personas no han visto un faisán en su vida, y menos estofado. Y sobre el agua de rosas… Olvídate de tus costumbres. Al menos, durante unos pocos días.

Ella se volvió hacia su plato, donde había un trozo de queso y otro de pan. ¿Sabría qué eran y cómo se comían?, se preguntó Callaham. Se había puesto muy seria, y adoptado esa actitud estirada, en la que parecía que su cuello crecía una pulgada.

Al fin se volvió hacia él, mirándolo por encima del hombro. Si no fuera tan hermosa, si no fuera tan apetecible, le diría un par de cosas desagradables.

—¿Dónde dormirás?

Aquello lo enterneció. No solo porque al fin lo tuteaba, sino porque se preocupaba por él.

Sonrió y se regodeó un poco, como un gatito.

—Juntarán las mesas cuando termine la cena y nos darán unas mantas para que nos acomodemos. Gracias por preocuparte.

Ella alzó una ceja.

—No es por preocupación, es para saber qué lugares debo evitar.

Y, sin más, se puso de pie, dirigiéndose hacia las escaleras sin probar un bocado.

A Callaham se lo llevaban los demonios, pero como a su alrededor la actitud de la dama había resultado extraña, tuvo que disimular.

—Descansa… —dijo en voz alta—, amor mío.

Aquella noche había dormido mal. No porque la improvisada cama fuera incómoda, que lo era, sino porque Isabel no había salido de su cabeza.

En uno de sus sueños, ella se estaba dando un baño, completamente desnuda, cuando él entraba en la habitación, y entonces su protegida le pedía que le enjabonara la espalda muy lentamente.

En otro, a Isabel se le metía una hormiga dentro del vestido y ella le pedía, gimiendo, que la buscara y acabara con ella, también muy lentamente.

Todos esos ensueños le habían provocado un estado de fiebre

que, estando en un lugar tan público, con ciudadanos ocupando cada rincón libre del comedor, era difícil de sofocar.

Por la mañana, se había levantado temprano, bajado al arroyo helado que discurría detrás de la posada y sumergido en el agua fría, medio congelada, a pesar de las bajísimas temperaturas, para recuperarse de lo que fuera que le inflamaba la sangre.

Al fin, aliviado, se había secado con la misma camisa de dormir, vestido y peinado como pudo, y regresado al interior donde, mágicamente, las mesas cumplían de nuevo su cometido e Isabel se sentaba junto a Mona en una de ellas, esperando que le sirvieran el desayuno.

—¿Ha salido a tomar un poco de aire fresco? —preguntó Mona, coqueta, en cuanto lo vio llegar, señalando un asiento libre frente a su supuesta esposa.

Se lo agradeció, y cuando vio que Isabel se negaba a mirarlo, hizo todo el ruido que pudo arrastrando el banco aún vacío.

—Todo indica que va a nevar.

—No es habitual en esta zona, pero estamos en un año frío y húmedo. Eso retrasará a los caballos —dijo el marido de Mona, apareciendo y sentándose a su lado tras hacer las cortesías correspondientes a las damas.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par, y una ráfaga helada recorrió el comedor. Quienes aparecieron en el hueco grisáceo fueron un par de soldados de la Guardia, que permanecieron en el umbral, atisbando el interior.

Callaham se envaró de inmediato. Los tenía de frente y agradeció que Isabel no los hubiera visto. Quizá eran solo dos viajeros, como ellos, que se detenían a tomar un refrigerio. Rogó que fuera así.

—¿Cuánto cree que tardaremos en llegar a Lerma? —le preguntó a uno de los dos caballeros, que también había hecho acto de presencia.

—Esperemos que mañana. —Dudó—. Si el tiempo empeora, no antes de pasado, a menos que quedemos atrapados y tengamos que esperar a que despejen los caminos.

—¿Tienen prisa por llegar a su destino? —preguntó el otro.

Miró de reojo a los guardias. Estaban pidiendo la documentación, mesa por mesa. Intentó tranquilizarse. Sus papeles

estaban en regla. Eran falsos, pero en regla, así que no debía preocuparse. Intentó contestar con la mayor naturalidad.

—Volver a ver a la familia siempre es un aliciente.

Isabel se había comido el plato de gachas sin rechistar y sin levantar la mirada. Al parecer, no se había despertado de buen humor. Ahora estaba alzando la mano, llamando la atención del posadero. Si tuviera una campanilla en la mesa, pensó, seguro que estaría intentando llamar al servicio.

El buen hombre acudió hasta ellos, secándose las manos.

—¿Hay una capilla cerca? —le preguntó.

El mesonero parecía no entender de qué hablaba, pues las capillas estaban en los castillos y los palacios de los nobles.

—Supongo que se refiere a una iglesia. —Ella asintió—. En el pueblo. A dos millas.

Solo entonces se volvió hacia Callaham, con ese rictus altanero que empezaba a desquiciarlo. ¿Dónde diantres se había metido la monja asustadiza?

—¿Me dará tiempo de ir a misa antes de que partamos?

¿De verdad le estaba preguntando eso? Sus cabezas tenían un precio, estaban recorriendo a contrarreloj la mitad de España y ella… quería ir a misa.

Intentó que su voz no mostrara sus ganas de abandonarla allí, a su suerte, en ese instante.

—No lo creo, querida.

Uno de los dos caballeros parecía encantado con la pregunta de Isabel.

—Es reconfortante ver que la juventud mantiene costumbres pías.

—Muy reconfortante —tuvo que contestar Callaham, para mantener su papel.

—La documentación, por favor.

Cuando alzó la vista, uno de los dos guardias estaba detrás de él y lo miraba tan ceñudo como si le hubieran pateado las criadillas.

Sus compañeros de mesa ya estaban extendiéndola. Esa vez, Isabel sí clavó los ojos en él, con expresión asustada. Tuvo que tragar saliva. Ella era su responsabilidad, y haría cualquier cosa por protegerla, a pesar de que a veces…

Se recompuso al instante, esbozó su sonrisa más cortés y tendió

los papeles al guardia. Este analizó detenidamente tanto el suyo como el de Isabel.

—Extranjero —confirmó lo evidente.

—Mi familia materna es española.

—¿Es su esposa?

Fue Mona quien intervino.

—¿A que son una pareja encantadora?

El ceñudo rostro del soldado los miró a uno y a otro. En cualquier momento, podría detectar algo, una inconveniencia, un elemento que no cuadrara, y se levantarían las sospechas.

Pero no sucedió. Devolvió los documentos y empezó a ponerse los guantes.

—Hacía tiempo que no veíamos el monte nevado como está hoy —les informó—, pero aún es practicable. Le he dado orden al cochero de que al caer el día pernocten en la Fonda del Recodo, antes de llegar a la ciudad.

Uno de los dos caballeros que viajaban con ellos alzó un dedo.

—¿Y por qué, si me permite? Encontraremos alojamientos más confortables en…

—Eso no es asunto suyo. —El guardia no le dejó terminar—. Y no se demoren. Los caminos empeorarán según avance el día.

Sin más, se dio la vuelta para encontrarse con su compañero, que ya esperaba junto a la puerta.

Callaham miró a Isabel y, para tranquilizarla, esbozó una sonrisa. Ella se la devolvió y, por una razón extraña, un calor reconfortante acudió a su corazón.

Se quedó perplejo ante aquella reacción de su cuerpo, pero cuando dobló los salvoconductos para guardarlos en la cartera que llevaba en el gabán, notó algo extraño.

Miró los documentos que le había devuelto el guardia, y había uno de más. Pensó que le entregaron las autorizaciones de algún otro pasajero, pero cuando lo leyó, su rostro se volvió de cera, porque era un papel de mala calidad, escrito a trazos apresurados.

Saben quiénes son.
Deben extremar las

precauciones.

No bajen la guardia.

Capítulo 12
Una pista fácil de seguir

El sargento Robles detuvo su montura, que relinchó echando espuma por la boca. La había azuzado demasiado, era consciente, pero debía recuperar toda la ventaja que le llevaban aquellos dos proscritos.

Descendió de un salto y miró alrededor mientras sus hombres hacían otro tanto. Aquella posada estaba en medio de ninguna parte, pero se había convertido en un próspero negocio, ya que muchos de los carruajes compartidos que tan populares se estaban volviendo en los últimos tiempos se detenían allí, ya fuera para refrescar los caballos, para tomar algún refrigerio o para pernoctar antes de continuar su viaje.

El cielo estaba de un color panza de burra, lo que vaticinaba una nevada inminente. Nunca le habían gustado ni el frío ni la nieve, pero en aquella ocasión debía agradecerlo porque jugaría a su favor: al igual que los retrasaría a ellos, lo haría con el carruaje, que tendría más dificultades que sus caballos de avanzar por los caminos nevados.

Había dos carrozas estacionadas junto a la venta, cuyos tiros estaban siendo atendidos por los mozos mientras sus huéspedes hacían la colación del mediodía en el confortable calor del interior.

—Márquez —se dirigió a uno de sus subordinados—, que dos hombres recorran los alrededores y se aseguren de que todo está en orden, y que otros dos pidan la documentación a cuantas personas haya ahí dentro. El resto que aguarde aquí.

—A sus órdenes, señor.

Se quitó los guantes y, seguido por otro de ellos, entró en la fonda.

Era una de tantas que salpicaban los caminos. Un espacio

amplio, mal iluminado, donde se servía vino aguado y algunos platos sencillos para matar el hambre. En aquel momento, casi todas las mesas estaban ocupadas por presurosos viajeros que intentaban entrar en calor.

Apenas les prestaron atención, lo que indicaba que estaban acostumbrados a las continuas inspecciones de la Guardia en aquellos caminos, donde el peligro podía acechar a los viajeros detrás de cualquier recodo.

El mesonero era un hombre grande y colorado, que daba órdenes a diestro y siniestro a cuantos atendían la cocina y a un par de muchachos muy jóvenes que se afanaban por servir las mesas.

Fue hasta la barra y colocó los guantes y el sombrero sobre ella.

—¿Desean almorzar? —les preguntó de inmediato el mesonero, solícito y amable.

—¿Cuántos carruajes llegaron ayer por la tarde?

A Robles no le gustaba andarse por las ramas.

El hombretón se puso aún más colorado. Era muy posible que tuviera tratos con cuantos forajidos asolaran la región. Nadie como él sabía el número de carruajes que partían en cada dirección, quiénes eran sus pasajeros y qué posibilidades tenían de esconder una pequeña fortuna entre sus ropas y enseres. Una información que costaba una buena comisión.

Pero no estaba allí para eso, así que esbozó una especie de sonrisa con el fin de tranquilizar a aquel hombre.

—En-en esta época —tartamudeó al comenzar a hablar el mesonero—, ha bajado mucho la afluencia de viajeros, señor.

—No es eso lo que le he preguntado.

Que sus posibles delitos no fueran una prioridad en ese instante no significaba que fuera a permitir que respondiera con imprecisiones.

—¿Cuatro, cinco quizá? Déjeme que avise al mozo, él se encarga de los caballos y sabrá ser más preciso.

Si lo necesitara, ya se encargaría de él.

—No es necesario —urgió—. ¿Recuerda si en alguno de ellos viajaba esta mujer?

Le tendió el retrato que tomara de la mesa de su capitán. Era un buen trabajo, donde los rasgos más distintivos estaban fielmente reflejados.

El mesonero lo miró detenidamente. O al menos hizo como que lo hacía.

—No sabría decirle, señor.

Robles era muy consciente de que alguien que vivía de prestar servicios a quienes pasaban por allí raramente mordería la mano de quienes les daban de comer. Decidió aportarle más información.

—Su cabello es ligeramente rojizo.

El hombre se encogió de hombros.

—Las damas no suelen quitarse las cofias y sombreros con este frío, señor.

Era astuto, sin duda.

—Es posible que la acompañara un extranjero.

Pareció meditarlo, como si repasara una lista donde se pudiera hallar esa información.

—Casi puedo asegurarle que no, en ese caso. —Soltó el aire de sus gruesos mofletes—. Quitando un matrimonio prusiano que llegó el lunes y que no entendían nada de lo que les decíamos, no recuerdo haber atendido a nadie que no hablara nuestro idioma.

A Robles no le cupieron dudas de que los había visto a ambos, pero no tenía un solo argumento para exigirle una confesión, y no era partidario de las palizas.

Miró alrededor. Los muchachos que servían las mesas no dirían nada, eran demasiado jóvenes y estarían bien advertidos.

—¿Los mozos tampoco los habrán visto? —Hizo un último esfuerzo, porque quienes atendían los caballos escapaban a las miradas constantes de su patrón.

—Les pago para que trabajen, no para que miren o escuchen, pero si quiere preguntarles, les diré que vengan.

Eso era como decirle que el código de silencio lo habían rubricado todos sus empleados. Decidió ir por otro lado.

—¿Han pernoctado los pasajeros de algunos carruajes esta noche?

—Al menos los de tres de ellos —convino—. Pero en cuanto han desayunado, han vuelto al camino. Dos hacia el sur y uno hacia el norte.

Una vez abandonado cualquier asunto que pudiera comprometerle, parecía que el mesonero empezaba a recuperar la memoria.

—La que ha partido hacia Lerma, ¿a qué hora ha salido?

—Acababa de amanecer, señor. —Pareció tener una buena idea—. Pero si aguarda un poco, la Guardia Local está a punto de llegar. Lo hace cada medio día y cada noche. Ellos estuvieron ayer y pidieron la documentación a todos.

No era casualidad que lo hubiera nombrado, aquello aportaba un aire de respetabilidad a su establecimiento. Se preguntó hasta dónde eran fiables aquellos hombres, pero no podía hacer otra cosa mientras los caballos descansaban.

Estuvo de acuerdo, y pidió que le sirvieran el almuerzo y que sacaran viandas a sus hombres, que esperaban fuera.

Estaba a punto de perder la paciencia cuando los dos guardias hicieron acto de presencia, solicitando la documentación de los viajeros, que no habían dejado de entrar y salir durante las más de dos horas de espera que llevaba allí.

El mesonero fue rápidamente hacia ellos. Robles, desde su mesa, no perdía detalle. Hubo un intercambio de confidencias que terminó con los dos guardias presentándose ante él. En cuanto vieron sus galones, se pusieron firmes.

—Sargento.

No tenía tiempo para formalismos.

—Me indican que estuvieron ayer aquí.

—Así es, señor.

—¿Pidieron los papeles a todos los presentes?

—Sí, señor.

—¿Alguna anomalía?

—No, señor.

Roble los había estado mirando detenidamente. Eran parecidos, de edades similares y con el mismo acento. Posiblemente familiares y no descartaba que se aprovecharan de un puesto que decidía quién continuaba y quién no un viaje.

Uno de los dos estaba ligeramente más adelantado. Era casi imperceptible, pero le dio a Robles la información que necesitaba: ese era el cabecilla.

Sacó el retrato del interior de la casaca y se los mostró.

—Buscamos a esta mujer.

Los dos lo miraron con detenimiento, tanto que era fingido, sin duda alguna.

—¿Cree que ha podido pasar por aquí, señor?

No entró en su juego.

—¿La reconocen?

—No, señor.

Lo dobló despacio, sin apartar los ojos, primero de uno, después de otro.

—Iba acompañada de un caballero que se hace pasar por su esposo. Cabello claro, bigote. Es extranjero.

El que estaba más apartado pareció recordar algo.

—Los de la mesa del fondo…

Pero el otro lo interrumpió.

—Ayer hubo varios caballeros con esa descripción, señor, pero todos tenían sus papeles en orden.

Robles asintió. Se metió los dedos pulgares en los bolsillos del chaleco y esbozó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—¿Conoce usted Madrid? —le preguntó al que acababa de hablar.

—No, señor.

—En la zona de Platerías está la Cárcel de la Villa, un lugar inhóspito, se lo aseguro, sobre todo, para quienes antes han estado a este lado de la ley.

¿Era una gota de sudor lo que descendía por su frente? Ahí era justo donde quería tenerlo.

—No le comprendo, señor.

Robles se puso lentamente de pie. El suboficial amable con el que acababan de tratar había desaparecido. Su rostro se llenó de sombras y su mirada se volvió peligrosa.

—Uno de ustedes me está mintiendo, y la única razón para que quieran burlarse de un sargento de la Guardia Real es que estén recibiendo monedas de manos inadecuadas.

El más rezagado miró al otro, con ojos asustados.

—No, señor, nosotros… —se apresuró a decir el que parecía el jefe.

El sargento sonrió, pero de una manera que daban escalofríos. Cuando le puso la mano en el hombro al guardia, este dio un respingo.

—Sospecho que es usted, pero no tengo pruebas. —Le palmeó el hombro—. Sin embargo, puedo hacer que mis hombres le detengan,

puedo encerrarlo en un calabozo esta misma tarde, en uno de esos donde hay demasiados presos, y hacer correr el rumor de cuál es su profesión.

El aludido se puso intensamente pálido. Eso era una condena a muerte.

—Yo, señor…

Robles se volvió a sentar. Se recompuso la casaca, tomó aire y, de nuevo, lo miró a los ojos.

—¿Iban en el carruaje?

El hombre tragó saliva.

—Sí, señor.

—¿Les ha dado alguna instrucción?

—Pernoctarán en la Fonda del Refugio. Solo sé eso.

Era admirable cómo una amenaza ubicada en el momento adecuado causaba efecto.

—¿Por qué allí y no en otro lugar?

El rostro del hombre se había encendido. Parecía a punto de darle una apoplejía.

—No lo sé, se lo juro, señor. Ayer por la mañana me dieron una bolsa con monedas y una nota que debía entregar con instrucciones que el receptor debía guardarse, nada más.

Ahora sí le creía.

—¿Quién lo hizo?

—Un caballero esbozado. Ni pude verle el rostro ni supe su nombre.

El marqués de las Eras, don Íñigo de Mendoza, había articulado durante años el servicio de espionaje de Su Majestad. Debía tener agentes diseminados por todos lados. Aquello le sonaba a que podría ser uno de sus enlaces.

El sargento parecía haber perdido todo interés por aquellos dos. Levantó la vista. Su hombre, que había estado pendiente junto a la puerta, acudió al presto.

—Que se preparen —ordenó—, partimos de inmediato.

Capítulo 13
Una decisión imprudente

María arrojó otra camisa dentro de la bolsa con tanta furia que la prenda pareció quedarse cohibida en una esquina.

Su camarera personal había insistido en preparar el equipaje de la señora, como hacía siempre que esta acometía un viaje, pero *milady* no se lo permitió: lo que metería en esa bolsa no era apto para otros ojos.

La sirvienta salió de la habitación extrañada, a pesar de que un año al servicio de la bella aristócrata española ya la había curado de espanto. Esas costumbres, como hacerse su propio equipaje, no dejaban de asombrarla.

Su padre, don Íñigo, acababa de llegar a la elegante mansión de Bloomsbury, residencia de lord y *lady* Torlundy, e intentaba hacer que María entrara en razón.

—Lo estás sacando de quicio.

Ella lo fulminó con la mirada, y metió entre las camisas un puñal de excelente acero alicantino.

—Te recuerdo que el Rey ha puesto precio a tu cabeza.

—Porque ha sido mal informado —contestó exasperado—. Pronto comprenderá que yo no he tenido nada que ver en el asunto de los rusos.

Tras las recientes guerras que atravesaron el Reino de España, la flota que debía defender sus costas era inexistente. Fernando VII necesitaba barcos con los que proteger los puertos y las rutas comerciales y Rusia se había ofrecido a venderle once buques de guerra perfectamente pertrechados. Pero cuando estos habían llegado a Valencia, solo uno era capaz de navegar sin peligro de hundirse. Los otros diez eran auténticos cascajos.

—¿Y cómo vas a demostrarlo? —María echaba chispas por los

ojos—. Fuiste tú quien intercedió ante el Zar.

Era cierto que su amistad con el embajador de Rusia había propiciado aquel trato. Pero la embajada española en Moscú era quien debía haberse cerciorado de que no fueran estafados, no él.

—Mi misión fue abrir el camino para la adquisición de la flota, nada más.

—El Rey te hace responsable y quiere vengarse.

Don Íñigo paseaba arriba y abajo. Convencer a María siempre era una tarea titánica.

—Pero no puede hacerlo. En Londres somos fuertes y su larga mano no se atrevería a cruzar estas fronteras.

María comprobó que la cuerda que había sacado de su cajón secreto era resistente. La arrojó a la bolsa, junto a un mosquete. Después, se volvió hacia su padre con las manos en la cintura.

—Me has ocultado el peligro que corrían mis hermanas en España.

Don Íñigo suspiró.

—Porque lo tenía controlado.

—Aun así. —Volvió a arrojar otra camisa masculina dentro del equipaje. Ponzoña siempre vestía de hombre—. Si tus hombres se hubieran encontrado con un solo impedimento, ¿qué hubiera sido de ellas?

—María, sé calcular los riesgos, y lo sabes. —Juntó las palmas de las manos, como si rezase—. Jamás hubiera puesto a mis pequeñas ante inconveniencia alguna. El dispositivo para sacarlas de España está activo desde el instante mismo en que tú y yo pisamos tierras británicas, hace dos años.

Así era. Cuando llegaron a Londres, iba a ser un viaje temporal. Por aquel entonces, el levantisco rey Fernando ya se sentía disgustado con el marqués por su dedicada devoción hacia su padre, a quien el nuevo rey detestaba. Pero en aquellos tiempos, don Íñigo estaba seguro de que un buen matrimonio británico que los emparentara con la Corona detendría la belicosidad de su soberano.

Aquello no funcionó y tuvo que ser Leonor quien se casara con lord Newry, pariente del actual Rey de Gran Bretaña, pero eso terminó siendo un desastre. En la actualidad, sus hijas eran felices con los hombres que habían elegido como esposos, pero políticamente, su estrategia había resultado ser una calamidad.

Adoraba a lord Torlundy, su yerno y mano derecha, y sentía una reverente admiración por lord Lennox que, si todo salía bien, se convertiría en su yerno en cuanto regresaran de Bombay esa primavera. Pero aún le quedaban cinco hijas que casar.

María permanecía de pie junto a su enorme ropero, del que había abierto los compartimentos secretos. Miraba a su padre desafiante, y tan enfadada como hacía tiempo que no la veía.

—¿También calculaste el riesgo con Isabel? —lo acusó.

Don Íñigo se encogió de hombros, pesaroso.

—A todos nos ha cogido por sorpresa esa loca idea de abrazar los hábitos.

María se sentó en la cama. A veces sentía que el peso de su familia era demasiado grande, pero la pasión desmedida que sentía por todos ellos solo le dejaba una opción.

—Si hubieras confiado en mí —le dijo a su padre—, yo me habría encargado de traerla y ahora estaría entre tus brazos.

—Eso es lo que está sucediendo en este preciso instante.

De nuevo, se alzó y la momentánea sensación de que iba a doblegarse desapareció.

—¿Un mercenario irlandés? —lo señaló con el dedo, furiosa otra vez—. Porque has puesto la vida de mi hermana en manos de alguien que no conocemos, con una pésima reputación y con los mínimos escrúpulos.

Él intentó calmarla, alzando las palmas de las manos.

—Confío en la palabra de lord Carlton. Si dice que Callaham es la persona adecuada, no dudo de ello.

—Es un hombre, papá.

—Razón de más.

¿Es que su padre no la entendía? Isabel era un espíritu inocente criada entre algodones. Cuando le escribió para contarle su intención de hacerse novicia, parecía encantada por no tener que plegarse a las exigencias de un esposo. Y ahora estaba perdida por los gélidos caminos castellanos de manos de un forajido que podía hacer con ella cualquier cosa.

—Mi hermana se desmayará solo con verlo —intentó que su padre entrara en razón—. Solo ha visto a curas y viejos preceptores desde que nació. No tiene la más mínima idea de qué son los hombres ni cómo tratarlos y mantenerlos a raya.

—Tendrá que aprender.

Sí, era cierto. Si quería sobrevivir, no solo en la Corte, también en la férrea disciplina de un convento, no tenía más remedio que espabilarse. Pero dudaba que aquella fuera la ocasión adecuada.

—Siempre ha sido la más tímida de las siete. —Su padre lo sabía—. No recuerdo una sola vez en que se haya dirigido a alguien sin ruborizarse. Ha pasado del cuidado de sus ayas al de las monjas. No sabe nada del mundo. ¿Cómo se va a desenvolver?

Don Íñigo se cruzó de brazos y alzó la cabeza, dignamente.

—Es una Mendoza.

—Eso no lo soluciona todo.

—Pues tendrá que madurar. —Dio un golpe sobre la mesa del tocador—. Sir Callaham me ha dado una magnífica impresión.

La verdad era que no había sucedido así. Le parecía demasiado pagado de sí mismo, excesivamente interesado en su recompensa y poco amante de los detalles. Pero no tenía otra opción: necesitaba un mercenario de absoluta confianza y que hablara español, porque ya no se fiaba de ninguno de sus hombres en la península. Y aquel era el único que había tenido a mano en tan poco tiempo.

—Su familia luchó a favor de Napoleón, padre —María se había encargado de investigarlo—. Han sido despojados de todas sus tierras y honores. Es un paria. —Ahora fue ella quien se cruzó de brazos—. Ese es el hombre que está en este instante, Dios sabe dónde, en compañía de mi hermana.

Dicho así parecía terrible, desde luego. Pero don Íñigo no era tan ingenuo como para jugárselo todo a una sola carta, a pesar de las premuras con las que había tenido que actuar.

—El camino está salpicado de mis agentes —le mintió a medias—. Tendrán información privilegiada. Confía en mí.

—No —dijo ella, y evaluó si meter en la bolsa o no otra de sus pistolas—. Voy a ir a por Isabel. Y no podrás detenerme.

Su padre tenía que convencerla de que aquello era una locura por cualquier medio.

—Para empezar, llegarías a España cuando ellos abandonasen la frontera. Además…, ¿y tus hijos? —arremetió.

—No me hables de mis hijos. Por tu culpa tendré que separarme de ellos.

Sabía que María era peligrosa cuando llegaba a cierto grado de

enojo. Decidió cambiar de táctica. Fue hasta ella, la tomó por los hombros, y le sonrió fraternalmente.

—Debes calmarte y confiar en tu padre, María. —Don Íñigo amplió la sonrisa—. Tu hermana Isabel y sir Callaham están convenientemente protegidos.

Pero María se había quedado muy seria, con la vista perdida en algún lugar inexistente. Su padre se esperó lo peor. Aquella era la expresión que mostraba cuando su cerebro empezaba a atar cabos y llegaba a una conclusión.

—¿Dónde está Ralf? —preguntó de improviso.

La sonrisa en el rostro de don Íñigo se crispó de inmediato, pero supo mantener el tipo y separarse de ella, adquiriendo la expresión de mayor perplejidad nunca vista.

—¿Tu marido? —Tremenda sorpresa—. ¡Qué pregunta! Haciendo su visita a vuestras tierras del norte, tengo entendido.

Así lo había anunciado Torlundy con toda la pompa: que era necesario inspeccionar sus haciendas escocesas, que hacía un frío terrible para los niños y que María debía quedarse en Bath tomando los baños.

A ella, al principio, le extrañó, porque solían hacerlo todo juntos, y más un viaje a Escocia en invierno, que estaría repleto de juegos en la cama, bajo mantas de pieles, al calor de la chimenea.

Pero llegó a creer que lo que decía Ralf era por el bien de sus pequeños, y accedió a quedarse.

Ahora lo comprendía todo.

—Está en España —masticó cada letra—, ¿verdad?

Su padre se había puesto ligeramente pálido.

—Qué cosa tan absurda.

Fue hasta él, con el dedo levantado, acusador. Él trastabilló, pero la cómoda le impedía la retirada.

—Lo has mandado a él. Me habéis engañado los dos.

Don Íñigo tosió.

—Esta conversación empieza a aburrirme.

—¡Padre! —se exasperó al fin.

El marqués comprendió que negar lo evidente era absurdo. María era lista y había descubierto lo que estaba seguro de que podría mantener oculto.

Su yerno se había ofrecido en cuanto supo las particularidades

de Isabel, aunque ambos eran conscientes de sus carencias y de que no era la persona adecuada para liderar la misión. Aun así, para él era una tranquilidad que Ralf estuviera en España.

—¡Está bien! —dijo al fin, alzando las manos en señal de paz—. Sí, Torlundy partió hacia Madrid antes de enviar a sir Callaham. Pero él no habla nuestra lengua y le hubiera sido muy difícil actuar. Su papel es vigilante, nada más.

Los ojos de María echaban fuego.

—En este momento podría clavarte un abrecartas.

—Tus hermanas necesitan que las atiendas —insistió, buscando cualquier resquicio que alejara de la mente de su hija la loca idea de viajar a Madrid.

—La señora Smith se encargará de ellas hasta que yo regrese.

—Hay que casarlas.

—Hay que salvar a Isabel.

No. Convencer a María de Mendoza era una tarea titánica y él lo sabía bien, para eso era su padre. Pero lo peor que podía hacer era dar muestras de debilidad ante ella. En ese caso, estaría perdido.

Esbozó una sonrisa triunfal, dio una palmada al aire, y adquirió la actitud de quien lo tiene todo controlado.

—Te repito —dijo con su bien modulada voz— que Isabel está en este instante feliz y cómodamente sentada en un confortable carruaje camino de la frontera.

Capítulo 14
Una partida precipitada

Isabel no podía ser más infeliz ni sentirse más incómoda que en aquella habitación cochambrosa de la posada.

Se secó a manotazos las lágrimas que le surcaban el rostro mientras terminaba de quitarse el vestido. Ella solo quería una vida sosegada, dedicada a la oración y el servicio a Dios. Y, en cambio, estaba perdida en medio de la nada, con un forajido sin modales y en un mundo que no entendía.

Decidió no llorar más y, con una velocidad pasmosa, se subió el camisón de dormir.

Se preguntaba constantemente por qué, de todos los hombres de este mundo, su padre había elegido precisamente a Callaham para sacarla de España. Era tortuosamente engreído, desconocedor de toda educación para con una doncella, rudo de formas y nada dado a la cortesía a la que estaba acostumbrada.

Aquella misma tarde, cuando empezó a nevar, tuvo la odiosa idea de cogerle las manos y frotárselas para que entrara en calor. ¡Dentro de la carroza! ¡Rodeados de gente! ¿De verdad los esposos cometían semejantes indecencias en público como él había intentado hacerla creer? Sus padres se habían amado con pasión, pero nunca, jamás, había visto que él osara tocarla o rozarla delante de nadie, ni siquiera de sus hijas.

Pero qué podía esperar de un hombre que no había sentido el más mínimo pudor en quitarse la camisa delante de ella, mostrando aquel torso robusto y fuerte, aquellos brazos poderosos, aquel vientre plano y lleno de curvas… Decidió dejar de pensar en aquel maldito villano porque le provocaba un malestar incómodo en el estómago, como si una legión de hormigas se la estuvieran comiendo por dentro.

Sí, la nevada había comenzado y llegado a su cénit justo antes de que llegaran a la Fonda del Recodo, donde no hubieran tenido más remedio que pernoctar si no fuera ese su destino. Los guardias habían sido firmes: no debían llegar a la ciudad. Ignoraba cuál era la razón, pero el cochero ni se había planteado desoírlos.

Isabel no podía ser más infeliz ni sentirse más incómoda que en ese instante. A pesar de que eran los únicos clientes de la fonda y habían conseguido habitaciones individuales para todos.

Bueno, la palabra «habitación» quizá fuera excesiva para definir aquel cubículo infecto. El techo era tan bajo que en algunas partes debía inclinarse para no golpear las vigas de madera ni molestar a las arañas, y la ventana cerraba mal, por lo que había tenido que meter en la ranura una de sus medias para que el frío del exterior no la congelara.

Eso sí, la chimenea estaba encendida y habían tenido la consideración de traer una jarra con agua caliente, lo que empezaba a ser todo un lujo.

Callaham, en un acto de generosidad desconocido en él, le había dicho que dormiría en las cuadras, con los caballos, para dejarle la intimidad que reclamaba desde que salieron.

—Pero ¿no será sospechoso? —le había preguntado Isabel, a pesar de que el irlandés pudiera pensar que existía una mínima posibilidad de que quisiera que la acompañara.

Él había negado con la cabeza.

—Me quedaré el último tras la sobremesa. Cuando todos se hayan acostado, entonces saldré. Es más seguro que vigile desde fuera. Tengo un mal presentimiento.

—¿Y no hará demasiado frío? —había insistido Isabel, sin saber por qué.

—Los caballos dan calor, y tú podrás dormir tranquila. Lo necesitas.

No se sentía cómoda con aquel trato tan informal con el que se dirigía a ella, pero se lo agradeció. Dormir era algo de lo que no esperaba disfrutar hasta estar en Francia.

De nuevo suspiró y miró alrededor. Las sábanas tenían un sospechoso color amarillo y eran tan recias que le rasparían la piel. Pero también estaba segura de que, con lo cansada que estaba, se quedaría dormida antes de poner la cabeza en la almohada.

Terminó de deshacerse la gruesa trenza y peinó con los dedos su abundante cabello cobrizo. Este cayó sobre su espalda y ella lo apartó sobre uno de sus hombros para bajarse el camisón y dejar su torso al aire. El agua caliente no solo la haría entrar en calor, sino que la ayudaría a tranquilizarse.

La vertió en la jofaina y con un paño empezó a pasarlo por su cuello, por la oquedad de la clavícula, rodeando su pecho hasta subir a la corona.

Con cada pasada, su piel reaccionaba y conseguía erizarse. Era algo extraño, nuevo, como todo aquello, sobre todo, porque la imagen de Callaham sin camisa no lograba salir de su cabeza. ¿Sería porque el pecado acechaba igual que el demonio? ¿Por qué el Espíritu Santo le estaba indicando cuál era el camino del mal?

Un gemido escapó de su boca cuando el paño húmedo y caliente trazó un círculo, muy despacio, alrededor de su areola, culminando al impactar sobre el pezón. Cerró los ojos, se mordió el labio inferior, y alzó la cabeza, extasiada.

—Tenemos que irnos. ¡Ya!

La voz masculina la trajo a la realidad.

Tardó en comprender. Pero cuando miró hacia la puerta, vio a Callaham, que acababa de entrar sigilosamente en su habitación, mientras ella…

Tiró del camisón hacia arriba para cubrirse mientras conseguía acallar el grito de indignación que anidaba en su garganta. ¿De verdad se había atrevido…? ¿De verdad había osado…? La palangana osciló en su soporte, a punto de estrellarse contra el suelo, lo que hubiera causado un estruendo importante, pero al final se detuvo sobre el puntal.

—¿Có-cómo se puede ser tan infame? —consiguió articular.

Él la miró, con ojos fruncidos, y parpadeó varias veces.

—¿Qué diablos haces?

Ella estaba con el rostro encarnado. Era una visión curiosa, con el camisón subido hasta el cuello, los ojos espantados, y aquella mano inerte en el aire con el dedo acusador dirigido hacia él.

Una visión muy diferente de la que había visto al entrar, esperando encontrarla dormida en la cama.

Se había quedado impactado al ver el bellísimo perfil desnudo de Isabel acariciado por la tela húmeda. Inmóvil cuando sus ojos

captaron la gota que bajaba, rauda, de su cuello, quedaba suspendida en el pezón, para precipitarse por la curva divina de su pecho hasta su cintura. Impactado, extasiado, excitado y boquiabierto. Tanto que había tenido que disimular que no sentía la enorme turbación que le acometía para que ella no se sintiera incómoda.

—Estoy desnuda —exclamó Isabel.

Callaham se encogió de hombros y miró hacia fuera por la ranura de la puerta entrecerrada, como si ella le fuera del todo indiferente.

—Pues yo creo que te estás tapando con el camisón.

Se sentía furiosa, como nunca, aunque no estaba muy segura de si era por la intromisión o por la indiferencia.

—Sal inmediatamente o gritaré hasta que me quede muda.

Él se volvió. Pero de nuevo no la miró. Cuando lo hizo, fue hacia ella con paso decidido y mirada fiera. Isabel pensó que había llegado la hora del martirio. Que aquel malvado la haría suya allí, sobre la cama, y le arrebataría la honestidad, significara aquello lo que significara, porque no estaba muy segura.

Cerró los ojos, sabiendo que el suplicio final había llegado, pero no pasó nada. Cuando volvió a abrirlos, Callaham la había sobrepasado y miraba la ventana. La abrió y observó el exterior.

—Demasiado alto para saltar.

—¿Para saltar? —pudo preguntar.

Él lo observaba todo, como un ratón que busca una salida. Disimuladamente, se había guardado en un bolsillo la media que usaba Isabel para tapar la ranura.

—Ha llegado un escuadrón de la Guardia —le informó Callaham, sin parar de husmear—, y lo han hecho a pie. Deben haber desmontado fuera de nuestra vista, para que no escuchemos el relinche de los caballos. Están a punto de entrar en la fonda.

—¿Crees que vienen a por nosotros?

—Es posible —dijo mientras arrancaba las sábanas de la cama—, pero no podemos esperar a averiguarlo.

—¿Y qué vamos a hacer?

La rasgó en tiras anchas que empezó a anudar.

—Vístete. Nos vamos.

Ella seguía de pie, en el mismo sitio, con el camisón tan ajustado

que parecía un sudario. El irlandés se asemejaba a un lobo de mar atando cabos. Pero Isabel había oído decir que los hombres podían llegar a hacer cualquier cosa para salirse con la suya.

—No pienso vestirme contigo aquí.

Él volvió a la ventana. No había demasiada distancia y el suelo nevado jugaba a su favor.

—No seas mojigata —dijo mientras arrojaba un pico de la improvisada cuerda hecha con las sábanas—. Es una cuestión de vida o muerte. Y he visto más mujeres desnudas en mi vida que rosarios has rezado.

El alboroto fuera de la habitación captó todo su interés y a Callaham no le pasó desapercibido. Era posible que los guardias que estaban ahí fuera no quisieran llamar la atención: voces quedas y pasos menguados. Pero debía de tratarse de un grupo numeroso. ¿Y si Callaham tenía razón? Decidió ser cabal.

—Como mires… —lo amenazó.

—¿Crees que me interesa de ti algo más que el dinero que me dará tu padre?

—Espero que no.

Mientras él aseguraba la improvisada cuerda, ella se encasquetaba el mismo vestido con el que había salido de Madrid y empezaba a atar botones y lazos.

Por suerte, la habitación daba a la parte trasera de la posada, pero Callaham sabía que no tardarían en rodear el edificio para evitar que nadie escapara.

Isabel había sido eficiente y se estaba atando la cinta del sombrero. Cuando fue a coger el equipaje, él la detuvo.

—No nos llevaremos nada.

Lo miró, asustada.

—¿Con lo puesto?

—Por supuesto.

—Nos moriremos de frío.

¿Cuánto había nevado? No estaba seguro, pero tanto como para haber borrado el contorno de los caminos.

—Ya se me ocurrirá algo. —Intentó tranquilizarla con una sonrisa, aunque los ruidos fuera de la habitación se habían incrementado—. Ven y no te separes de mí.

Ella obedeció. Estaba realmente asustada.

Callaham tenía una pierna fuera, en el alfeizar de la ventana, y otra dentro.

—Debes colocarte como yo —le dijo, intentando que pareciera algo sencillo—, de frente a mí. No tengas miedo porque lo haremos a la vez.

Ella asintió, tragó saliva y miró hacia abajo. Era un primer piso y no muy alto, pero si caían, sería doloroso.

Pasó un pie fuera de la ventana. Este resbaló, pero Callaham la sujetó por la rodilla.

—No pasa nada —la tranquilizó de nuevo—, estaremos abajo enseguida.

Isabel asintió. Lo intentó de nuevo y, esa vez, su bota se clavó en el marco de manera segura.

—Ahora te voy a tomar por la cintura. ¿Puedo hacerlo?

En cualquier otra circunstancia, lo hubiera abofeteado solo por insinuarlo, pero ya sospechaba lo que iban a hacer y era consciente de que era necesario, así que asintió.

Con enorme delicadeza, él la asió, sin dejar de mirarla a los ojos, para darle confianza.

—Ahora pasa tus brazos alrededor de mi cuello.

Lo hizo. El olor del irlandés la envolvió, algo firme y amaderado, como una siega de verano. También sintió el calor que salía de su cuerpo cuando se ajustó a él. Abrasador y reconfortante. Había algo más, algo que erizaba su piel, pero que prefirió ignorar.

Estaba tan cerca, tan próxima, que los labios del hombre quedaban a escasas pulgadas de los suyos.

Su corazón latió con fuerza, acelerado. ¿Se estaba mareando? Era posible. Todo aquello era demasiado. Pero el sonido de las botas de los soldados sobre los peldaños de la escalera le indicaron que no podía flaquear.

—Vamos —anunció él.

Y no lo pensó. Sacó el otro pie, Callaham la apretó contra su cuerpo, y se sintió flotar como un pájaro. Cerró los ojos y se apretujó con fuerza, tanta que le dolieron los nudillos.

De repente, sintió el suelo bajo sus pies. Los abrió, sorprendida.

—Si no aflojas un poco, moriré asfixiado.

Tardó en comprenderlo, pero cuando vio que el rostro del irlandés estaba rojo como una manzana madura, deshizo el abrazo y

se separó de él.

Pasaron unos segundos antes de recobrar el ritmo de su respiración, pero no supo si era por la huida, por la altura o por la proximidad de aquel hombre.

—Las cuadras están ahí.

—¿Y cómo huiremos?

—Alguien ha dejado dos caballos enjaezados. Dos buenos caballos.

Fueron hacia allí, sigilosos, mientras dentro de la fonda el sargento Robles se dirigía a uno de sus soldados, y los demás empezaban a abrir tantas puertas como tenía el edificio.

—Quiero que despierten a todo el mundo —ordenó—, desde los pasajeros hasta el último mozo, y que se presenten ante mí.

—Sí, señor.

—No pueden escapársenos, ¿me ha entendido?

El soldado se puso firme. En aquel momento, más de una docena de guardias explicaban a los adormilados huéspedes que tenían que bajar al comedor.

—No se escaparán, señor.

También había apostado hombres fuera. Quizá la precipitación de saber que los forajidos que buscaba estaban allí, no le había dado la prudencia de asegurar el perímetro de la posada antes de entrar, pero tenía la seguridad de que iban a ser apresados.

Aquellos dos ya eran suyos, y su capitán sabría agradecérselo.

—En el exterior hace tanto frío que si huyen solo les espera la muerte helada —le dijo, mientras un asustado posadero era traído a su presencia—, y necesito llevar viva a esa mujer de regreso a Madrid.

El hombre asintió y fue a cumplir con su cometido.

Fuera, dos monturas oscuras salían disparadas en ese mismo instante desde los establos y se perdían entre los árboles que salpicaban el monte.

Y todo aquello era observado por una sombra negra y esbozada que, a prudente distancia, oculta entre el follaje, se aseguraba de que se ponían a salvo.

Capítulo 15
Una noche helada

No estaba seguro de cuántas millas habían recorrido con los caballos al galope, pero debían de ser las suficientes como para que, si aquellos soldados decidían seguirlos, no dieran con ellos con facilidad.

No lejos de la posada había tenido la precaución de transitar unos cientos de metros dentro de un arroyo. Lo había sufrido por los caballos, pues el agua estaría helada y las piedras del fondo hacían difícil el paso, pero con todo el campo nevado, debía evitar dejar huellas tan claras sobre el suelo, porque sería como si blandieran una bandera para que el enemigo los localizara.

Aunque no nevaba en ese momento, el frío atravesaba los gabanes y se metía entre los huesos, haciendo muy lastimosa la marcha.

Debía reconocer que Isabel lo había sorprendido. Estaba preparado para sus lloriqueos de señorita mimada, sus remilgos de novicia quejumbrosa y sus continuos desmayos de aristócrata que solo sabía del mundo que al capón asado le pegaba la gelatina de gallina.

Sin embargo, Isabel había montado a horcajadas sobre el caballo, algo muy impropio de una dama de su posición, y lo había conducido con habilidad, sin separarse de él ni dar la más mínima muestra de fatiga. Tampoco se había quejado. Ni cuando entraron en el tortuoso arroyo donde los caballos debían caminar con tiento para no partirse una pata, ni cuando las ráfagas de aire helado los azotaban cada vez que abandonaban la protección de un boscaje de alcornoques.

La noche estaba oscura y hacía demasiado frío. Miró alrededor. La oscuridad que se divisaba al fondo podía ser el perfil de una

montaña o de una enorme roca, y sería un buen sitio donde guarecerse y pasar la noche.

Detrás de él, silenciosa, cabalgaba Isabel. Tiritaba a ojos vista y parecía muy pálida. El vestido y el gabán no eran suficientes para protegerla de aquella noche helada. Además, el relente les había empapado la ropa, lo que hacía aún más dura la travesía. Debían descansar cuanto antes e intentar entrar en calor.

Decidió entretenerla hasta llegar a aquella sombra informe que se recortaba al fondo, para que olvidara el frío que debía estar atravesándola en ese instante.

—Montas muy bien.

A Isabel le castañearon los dientes, pero logró contestar.

—Mi padre ama a los caballos. Él mismo nos enseñó a cabalgar.

—¿Así? ¿A horcajadas?

Isabel aún recordaba aquellos paseos al aire libre, donde su padre despedía a los mozos para quedarse a solas con ellas y enseñarles los rudimentos de la montura viril. Siempre había imaginado que intentaba suplir una carencia al no tener hijos varones. Nunca oyó de sus labios la más mínima queja al respecto, pero estaba convencida de que eran siete hermanas porque su padre insistía en encontrar a un heredero entre sus vástagos, y solo con el nacimiento de Inés comprendió que aquello no sucedería.

—Era nuestro secreto —pudo articular—. En público jamás lo hubiera hecho, por supuesto.

La sombra difusa del fondo empezaba a vislumbrarse como una enorme piedra rodeada de árboles.

—Iremos hacia esa roca —la señaló Callaham—. Allí pasaremos la noche.

—¿Crees que nos siguen?

Aquella idea no salía de su cabeza. Habían serpenteado para intentar despistarlos y transitado por senderos pedregosos, donde la nieve no había logrado tapar las rocas al estar resguardadas por los árboles, para evitar dejar huellas. Pero sabía que alguien preparado los localizaría con facilidad.

Decidió sincerarse.

—No me caben dudas de que han venido a por nosotros, por lo tanto, de alguna manera han sabido que estábamos en la posada. Quizá alguien nos haya reconocido. Tu cabello es difícil de

disimular y tampoco es fácil evitar que se den cuenta de que soy extranjero.

Ella asintió. Había estado pensando eso mismo durante parte del trayecto.

Callaham seguía cabalgando delante de su montura, abriendo el paso y asegurándose de que el camino era firme y seguro.

Vislumbraba su ancha espalda y el sombrero calado. Cada vez que lo miraba, aquella sensación incómoda se alojaba en su estómago. La roca ya estaba cerca. Si tenía alguna protuberancia, quizá los protegiera del frío viento y las posibles nevadas. Lo pensó antes de preguntárselo, pero al final pudo la duda.

—¿Por qué tú?

Él ralentizó el paso para ponerse a su lado. Tenía el bigote salpicado de nieve y sus ojos parecían aún más claros.

—¿Por qué yo… qué?

Debía reconocer que era un hombre apuesto. Jactancioso, sí. Arrogante como pocos había conocido, también, pero indudablemente apuesto.

—Mi padre tiene hombres a su servicio por todo el Reino. ¿Por qué ha elegido a alguien como tú para una tarea tan difícil?

Él no podía dejar de mirarla. El ala de su sombrero estaba congelada, y sus mejillas enrojecidas por el frío. Sin embargo…, ¿cómo podían ser tan rojos y jugosos unos labios?

—No puedo contestar a esa pregunta. —Logró apartar los ojos de su boca y al fin contestar—. Pero si mi cabeza tuviera precio como lo tiene la suya, no me fiaría de nadie si lo que necesito salvar es algo tan valioso como una hija. Los hombres somos tornadizos y las fidelidades se compran con monedas y prebendas.

Sí. La red de espías que se diseminaba por todos los rincones había tenido que adaptarse a diferentes fidelidades en muy pocos años: a Carlos IV, a las Cortes Liberales, al rey usurpador, al nuevo monarca, don Fernando. Al igual que su padre había transitado con dificultad de un señor a otro, los hombres del «ejército secreto», como los llamaba don Íñigo, también lo habían hecho, y muchos de ellos eran de dudosa confianza.

—¿Crees que estos caballos son una casualidad? —volvió a preguntar Isabel.

Era una mujer astuta, de eso no le cabían dudas. Parecía que

bajo aquellas capas de mojigatería e inocencia había una mente clara y juiciosa.

—Ni los caballos ni la nota que me entregó el guardia —contestó Callaham—. Alguien vela por nosotros. Lo que aún no sé es por qué no se deja ver. —Se dio cuenta de que Isabel no paraba de tiritar—. Estás helada. Acamparemos aquí.

La roca que les amparaba era enorme. Desmontaron, a pesar de que ella apenas se sentía las piernas, y comprobaron que los caballos estaban bien. Callaham ató el suyo a una rama y recorrió el perímetro hasta dar con una oquedad. No era una cueva ni nada por el estilo, pero sí lo suficientemente profunda como para que la nieve no empapara el suelo y les sirviera de cubierta si caía de nuevo.

Colocaron a los caballos al resguardo y Callaham buscó algunas ramas con las que prender un fuego mientras Isabel buscaba entre la nieve algunas hierbas con las que quitar el hambre a los animales.

—Está todo húmedo —dijo cuando volvió con las manos vacías—. Si consiguiéramos prender un tronco, soltaría tanto humo que sería como si colocáramos una bandera para delatar nuestra posición.

Ella asintió, aunque tenía tanto frío que no le hubiera importado que la detuvieran con tal de reconfortarse con unos minutos de calor.

Debía ser entrada la madrugada porque el camino hasta allí había durado algunas horas. Se ajustó el abrigo tanto como pudo, y se tumbó en el lecho de roca, intentando que el sueño le hiciera olvidar lo helada que estaba.

Callaham hizo otro tanto. Al menos, si nevaba, no les caería encima. Pero el frío era aterrador. Cambió varias veces de postura. En una de ellas, miró el bulto encogido que estaba a un par de metros de él, acurrucada contra la otra pared pétrea. Tiritaba tanto que parecía que le daban espasmos.

Comprendió que aquello era ridículo. Debían entrar en calor como fuera, y solo conocía una forma eficaz. Se sentó sobre la dura piedra.

—Ven aquí.

Ella lo miró por encima del hombro. Tenía las cejas fruncidas y

estaba tan pálida como el hielo.

—Si te acercas, te clavaré un alfiler.

Callaham empezó a deshacerse del gabán.

—No seas absurda. Eres una monja, y la mujer menos atractiva que he conocido, así que te aseguro que conmigo puedes estar tranquila. Solo quiero ayudarte.

Ella veía cómo había arrojado la prenda de abrigo sobre el suelo y ahora se quitaba la levita. ¿Qué estaba haciendo? Moriría congelado.

—Soy novicia, no monja —logró decir entre el castañeteo de los dientes—. Y un mínimo de educación por tu parte sería bienvenida.

—¿Por qué te he dicho que eres poco agraciada?

Él se quitó la camisa. Tenía la piel de gallina, su hermosa piel erizada… Isabel apartó la vista de inmediato.

—La vanidad es un pecado capital —le dijo.

—Te aseguro que he reincidido habitualmente en casi todos. Sobre todo, en el de la lujuria. Pero tú estás a salvo conmigo.

—Gracias por insistir.

—Quítate la ropa.

Ella volvió a mirarlo. Callaham estaba de pie, con las manos en las caderas, solo con el pantalón puesto. Volvió a sentir aquella sensación extraña en el estómago, que identificó con lo que debieron pasar las santas mártires ante el suplicio.

Se apretujó aún más entre sus ropas, pero el frío no desaparecía.

—Tengo el alfiler en la mano, te lo advierto —lo amenazó.

Él suspiró. Algo en sus ojos, quizá un rastro de honorabilidad, la tranquilizó un poco.

—Nuestras prendas están húmedas, Isabel. Necesitamos darnos calor el uno al otro, no enfriarnos aún más.

Ella no contestó. Permaneció muy quieta, mirándolo a los ojos.

Tenía razón. Si no se calentaban, veía difícil que pasaran de aquella noche. Aquel frío se podía convertir en una pulmonía o en algo peor.

Al final claudicó. Se puso de pie y empezó a desvestirse, pese al frío glacial.

—Si intentas cualquier cosa… —volvió a amenazarlo.

Él había ido recogiendo cada una de las prendas que ella se quitaba. Cuando quedó con el ligero camisón interior, Callaham se

tumbó sobre su gabán, y usó su ropa y la de Isabel como mantas.

Abriéndole un hueco a su lado, le indicó con un gesto que se acercara, pero ella estaba muy quieta, abrazándose para entrar en calor y dudando si aquello no era un pecado mortal.

—Mujer, déjate de naderías y ven aquí, morirás congelada.

Al final accedió. Se tumbó a su lado, dándole la espalda, y se pegó a él.

El calor delicioso del cuerpo masculino la envolvió enseguida, tanto que se pegó aún más, buscando cada retazo caliente, cada aliento, cada trozo de piel que emanara calor.

Callaham también lo sintió. El calor del cuerpo femenino estrechamente pegado a él, pero también sintió cómo la deseaba, y que aquella noche no pegaría ojo mientras Isabel estuviera entre sus brazos.

Capítulo 16
Un cliente a deshora

El soldado pidió permiso para hablar y, aunque el sargento Robles estaba de un humor pésimo, alzó la barbilla para que lo hiciera.

—Es un extranjero, señor. Pide refugio.

Robles arrugó la frente, y rebuscó en su chaleco el reloj de cadena. Eran las dos y media de la madrugada. ¿Qué hacía un individuo vagando por los montes helados a esa hora?

Los dos forajidos se le habían escapado, de eso no había dudas. Una de las habitaciones, la que daba a la parte trasera de la posada, había sido abandonada de manera precipitada y una sábana atada al travesero del camastro indicaba que la ventana fue el medio por el que huyeron.

Sus hombres los habían buscado, por supuesto. Las huellas sobre la nieve estaban claramente impresas, pero al llegar al arroyo, era difícil determinar en qué dirección habían huido. Un grupo había partido hacia el este y otro hacia el oeste, pero habían regresado sin encontrar señales de qué itinerario habían seguido.

La culpa era suya, solo suya.

En cualquier otra situación, habría tomado todas las precauciones, y por supuesto habría rodeado la posada antes de entrar. Pero la seguridad de que estaban allí, y de que a esas altas horas de la noche los pillarían desprevenidos, le había hecho confiarse, y ese había sido el error.

También estaba el misterio de los caballos.

El posadero juraba y perjuraba que no le faltaba ninguno y el cochero de la única carroza que pernoctaba esa noche daba fe de que sus animales seguían en la cuadra. ¿En qué caballos habían huido entonces aquellos dos? Porque las huellas no dejaban dudas al respecto. Tardaron en encontrar una respuesta.

El mozo, después de recibir serias amenazas, se había desmoronado al fin hasta contar que un hombre enlutado, con un amplio sombrero calado hasta las cejas y esbozado con la capa, le había dado una moneda si dejaba pasar la noche en la cuadra a dos rocines bien pertrechados que recogería a la mañana siguiente, con la condición de que no dijera nada al propietario de la fonda, ya que no se fiaba de su honestidad.

Esos eran los dos únicos caballos que faltaban. ¿Casualidad? Por supuesto que no.

Fue imposible sacarle una descripción más detallada de aquel hombre, de quien solo pudo decir que parecía peligroso.

Así que su esperada victoria había quedado en nada, en menos que nada: en un fracaso.

Robles miró hacia donde le indicaba el soldado.

Intentando calentarse ante el fuego del hogar había un caballero con una apariencia muy particular y que hacía grandes aspavientos.

Llevaba un gabán de un color amarillo tan intenso que era difícil de mirar sin fruncir los párpados. ¿Había tintes tan coloridos en las hilaturas? La chistera tampoco era discreta, roja como la sangre y adornada con un rico ramillete de plumas multicolor.

En aquel momento, se quitaba el gabán para que el calor del fuego lo reconfortara, y la casaca que apareció debajo era tan llamativa, con tantas flores y pájaros bordados, que parecía a punto de echar a volar de un momento a otro.

—¿Quién es? —preguntó con voz seca.

El soldado carraspeó. Hablar con el extranjero no era fácil. En primer lugar, porque dominaba el español solo a medias, en segundo, porque saltaba de un tema a otro sin ninguna explicación.

—Un aristócrata inglés, señor. Lord Torlundy según sus papeles.

—¿Están en regla?

—La entrada fue sellada en el puerto de Santander hace diez días, señor. Todo parece en orden.

Volvió a analizarlo. Le estaba contando algo al posadero, que lo miraba asombrado. Movía tanto las manos que parecían palomas que echaban el vuelo. Se acababa de quitar la chistera, y un cabello oscuro y bien peinado le cubría la cabeza. Parecía tremendamente jactancioso y excesivo en maneras.

—¿Y qué argumentos esgrime para estar aquí a estas horas?

—Dice que se ha perdido, señor. Que la noche se le ha venido encima y que ha estado a punto de morir.

Con el frío que hacía, era posible. Con los colores con los que se vestía, era extraño que los osos no lo hubieran detectado a leguas y dado cuentas de él.

—Tráelo —ordenó.

El soldado fue en su búsqueda.

Robles observó cómo se le acercaba y le comunicaba la orden de presentarse ante su superior. El inglés parecía sorprendido. Se llevó una mano al pecho, después a la frente y otra vez al pecho. Lo miró descaradamente, le saludó con la mano y le sonrió. Él, por supuesto, permaneció impasible. Su soldado insistió. Y, al fin, el extranjero se acercó hasta donde estaba, caminando muy despacio, sobre las punteras de unos zapatos absolutamente inadecuados para un día tan frío, y con las manos alzadas, como si trazara un paso de *ballet*.

—Es usted mi salvador —dijo en cuanto llegó a su lado, haciendo una profunda y adornada reverencia—. Trasmítale mi agradecimiento a su Rey.

A Robles no dejaba de parecerle curioso, pero no conocía las costumbres de los ingleses. Su español tenía un acento profundo, pero parecía hablarlo mejor de lo que esperaba.

—¿Qué le ha traído aquí?

El visitante unió las palmas de las manos y sonrió.

—Negocios. Si se quiere adquirir buena lana, hay que venir a Castilla. ¿No cree?

—¿En febrero?

Su frente se arrugó y, sin pedir permiso, se sentó en la silla que había justo en frente.

—Eso mismo le dije a mi padre, pero todos convenimos en que está tan mayor como se ha vuelto intransigente a la hora de aceptar razones. ¿Me permite que le invite a un cordial?

¿Ese hombre no sabía que un militar de servicio no podía beber? Se anotó mentalmente repasar las costumbres anglosajonas, que parecían ser muy peregrinas.

—¿Se ha cruzado con alguien mientras venía hacia aquí?

El hombre se abrazó a sí mismo, como si acabara de atravesarle una corriente helada.

—A ese hombre horrible.

Robles se incorporó en la silla. Al fin algo interesante.

—Explíquese.

—Soy un patriota, pero eso no significa que me tengan que gustar todos mis correligionarios.

—¿También era inglés?

Un rictus de absoluto rechazo desfiguró el maquillado rostro del británico.

—¡Claro que no! —casi escupió, como si hubiera maldecido sobre una ostia consagrada—. Si hubiera sido inglés, se habría comportado como un caballero. Era irlandés. Una raza muy dada a los excesos verbales, créame. Una vez, en Dublín, me pasó algo de lo más particular. Iba yo…

—¿Iba solo? —no lo dejó terminar.

Torlundy parpadeó varias veces, como si le costara trabajo entenderle.

—¿El hombre ruin? No. Le acompañaba una mujer.

Eran ellos, sin duda.

—Descríbala.

Su rostro se volvió una máscara de disgusto.

—No es que me haya fijado mucho. Las mujeres me ponen nervioso. ¿No le pasa a usted?

Todo indicaba que, en efecto, se debía sentir muy incómodo con el sexo femenino, pero él tenía prisa, porque cada minuto que pasaba, aquellos dos estaban más lejos de sus manos.

Rebuscó en el gabán y extrajo el boceto con el dibujo de Isabel.

—¿Se parecía a esta?

Lo tomó, y lo examinó detenidamente, dándole la vuelta un par de veces y acercándoselo mucho a los ojos, como si tuviera problemas de visión.

—Podría asegurarlo —dijo, al fin, devolviéndoselo—, aunque todas las mujeres me parecen iguales. ¿Son delincuentes? —Se llevó una mano al pecho. Parecía muy impactado—. Dios mío, ¡necesito recostarme! Creo que me he mareado.

Con las manos en el apoyabrazos de su silla, se fue deslizando hasta quedar medio tumbado. Era una imagen ridícula, por no decir patética, pero aquel hombre se había puesto muy pálido y daba la impresión de que estaba muy afectado.

Robles evitó lanzarle una mirada de disgusto. Alzó los dedos y

los chasqueó. Uno de sus hombres acudió de inmediato.

—Tráele agua fresca.

El soldado salió al instante a cumplir la orden, pero lord Torlundy, poco a poco, logró sentarse de nuevo, aunque parecía tan frágil que era como si una simple brisa pudiera hacerlo desaparecer.

—Seguro que ella es la malvada. —Se sacó un gran pañuelo rosado del bolsillo y se lo pasó por el rostro—. Las mujeres tienen ese algo pernicioso. Por eso mi madre me advirtió sobre ellas. —La tela de seda se movía ampliamente entre sus dedos, como una bandada de mariposas. Miró a ambos lados, angustiado—. ¿No tendría un frasco de sales? Tengo un temperamento delicado. ¿Está usted casado?

Aquel individuo podía sacar de quicio a cualquiera. Robles se mantuvo firme, mortalmente serio, y con su felina mirada clavada en él.

—¿Dónde los encontró?

—Me duele la cabeza. —Se tocó la frente—. No sabría decirle. Ahí fuera. —De nuevo, el pañuelo volando en el aire—. Estos campos son todos iguales. ¿No cree que la naturaleza en invierno es demasiado blanca y está pésimamente iluminada?

La paciencia del sargento tenía un límite, y aquel individuo se la había hecho perder con creces.

—Caballero —dijo mortalmente serio—, si no coopera, tendré que arrestarle.

Lo miró ojiplático y se puso aún más pálido.

—Creo que voy a desmayarme.

Robles soltó un bufido de hartazgo y volvió a chasquear los dedos.

—¡Esa agua! Rápido.

El soldado ya venía, corriendo, con un recipiente que entregó al inglés. Este se lo bebió despacio, y solo cuando se limpió la barbilla con aquel pañuelo que parecía una sábana, continuó:

—Déjeme pensar. Yo había detenido la montura porque esta uña se me acababa de romper dentro del guante. Es algo muy doloroso. Mi madre decía que es por falta de leche. ¿A usted no le pasa? Yo tomo mucha leche…

—¿Le importaría ir al grano?

Lanzó un gesto de impaciencia.

—Estoy nervioso. Disculpe. Es la primera vez que intervengo en un asesinato. Porque habrán matado a alguien, ¿verdad?

Se echó hacia delante, como esperando que el sargento fuera a compartir unas confidencias. Pero este volvió más austera su mirada mientras sus puños se contraían sobre la mesa.

—Mi paciencia tiene un límite —remarcó cada palabra—, y si no contesta de manera clara e inmediata, mis hombres tendrán que ponerle los grilletes.

Aquella frase pareció obrar un milagro.

—Había un arroyo y ellos tiraron hacia el este después de salpicar mi gabán de agua helada. Eso es todo lo que puedo decirle.

¡Al fin! Qué difícil había sido. Intentó asegurarse.

—¿Está seguro?

—Como que la luna es una mentirosa. —Levantó la palma de la mano—. ¿No se dice eso en España?

Con eso era suficiente. Unos minutos más con aquel individuo y terminaría loco.

Se puso de pie y fue hasta donde estaban, atentos, sus hombres, sin despedirse del rebuscado extranjero.

—Dos grupos —ordenó—. El más numeroso que viaje hacia el este siguiendo la información que nos ha dado el caballero. El otro hacia el oeste, buscando huellas al otro lado del arroyo. Hay que asegurarse. Me reuniré con todos en la ciudad.

Se pusieron firmes, como correspondía a una guarnición bien entrenada y disciplinada.

—A sus órdenes, señor.

Antes de que salieran, les advirtió:

—Y los quiero atados con cuerdas y amordazados antes de que amanezca, cueste lo que cueste.

Su segundo al mando asintió y fue hasta la salida a comunicar las órdenes. Robles empezó a colocarse los guantes. Allí ya no había nada que hacer, solo rogar que todo saliera bien y se hiciera justicia con los fugados.

—¿Qué tal se come aquí?

Cuando se volvió hacia la voz, el afectado caballero inglés estaba a su lado, con una amplia y solícita sonrisa en los labios.

No le dijo nada, solo lo ignoró y se dirigió a la salida.

Pocas veces perdía la paciencia, pero aquel caballero parecía

tener un don especial para lograrlo.

Capítulo 17
Una lista de intenciones

Para Callaham había sido, sin duda, la peor noche de su vida, y había pasado algunas que para muchos hombres hubieran sido un infierno.

Como aquella en la que tuvo que mantenerse a flote sobre una tabla, rodeado de alimañas hambrientas en el helado mar de Pomerania para que el enemigo no diera con él. O aquella otra en la que tuvo que atravesar un bosque en llamas para conducir a su pelotón al otro lado de la frontera rusa. Y hasta añadiría la noche en el penal, a la espera de ser ajusticiado al amanecer acusado de un millar de cosas de las cuales ni la mitad había cometido.

Todas habían sido noches eternas, terribles y angustiosas, pero ninguna como aquella, porque la proximidad del cuerpo medio desnudo de Isabel tan cerca del suyo era mucho más peligroso que un barco pirata, un ejército enemigo pertrechado hasta los dientes o una jauría de animales rabiosos.

Ella se había quedado dormida enseguida, en cuanto entró en calor y el frío quedó atrás. El saliente de la roca los guarecía de una posible nevada e impedía que las constantes ventiscas les afectaran, y el calor que sus cuerpos medio desnudos aportaban había convertido aquel refugio bajo sus ropas apiladas en algo muy parecido a un hogar.

Sí, Isabel se había dormido en cuanto entró en calor, pero no así él.

¿Por qué diantres su corazón palpitaba de aquella manera? ¿Por qué cada poro de su piel en contacto con el cuerpo femenino se empeñaba en regodearse con aquella sensación, en sentir la experiencia de tocarla sin ser advertido?

Podía responder de mil maneras a esas cuestiones, por supuesto.

Él era un hombre fogoso, y la proximidad de una mujer hermosa en aquellas circunstancias solo podía inflamar su deseo.

Pero era algo más que eso. Algo indefinido que no lograba discernir.

El cuerpo de Isabel era rotundo, cálido y tremendamente suave. Se había acomodado entre sus brazos. Al principio, tan envarada que parecía que lo que se le ajustaba contra el pecho era un trozo de hielo en vez de una mujer. Pero mientras el sueño la rendía y sus músculos se relajaban, se volvió cálido y voluptuoso, como pocas veces recordaba haber sentido junto a él un cuerpo femenino.

En la inconsciencia del sueño, ella se había ajustado tanto a él que cada centímetro de uno estaba encajado en el de otro, buscando ávidamente cualquier retazo de calor.

Callaham lo llevó mal, sobre todo, porque su virilidad había respondido en consecuencia, lo que lo hacía sentir tremendamente incómodo, y porque su sentido del honor, que sí lo tenía, le reprendía por aquella respuesta de su cuerpo.

Todo esto empeoró cuando Isabel, adormilada, lanzó un gemido y se dio la vuelta, encarándolo. Y no solo eso. Se pegó aún más y encajó una de sus piernas entre sus muslos, de manera que la intimidad de ambos quedaba tan ajustada una contra otra como si estuvieran haciendo el amor.

Fue ahí donde empezó a sudar, donde se puso rígido y donde se empeñó en recordar canciones de su infancia que hablaban de vacas lecheras y abuelas hacendosas para no pensar en la diosa divina que tenía entre los brazos.

¡Y cómo olía! ¿Cómo era posible que una mujer oliera tan bien? Era un aroma fresco y a la vez exótico, como un trozo de lima macerado en sándalo, algo que no procedía de ningún perfume, sino de su propia naturaleza.

Dominando sus manos para no acariciarla, inmovilizando sus caderas para no pegarlas más a ella, consiguió tragar saliva, tan rígido como una estatua de bronce.

Y, entonces, ella volvió a gemir, se ajustó un poco más, tanto que su virilidad quedó encajada entre sus piernas y alzó, dormida, la cabeza, como si buscara un poco de aire fresco.

Aquello fue algo terrible, porque los labios de Isabel quedaron a escasas pulgadas de los suyos y el aliento fresco de la mujer

impactaba directamente sobre su boca.

Sí, había sido la peor noche de su vida, porque no logró pegar ojo de tanto como había deseado, dolorosamente, cada uno de los malditos minutos que configuraron esa terrible madrugada.

El trino de un pájaro hizo que se despertara.

Al parecer, justo antes del amanecer, el sueño lo había vencido, y así debía ser porque las pesadillas que recordaba eran tan tórridas, hacía cosas tan censurables con el cuerpo desnudo de Isabel, que lo primero que hizo fue palparse, por si todo aquello había brotado como una mancha ignominiosa en sus pantalones.

—Has dormido toda la noche —escuchó una voz alegre.

Solo entonces se dio cuenta de que Isabel no estaba a su lado y, cuando la buscó, la encontró de pie, terminando de ajustarse el vestido, pero con el cabello tan alborotado y los labios tan rojos que el mismo deseo que le había mortificado toda la noche cayó de nuevo sobre él, intacto.

Se incorporó para sentarse, de un humor de perros, pero rápidamente el frío de la mañana hizo que se levantara para buscar su ropa.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó secamente a Isabel, a pesar de que él podría narrarle cada gesto que había esbozado su precioso rostro.

—Mal —dijo ella—, he tenido pesadillas terribles. Creo que no he pegado ojo.

No, Callaham no estaba de humor. No dejaba de preguntarse qué le sucedía, por qué se sentía desbordado por ese deseo, extraño y profundo, que le costaba controlar. Sí, era cierto que no había tenido trato carnal con una mujer desde que la criada de la sastrería tuvo a bien entretenerlo, y que tener tan cerca y de manera tan íntima a una dama hermosa no ayudaba, pero se conocía, era consciente de que su corazón helado jamás se sentiría afectado por esas pamplinas del amor, y de que tenía un control absoluto sobre sus sentimientos y emociones.

—¿Hacia dónde iremos? —le preguntó ella.

Callaham se volvió. Isabel se estaba recogiendo el cabello y, al subir los brazos para atárselo, el busto adquiría una presencia tan deliciosa que tuvo que apartar la vista.

—Al norte, ¿hacia dónde si no? —contestó de aquel humor

pésimo.

Isabel se le quedó mirando.

—¿Sucede algo?

Él no la miró mientras se ataba la camisa.

—No, ¿por qué?

—Te noto extraño.

—¿Extraño?

—No has intentado gastar ninguna de tus bromas, ni humillarme, ni hacerme sentir como una aristócrata inútil y caprichosa.

Ahora sí alzó la vista. Ella estaba allí plantada, con ambas manos en las caderas y lo miraba fijamente, con la cabeza ladeada. Hermosa y deseable como una bacante.

—Yo no hago esas cosas —protestó.

—Sí lo haces.

Aún se sentía turbado por los sentimientos que lo habían asaltado aquella larga noche. Una más así y se creía capaz de cometer una locura. Decidió que era mejor marcar unas líneas básicas que dejaran claro en qué lado estaban cada uno, y que ayudaran a que la viera como la joven novicia e inalcanzable aristócrata que debía seguir siendo.

—Bien. —Él también puso las manos sobre sus caderas—, si te parece, aclaremos algunas cosas.

—Estoy ansiosa por oírte.

Carraspeó e intentó adquirir un aire juicioso.

—Vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que deberíamos trazar unas normas mínimas para que todo salga bien.

Ella parecía estar de acuerdo. ¿Cómo podían ser unos labios tan jugosos?

—Soy toda oídos.

—En primer lugar —Callaham volvió a carraspear y la señaló, rudo, con un dedo—, dejarás de hacer eso con los labios.

La incomprensión campó en el rostro de Isabel.

—¿Eso? ¿Qué?

—Eso —volvió a señalar con la mano—. Chupártelos y mordértelos, pasar la lengua por el borde y dejarla quieta en la comisura.

Lo miró sin comprender.

—Me duelen por el frío.

—Es realmente incómodo y hay avispas.

¿De qué estaba hablando aquel hombre?

—¿Avispas con este frío?

—Sí. —¿Cómo le decía que no podía dejar de mirarla cuando lo hacía?—. Y se te pueden meter en la boca, y sería terrible.

Isabel aguzó la mirada. Había oído contar en el convento que un sacerdote se volvió loco a causa del frío. Se preguntó si a Callaham le había sucedido algo parecido.

—¿Qué más? —preguntó.

Él volvió a carraspear.

—Debes dejar de andar así.

Sí, todo indicaba que era un efecto de la nevada.

—No sé andar de otra manera.

—Contonearse deja huellas inconfundibles sobre la nieve. —Parecía realmente docto en sus razonamientos, al menos, eso pensó él—. Es como si gritaras a nuestros perseguidores quién eres y dónde estás.

—¡Yo no me contoneo! —Se sintió ofendida.

—Te contoneas.

—¿Algo más? —dijo con impaciencia mientras se ajustaba su gabán.

Él se rascó la cabeza. El rubio cabello, siempre despeinado, tomó una forma caprichosa.

—Tendremos que buscar lugares a cubierto para dormir —le dijo—. No podemos permitirnos otra noche como esta.

Él, desde luego, no.

—Para mí ha estado bien —sonrió Isabel—, y tenías razón, te has comportado como un caballero.

Callaham trago saliva.

—Y no debes parpadear.

Esa vez Isabel sí que se preocupó.

Anduvo los pasos que los separaban y puso su mano sobre su frente.

—¿Tienes fiebre?

—Al menos de esa forma en que lo haces cuando no comprendes algo y me miras fijamente.

No tenía fiebre, lo que era aún más preocupante. Debía recordar

cómo terminó aquel sacerdote.

—¿Te has golpeado y no me he dado cuenta? —preguntó. Quizá era eso.

Él se apartó. La mano de Isabel sobre su frente era demasiado cálida y deliciosa. Cualquier contacto con ella debía ser proscrito. Se guardó el cartapacio de don Íñigo bajo las ropas, tiró de la casaca y se encasquetó el gabán. Pareció que las capas de ropaje borraban el recuerdo de la piel femenina y eso hizo que se sintiera mejor.

—Con esos cuidados —anunció—, creo que podremos continuar sin complicaciones.

Isabel ya no le prestaba atención. Las prioridades eran que los caballos estuvieran a salvo y salir de allí. Bien abrigada se dirigió hasta el exterior.

—Voy a ver si encuentro hierva fresca para los animales debajo de la nieve. ¿Tenemos algo que comer?

—Cecina y pan duro. —Esbozó una sonrisa jactanciosa—. Lamento que se nos haya acabado el faisán.

—¿Dejarás alguna vez de ser insoportable? —dijo ella, cansada.

Él sonrió. Al menos, las cosas volvían a ser como antes de aquella horrible noche.

—Vuelve pronto —le pidió mientras recogía su escaso equipaje y lo introducía en el saco—. Partimos enseguida.

Capítulo 18
Una partida incomprensible

La señora Smith intentaba no aparentar lo incómoda que se sentía, aunque su sonrisa crispada y cierta expresión de disgusto, que no lograba borrar del rostro, la delataban.

—¿No nos acompañará ninguno de los hombres de su padre, *milady*?

María, *lady* Torlundy, se ajustó los guantes, y le dedicó una sonrisa cortés.

—No será necesario —la tranquilizó—. Es un viaje de recreo, algo sencillo y sin la menor complicación. Le encantará San Sebastián.

En aquel momento, estaban atravesando el sucio bancal del puerto en dirección a un barco de pasajeros que se alzaba cerca, listo para zarpar.

Delante, dos de los fornidos hombres de don Íñigo les abrían paso. Detrás iban otros tantos lacayos portando el equipaje. A su alrededor, los apresurados viajeros las miraban al pasar, sospechando que debía tratarse de una dama de calidad por lo bien custodiada que iba.

La señora Smith, el ama de llaves de Chesham Manor, veía la proximidad del navío como si la hubieran condenado a galeras.

—A su doncella le hubiera fascinado un viaje así —exclamó, como por casualidad—. Aún estamos a tiempo de mandar al cochero en su búsqueda, y que ella le acompañe. Estoy segura de que sabrá atenderla mejor que yo.

María continuó avanzando mientras los hombres de su padre iban abriendo paso.

—Estoy convencida de que sería así, pero busco tranquilidad, y usted es para mí como un bálsamo. Con ella, a veces, me siento

atolondrada.

El ama de llaves arrugó sin querer su sonrisa hierática. No, no iba a poder librarse de aquel viaje, donde tendrían que atravesar el frío mar en una época del año terrible para la navegación. Intentó otra estrategia.

—Me inquieta dejar solas a sus hermanas, *milady*. Su padre ha insistido tanto en que las cuide. Esas niñas necesitan cerca una figura femenina de autoridad, para que terminen de comprender cómo se organiza una casa.

María le agradeció el interés con una cálida sonrisa.

—Se han criado solas mis pobres niñas, entre ayas y preceptores. Porque estén un par de semanas sin nosotras no cambiará nada.

No, no iba a ser fácil convencerla.

Los dos robustos hombretones se aseguraron de que la plataforma de acceso al navío era firme. Solo entonces permitieron que las dos mujeres subieran por ella.

El barco no era el más adecuado para una mujer de la posición de María de Mendoza. Había podido fletar la goleta que don Íñigo tenía siempre lista en el puerto de Greenwich, pero era demasiado pesada, y en esa ocasión primaba la rapidez. Un barco pequeño y ágil era lo que necesitaba y aquel era perfecto.

Debían llegar a la frontera entre Francia y España cuanto antes, ya que, según sus cálculos, cuando pudieran arribar a puerto, Isabel y ese tal sir Callaham deberían estar cerca de San Sebastián, donde deberían tomar el último trasporte para cruzar la frontera.

Si su padre se hubiera sincerado antes, hubiera partido con Ralf, su marido… Bueno, Lobo, como se llamaba cuando ejercía ciertas funciones que ya deberían estar olvidadas. Juntos hubieran sacado a Isabel de España con todas las seguridades. Pero don Íñigo, con el paso de los años, había decidido que su hija tenía que abandonar, sí o sí, sus antiguas funciones, y si ella no fuera avispada, se habría salido con la suya.

Desde luego, podría haber viajado sola. No necesitaba a nadie para desplazarse. Pero una de las inconveniencias de ser mujer era que algo así no estaba permitido. Nadie hubiera aceptado el pasaje de una dama sin compañía alguna, incluso hubieran sospechado al atravesar la frontera. Así que la señora Smith era perfecta: discreta, entretenida y no hacía preguntas… Al menos, hasta ahora.

Subieron por la rampa. Uno de los hombres de su padre lo hizo tras ella, pero María lo detuvo.

—Hasta aquí es suficiente, gracias —lo dijo con una sonrisa, pero no admitía réplica—. Pueden volver a casa. La señora Smith y yo nos valdremos por nosotras mismas a partir de este punto, ¿verdad?

La aludida estaba a punto de la apoplejía. Odiaba viajar, odiaba el mar, y febrero, con aquellas intensas tempestades, era el peor mes del año. Sin embargo, logró esbozar una sonrisa muy leve, aunque su mirada seguía siendo lastimosa.

—Verdad.

Los dos hombres de don Íñigo asintieron de mala gana. Seguramente, el marqués les había pedido que no se marcharan hasta estar absolutamente seguros de que su hija y el ama de llaves estuvieran perfectamente acomodadas, pero obedecieron a su señora y descendieron por la rampa.

El contramaestre, solícito, ya venía hacia ellas, esquivando el trasiego de pasajeros que intentaban acomodarse en cubierta.

—*Milady*. —Le hizo una reverencia, pues la había reconocido por su prestancia—. Es para nosotros un honor que haya confiado en nuestra compañía para este viaje.

Ella tenía prisa.

—Gracias. Necesito hablar con el capitán.

—¿Con el capitán? —El hombre parecía confundido, porque el oficial al mando jamás interactuaba con el pasaje.

—Así es —dijo con su arrebatadora sonrisa esbozada.

—No es usual…

—En esta ocasión, sí. —Se ajustó de nuevo los guantes—. Vaya a por él. Mientras tanto, tomaremos un té caliente aquí, en cubierta, hasta que salgamos de puerto.

El contramaestre parpadeó varias veces, pero la señora, seguida de su acompañante, ya se acomodaba en la barandilla, para disfrutar del desatraque en aquel momento que no nevaba.

Decidió acceder a su petición. Era una dama de la alta aristocracia, relacionada con la Corte y conocida de la Reina. No debían desairarla, y eran conocidos por todos los caprichos de los aristócratas.

Ordenó a un grumete que trajeran un servicio de té para las

señoras mientras él iba en busca del capitán. A su alrededor, el resto del pasaje mantenía una respetuosa distancia con aquellas dos damas que parecían de elevadísima alcurnia.

Estando solas y embarcadas, la señora Smith sabía que le quedaban muy pocas oportunidades para que la dejaran marchar, así que insistió.

—Me pregunto, *milady*, si el norte de España no será tan frío como Londres en esta época del año.

María sonrió.

—En absoluto. Descansaremos, tomaremos las aguas y cuando volvamos, podremos enfrentarnos a todas las complicaciones que tendremos por delante. Recuerde que hay que casar a cinco de mis hermanas.

Aquella respuesta había hecho pensar al ama de llaves.

—Ignoraba que en esa zona de España hubiera baños termales.

María se sintió pillada, pero apenas se notó, porque de inmediato volvió a sonreír.

—No los hay, pero el mar del Cantábrico es dulce y reconfortante.

Los ojos de la señora Smith se abrieron de par en par.

—¿En febrero? ¿Pretende bañarse en el mar en febrero?

María emitió una deliciosa carcajada. Si hubiera sabido que su querida ama de llaves iba a tener tantas dudas, se hubiera decidido por su doncella. Decidió cortar por lo sano.

—Verá cómo le fascina.

La criada vio oportuno no preguntar más. Era imposible que en España hiciera menos frío que allí y absolutamente impropio de una dama tomar un baño de mar. Lo de febrero y el frío glacial casi quedaba en un segundo plano. Qué extrañas costumbres tenían estos españoles.

Un chico muy joven les trajo sendas tazas de té. María le dio una moneda y tuvo que convenir en que estaba delicioso, aunque quizá se debía al frío.

El ama de llaves carraspeó para llamar su atención.

—Aún hay algo que me preocupa, *milady* —dijo con cuidado—. Pero no quiero parecer puntillosa.

María intentó que su sonrisa no se viera crispada.

—Nunca lo sería, mi querida señora Smith. ¿Qué puede ser eso?

—Los salvoconductos.

Vaya, se había dado cuenta. Hubiera sido una gran espía, porque no se le escapaban los detalles.

—Papá se ha encargado. —Volvió a sonreír—. Seguro que son correctos.

—Pero usted figura como doña María de Ayala.

—El apellido de mi madre. Son costumbres españolas.

Hubiera jurado que la madre de *milady* se llamaba de manera diferente, pero no quiso insistir. A veces había pensado que aquella frase, «costumbres españolas», la utilizaban sus señores como excusa para hacer cualquier cosa inconveniente.

Carraspeó de nuevo. María no pudo evitar parpadear varias veces.

—Y yo aparezco inscrita como Mary Anne Bowley, señora.

—¿No era ese su nombre de soltera? —*lady* Torlundy parecía realmente sorprendida.

—Nunca me he casado y, por supuesto, no me llamo así.

María se llevó una mano al pecho.

—¡Qué encantadora confusión! Errores sin importancia. Relájese y disfrute de este delicioso viaje.

Como si quisiera subrayar su frase, un trueno enorme estalló en ese momento y fue seguido de cerca por un relámpago que arrancó un murmullo a su alrededor.

—Creo que quería verme, *milady*.

Ambas se volvieron. Un viejo lobo de mar las aguardaba, ligeramente incómodo, como si le hubieran obligado a salir de una fortaleza inexpugnable. A María le gustó de inmediato.

—En efecto, capitán. ¿Cuánto cree que tardaremos en llegar a puerto?

El hombre tenía las manos a la espalda, y se mantenía a prudente distancia.

—Si el tiempo acompaña, menos de seis días —dijo orgulloso.

—Me parece excesivo.

El orgullo dio paso a la confusión. Su barco era de los más veloces. Para cualquiera, en aquella época del año, hubiera sido una bendición.

—Con el estado de la mar —intentó explicarle—, no podemos desplegar todo el velamen.

Ella asintió, pero no desistió.

—Si lo hicieran, ¿cuánto avanzaríamos?

El viejo lobo sonrió. A veces las mujeres, y más las aristócratas, eran curiosas.

—En cuatro días estaríamos en tierra firme, señora, pero ya le digo que es peligroso.

María buscó dentro de su elegante redingote azul hasta encontrar una pesada bolsa de cuero. Se la tendió al capitán.

—Tendrá otra bolsa de monedas como esa si llegamos el miércoles.

El miércoles era dentro de cinco días.

—Pero sería peligroso —repuso.

Ella sonrió para tranquilizarlo.

—Jamás pondría en dificultades a todas estas personas. —Le palmeó el antebrazo—. Inténtelo. Si estalla una tormenta, lo comprenderé.

Era un reto, y la bolsa parecía pesada. Si tenían suerte y no se avistaban tempestades, podrían lograrlo sin excesivas dificultades y él sacaría una buena tajada de ello.

—Así se hará —claudicó.

Cuando se quedaron solas de nuevo, la señora Smith se atrevió a hablar.

—¿Lo ve prudente, *milady*?

María le dedicó su sonrisa más radiante y tranquilizadora.

—Por supuesto, querida. Nos hará un tiempo excelente.

Y, en ese momento, varias gotas de lluvia helada empezaron a caer.

Capítulo 19
Una carrera apresurada

Por el momento, parecía que Isabel estaba cumpliendo cada punto del acuerdo. Pero ni siquiera aquello aliviaba a Callaham de mirarla de vez en cuando, a hurtadillas, con ojos de cordero.

Aunque no nevaba y el cielo estaba medio despejado, se encontraban rodeados de nieve que empezaba a cuajarse y el frío no había cedido un ápice.

Habían dejado el abrigo de la roca hacía tiempo, tras comer lo poco que tenían, lo poco que pudieron hurtar antes de salir en medio de la noche. Debían buscar provisiones si querían sobrevivir, pero acercarse a pueblos y ciudades no sería posible.

Callaham sospechaba que, si habían dado con ellos en la posada, era muy probable que su descripción estuviera en manos de cuantos guardias hubiera de allí a la frontera.

Así que la única posibilidad que les quedaba era encontrar una granja o una pequeña aldea recóndita donde solicitar algo de comer y, si fuera posible, un sitio caliente para pernoctar.

El monte burgalés se extendía ante ellos tan incierto como inseguro. Calculaba, según el tiempo trascurrido y el mapa que le diera don Íñigo y que había consultado aquella mañana, que debían estar en los alrededores de Briviesca, población que debían evitar a toda costa.

En aquel instante, Isabel montaba a su lado. Parecía un tanto taciturna, quizá porque el viaje empezaba a pesarle, pero aun así, no se había quejado en ningún momento.

Empezaba a verla de manera diferente. Era posible que se tratara de un efecto del frío, porque cuando sus ojos se cruzaban, una sensación extraña, desconocida, se le alojaba en el estómago, algo realmente incómodo.

Ella llevaba fuertemente atado el gabán femenino y muy ajustado el sombrero, y estaba pendiente de que su caballo no desfalleciera, al que de vez en cuanto acariciaba y daba palabras de aliento.

Con aquel frío y sin apenas comida, aquellos animales no dudarían mucho, lo que supondría un serio problema para ellos. Si encontraba la granja que pretendía, quizá tuvieran la suerte de cambiarlos por otros bien alimentados y frescos, o de comprar un par de jamelgos fuertes y resistentes.

Las vio cuando maniobró con su caballo para evitar un puñado de piedras puntiagudas.

—So.

Detuvo su montura y, de un saltó, tomó tierra.

Se puso en cuclillas y analizó las huellas sobre la nieve. Estaban algo borrosas, ya que unas se sobreponían sobre las otras, pero las más alejadas se dibujaban claramente sobre la superficie blanca, y no dejaban lugar a dudas.

Miró alrededor, poniéndose de pie lentamente. Los matorrales y árboles dispersos daban paso a lomas y colinas. Aquel lugar era perfecto para esconderse y emboscarlos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Isabel, que había estado pendiente de cada uno de sus gestos.

—Esperemos que nada.

—¿Son pisadas? —Ella también se había dado cuenta—. ¿Crees que la Guardia puede estar cerca?

Era mejor alertarla, por si tenían que escapar al galope.

—Esto me preocupa más que la Guardia. —Intentó que ella no leyera la inquietud en su rostro—. Son lobos, y por las marcas, debe tratarse de una manada.

Isabel, instintivamente, miró alrededor. Nunca había visto uno, pero conocía su peligro. Su padre le había contado que salieron de caza en una ocasión y una manada les arrebató un venado delante de sus ojos.

—¿Crees que están cerca?

Callaham se había quitado un guante y deshacía un puñado de heces entre los dedos. Aunque estaban duras, también parecían calientes. Eso significaba que habían sido depuestas hacía muy poco tiempo, pero no quiso alarmarla.

—No lo sé. —Se limpió con las hojas de un arbusto, volvió a encasquetarse el guante y subió al caballo—. Habrá que estar atentos y rezar porque el viento siga soplando a nuestro favor.

En esa ocasión, aceleró el paso, aunque eso significara llevar a los caballos hasta el límite de su resistencia. Oteó el cielo en busca de un rastro de humo. Si había una casa cerca, la chimenea debería estar encendida.

No habían caminado demasiado cuando los caballos empezaron a ponerse nerviosos y a girar las orejas.

Callaham no tuvo dudas.

—¡Corre!

Isabel azuzó su montura y el irlandés se colocó detrás para protegerla de un posible ataque, mientras ambos caballos emprendían un galope desesperado.

No tardaron en ver a los lobos, uno enorme que apareció por la derecha, entre los árboles, y dos hembras igualmente fieras que corrían a su izquierda. Debía de haber más. Las huellas pertenecían, al menos, a seis animales, pero estarían agazapados tras la maleza o cortándoles la retirada.

Les estaban dando caza y estaba claro que, con aquel clima, tendrían que estar hambrientos.

El camino serpenteaba entre árboles de ramas bajas y peñascos diseminados. Una pisada en falso y caerían, una rama demasiado baja y los desmontaría.

La duda era cuánto resistirían los caballos a aquel paso, porque de ellos dependía que les dieran caza.

Cuando Callaham vio dos sombras oscuras que se perdían entre los árboles más adelante, supo que los habían rodeado y que estaban en verdadero peligro.

Su cabeza buscaba una salida sin parar. Llevaba una pistola en el cinto, pero a aquella velocidad no podía cargarla. Necesitaban llegar a un lugar poblado cuanto antes o no lo contarían.

Cuando el caballo de Isabel empezó a flaquear, reduciendo peligrosamente su galope, Callaham supo que estaban acabados.

Sintió una furia enorme que le anidaba en el pecho. Acabar así no estaba en sus planes: devorados por una manada de lobos hambrientos en medio de la nada. Lanzó un bufido de angustia, y entonces se le ocurrió.

—Isabel, ¡aquella rama! —le gritó para que le oyera, porque dos de los lobos ya les pisaban los talones y podrían saltar sobre ellos en cualquier momento.

—¡No te comprendo! —respondió ella, tan desesperada como él mismo.

—Es alta y fuerte —le indicó él—. Cuando pasemos por debajo, debes encaramarte a ella. Es nuestra única posibilidad.

Isabel contuvo el aliento. Se refería a un árbol robusto, más alto que los demás, que blandía sus gruesas ramas a tres o cuatro metros sobre el suelo. La idea de Callaham era que saltara a una de ellas antes de pasar por debajo. Dudó si podría hacerlo.

—¿Y los caballos? —preguntó.

—Estarán a salvo. Los lobos se entretendrán con nosotros, somos más débiles.

Asintió. No estaba segura de que pudiera hacerlo, pero Callaham tenía razón: no había otra salida que aquella.

Mientras se acercaba, fue preparándose. Se desató los botones del gabán para tener más movilidad. Se apretó con las rodillas al cuerpo del animal para sostenerse mientras sacaba un pie del estribo, ya que usaría el otro para impulsarse. Alzó una mano para sostener las riendas con la otra. Contuvo el aliento… y saltó.

Sintió el golpe como si hubiera caído con todo su peso sobre el suelo. Pero no, era la rama, que había impactado sobre su cuerpo al lanzarse contra ella. Le dejaría una buena magulladura.

Aturdida, alzó las piernas a tiempo de esquivar una dentellada de un lobo furioso que se alzó sobre las patas para alcanzarla.

Jadeante, logró sentarse a horcajadas sobre la rama, con el corazón bombeándole a todo trapo, y cuando sintió un contacto firme contra la cintura, lanzó un grito que sonó cortante en la fría tarde.

—¡Tranquila! —escuchó la voz de Callaham—. Todo va bien.

Él también estaba parapetado sobre la misma rama, que parecía lo suficientemente fuerte para sostener el peso de los dos y tan alta como para mantenerlos a salvo.

Como él le había asegurado, sus caballos siguieron galopando, pero los lobos habían perdido el interés por ellos y se iban congregando al pie del árbol, como si estuvieran seguros de que, antes o después, los vencerían las fuerzas y caerían de allí arriba.

Isabel contó seis, siete lobos, de los cuales tres eran enormes y muy fieros, con unas miradas tan turbias que le helaron la sangre.

Al menos, estaban a salvo, pero… ¿por cuánto tiempo?

—¿Y ahora? —le preguntó a Callaham.

Él acababa de sacar de entre sus ropas la pistola, y la alzó con una sonrisa de satisfacción en los labios. Isabel se sintió aliviada. No le hacía ninguna gracia que disparara a los animales, pero era consciente de que era la única forma de espantarles. Lo que hicieran después, ya se vería, porque con el campo helado y sin caballos…

De pronto, vio cómo los ojos de Callaham se volvían opacos.

—¿Qué sucede?

Él tragó saliva.

—La pólvora. Está en el caballo.

Aquello era una condena a muerte. Los lobos, así se lo había contado su padre, resistirían hasta que les faltaran las fuerzas y, entonces, darían buena cuenta de ellos.

Intentó no parecer desesperada, a pesar de que se preguntaba si no hubiera sido menos lesivo pudrirse en una cárcel real que ser salvada por aquel irlandés vanidoso.

—Se me ocurrirá algo —dijo Callaham, cuyo cabello rubio, sin el sombrero, que había perdido en la huida, iba en todas direcciones.

—Más te vale, porque…

No pudo terminar. Se escuchó el estruendo de una detonación. Al principio, pensó si podía tratarse de un relámpago, pero no, indudablemente, era el disparo de una pistola. Y así lo sintieron los lobos, porque con el rabo entre las piernas emprendieron la huida tan rápido como habían llegado.

Ella miró a Callaham, extrañada.

Aunque era un alivio, no lo tranquilizaba lo más mínimo.

No tardaron en ver al autor del disparo.

A paso lento, midiendo el terreno, venía hacia ellos un hombre montado en un caballo de magnífica hechura. Llevaba un mosquetón al hombro y los miraba con una sonrisa curiosa en los labios.

Callaham tuvo que convenir en que era un tipo atractivo, de piel morena y grandes ojos negros, que no se habían apartado de los de Isabel. Cuando la miró para ver qué efecto le causaba aquella aparición, vio cierto brillo en la manera de analizar al forastero que

no le gustó en absoluto.

—Pueden bajar —dijo con una voz muy viril—. No volverán a acercarse.

Ella suspiró.

—Mi salvador —esbozó.

Y Callaham sintió que se lo llevaban los demonios.

Capítulo 20
Un encuentro fortuito

No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que el forastero le tendió aquella escudilla con una liebre guisada.

Y no es que estuviera muy sabrosa, no. Con la intensa nevada, apenas habría encontrado algunas yerbas con las que aderezarla y algún trozo de cecina para arrancarle sabor, pero el hambre no sabía de gustos.

Callaham se había tirado al muslo a grandes mordiscos, sin importarle si se quemaba los dedos. Isabel, en cambio, permanecía muy derecha sobre el troncón, con el plato en la mano y, tras entender que no había un servicio de cubiertos, la comía a pequeños pellizcos que masticaba hasta la extenuación.

El individuo se llamaba Diego «el apellido no importa», o, al menos, eso les había dicho. Ayudó a Isabel a descender del árbol, tomándola por las pantorrillas, y a Callaham no le pasó desapercibido que, para bajarla al suelo, había hecho que descendiera sobre su cuerpo, más lento y ajustado de lo que era necesario, y se había detenido unos segundos cuando el rostro de Isabel estaba a escasas pulgadas del suyo.

Le entraron ganas de atravesarlo con una espada, pero para eso debería haber llevado una y ser un desagradecido, porque estaba claro que si seguían vivos, era por aquel tipo.

Su dama, además, se ruborizaba cada vez que ese individuo le lanzaba una de esas largas y aburridas miradas, y sonreía como si en ello le fuera la vida. En resumen, la hiel se le estaba esparciendo a Callaham por la sangre y el malhumor por la piel.

Diego «a secas» les había dicho que había salido a cazar, y que llevaba tiempo siguiendo a esa manada de lobos, que el hambre los había llevado demasiado cerca de la población, lo que sucedía en

inviernos tan fríos como aquel.

Después, les había invitado a que le acompañaran, porque tenía una olla al fuego no lejos de allí, donde estaba guisando dos liebres que sería un honor compartir. Aceptaron, por supuesto. Aunque hubiera sido medio conejo, no lo habrían dudado.

Les había preguntado sus nombres, y Callaham había lanzado una disimulada mirada a Isabel para que tuviera cuidado con la respuesta.

—Me llamo Isabel —dijo ella, sin entrar en apellidos—, y mi asistente, León.

Él no pudo evitar arrugar la frente. «¡Asistente!». ¿Qué era eso?, ¿una especie de criado? Habían acordado que, para justificar que viajaban juntos, se presentarían como marido y mujer, como hicieran en la carroza compartida, aquello…

Aguzó la mirada. Estaba claro que a Isabel le agradaba aquel individuo arrogante y jactancioso, que había parecido perder todo el interés en él y solo tenía ojos para ella, a quien dedicaba tantas sonrisas y miradas fruncidas que se le estaba revolviendo el estómago.

En aquel instante, se encontraban en medio de la nada, protegidos por la copa de un árbol que había evitado que la nieve hiciera un montículo, alrededor de un vivo fuego, y con un plato de comida caliente en la mano. Y todo, debía reconocer, gracias a aquel individuo.

—¿Quiere más? —le preguntó.

Callaham le arrancó el otro muslo de la mano, mientras terminaba de rebañar las minúsculas fibras de carne de entre los huesos del primero.

—Deben llevar varios días sin comer —comentó el anfitrión.

Lo cierto era que apenas hacía una jornada, pero el frío provocaba un hambre atroz, o quizá él era de buen comer.

—No esperábamos que el monte estuviera tan nevado —dijo Isabel.

El hombre removió la olla y les sirvió un poco más de aquel caldo oscuro y aceitoso.

—¿Y qué hacen por estas tierras?

La expresión de Callaham advirtió a Isabel de que se anduviera con cuidado. No sabían quién era ese hombre ni cuáles podrían ser

sus intenciones. Todo daba a entender que se trataba de un simple cazador, pero ellos eran dos prófugos y sus cabezas era posible que tuvieran precio.

—Montar un poco para respirar aire fresco.

Su anfitrión arrugó la frente y detuvo un instante el movimiento de su mano con el cucharón.

—¿Tan lejos del pueblo?

Callaham intervino.

—El caballo de la señora se desbocó. Cuando conseguí doblegarlo, estábamos demasiado apartados del camino.

El otro asintió, como si diera fe de que aquello fuera algo habitual en esa zona.

—¿Es de por aquí? No recuerdo haberla visto antes.

—Mis padres viajan mucho.

Después de decirlo, miró a Callaham. Este le sonrió ligeramente para indicarle que era una buena respuesta.

—Han debido perderse al cruzar el arroyo, porque se encuentran demasiado al norte de cualquier lugar habitado.

—¿Ve, señora? —exclamó él, como si acabaran de dar con la clave—. Era el camino equivocado.

Ella dio un último bocadito a la presa y dejó el plato a un lado, con media pechuga sin tocar. A Callaham se le fueron los ojos allí.

—Pero hemos tenido la suerte de dar con usted —le dijo Isabel al tal Diego—, nuestro salvador.

—A su servicio, señora. —Hizo una torpe reverencia—. No siempre se caza una pieza bella y noble.

Aquella última frase inquietó a Callaham. Era, evidentemente, una expresión de cortesía, una de esas sandeces que se decía a las señoras para que se sintieran halagadas. Pero por alguna razón, no pudo evitar que se dispararan sus inquietudes.

—¿Usted vive cerca? —le preguntó Callaham a «su salvador».

—Aquí y allá. —Hizo un gesto con las manos, como si señalara en varias direcciones, pero no le miró a los ojos—. Los montes son mi casa, me atrevería a decir. —Después volvió a centrar su atención en Isabel—. Permítame que le diga que tiene un cabello hermoso.

Ella se ruborizó hasta las raíces del pelo y se retorció como una gatita. Aquello incendió la sangre de Callaham, que sintió cómo un

talante levantisco se apoderaba de él. ¿De verdad le parecían agradables los torpes modales de aquel tipo? ¿Dónde había quedado la remilgada novicia que lo había amonestado por quitarse la camisa? Era imposible entender a las mujeres.

Callaham ignoraba por qué le estaba sucediendo aquello, pero en aquel instante odiaba a ese tal Diego más que a nadie en el mundo, más que a Napoleón, más que al rey Jorge y más que a los ingleses en general.

Decidió que ya estaba bien de lindezas entre su anfitrión e Isabel. Se puso de pie y se sacudió la nieve de las botas.

—Nuestros caballos han ido más al norte, «señora» —remarcó eso último con una sonrisa canina—. Deberíamos despedirnos de nuestro «salvador». —De nuevo cinismo— e ir a buscarlos antes de que caiga la noche.

A ella no le pasó desapercibido el sarcasmo. Se envaró aún más y le sonrió de la manera más arrogante posible.

—Por supuesto, León —aleteó con las manos—. Ve a por ellos. Me inquieta que les ataquen los lobos.

¿Lo estaba mandando a paseo? Su humor se agrió un poco más si eso fuera posible. ¿Era viable que las españolas fueran incluso más incomprensibles que las inglesas? Cambió el peso de una pierna a otra, y si las miradas pesaran, ella habría sentido toda su consistencia sobre los hombros.

—Quizá la «señora» quiera estirar las piernas —insistió.

Isabel no desdibujó la sonrisa, y reordenó su vestido y el gabán sobre el tronco.

—Aquí estoy bien, gracias. Don Diego me hará compañía mientras vuelve.

«Don Diego». ¿De dónde había sacado ese «don»? Aquel tipo no tenía donde caerse muerto.

El otro parecía encantado, por supuesto. ¿Es que Isabel no se daba cuenta de que podía estar en peligro? No conocían de nada a aquel individuo, era demasiado amable con dos personas salidas de la nada, estaban en medio de ninguna parte. ¿Cómo podía ser que ella no se percataba de que debían marcharse cuanto antes?

—Su padre me ha encargado su custodia, «señora» —dijo, plantado firme—. No podría contravenir sus órdenes.

Diego, como se llamaba, se giró hacia él. Con el sombrero calado

y mirándolo de lado, tenía un aspecto peligroso.

—¿Insinúa que la dama está en peligro conmigo?

Algo pasó por la cabeza de Callaham, no supo qué era, como si de una pieza equivocada en un tablero de ajedrez se tratara. Estaba allí, delante de sus ojos, pero no era capaz de adivinarlo.

—Claro que no —respondió, intentando parecer sumiso como correspondía a un simple asistente—, pero sería irresponsable no cumplir mi promesa para con mi señor.

Diego sonrió y aquel perfil peligroso que apenas se había vislumbrado se perdió entre sus blanquísimos dientes. ¿Qué era lo que no encajaba allí?

Su anfitrión se volvió de nuevo, solícito, hacia Isabel.

—Pueden pasar la noche aquí, usted y su criado, y buscar mañana a sus caballos. No deben andar lejos y los lobos nos habrán olido y no se acercarán.

Ella iba a contestar cuando Callaham dio un paso adelante.

—Nuestra intención es dormir en nuestros lechos, amigo.

—Claro —dijo, amable, aquel tipo—, por supuesto.

La imagen vino a la cabeza de Callaham como un fogonazo de pólvora.

¿Por qué un cazador solitario cocina dos liebres solo para él?

La respuesta estaba clara, porque no estaba solo.

Tendió la mano hacia la pistola, que estaba oculta bajo los ropajes, pero entonces escuchó el sonido, como de una rama que se rompe al pisarla, y todo se volvió oscuro, negro, mientras un dolor lacerante le atravesaba la cabeza.

Capítulo 21
Un rastro invisible

—Pardiez, pardiez, pardiez —exclamó Lobo, alzándose sobre la montura para otear todo lo lejos posible.

¿Cómo era posible que hubiera perdido el rastro de Isabel y sir Callaham?

Anduvo de nuevo sobre sus pasos, camino del arroyo. La Guardia ya había estado allí y habían terminado de desdibujar las escasas huellas que pudieran quedar impresas en la nieve.

Algo tenía claro, el sargento Robles no pararía hasta dar con ellos. Lo había conocido la madrugada anterior, en su papel de lord Torlundy… Lo cierto era que, a veces, no estaba seguro de quién era, si Lobo o el afectado aristócrata inglés, personalidad que hacía tiempo que no interpretaba, pero que para aquella misión le venía de maravilla.

Lo había conocido, a Robles, y llegado a la conclusión de que era peligroso, muy peligroso. Se había topado antes con hombres así, eficientes y decididos, y eran los peores enemigos porque no desfallecían.

Se retiró la capa y se quitó el sombrero. El oscuro cabello cayó a ambos lados del rostro, dándole un aspecto fiero.

Desde su llegada a Madrid, había conseguido contactar con muchos de los agentes a los que su suegro, don Íñigo, le había encomendado.

Había sacado un par de cosas claras. La primera, que debía andarse con cuidado y no fiarse de nadie, ya que muchos de esos contactos ya no eran fieles a los Mendoza, y habían cambiado su adhesión a un mejor postor. La segunda, que estaban solos en aquella encomienda y debía confiar en las decisiones que tomara sir Callaham, pues era posible que parte del camino lo tuviera que

hacer sin su vigilancia.

De aquel aristócrata inglés solo sabía lo que una nota apresurada de su suegro le había indicado. Que pertenecía a una familia de la baja nobleza de Irlanda venida a menos, que era un militar avezado y con experiencia, uno de tantos licenciados tras las Guerras Napoleónicas, y que era el único disponible que hablara un perfecto español.

Esa última aclaración le había dado a entender que no se trataba tanto de la persona adecuada como de la que se tenía a mano.

Había decidido conocerlo personalmente cuando Callaham llegó a Madrid, hacía ya de eso cinco días. Fue a la fonda donde se hospedaba, pidió un chato de vino, como le llamaban allí, y se acomodó en una esquina, bien amparado por las sombras, esperando a que apareciera, pues sabía que tenía pasajes hacia el norte.

Cuando lo vio bajar de su habitación y dirigirse al posadero, le causó una buena impresión de inmediato. Era un tipo atractivo, con un aire salvaje que casaba con su ascendencia irlandesa, y parecía decidido.

Lobo se vanagloriaba de saber conocer a un hombre de un solo vistazo, y aquel le dijo que sabía lo que se traía entre manos, y que era capaz de proteger a su cuñada. También lo decían sus ojos, una mirada acerada, analítica, que se cruzó con los suyos un instante, y donde pudo ver que nada de lo que había alrededor escapaba a su vigilancia.

Aquello lo tranquilizó bastante. Aunque su intención era seguirlos de cerca durante todo el camino para hacérselo lo más fácil posible, comprender que Callaham era un hombre capacitado suponía un alivio, hasta que vio aparecer a Isabel.

La tercera de las Mendoza tenía el apellido muy bien puesto.

Él batallaba a diario con su esposa, María, a la que adoraba, y lo había hecho con Leonor, que para alivio de todos estaba cómodamente asentada en algún lugar del Asia más remota.

Solo ver la actitud con la que doña Isabel bajaba las escaleras le dijo que todo serían problemas: muy tiesa, con la cabeza bien alta, arrogante e inquisidora. Sintió cierta ternura repentina por sir Callaham, porque a ello había que aunar que era irremediablemente hermosa, como sus otras hermanas, una unión de carácter y físico

que las hacía irresistibles.

Volvió a revisar las huellas sobre la nieve.

Habían escapado hacia el norte, de eso no había dudas, lo que era imposible de saber era por qué sendero habían tirado, si es que no habían cruzado monte a través.

Cuando escuchó el sonido de los caballos, buscó el refugio de un grupo de árboles y parapetó allí su montura, porque había tenido cuidado no solo de que fuera un buen rocín, sino que fuera tan blanco como la nieve.

El destacamento de la Guardia pasó retirado, encabezado por el sargento Robles.

Sí, era alguien peligroso, y muy capaz. Uno de esos sabuesos ante los que era necesario protegerse.

Decidió seguirlos. Por ahora, eran el peligro más acuciante al que Isabel y Callaham se enfrentaban, por lo que si no sabía dónde se encontraban, al menos, tendría vigilado a aquel empecinado enemigo.

Pensó en su esposa, en María, y como siempre le sucedía, un calor reconfortante le recorrió el cuerpo. Menos mal que en ese mismo instante ella estaba segura en Londres, en su hogar, tranquila y sosegada, disfrutando de la compañía de sus hermanas.

Capítulo 22
Un dolor de cabeza

El dolor de cabeza era como si la lámpara del salón de baile de Whitehall se le hubiera caído encima.

Callaham se tocó el punto de la coronilla de donde provenía y comprobó que tenía un chichón enorme.

—¿Con qué me ha pegado ese bestia? —se preguntó mientras se miraba las puntas de los dedos que estaban manchadas de sangre.

Intentó incorporarse, pero todo dio vueltas a su alrededor, como cuando de niño rodaba ladera abajo hasta terminar enfangados en el arroyo.

Fue entonces cuando sintió el aliento pastoso y el tacto húmedo sobre la cara, y no tuvo dudas de que la muerte estaba allí, a su lado, cumpliendo con su cometido de llevarlo al infierno.

Abrió los ojos como pudo, pero tuvo que cerrarlos porque aquella superficie mojada y rugosa pasó de nuevo por sus mejillas y por sus párpados. Solo cuando al fin pudo enfocar, comprendió de qué se trataba.

—¿Cómo diablos habéis regresado?

Los dos caballos estaban allí. Uno intentaba devorar un matojo minúsculo y reseco que sobresalía de la nieve y el otro le lamía la cara, como si de verdad quisiera espabilarlo.

Callaham se sentó tambaleante sobre el mismo suelo helado donde había estado tirado. ¿Cómo era posible que no se hubiera muerto de frío? La punzada de dolor le atravesó, igual que si le hubieran traspasado con un clavo desde la cabeza hasta el corazón. ¿Con qué le habían golpeado? Porque estaba claro que eso era lo que le habían hecho. El tipo que seguramente compartía comida con «el salvador», ese tal Diego, del que no se había fiado desde el instante mismo en que lo vio.

Pero Isabel había quedado prendada de él, de su sonrisa, de su conversación altanera y autosuficiente y de esa forma cínica de sonreír que…

¡Isabel!

Miró alrededor, y el movimiento brusco fue como si su cabeza fuera un puchero lleno de clavos de hierro que le asaetearan las paredes al ser agitado. Consiguió estabilizarse, cerrando los ojos un momento.

A simple vista, Isabel no estaba allí. Utilizó las bridas del caballo para ponerse de pie, aunque se mareó de inmediato y tuvo que sujetarse a la silla. El caballo se portó y no lo arrastró por medio monte.

Cuando se sintió con la fortaleza suficiente, miró alrededor, desgranando cada recodo, cada palmo de campo que estaba a la vista.

—¡Isabel! —gritó.

Pero de inmediato supo que aquello era una insensatez. Quien le había golpeado no era su amigo, y era posible que aún estuviera cerca, porque… ¿cuánto tiempo había estado sin sentido, tirado en el suelo?

Miró hacia el cielo. Seguía despejado y el sol empezaba a declinar, por lo que pronto anochecería. Eso significaba que las tres o cuatro horas que habían transcurrido no habían existido para él. ¡Pardiez!

Intentó serenarse. La buena noticia era que los caballos habían vuelto y que el cartapacio con toda la documentación seguía escondido entre sus ropas. Posiblemente, el viento soplaría en su dirección y se habían dejado llevar por el olfato. Eso le permitiría avanzar rápido y ponerse a salvo.

La mala noticia: había perdido a Isabel.

Intentó encontrar una explicación, algo que le hiciera entender qué había sucedido.

Aquel tipo malintencionado, el tal Diego, los había salvado de los lobos con una idea oscura, de eso estaba seguro, tanto que podría jurarlo sobre la Biblia. ¿Por qué no los había despachado nada más verlos, indefensos sobre el árbol? Había muchas explicaciones, pero una de ellas sería que quería asegurarse de quiénes eran, porque había visto una recompensa en cuanto vio los

modales de Isabel.

Ella se lo había puesto fácil, por supuesto. ¿Quién se come un muslo de liebre así? ¿A ligeros pellizcos? ¿A bocaditos? Una mujer de campo desde luego que no. Ni siquiera una burguesa educada en los mejores colegios. Eso solo lo hacían las refinadas hijas de los nobles, y todas tenían un precio. Sobre todo, cuando estaban perdidas en mitad del monte con un hombre que no era su hermano ni su marido, y con quien parecía tener cierta familiaridad.

Estaba claro que aquel rufián la había llevado a la zona donde acampaba, mal acompañado, por supuesto, y había esperado hasta estar seguro para actuar. Lo más normal era que su compinche estuviera expectante, escondido cerca, oteando, hasta que podrían haberse dado una señal, o simplemente vio la oportunidad, y actuó.

Quitarse al acompañante de encima, a él, era fácil, sobre todo, porque dejaba el camino abierto para raptarla y pedir un rescate. Estaba seguro de que era algo así, de que habían pensado lo mismo que otros: que era la hija fugada de un noble de posición con un cochero complaciente.

Si hubieran sabido que se trataba de Isabel de Mendoza, no lo habrían dejado allí, o al menos no con vida, porque ese había sido el peor error de sus vidas.

Dio un par de pasos alrededor para comprobar cómo de estable se sentía. La cabeza no dejaba de doler, pero la vista ya podía fijarla en los detalles sin tener una doble visión, y cuando caminaba, no sentía náuseas.

Debía actuar, y hacerlo cuanto antes.

Fue hasta el montón de cenizas, medio enterradas por un puñado de nieve. Habían sido astutos, cubriéndolas para que no pudiera saber si estaban frías o calientes, pero no era un dato que le fuera a aportar más de lo que ya sabía: hacía tres o cuatro horas que se la habían llevado y el tiempo jugaba en su contra.

Miró detenidamente alrededor. Era extraño que no hubiera huellas, a menos que las hubieran borrado. Si lo habían dejado con vida, era porque suponían que no era un tipo peligroso, así que no debían haber eliminado su rastro con mucha insistencia.

Comenzó una inspección minuciosa del entorno, hasta que dio con una zona donde la nieve no estaba cuajada, sino que parecía que acababa de caer. No tuvo dudas, era por allí.

De un salto, montó en su caballo y se ajustó los estribos. Tuvo un ligero mareo, pero nada más alarmante. Ató las riendas del otro rocín a la silla para que los siguiera, y empezó a caminar despacio, sin apartar la vista del suelo, pendiente de no perder aquel curioso fenómeno de nieve fresca.

Había recorrido un par de docenas de metros cuando las huellas se hicieron visibles. Sonrió: menudo forajido estaba hecho Diego el Salvador.

Ya solo era cuestión de no perder el rastro y ser paciente, hasta dar con ellos y rescatar a Isabel.

Isabel.

Era curioso, pero cuando pensaba en ella, sentía algo extraño allí dentro. No tenía claro qué podía ser. Quizá la aversión se manifestaba de aquella manera, aunque era algo cálido, agradable, como una necesidad de tenerla cerca.

Seguramente, sería su sentido de la responsabilidad. No era un hombre sin honor, aunque las malas elecciones de su familia los había llevado a que les despojaran de todo lo que alguna vez había sido suyo: tierras, castillo, hacienda y posición.

Eso le había llevado, tras la guerra, a ganarse la vida de maneras que para otros podían ser poco honrosas, como alquilar su espada y su mosquete al mejor postor, cosa que había ejercido con absoluta fidelidad y responsabilidad. Hasta el punto de que alguien de la posición de lord Carlton lo había recomendado ante don Íñigo para una misión tan delicada.

Lo curioso era que, en todas sus misiones, cuando había puesto su vida en peligro para salvar la de los demás, nunca había sentido aquello. Jamás se había manifestado la satisfacción del deber bien hecho con mariposas en el estómago.

Había otra explicación, pero era absurda. Totalmente absurda. Que pudiera estar empezando a sentir algo por doña Isabel.

Soltó una carcajada, allí, solo, en medio de la nada.

Seguro que aquel razonamiento era fruto del porrazo que le había dado ese malnacido.

Su madre le reprendería por falta de modestia, pero podría decirse que nunca había sido desafortunado en asuntos de mujeres. Cuando él aparecía y había una hembra de por medio, aquello terminaba de una forma tórrida y placentera, incluso si estaba

felizmente casada.

No estaba muy seguro de cómo sucedía: quizá sonreía, o quizá decía alguna palabra mágica que le hubieran enseñado las brujas irlandesas que aseguraba su tía Agnes que existían. El caso era que jamás había tenido carencia de afecto femenino ni de cuidados placenteros.

Y con mujeres mucho más hermosas que Isabel, y más seductoras, y más agradables, y menos estiradas.

¿Cómo era posible entonces que Isabel de Mendoza no saliera de su cabeza y que, cuando pensaba en ella, le entraran cosquillas en el estómago?

Decidió no perder más el tiempo con aquel galimatías y centrarse en el rastro que la oscuridad creciente volvía cada vez más invisible.

Cuando el sol era apenas una ranura en el horizonte y la oscuridad lo envolvió, las huellas en la nieve fueron sustituidas por un resplandor, una especie de fosforescencia lejana, entre dos montes.

Buscó una encina robusta y ató los caballos, teniendo cuidado de apartar la nieve con las botas para que un buen puñado de hierba fresca apareciera debajo de ella y estuvieran entretenidos.

Con cuidado, medio inclinado, fue hasta allí, atento a su alrededor, a que no lo cogieran desprevenido por segunda vez.

Empezó a escuchar voces, y risas, y el ajetreo de cacharros.

Se tumbó en el suelo para avanzar a gatas los últimos metros.

Cuando llegó a la cresta de la colina, atisbó para asegurarse de lo que ya suponía.

A unos pocos metros, en la hondonada entre varios montes que formaban una especie de valle, había un campamento.

Contó doce… No, catorce hombres. También había algunas mujeres.

Pero rápidamente sus ojos fueron hacia la figura hierática que, sentada muy tiesa sobre una piedra, le escupía a un tipo malencarado el agua que le acababa de ofrecer.

Era, por supuesto, Isabel.

Capítulo 23
Un viaje movido

La señora Smith sintió otra arcada, y en esa ocasión no pudo evitar vomitar lo poco que le quedaba en el estómago.

—Pasará pronto —dijo María, preocupada, que le apartó el cabello del rostro—. A algunas personas el vaivén de las olas no les sienta bien.

El ama de llaves, que jamás hubiera imaginado que se encontraría en aquella situación, logró incorporarse y cayó pesadamente en el camastro. Nunca se había sentido tan enferma, ni siquiera aquella vez que tuvo la disentería.

—No quiero ser impertinente, *milady* —pudo apenas articular—, pero estamos en medio de una tempestad y el barco parece que se va a romper en pedazos en cualquier momento.

María reconoció que podía tener razón. La tormenta les había cogido al poco de zarpar y les estaba acompañando más tiempo del esperado. Confiaba en que el capitán supiera hasta dónde debía desplegar velas para alcanzar pronto la costa sin exponerlos a un excesivo peligro.

—Verá como en breve se sentirá mejor —la tranquilizó— y nos reiremos de esta situación.

La siguiente arcada de la señora Smith coincidió con que la popa del navío se elevó sobre una ola y ambas tuvieron que agarrarse al camastro para no caer por el suelo.

María atinó para que el ama de llaves no rodara por el camarote, protegiéndola con su cuerpo. Sobre todo, cuando el navío descendió por la pendiente tras la gran cresta y una nueva arcada dejó a la señora Smith agotada.

¿Cómo podía moverse así un velero? Porque, mirara a donde mirara, era imposible encontrar un solo punto fijo dentro del

camarote. A eso había que sumar el sonido enfurecido de las olas y el bramido del viento, que parecía empeñado en doblegarlos.

—Señora —dijo mientras era capaz—, es posible que nunca lleguemos a puerto.

Aunque María estaba preocupada, era consciente de que un buen marino nunca los pondría en peligro.

—Eso es absurdo —intentó calmarla—. El capitán es un hombre cabal. Seguro que sabe lo que hace.

—Aun así, me gustaría confesarme.

Algunas veces había sentido aquellas náuseas al navegar y era consciente de lo terribles que podían llegar a ser, pero era posible que la señora Smith le estuviera dando demasiada importancia.

—Me temo que no hay ningún sacerdote a bordo. —Le tocó la frente. No tenía fiebre, así que no debían preocuparse en exceso.

—Me refiero —dijo el ama de llaves, agotada sobre el camastro— a contarle a usted mis preocupaciones y cuidados.

María la tenía en gran estima. Era consciente de que habían podido llevar una vida casi normal gracias a ella. Su férrea disciplina era la que había conseguido ordenar su acelerada vida, preocupándose por todas aquellas cosas que escapaban a su control, como que su padre tuviera un horario de comidas, que la casa estuviera perfecta ante cualquier situación, y todo lo hacía de aquella manera eficaz y discreta.

—Por supuesto, mi querida amiga —le contestó con agrado—, si eso la tranquilizará.

Una nueva arcada la llevó a meter una vez más la cabeza en el cubo, pero en esa ocasión su estómago estaba tan vacío que no arrojó nada. Cuando logró recuperarse, pudo hablar de nuevo.

—Tengo que decirle que la primera vez que nos vimos quedé muy impresionada.

María no se sentía cómoda cuando la halagaban. Quizá porque había aprendido a defenderse en un mundo donde su elevada posición había atraído a personas que solo buscaban algún lucro.

Le palmeó una mano para darle a entender que no era necesario.

—Le agradezco el cumplido, pero no…

—No me he explicado bien —la interrumpió el ama de llaves de Chesham Manor—, la palabra no es impresionada, es aterrada. Usted era, con todos mis respetos, *milady*, una especie de

torbellino, que no se atenía a las normas, en nada prudente y completamente salvaje.

María parpadeó varias veces. Debía reconocer que la había descrito bien, lo que nunca había imaginado era que aquello afectara tanto a su querida señora Smith.

—Es posible que tenga razón —reconoció.

—En cuanto a su padre —continuó—, me escandalizaba que fuera ciego a los desmanes, primero de usted y más tarde de doña Leonor. Créame, pensé seriamente en abandonar mi puesto, aunque eso me llevara a limpiar letrinas en un prostíbulo.

—Nunca he sido consciente de que nuestro comportamiento le afectase tanto —se lamentó por su ceguera.

Un nuevo vaivén del barco y otra arcada seca de la señora Smith.

—Pero eso fue antes de conocerlos como los conozco ahora —pudo decir cuando se recobró.

A esas alturas, María no estaba muy segura de qué quería decir el ama de llaves, aunque se preparó para lo peor.

—Espero que no haya empeorado su opinión sobre nosotros.

La criada intentó incorporarse, pero no tenía fuerzas. Las fatigas continuas habían acabado con ella. María se sentía incapaz de hacer nada. Sabía que solo cuando la mar se calmara o llegaran a puerto el mareo cedería.

El ama de llaves dudó antes de hablar.

—¿Sería muy atrevido decir que me he sentido parte de la familia?

A María se le saltaron las lágrimas.

Estaban en medio del mar, en mitad de ninguna parte, intentando rescatar a una de sus cabezotas hermanas, y no había sido capaz de ver que aquella mujer, aquella amiga, estaba tan preocupada por todos como ella misma.

Le tomó una mano, se la llevó a los labios y la besó.

—Así es como nosotros la sentimos —lo dijo de corazón—, mi querida señora Smith.

El ama de llaves suspiró.

—Si no salgo de esta…

—Eso es absurdo, eso es…

¿Cómo le explicaba que era un simple mareo, que…?

—Si no salgo de esta —la interrumpió—, ¿le diría a su padre que ha sido un honor servirle y que siento una… gran ternura por él?

Le costó trabajo entender las palabras. ¿Era posible que la señora Smith estuviera diciendo…? Prefirió no pensar en ello.

—Claro, lo haré, pero…

—Solo lamento —la interrumpió de nuevo— no haber podido atender a sus jóvenes hermanas. Me hubiera gustado hacerlas sentir que tienen un hogar.

La puerta del camarote se abrió, y el contramaestre apareció en el hueco oscuro que se abría a sus espaldas. El rugido del viento era atronador, y su presencia oscilante acentuaba la sensación de que aquel navío era como una cáscara de nuez en mitad de un río turbulento.

—Señoras —les gritó para que lo escucharan por encima de los truenos—, el capitán me envía para asegurarse de que se encuentran bien.

María se lo agradeció. Miró a la señora Smith. Tenía la piel verdosa y era incapaz de incorporarse más allá de dar una nueva arcada. No lo dudó.

—Dígale al capitán que arríe las velas, aunque eso implique que nos retrasemos una semana. Mi amiga no puede seguir enferma.

Capítulo 24
Un futuro siniestro

Isabel estaba más preocupada que asustada, lo que era poco prudente tratándose de una dama de su posición.

Aquel malvado, al que se había atrevido a llamar «su salvador», la había raptado, indudablemente, y ahora estaba en manos de una banda de forajidos que parecían tener un plan oscuro para ella.

Tampoco se había percatado, mientras charlaban animadamente junto a la hoguera, de que un individuo mal encarado aparecía detrás de Callaham y le golpeaba con una maza en la cabeza.

Ella había gritado, y se había precipitado sobre el caído, pero el malvado la había arrastrado, tomándola de un brazo, para que no lo socorriera.

Había luchado con todas sus fuerzas, con uñas y dientes, pero dos hombres avezados en la lucha eran rivales demasiado poderosos y con poco esfuerzo habían logrado reducirla.

Con las manos atadas a la espalda, la había arrojado a la grupa de un caballo, el mismo que montaba aquel traidor de Diego, y abandonado a Callaham a su suerte, que permanecía en el suelo, rodeado de un reguero de sangre que empezaba a volver rosada la nieve.

Fue entonces cuando sintió aquello, un dolor profundo, desconsolado, en la parte baja del estómago.

Mientras se alejaban del campamento, la figura ensangrentada del irlandés, tirado en el suelo, malherido o quizá muerto, fue la que le había provocado aquella intensa desolación, tan aguda que gustosa se hubiera cambiado por él.

Ese sentimiento no tardó en dar paso a una dolorosa perplejidad. Apenas conocía a aquel hombre y su relación había sido en todo momento levantisca. ¿Por qué entonces tenía aquella sensación de

haber perdido algo precioso?

El dolor y aquella extraña perturbación la acompañaron durante el camino, que apenas pudo discernir, tirada sobre la grupa, como un fardo, mientras los dos villanos parecían haberla olvidado y silbaban una tonadilla a la vez que la imagen de Callaham malherido ya solo formaba parte de sus pensamientos.

Cuando llegaron al campamento, supo que estaba sola y que debía ser fuerte. Se apalancó en la memoria de sir Callaham y en sus recomendaciones. No iba a dejar que su muerte fuera en vano, sino que se defendería, lucharía y, si era necesario, ella misma cruzaría la frontera de Francia, aunque fuera en solitario, para comunicarle a su familia irlandesa el heroico final de su vástago.

En verdad no había sido muy heroico. Le habían golpeado de improviso mientras él la reprendía, como hacía tan a menudo, pero… ¿por qué echaba tanto de menos sus reprimendas?

Únicamente cuando la bajaron del caballo como si fuera una bala de heno, pudo ver qué lugar era aquel.

Había un puñado de casuchas mal construidas con troncos y ramas, como si quisieran pasar desapercibidas o fueran temporales, hasta que encontraran un lugar mejor para cobijarse.

Había de todo: hombres de aspecto terrible, algunos niños llenos de churretes que correteaban alrededor y la miraban como si se tratara de una aparición, y algunas mujeres cuyos vestidos escotados y miradas descaradas no le dejaron dudas de que debían tratarse de aquello en que las monjas decían que se convertían las mujeres que ofrecían su carne a los hombres por dinero.

Les parecieron encantadoras, debía reconocerlo, pero recordó que el maligno adquiría las apariencias más sorprendentes para tentar a los mortales.

Arrastrada por la soga con la que le ataban las manos a la espalda, la habían llevado hasta la generosa hoguera que ardía en el centro del campamento, y obligado a tomar asiento sobre una piedra. Allí le habían dado una jarra con agua, que ella había escupido sobre el malencarado que pretendía que se la tomara, y una escudilla con comida que también rechazó.

Callaham no salía de su cabeza, y cuanto más pensaba en él, más agudo se hacía aquel dolor alojado en algún lugar en su vientre, como una nuez amarga que anidara hasta convertirse en un árbol

robusto.

Quizá debía haberlo tratado de otra manera. Él había arriesgado su vida para socorrerla, para salvarla, y ella solo se lo había puesto difícil, hasta el punto de que ahora su vida estaba perdida.

No quiso llorar delante de aquellos canallas, y cuando una anciana maligna se acercó a ella y la tomó por la barbilla con sus sucias manos, como si evaluara a una yegua, estuvo a punto de escupirle.

—Es bonita —dijo la mujer—. Sacaremos más si la vendemos en el burdel que pidiendo un rescate a sus padres.

Diego, que había estado dando órdenes a diestro y siniestro y ahora había vuelto para ver el estado de su prisionera, sonrió.

—Haremos las dos cosas. Cuando cobremos lo que sus padres quieran dar por ella, le buscaremos un buen camastro donde pueda trabajar muchas horas.

Isabel no tenía muy claro a qué se refería, pero imaginó que debía tratarse de algo perverso.

—Eres un miserable —ahora sí le escupió, pero estaba demasiado lejos para alcanzarle.

—¡Vaya la gatita! —dijo la vieja, satisfecha—. Las bravas son las que más gustan porque todo hombre querrá desbravarla.

—Vamos a ver si vale lo que parece —dijo el forajido, y dos bandidos la cogieron por los codos, causándole un profundo dolor, y la arrastraron hacia el interior de una de aquellas cabañas.

Estaba protegida por poco más de una cortina que hacía de puerta, y dentro había un par de mantas sucias en el suelo, donde la arrojaron.

Cayó malamente y se lastimó el hombro, pero no se quejó, no les daría ese placer.

Cuando estuvo sola, miró alrededor, buscando una manera de escapar. Los troncones estaban unidos por cuerdas y el techo eran poco más que ramas apiladas. Por el espacio entre tronco y tronco podría escabullirse, pero atada de manos, débil y sin montura, le darían caza antes de que tuviera tiempo de salir del poblado. Debía pensar otra cosa y debía ser rápido, antes de que…

—Al fin vamos a conocernos en la intimidad.

Cuando levantó la vista, el canalla de Diego acababa de entrar, y cerró la cortina tras de sí, como si quisiera que aquel encuentro

fuera algo privado.

—Mi padre no te dará un real si me tocas —le dijo, furiosa, porque él se acababa de quitar el jubón y ahora trasteaba con las cintas de la sucia camisa.

—Claro que me pagará lo que le pida. —Arrojó la hedionda prenda al suelo y empezó a desatarse las cintas del pantalón—. Siempre lo hacen cuando ven el meñique de su hija envuelto en su cofia.

Aquello sí la asustó.

—No te atreverás.

—Ya lo creo, y los clientes que pagarán después por acostarse contigo no se fijan en esas cosas.

—¿Qué clientes?

Se inclinó sobre ella, indefensa, tirada de espaldas sobre el suelo y con las manos atadas. Ella sintió su aliento agrio. ¿Cómo era posible que le hubiera resultado atractivo cuando todo le repugnaba de él?

—Vales lo que aguante tu cuerpo en buen estado. —Le pasó la lengua por el cuello. Ella intentó esquivarlo, pero no fue posible—. Eres bonita, así que ganaremos dinero contigo, pero las más demandadas son las que se estropean antes y hay que saldarlas con los campesinos y los sirvientes. Aun así, durarás un par de años.

Se bajó los pantalones, tirado sobre ella. Ella sintió sobre sus piernas algo duro y palpitante que se contoneaba sobre su piel.

—Si me haces daño, te mataré.

—Así me gusta. —Le lamió la mejilla—. Siempre pruebo la mercancía antes de cederla.

Intentó golpearlo con las rodillas, pero sus fuertes manos la tenían inmovilizada, y ya trasteaban con su vestido para subirlo.

—Mi padre mandará que te despellejen antes de colgarte.

—Me gusta que se resistan. Eso lo hace más excitante.

Cuando la falda quedó recogida en sus caderas, aquella consistencia caliente estaba encajada entre sus muslos, muy cerca de su intimidad, y él apretaba su pelvis para colocarla justo allí, donde sabía que sería vilmente ultrajada.

Diego le había tomado el rostro con una mano, y se disponía a infectar sus labios con su boca, cuando salió disparado y se alejó de ella.

Isabel no entendía qué había pasado, hasta que pudo enfocar la vista y lo vio, a Callaham, allí de pie, preparado para saltar sobre el bandido que estaba tan sorprendido como ella, medio tumbado en el otro extremo de la cabaña.

Si en ese momento huía o gritaba, todo estaría perdido, así que Callaham cayó de nuevo sobre él, con las manos desnudas, y forcejearon rodando por el suelo, mientras Isabel lograba incorporarse y buscaba alrededor algo con lo que ayudarle.

Escuchó un gemido del irlandés, y temió que le hubiera malherido, pero el puño de Callaham bajaba en ese momento para impactar en el mentón del bandido, y lo golpeó varias veces hasta estar seguro de que había perdido la consciencia.

Solo entonces la miró, aún arrodillado en el suelo, y ella sintió algo tan intenso, una alegría tan desbordante, que la dejó aturdida.

—¡Creía que…! —apenas pudo articular.

Él se incorporó y fue en su búsqueda, aunque cojeaba visiblemente.

—A los irlandeses no nos matan con facilidad.

Isabel no supo por qué lo hizo. Simplemente lo sintió como una necesidad. Corrió hacia él, se colgó de su cuello y lo besó. Nunca antes lo había hecho, ni siquiera sabía qué efectos debía causar. Pero cuando unió sus labios con los del irlandés, cuando sus bocas respiraron el mismo aire y sus lenguas se juntaron, supo que todas las penurias pasadas hasta entonces habían merecido la pena, aunque solo fuera por aquel beso y por las emociones desatadas que atravesaban su cuerpo en ese instante.

Fue él quien se separó. Cuando lo hizo, su mirada sorprendida, confundida, no podía apartarse de la de ella.

—Debemos irnos.

Isabel vio su gesto de dolor. Siguió la dirección de su mano, que apretaba un punto de su muslo, cerca de la ingle, y vio la sangre que manaba de allí.

—¡Estás herido!

Él le quitó importancia.

—Ha blandido un cuchillo antes de que pudiera golpearlo.

—Pero…

Callaham le sonrió. ¿Estaba pálido o era el reflejo de la nieve exterior?

—Estoy bien —la calmó—. Pero debemos irnos de inmediato.

Isabel miró alrededor, y la verdad sobre su situación pareció pesar de golpe sobre sus hombros.

Callaham ya estaba junto a la tela sucia que hacía de puerta y miraba hacia fuera. Nadie parecía haberse percatado de la pelea, pero era imposible escapar por allí. Usarían el mismo método que él había utilizado: deslizarse a través de los troncos mal colocados que configuraban las paredes de la cabaña.

—Si llegamos a los caballos, estaremos salvados.

Ella lo dudó.

—Pero tu pierna…

No tenían tiempo que perder, pero debía dejarle claro una cosa. Fue hasta ella y la tomó de los hombros, para que lo entendiera sin dobleces.

—Prométeme una cosa —le pidió.

—Lo que sea.

—Si yo no lo consigo…

—No, eso no —negó y tuvo ganas de llorar.

Él insistió, intentando esbozar una sonrisa que apenas le salió.

—Isabel, debes jurármelo. Si yo no lo consigo, si caigo, debes galopar hacia el norte, con todas tus fuerzas, sin mirar atrás.

Su mirada decía muchas cosas, pero no pudo mantenerla. Isabel se tiró sobre su pecho y lo abrazó. Él sintió algo tan intenso, tan nuevo y vivificante, que se juró a sí mismo que la salvaría, aunque con ello se condenara al infierno.

—No quiero perderte de nuevo —gimió ella.

No era momento de confidencias. Debía mantenerse firme, aunque con Isabel entre sus brazos fuera la cosa más difícil del mundo.

Consiguió apartarla y que ella le prestara atención.

—No me perderás —le prometió—. Pero si pasara algo…

—Te lo prometo —dijo Isabel al instante, y después sonrió con tristeza—. Las novicias no juramos.

Tuvo ganas de besarla de nuevo. Quizá porque en unos minutos estaría muerto y esa era la mejor recompensa posible. Pero su cometido era salvarla, y el tiempo jugaba en su contra.

Miró hacia Diego, que seguía inconsciente, desnudo y tirado en el suelo. Cogió el sombrero del malhechor y se lo encasquetó. Al

menos, no se le congelaría la cabeza. Después la miró a los ojos. ¿Cómo podía ser tan hermosa? Asintió para insuflarle fuerzas.

—Y, ahora, vamos.

Y se lanzaron al exterior, hacia un peligro seguro.

Capítulo 25
Una cura milagrosa

Callaham lo agradeció cuando al fin pudo bajar del caballo. A pesar de que había apretado la herida con su mano durante todo el camino, esta aún no estaba cerrada y había perdido mucha sangre.

La noche y el frío habían jugado a su favor. La primera, porque todo estaba tan oscuro que pudieron escabullirse entre las tablas de la cabaña sin ser vistos. El segundo, porque todos los miembros del campamento estaban reunidos en torno a la hoguera central en ese momento, lo que les dejó el camino despejado.

El tiempo que trascurrió hasta llegar a los caballos fue tan tenso que solo cuando ayudó a Isabel a montar, se dio cuenta de que había tenido las mandíbulas apretadas con fuerza y le dolían las quijadas.

No se preocupó demasiado por las huellas que pudieran dejar. En cuanto se alejaron lo suficiente, lanzaron sus monturas al galope y estuvieron cabalgando hasta que el empedrado de una montaña les permitió esquivar los caminos helados y adentrarse en un barranco seguro.

Callaham era consciente de que debían descansar y hacer algo con su herida, si no, la huida acabaría en tragedia. Era arriesgado, por supuesto, pues aquellos bandoleros podían estar en aquel momento pisándoles los talones, pero absolutamente necesario.

Oteó alrededor hasta encontrar un saliente accesible para los caballos, lo suficientemente profundo como para que no fueran vistos desde abajo, y le pidió a Isabel que lo siguiera.

El ascenso no fue fácil, y él sintió que se mareaba en más de una ocasión, lo que le alertó sobre la necesidad de descansar y recuperarse.

Cuando llegaron al saliente, este se abría a una gruta oscura,

pero perfecta para pasar la noche al amparo. Según sus cálculos, debían encontrarse en tierra de Vitoria, un poco más cerca de la frontera.

Al poner pie en tierra, tuvo que sujetarse a la silla para no caer.

—Has perdido mucha sangre.

Isabel ya estaba su lado, y evaluaba la mancha untosa de sus pantalones, cuyo reguero había ido dejando una huella según avanzaban, una pista fácil para sus perseguidores.

—No es nada que no se cure con un descanso.

La mirada de Isabel era determinante. No parecía asustada, sino decidida.

—Es necesario coserla —dijo ella—. No se cortará la hemorragia si no la cerramos.

—Cuando lleguemos a algún sitio civilizado…

—Quítate los pantalones.

A pesar del cansancio, él pudo esbozar un gesto de burla.

—Nunca me lo habían pedido como si fuera una orden.

Ella se acababa de deshacer del grueso gabán, que había colocado en una zona arenosa que hiciera de cama. Tenía algo entre sus manos con lo que trasteaba. Callaham descubrió que se trataba de un broche, al que estaba arrancando la aguja.

—¿Tienes licor?

Al parecer, estaba decidida a coserlo. Se preguntó si, una vez se enfrentara a la herida, no se desmayaría, pero aun así, sintió una enorme gratitud. Hurgó entonces en el bolsillo de su gabán y extrajo una botella de metal.

—El mejor *whisky* irlandés.

Ella estaba muy seria, quizá más decidida que otra cosa. Se le quedó mirando, expectante, hasta que Callaham comprendió que estaba esperando a que se quitara la ropa.

Tosió. Por algún motivo se sentía incómodo. Era raro, porque delante de una mujer quedarse desnudo era lo que más le gustaba y con ella había dormido en paños menores, pero en ese momento, después del beso…

Volvió a toser, y solo entonces se deshizo del gabán y la levita, quedando en mangas de camisa. Cuando la miró y vio que ella seguía detenidamente cada uno de sus movimientos, volvió a sentir aquella especie de vergüenza, desconocida para él.

Con cuidado, empezó a desprenderse del pantalón. La sangre medio reseca lo había pegado a la herida, e intentó reprimir un gesto de dolor al separarlo.

—Espera —dijo ella, yendo a su encuentro—, te ayudaré.

Se lo agradeció, y cuando Isabel se puso de rodillas frente a él, para apartar con cuidado la sucia tela de la herida, la miró arrobado, mientras el corazón le latía en el pecho de tal forma que supo que algo no marchaba bien allí dentro.

Cuando al fin la prenda fue arrojada a un lado, Isabel volvió a mirarlo, aunque en esta ocasión sus mejillas estaban sonrosadas.

Callaham lo entendió. Era necesario que se deshiciera también de los calzones para acceder a la herida limpiamente.

Asintió, se desató el cordón, metió los pulgares en la cinturilla y empezó a bajarlos. Ella apartó la vista cuando su virilidad quedó expuesta y, en esa ocasión, se sintió incapaz de ayudarlo cuando hubo que separar la tela de la herida.

Al fin, desnudo y mareado, se tumbó con cuidado sobre el gabán extendido mientras su cuerpo era atravesado por un frío tan extremo que creyó perder la conciencia.

Isabel sabía que no era momento de remilgos. La vida de Callaham estaba en peligro, y debía actuar con rapidez.

Indagó entre las faldas de su vestido hasta encontrar un trozo de tela limpio que formaba parte de las enaguas. Entonces lo rasgó para extraer una tira suficientemente larga. La cortó en dos, un trozo lo empapó en el *whisky* para limpiar la zona y el otro lo reservó para vendarla. Después, le tendió la botella.

—Te va a doler, será mejor que des un trago.

—¿Dónde has aprendido esto?

—En el convento nos enseñaban a bordar.

Él sonrió.

—Eso no me da mucha tranquilidad.

—Lo haré con mucho cuidado.

Callaham asintió, se bebió todo lo que quedaba en la botella, y al fin se tumbó.

Isabel jamás había hecho algo así, pero sabía que una herida no podía seguir abierta tanto tiempo, no solo porque se desangraría, sino porque podría enfermar.

Extrajo con cuidado un hilo largo de su vestido, que ensartó en

la aguja del broche. El extremo donde se ataba no era todo lo fino que debería, por lo que sería doloroso al abrirse paso entre la carne. Le temblaba la mano, pero tomó aire y se dijo que había llegado el momento.

Cuando al fin se centró en el cuerpo de Callaham, fue consciente de que era la primera vez que veía a un hombre completamente desnudo. A pesar de que su piel era tan blanca que parecía transparente debido a la pérdida de sangre, le pareció hermoso como las estatuas que había en los salones de palacio cuando era niña.

El ligero vello rubio de Callaham le cubría el pecho y bajaba por el estómago, firme y musculoso, hasta formar una maraña en el pubis. Intentó no mirar el generoso sexo masculino, que reposaba sobre el muslo, muy cerca de la herida.

Tragó saliva y limpió el corte con la tela empapada en licor. Él reprimió un quejido, pero no dijo nada.

—Mi madre decía que hay dos clases de hombres —empezó a contarle para entretenerlo.

La herida seguía arrojando sangre. No era grande, pero sí parecía profunda. Acercó la mano para unir los dos pedazos de carne a ambos lados.

—¿Y cuáles son? —dijo él, con la voz afectada por el dolor.

—Los que creen que su destino está trazado de antemano…

Clavó la aguja, él apretó los dientes, pero reprimió un quejido.

—… y los que piensan que pueden forjarlo con cada una de sus acciones.

Callaham tenía el rostro mortalmente pálido, no solo por la pérdida de sangre, también por el sufrimiento. Intentó incorporarse sobre los codos, pero no tenía fuerzas para hacerlo. La visión de Isabel en aquel instante era, posiblemente, la más hermosa que había visto en su vida. Con el cabello desordenado, el rostro sucio y las mejillas sofocadas, era la criatura más bella y tierna con la que se había cruzado en su malograda vida.

No estaba muy seguro de que fuera a salir de esa, pero sí agradecido por haberla conocido, y que su maltrecho corazón hubiera latido por una vez…

Isabel sacó la aguja por el otro lado de la herida, y volvió a clavarla. La sangre manaba a borbotones, pero si no lo hacía, él

moriría.

—Decía —prosiguió para entretenerlo— que los primeros suelen ser hombres rectos y honorables. Pero los segundos suelen ser felices.

—¿Y qué piensas tú? —apenas pudo articular.

Dio un par de puntos más. Parecía que funcionaba, que la hemorragia se iba cortando según se unía la carne, pero era consciente de que el sufrimiento que le infligía era terrible.

—Hasta hoy estaba convencida de que la primera opción era la correcta, pero desde que viniste a rescatarme…

Acababa de dar el último punto. Lo miró. Callaham había perdido la conciencia. Temió que fuera algo… peor, pero cuando comprobó su respiración, seguía ahí, aunque muy débil.

Su piel estaba helada y el color había desaparecido de su rostro, incluso sus labios eran blancos. Parecía que todo su arrojo y arrogancia se habían disuelto con toda la sangre derramada.

Procedió a vendarlo, ajustando la tela tanto como le fue posible para que se cortara el reguero que aún pudiera quedar.

No lo dudó, debía hacerlo entrar en calor como fuera.

Lo cubrió con los ropajes que no estaban manchados de sangre, como su vestido, la casaca y el gabán, y después se quitó toda la ropa, a manotazos, quedando tan desnuda como el día en que nació.

Entonces se tumbó a su lado y lo abrazó, para que su cuerpo lo calentara, lo vivificara, le devolviera la vida que se le escapaba en ese instante a través de cada poro.

Y lo más sorprendente fue que, a pesar de que aquello era, irremediablemente, un pecado mortal, nunca antes se había sentido tan cerca de Dios.

Capítulo 26
Una noche cálida

Lo sintió como si algo cálido le prendiera el corazón, una llama tenue, más pequeña que la que ilumina una palmatoria, pero con tanta fuerza como la que anidaba en el corazón de aquel volcán que viera antaño en Nápoles.

Callaham abrió los ojos. La oscuridad a su alrededor solo era rota por el reflejo de la luna sobre la nieve cuajada en el exterior de la caverna, lo que le permitía ver los difusos contornos de la roca.

No tenía frío, algo extraño en una noche helada de febrero y sin un fuego que le calentara. Se preguntó si había muerto y aquello era lo que debía sentir un espíritu antes de ser llamado por el maligno a su reino infernal.

De repente, su cabeza se llenó de Isabel, su corazón palpitó con ella, y solo entonces se dio cuenta de que estaba a su lado, estrechamente pegada a su cuerpo, y dormida, agotada por el cansancio.

Consiguió moverse, apenas lo justo para acomodarse, a pesar de que la herida en la pierna le dolió como un bocado. Ella lo tenía abrazado firmemente, como si quisiera que cada fibra de su piel se adhiriera a la de él. Reposaba la cabeza en su pecho, y uno de sus brazos desnudos lo cruzaba hasta abarcarlo.

Sonrió. Así que lo había hecho. Lo había cosido y se había preocupado de que entrara en calor. Fue entonces cuando se dio cuenta, cuando su cuerpo delató que estaba desnuda, completamente desnuda entre sus brazos.

Miró el rostro dormido. Tenía una mancha de sangre en la barbilla y un tiznón oscuro sobre el pómulo, mientras el cabello cobrizo, suelto y salvaje, se extendía alrededor como una llama. Qué diferente era aquella muchacha que se adhería a él para darle

vida a la remilgada aristócrata que había conocido. O quizá no, quizá solo fuera una parte complementaria de una mujer como no había visto antes.

Esbozó una sonrisa sin darse cuenta, y le apartó un mechón de cabello que se empeñaba en atravesarle el rostro. Ella se removió inquieta, y abrió los ojos. Primero con una expresión de desconcierto, y después de preocupación.

—¿Cómo te encuentras? —dijo, mientras esa mano que le abrazaba iba hacia su frente para ver si estaba caliente.

—Creo que sobreviviré.

—No tienes fiebre, eso es una buena señal.

Él tragó saliva. Era muy consciente de que nunca antes había sentido lo que le atravesaba el pecho en ese instante, un sentimiento tan intenso que hasta le asustaba.

—Quiero agradecerte lo que has hecho por mí durante…

No pudo terminar.

Ella alzó el rostro, le tomó la barbilla con una mano y lo besó.

Fue un beso tierno, despacio, como si el tiempo no necesitara transcurrir. Los labios jugosos de Isabel acariciaron los suyos, que los recibieron con sorpresa. La lengua femenina se abrió camino con cierta timidez, hasta encontrarse con la suya, enredarse, reconocerse.

El desconcierto inicial de Callaham pronto dio paso al deseo, uno tan poderoso que le provocó un dolor en la ingle y una cuestión moral: tenía que proteger a Isabel, llevarla sana e intacta a los brazos de su padre y respetarla en todo momento, porque si lo que empezaba a sentir por ella era lo que creía…

Se apartó lentamente para mirarla a los ojos.

—No deberíamos…

Ella no lo dejó terminar.

—Cállate.

Y volvió a besarlo. Esa vez con más pasión, mientras su delicada mano se enredaba entre los vellos de su pecho.

A Callaham le costó controlarse. La deseaba tanto, la necesitaba tanto, y la tenía allí, desnuda entre sus brazos, que dejaba en pañales las tentaciones de san Gerónimo. Consiguió, con enorme esfuerzo, separarse de nuevo.

—Isabel, esto no está bien. Debemos…

—Cállate de una vez —volvió a repetir, y en esa ocasión se colocó sobre su cuerpo, teniendo cuidado de no afectar a la pierna herida.

Tener el cuerpo femenino pegado al suyo, los turgentes senos presionando su pecho, el calor de su intimidad amparando su ya encendida virilidad, fue más de lo que pudo soportar.

El deseo, la pasión, nublaron su mente de sensaciones que no recordaba haber vivido con aquella intensidad. La abrazó mientras su boca la besaba con tanta hambre, tanta necesidad, que el placer ocupó cada poro de su cuerpo, como una corriente sanadora y vivificante.

La caverna se llenó de gemidos, del sonido de los labios indagando sobre la piel, de las manos acariciando y reconociendo otro cuerpo, de alientos contenidos por el goce.

Cuando ella movió las caderas, con cuidado de no tocar la herida, y su deliciosa intimidad se enfrentó al desbordante deseo de Callaham, él la miró a los ojos.

Era consciente de lo que Isabel pretendía hacer y lo deseaba tanto que se veía incapaz de detenerla, aunque ello la mancillara para siempre y causara una mancha en su honra mayor que la que él pretendía reparar con su misión.

Con cuidado, Isabel se sentó en su regazo, mientras su mano buscaba y dirigía la virilidad de Callaham al punto exacto donde sabía que desataría todo el placer posible.

Callaham no podía apartar los ojos de ella, de su busto, redondo y perfecto, con areolas rosadas y firmes, y botones que se alzaban al cielo, duros y excitados. No podía dejar de mirar el vientre blanco de la mujer, tan delicioso que sus manos fueron hasta allí para sujetarla por la cintura y acariciar la piel blanquísima. Era incapaz de apartar la vista del vello rojizo de su pubis, y más cuando al fin ella logró encajarse, abrió la boca, y lanzó un ligero gemido de placer.

Estaba tan endiabladamente embrujado por ella que cuando el cuerpo de Isabel descendió sobre su envergadura, llenándose al completo, tuvo que cerrar los ojos, apretarlos, para soportar las oleadas de gozo que lo atravesaban hasta desconcertarlo.

Hermosa, desinhibida como una bacante, con la rojiza cabellera desparramada sobre su rostro y sus hombros, lo cabalgó dejándose

llevar por su instinto, con un dominio portentoso del tiempo, de cuándo debía acelerar sus movimientos basculantes y cuándo era necesario ralentizarlos porque el placer era tan intenso, tan maravillosamente desbordante, que ninguno de los dos era capaz de soportarlo.

El dolor de la herida desapareció, el cuidado de que los bandidos pudieran atraparlos quedó en el pasado, incluso la salvación de sus almas era un sinsentido fuera de ese abrazo amoroso, que se acababa de convertir en la razón última de su existencia.

Cuando ella se encogió sobre sí misma y echó la cabeza hacia atrás, conteniendo un último gemido, Callaham supo que no aguantaría más.

Dentro de ella se desbordó con una fuerza que casi le hizo perder el sentido, atravesado por espasmos de placer nunca conocidos y por una sensación de júbilo que no recordaba.

Cuando Isabel cayó sobre su cuerpo, agotada por todo lo que había sentido su piel, la abrazó con fuerza, aunque Callaham era consciente de que aquello había sido el mayor error de su vida.

Capítulo 27
Una determinación infranqueable

Cuando Isabel despertó, tenía un temperamento tan delicioso que se desperezó sin poder desdibujar la sonrisa de su boca.

Se mordió el labio inferior porque aún la asaltaban punzadas de placer cuando recordaba retazos de lo que había sucedido aquella noche. Eran como estrellas fugaces. No, como fuegos artificiales que recorrían su piel y estallaban cerca de su superficie.

Solo entonces abrió los ojos, y buscó inmediatamente a Callaham.

Él estaba terminando de ajustarse el gabán con movimientos duros y enérgicos. Tenía el sombrero calado hasta las cejas, los guantes bien encasquetados y parecía dispuesto a salir al exterior de la gruta para inspeccionar.

Isabel lamentó que fuera tan prudente, porque le habría encantado retozar antes de ponerse toda aquella ropa.

—Te veo mucho mejor —le dijo a modo de saludo, sin evitar juguetear con su lengua en la comisura de los labios.

Él se giró. Tenía las cejas fruncidas y el rostro opacado, pero volvió de inmediato la vista al exterior cuando se dio cuenta de que ella estaba sentada y los ropajes diseminados a su alrededor, por lo que el precioso torso quedaba expuesto.

Tragó saliva y, si eso fuera posible, su rostro se nubló un poco más.

—Gracias a ti —contestó escuetamente—. Ahora debemos partir.

Isabel se dio cuenta de inmediato de que algo no marchaba bien.

—¿Has visto rastro de esos malnacidos cerca de aquí?

—No. —Se apretó un poco más el cinturón. Si seguía así, no podría respirar—. O han decidido no seguirnos o dan por hecho que la herida ha sido mortal.

Ella alzó las cejas.

—¿Has escuchado a los lobos, entonces?

—Los dejamos atrás hace tiempo. Estamos fuera de su territorio.

Las respuestas parecían lanzadas a alguien que estuviera fuera de la cueva, porque a ella no la miraba, lo que empezó a enfurecerla. Isabel subió los ropajes dispersos para cubrirse el pecho.

—¿Por qué tienes la cara avinagrada entonces?

Esa vez Callaham, sí se volvió. Estaba muy serio, tanto como si su madre le acabara de contar que era recogido de una exclusa. Arrugó la frente y se llevó una mano al pecho.

—Lo que hice ayer fue muy… muy reprobable.

—Lo hicimos los dos.

Él hizo un aspaviento, como si ella no entendiera nada.

—Era mi responsabilidad detener algo que nunca debió haberse producido.

Isabel no entendía qué estaba pasando. Según recordaba, había necesitado besarlo cuando la rescató en aquella cabaña de bandidos, y había sido ella quien de nuevo había sentido la absoluta necesidad de volver hacerlo cuando despertaron en mitad de la madrugada.

—No me he quejado, si mal no recuerdo. —No pudo evitar el tono de sorna.

Él parecía seriamente enfadado, lo que para ella era incomprensible.

—Eres una muchacha ingenua y alejada de los males del mundo —le recriminó—. Creo que ni siquiera eres consciente de la desgracia.

—Me estás llamando estúpida.

Se puso de pie, pero arrastró con ella las enaguas para que la cubriesen. La fina tela blanca solo era una franja de tejido que dejaba ver a ambos lados sus deliciosas caderas, sus exquisitos muslos, la forma redondeada de su busto. Para Callaham, aquello era peor que si estuviera completamente desnuda.

Volvió a mirar hacia el exterior, turbado y furioso.

—Isabel, te he deshonrado.

—Y yo a ti entonces.

—Con los hombres funciona de otra manera. —¿Cómo era

posible que no lo entendiera?—. ¡Pardiez, por qué me ha tocado a mí explicarle esto a una novicia!

Aquello la sacó de quicio. Se había despertado feliz, ansiosa de abrazarlo, besarlo, y repetir aquellos juegos nocturnos a la luz del día. Pero él parecía tan enojado como un toro bravo al que han pateado las criadillas.

—León Napoleón Callaham —lo señaló con un dedo, la tela cayó por un lado y uno de sus senos quedó expuesto—, te prohíbo que me trates como a una ingenua. Quizá no tuviera ni idea de lo que había que hacer, quizá me mostrara torpe, quizá ha sido un auténtico fracaso para ti, desagradable incluso, pero me dejé llevar por lo que me pedía mi piel, y fui consciente en todo momento de…

—No vamos a seguir hablando de esto.

Callaham tuvo que cortarla. «¿Fracaso? ¿Desagradable?». Nunca había sentido nada así con ninguna otra mujer, y tenía una larga lista de benefactoras, algunas de ellas tan expertas como aquella mítica Calpurnia. Y, además…, si seguía mirando aquel pecho erguido, denso y tan suave, se arrancaría otra vez la ropa y caería sobre ella.

—No me des órdenes —dijo Isabel indignada, y la tela estuvo a punto de caer.

Él habló de nuevo a la persona invisible que estuviera fuera de la gruta.

—Cuando salgamos de esta, si es que lo logramos, habrá que reparar este desastre. Tengo un par de amigos respetables que por una buena cantidad y por emparentar con la alta nobleza te harán una propuesta sin dudarlo.

—¿Una propuesta?

—De matrimonio, por supuesto.

¡Aquel hombre era un cretino!

—No me voy a casar con quien tú digas.

—Yo no, tu padre. —La miró, la deseó y miró de nuevo a la nieve exterior—. Se lo contaré todo, la manera vil en que me he aprovechado de ti, y le daré la solución al problema. Es posible que mande a que me despellejen, pero me lo tengo bien ganado.

—Si no te despellejo yo antes.

Callaham se quitó y se recolocó el sombrero que había robado, aún más encasquetado, casi tapándole las cejas.

—Te espero fuera. Vístete, y recuerda las normas. La primera es…

Ella le arrojó una de sus botas.

—¡Vete al infierno con tus normas!

Mientras la esperaba en el exterior, abrigado para que el frío no le cortara la piel, no podía parar de pasear arriba y abajo, tanto que la herida no dejaba de dolerle.

Ella se colocaba la ropa estando tan furiosa que tuvo que atar y desatar en dos ocasiones las cintas de su enagua, porque juntaba cordones que no se correspondían. Solo podía pensar en lo ultrajada que se sentía, pero no por lo que ese hombre arrogante había insinuado, sino por su manera de despreciarla.

Cuando al fin salió de la cueva, no se hablaron.

Él le sujetó la montura para que subiera a la silla y ella le quitó las bridas de las manos para darle a entender que no lo necesitaba. En su caso, Callaham no pudo dar su habitual salto, pero el caballo era manso y no hubo otra desgracia.

Cuando echaron a caminar, siempre hacia el norte, el silencio entre los dos era tan denso, las cejas de ambos estaban tan fruncidas, que daba la impresión de que eran enemigos mortales.

Habían recorrido varias leguas cuando él se percató de las huellas que salpicaban la escasa nieve que iba quedando. No había vuelto a nevar, aunque el frío parecía acentuarse a cada paso.

—¿Son los bandidos? —le preguntó Isabel, que también se había dado cuenta.

—No.

—¿Los soldados de la Guardia?

Callaham la miró y, como cada vez que lo hacía, algo cálido se extendió por sus venas.

No quiso sonreírle. No quería dar ningún paso en una dirección que solo los llevaría hacia la desgracia.

—Tampoco son ellos, pero si son quienes creo —le dijo—, pueden ser nuestra salvación.

Capítulo 28
Una llegada imprevista

La señora Smith se arrojó al suelo en cuanto llegaron a puerto y besó la tierra mojada de la bahía.

—Al fin —se le escapó de los labios.

No había sido un viaje fácil y la fatiga la había acompañado durante gran parte del trayecto en barco. Solo cuando escaparon de la tormenta habían podido ventear el velamen al completo y el navío surcó las aguas como si apenas las rozara.

Doña María había estado pendiente del ama de llaves en todo momento, preocupándose para que tomara infusiones, caldos calientes y la poca comida que podía ingerir, pero que vomitaba irremediablemente.

Al fin estaban sanas y salvas en tierra firme, y la ciudad de San Sebastián, que se alzaba ante ellos con su preciosa atalaya encaramada sobre un monte, parecía hermosa y bien ordenada a pesar de que aún se veían restos de los estragos del terrible incendio que había sufrido años atrás, y la bahía era absolutamente encantadora.

No había rastro de las nevadas que habían tenido que soportar en Londres, pero el cielo estaba encapotado y el frío no tenía nada que envidiarle.

El ama de llaves se preguntó si de verdad su señora iba a tomar las aguas con un clima tan desapacible, pero al parecer, las costumbres españolas incluían los baños como la cosa más natural, quizá como un recuerdo de su pasado morisco.

—¿Debo buscar un coche de alquiler, *milady*?

Pero un mozo ya se dirigía, solícito, hacia ellas para encargarse del equipaje, al igual que eran atendidos el resto del pasaje que aún bajaba, maltrechos, por la rampa.

Mientras la señora Smith intentaba explicarle en su pésimo español dónde debía estar su posaba, María atendió al capitán, que había bajado para despedirla.

—Espero que el viaje no haya sido molesto en exceso.

—Al contrario, debo agradecerle que haya cumplido su palabra —extrajo de su capa una bolsa llena de monedas—, y esta es la mía.

El hombre la tomó con cierto pudor, y la guardó en su chaqueta. Era cierto que el viaje había sido truculento, pero había primado la seguridad de los pasajeros y nunca los puso en peligro. Aun así, habían llegado en la fecha convenida.

Le hizo una ligera reverencia de agradecimiento.

—¿Permanecerán mucho tiempo en la ciudad, *milady*?

—Por desgracia para mí, solo el necesario para arreglar unos asuntos. Cuando vuelvo a mi tierra, nunca quiero marcharme de nuevo.

El viejo lobo de mar la comprendía perfectamente. Cuando se pasa tanto tiempo lejos del hogar, se convierte en un vacío difícil de llenar.

—Si me permite, tengo algo para usted. —Rebuscó en el bolsillo interior y extrajo una carta lacrada—. Me lo entregó un caballero antes de partir, con la indicación precisa de que solo se lo diera al tomar tierra. Espero que perdone que haya cumplido mi palabra.

Cuando María la tomó, se dio cuenta de que no había nada escrito en el exterior de la envoltura, ni siquiera su nombre, y de que el lacre estaba intacto, cuando lo habitual era sellarlo con las siglas o el escudo del remitente.

—Por supuesto —se lo agradeció—. Reciba de nuevo mi agradecimiento. Espero volver a navegar pronto con usted.

—Para mi tripulación y para mí será un honor que lo haga.

Con otra reverencia, se despidió de ella. Era un buen marino. Hablaría con su padre de él. Los hombres arriesgados y leales escaseaban en aquellos tiempos.

Cuando quedó a solas, y mientras la señora Smith intentaba entenderse con el muchacho, cosa que no parecía estar pasando, rompió el sello y leyó la misiva.

Mi querida hija:

Espero que el viaje haya sido plácido.

Mando en el mismo barco que acabas de abandonar a cuatro de mis hombres más decididos con el único objetivo de que os cuiden. No he querido consultártelo y tampoco anunciártelo porque lo hubieras desaprobado.

Tienen orden de intervenir únicamente si es estrictamente necesario, por lo demás, les he hecho prometer que no te molestarán y se convertirán en invisibles.

Sé que no te gusta lo que lees y sospecho que tendrás la frente fruncida, pero ten piedad de este padre ya anciano que solo os tiene a vosotras para alegrar los tristes días de la vejez.

Cúidame a nuestra querida señora Smith. Esta casa no es la misma en su ausencia.

Papá.

Por supuesto, no iba firmada. Don Íñigo sabía que un documento de su puño valía demasiado en manos inadecuadas y esa carta, para cualquiera que la leyera, no daba pistas de nada.

Así que habían viajado bien acompañadas. Miró hacia el barco, del que aún descendían algunos pasajeros. El resto tomaba ya coches de alquiler hacia la ciudad o emprendían el camino a pie, pues estaba cerca. Vio a dos o tres que podrían coincidir con el tipo de hombres callados y discretos que gustaba a su padre, pero aun así, eran difíciles de identificar.

Mientras no intervinieran cuando no los necesitara, sería suficiente. Sonrió sin darse cuenta: su padre siempre velando por ellas, incluso en situaciones tan desafortunadas como aquella.

La señora Smith se acercó a ella, un tanto acalorada, como si acabara de llevar a cabo un gran esfuerzo.

—Señora, este mozalbete dice que tiene un mensaje para usted.

¿Otro más? A María le extrañó. ¿Quién sabía que habían llegado? Al parecer, todos sus cuidados para pasar desapercibidas

habían sido en vano.

—Habla —lo instó.

El muchacho apretujó la gorra entre sus manos. Estaba claro que su presencia lo intimidaba. Al fin pudo hacerlo, un tanto vacilante.

—Un hombre las aguarda en su posada, cerca de la Plaza Nueva. Me ha dado una moneda para que las guíe. Eso me ha dicho, señora.

—Dice que alguien nos espera, ¿verdad? —intervino la señora Smith, que estaba orgullosísima porque creía haberlo entendido todo.

María asintió, pero necesitaba más información.

—¿Cómo es ese hombre?

El muchacho arrugó la nariz.

—No estoy muy seguro porque no se deja ver. Va cubierto por una capa y con sombrero calado. Juraría que tiene un acento extraño —señaló al ama de llaves—, como el de la mujer rara.

—¡Vaya! —María estaba verdaderamente sorprendida—. ¿Cómo se habrá enterado lord Torlundy de que estamos aquí?

El ama de llaves juntó las palmas de las manos, absolutamente emocionada.

—¿El señor ha venido a recibirnos desde Escocia? Qué cosa tan particular.

—Sí, muy particular. —Su mirada se opacó, pero le dedicó una bonita sonrisa al muchacho—. Jovencito, iremos donde dices. Que alguien se encargue del equipaje.

El mozalbete dio un par de órdenes a otros tantos que trajinaban por allí. Entre tres cogieron baúles y bolsas, bajo la atenta mirada del ama de llaves, que no se fiaba, y acometieron una comitiva hacia el interior de la ciudad.

Las reformas desde el incendio eran incesantes y parecía que estaban dando aún mayor lustre a una villa que ya de por sí tenía fama de hermosa.

Agradecieron el paseo a pesar del frío. Después de tantos días embarcadas, sentir la tierra firme bajo los pies era una de esas sensaciones que llegaban a ser placenteras.

La posada estaba justo en un ángulo de la hermosa plaza que centraba la urbe. Parecía digna y bien acondicionada.

Mientras el mozalbete hablaba con el posadero, María pasó la

vista por la concurrencia que ocupaba las mesas donde se estaba sirviendo un almuerzo que olía de maravilla.

Lo vio al instante y, como siempre le sucedía, un cosquilleo agradable le recorrió el estómago.

Lord Torlundy, su marido, estaba vestido de Lobo, su *alter ego*, con el que acometía en el pasado las misiones más peligrosas: pantalones de piel ajustados, altas botas, una camisa que la señora Smith reprobaría en el acto, casaca desabrochada, capa demasiado amplia y un sombrero de buena ala bien encasquetado.

Si no lo odiara tanto en ese momento, lo tomaría de la mano y pediría al posadero una habitación libre. Pero antes tenía que perdonarlo, y estaba segura de que eso iba a ser una ardua labor.

Él también la había visto aparecer, y cuando observó su elegante figura, aquella manera de mirar alrededor, con la cabeza alta, arrogante, y su exquisita belleza, pensó que era un loco por apartarse de una mujer así un solo segundo de su vida.

Fue hacia ella con la sonrisa socarrona, esa que para María era irresistible, encajada en el rostro.

Ella lo vio acercarse, y también esbozó una, aunque un tanto más ligera.

Cuando estuvo a su lado para abrazarla, recibió la bofetada.

Fue solo una, pero lo suficientemente fuerte como para que toda la sala los mirara y él quedara aturdido.

—Esperaba otro recibimiento. —Se restregó la mejilla dolorida.

—Clavarte una daga en el corazón por traidor hubiera sido poco conveniente estando en un sitio público.

Él esbozó un puchero.

—Corazoncito, esperaba que te alegrarías de verme.

—Pues no. —María no había desdibujado la sonrisa, lo que era verdaderamente peligroso—. De hecho, creo que tú y yo tardaremos en volver a compartir lecho bastante tiempo.

El rostro de Lobo se puso mortalmente serio.

—Eso no lo puedes estar diciendo en serio. He alquilado la mejor habitación…

—Dormiré con la señora Smith. —Se dirigió al ama de llaves, que había permanecido oportunamente callada—, ¿verdad, querida?

—Yo no…

Torlundy se alegró de ver al ama de llaves, a quien tanto debían, pero era necesario hablar con su esposa a solas.

—Mi querida amiga —le dijo con su sonrisa más embaucadora—, ¿qué le parece si se va alojando mientras yo intento arreglar alguna cosilla con mi adorable esposa?

La señora Smith solo admitía órdenes de los Mendoza.

—¿Señora?

María accedió.

—Hágalo. Será tan breve que estaré con usted antes de que se acomode.

El ama hizo una reverencia y se alejó con el muchacho, que parecía controlarlo todo a la perfección.

—¿Cómo sabías que llegaría hoy?

Él se encogió de hombros.

—Tu padre me lo ha contado. Ayer llegó otro barco desde Inglaterra, más rápido que el vuestro, y traía noticias para mí.

Su padre tan escrupuloso y lleno de misterio a la hora de trazar sus planes. Exasperada, se dirigió hacia él.

—Y bien —dijo desabrida—, ¿qué quieres?

—María —suplicó él cuando estuvieron a solas—, sé razonable.

—Así que un viaje a las tierras de Escocia.

—No podía decirle que no a tu padre. Sabes lo convincente que llega a ser.

Ella se cruzó de brazos.

—Pero podías habérmelo dicho.

—¿Para que te embarcaras como has hecho? —Y tenía razón—. No, mi amor. Esto puede ser muy peligroso y nuestros hijos te necesitan.

—No seas melodramático.

Pero lo cierto era que su esposo estaba en lo correcto. Nunca dejaría a su hermana a su suerte si estaba de su mano prevenirlo.

Torlundy intentó que viera la verdadera dimensión de lo que tenían ante ellos.

—Ahora mismo hay una tropa entera encabezada por un sargento concienzudo detrás de Isabel y de Callaham, están perdidos en medio de no sabemos dónde y lo único que parece cierto, si siguen las instrucciones de tu padre, es que pasarán por aquí antes de intentar cruzar a Bayona.

Una palabra se le había quedado grabada a María.

—¿Perdidos?

—Y menos mal —tuvo que decir—. Eso significa que Callaham ha sabido burlar a la Guardia en el último momento.

María no terminaba de estar convencida sobre lo oportuno que había sido que un irlandés del que no sabían nada se encargara de rescatar a su hermana más melindrosa. Pero al parecer, a lord Carlton, a su padre y ahora a su marido les parecía la mejor opción.

—¿Te fías de él?

Torlundy fue rotundo.

—Completamente.

Aún tenía una pregunta que hacerle antes de decidir si le perdonaba y cuándo.

—¿Mi hermana estará segura?

Él esbozó su sonrisa de «confía ciegamente en mí» antes de hablar.

—No solo física y espiritualmente —la amplió—, sino que un caballero irlandés sabrá velar porque su honra quede tan intacta como se la han entregado.

Capítulo 29
Una grata compañía

Cuando Isabel bajó del carromato, Callaham tuvo que carraspear para aclararse la garganta, porque era incapaz de apartar los ojos de ella, y mucho menos de refrenar su corazón.

—¿Te gusta? —le preguntó Isabel, dando una vuelta sobre sí misma, entusiasmada por el extraño traje con el que la habían vestido.

—Yo… Sí… No está mal —contestó con la mirada torva, y se dio la vuelta para hablar con el jefe del clan y poder evitar así sentir lo que le atenazaba el alma cuando sus ojos se cruzaban.

Todo había sucedido horas antes, cuando siguieron aquellas huellas sobre la nieve que ya empezaba a derretirse.

El irlandés se había dado cuenta de que no podían pertenecer ni a los bandidos ni a la Guardia, pues había marcas de carromatos y de carruajes pesados, también de pies pequeños, lo que era muy probable que los llevara a una compañía bien diferente.

En el pasado, había tenido otros encuentros con los gitanos. No había sido en España, no, pero sí en el sur de Austria, y había sacado una conclusión: el enemigo de tu enemigo suele ser tu amigo.

En cualquier lugar en los que se los había topado, los zíngaros tenían algunos elementos comunes: sus propias normas, aversión a la autoridad y una cultura particular que incluía el respeto por quienes se hacían respetar.

Así que si su intuición era cierta y aquellas huellas pertenecían a un clan de zíngaros itinerantes, como tantos que recorrían los helados caminos europeos para ofrecer sus espectáculos en las poblaciones más apartadas, era muy posible que los acogieran.

Dieron con ellos poco tiempo después.

Antes de acercarse, Callaham le advirtió a Isabel que estuviera callada en todo momento y que lo dejara hacer, porque no sabía qué se iban a encontrar y era menester dar la impresión de que, como fugitivos, podían llegar a ser «peligrosos», única manera de causar respeto.

Fueron recibidos con cautela. El clan había acampado junto a un arroyo, formando con los carromatos una rueda alrededor de un fuego central en una zona donde ya no había nieve.

Aunque parecían personas pacíficas, estaba seguro de que no faltarían afiladas navajas dentro de sus fajas ni trabucos escondidos en los pliegues de los gabanes.

Callaham e Isabel habían desmontado cuando estuvieron cerca, y él la miró a los ojos una vez más antes de acercarse al fuego y hacerse visibles para todos, para que comprendiera que debía mostrarse digna y peligrosa. Muy peligrosa.

Ella asintió con firmeza y esbozó una mueca que quiso ser amenazante, pero que al irlandés le dieron ganas de besarla.

Agitó la cabeza para que aquellos pensamientos se le fueran y comenzaron a caminar hacia el centro del clan, aunque estaba seguro de que su presencia no les era ajena a aquellos hombres desde hacía tiempo.

Los rodearon en cuanto entraron en el círculo de carros, cerrándoles la retirada. Había miradas torvas que no se apartaban de ellos, incluso algunos habían tenido cuidado de abrir su gabán para que vieran lo bien armados que se encontraban.

Una equivocación y lo que estaba seguro de que sería una ventaja se convertiría en un error lamentable.

Buscó con la mirada al más anciano. Era un hombre muy mayor, tan delgado que parecía a punto de troncharse, sentado en una silla y apoyado sobre un bastón. Tenía la mirada vidriosa, como si tuviera dificultades para ver. Callaham sabía que la edad marcaba el estatus entre ellos, y no tuvo dudas de que era el jefe del clan.

Se quitó el sombrero en señal de respeto, sacó pecho para dar a entender que no se amedrentaba y alzó la voz.

—Mi mujer y yo nos hemos extraviado y buscamos refugio.

El hombre no contestó, pero tampoco apartó la mirada de sus ojos.

Isabel observaba alrededor. Había muchas mujeres que parecían

no querer perder detalles. Le gustó su forma de vestir, con colores vivos y el cabello suelto. También había niños. Uno de ellos, muy pequeño, con el cabello tan negro como el carbón, la miraba con la boca muy abierta, como si hubiera visto una aparición.

La situación era muy tensa, pues solo se escuchaba el crepitar del fuego. Callaham carraspeó y volvió a hablar, intentando que su voz sonara aún más dura.

—Solo queremos un lugar donde pasar la noche. No causaremos problemas y nos iremos al amanecer.

—Aún queda mucha luz de día —dijo el anciano, con una modulación tan potente que parecía imposible que procediera de un cuerpo tan ajado—, la costa no está lejos y la ciudad tampoco.

Al parecer, no se lo iban a poner fácil. Si no se fiaban de ellos, no los acogerían, eso estaba claro.

Isabel le hizo una mueca al niño, sacándole la lengua con disimulo para que el rígido sir Callaham no la reprendiera. El pequeño se retorció de risa en brazos de su madre.

El irlandés, que no se percató de nada, buscó otro argumento.

—Los caballos están cansados.

—¿Les persigue alguien?

Estaba claro que no se andarían por las ramas. Una respuesta equivocada y podría ponerlos en un aprieto. ¿Quién les aseguraba que no los entregarían a la Guardia a cambio de unas monedas? Buscó una respuesta esquiva.

—Nuestra intención es llegar hasta la frontera.

El niño se escapó de los brazos de su madre y corrió a refugiarse entre los pliegues de la falda de Isabel. Ella lo recibió llena de regocijo, pero disimuló para que su firme caballero no se diera cuenta.

Todo el campamento era testigo de la especial intimidad que se estaba desarrollando entre el miembro más joven de la comunidad y la forastera, menos sir Callaham, que, con el pecho inflamado, seguía aparentando la arrogancia y gallardía que creía convenientes.

La relación entre Isabel y su bisnieto enterneció un poco al jefe del clan.

—Pueden tomar un plato caliente y continuar su camino.

El irlandés se felicitó por sus avances y miró a Isabel. Esta estaba

sonriendo, pero se puso muy seria cuando se sintió observada. Callaham arrugó la frente, preguntándose qué le pasaba, pero ella había adoptado la actitud firme de un soldado.

Extrañado, se giró de nuevo hacia el patriarca de aquella familia.

—Nos persigue la Guardia.

—¿De qué les acusan?

El niño estaba abrazado a una de las piernas de Isabel, y ella era incapaz de contener las carantoñas que hacían las delicias del pequeño, aunque muy atenta a que su valedor no se percatara, porque, de lo contrario, la reprendería.

—Nos acusan de cosas que no son ciertas —contestó Callaham.

—Eso dicen todos los forajidos.

—En nuestro caso, es verdad.

Isabel no tuvo más remedio que coger al pequeño entre los brazos y este, inmediatamente, la abrazó hasta hundir su cabecita en su cuello.

Cuando Callaham se volvió de nuevo para intentar comprender por qué todas aquellas mujeres que los rodeaban habían esbozado una sonrisa y miraban hacia ellos, se quedó pasmado ante la imagen de Isabel meciendo a un pequeño.

Pero aquella manera instintiva de actuar no solo había enternecido el corazón de las madres, también el de los abuelos, así que el patriarca cedió al fin.

—Pueden quedarse hasta que lleguemos a la costa, pero sus ropajes los delatarán en cuanto atravesemos una villa.

De esa manera, habían sido recogidos como si formaran parte del grupo.

Los caballos fueron atados junto a los demás, y adornadas las bridas con cintas para que se camuflaran con los del clan, y tanto a Callaham como a Isabel les fueron entregadas algunas ropas para que se cambiaran y pudieran pasar desapercibidos.

A él, la chaqueta corta y ajustada le gustó, no así el pañuelo con el que tuvo que atarse la cabeza. El gabán de recio paño que sustituyó al suyo era tan cálido que casi le dio igual.

Fue entonces cuando Isabel bajó del carruaje vestida de zíngara, y a él se le abrieron las costillas, se le aceleró el corazón y le sudaron las manos.

El vestido no era nuevo y estaba manchado en los bajos de suciedad, pero los vivos colores y las placas de metal que colgaban de las costuras arrancaban un brillo que parecía deslumbrar. Le habían dejado el cabello suelto, que caía en ondas y rizos alrededor, volviéndola tan sensual que tuvo que recriminarse por lo que empezaba a sentir dentro de sus pantalones.

Fue también entonces cuando ella le preguntó si le gustaba y él prefirió hablar con el jefe en vez de arrojarse a sus pies.

Durante el resto de la jornada, apenas hablaron. Callaham iba con los hombres, e Isabel un poco por detrás, con las mujeres y los niños. El pequeño, por supuesto, se había encaramado a su cadera y no la dejaba ni a sol ni a sombra, de lo que ella estaba encantada.

En un momento dado, una mujer madura, con el cabello surcado de hebras plateadas, se puso a su lado.

—Parece un buen mozo.

Isabel tardó en comprender a qué se refería, pero la mirada de la mujer estaba clavada en Callaham.

—¡Ah! Mi marido.

—No deje que se le escape.

Aquella forma de decirlo dejaba claro que su argucia no se la había creído nadie.

—Se ha dado cuenta de que no lo es, ¿verdad?

—A los hombres les cuesta trabajo decir lo que sienten.

Recordó aquella mañana, cuando había despertado sintiéndose la mujer más dichosa del mundo, y, sin embargo, él, una vez que había conseguido…

—Entre los dos las cosas son un poco más complejas —dijo, para no tener que explicar un asunto tan turbio.

La mujer sonrió.

—A usted le gusta.

—Nunca podría prestar atención a un hombre como él.

La miró con cierta sorpresa.

—No le he preguntado eso.

¿Tan evidente era? No estaba muy segura de cómo había sucedido. La primera vez que vio a Callaham en el convento, le pareció el ser más arrogante, jactancioso y seguro de sí mismo con el que se había topado nunca. Pero algo había sucedido en el transcurso de los días que, a veces, se encontraba mirándolo cuando

él no se percataba, recorriendo cada ángulo de su rostro, de sus brazos, para memorizarlo.

Hizo un mohín de disgusto mientras el pequeño, que se había quedado dormido entre sus brazos, se acomodaba.

—Pero le aseguro que yo a él le soy indiferente.

—¿Y cómo lo sabe?

Le había dado muestras de ello esa misma mañana.

—Lo sé.

La mujer se la quedó mirando y le pidió permiso para tomarla de la mano izquierda. Ella no sabía a qué se debía aquel requerimiento, pero la alzó.

La otra analizó la palma, llevándosela cerca de los ojos.

—Muy pronto tendrá que elegir entre él y la mejor vida posible.

Isabel se miró la palma cuando quedó liberada.

—¿Eso está escrito en mi mano?

—Y no se equivoque en la elección —la advirtió—, porque será la diferencia entre la mayor felicidad y la tristeza más absoluta.

Capítulo 30
Un espectáculo a media noche

Avistar la costa fue como tomar una bocanada de aire fresco después de contener la respiración debajo del agua.

—¿Es San Sebastián? —preguntó Isabel, colocándose junto a Callaham en lo alto del promontorio.

Era un atardecer tan frío como los anteriores, pero al menos, el cielo se había despejado.

Durante el día apenas cruzaron palabra, aunque Callaham no había podido evitar buscarla, mirarla, paladear cada uno de sus gestos mientras caminaba junto a las mujeres.

—Aún estamos lejos —logró articular, porque estar cerca de ella cada vez lo trastornaba más—, pero solo necesitaremos bordear la costa para llegar.

La silueta del poblado, encaramado a ambos lados de un río que iba a morir a la mar, se divisaba colina abajo, expandiéndose en casas dispersas que salpicaban la costa.

Habían atravesado medio Reino en una de las épocas más frías del año, y seguían con vida. Quizá lo que les quedaba por delante fuera lo peor, ya que no solo la frontera estaría férreamente vigilada, sino que las tropas que iban tras sus pasos era muy posible que les esperaran en alguno de los caminos que llevaban hacia allí.

El anciano se unió a ellos, sosteniéndose con el bastón y ayudado por un muchacho que hacía de lazarillo.

—Para continuar, deben tomar el camino de la costa. No es seguro, pero los montes son peligrosos.

Isabel sintió ternura por aquel hombre que conducía a su gente con audacia.

—Le agradecemos lo que ha hecho por nosotros.

Él no sonrió. No lo había visto hacerlo. Quizá la dureza de su

vida había logrado que olvidara cómo se hacía.

—Acamparemos en las afueras del poblado hasta que nos echen, lo que no sucederá más allá de un par de días —les dijo—. Si siguen el sendero que se abre al este, podrán bordear la villa y continuar su camino.

Callaham había permanecido callado. En cuanto vislumbraron la costa, fue consciente de que el final de su viaje estaba cerca y también de que se avecinaban las etapas más peligrosas.

—¿Le importa si los acompañamos hasta el poblado?

—¿Será prudente? —le preguntó Isabel.

Lo había pensado detenidamente y no quería dar ningún paso sin cerciorarse de que era el correcto.

—No, pero podremos saber qué sucede y enterarnos de si la Guardia ha pasado por aquí. No tendremos otra oportunidad. De ahora en adelante, deberemos refugiarnos en los bosques que bordean el camino, pero una vez lleguemos a la frontera…

—Vengan con nosotros —dijo el anciano sin dudarlo, y los dejó de nuevo a solas para organizar a su gente.

Callaham no supo qué decir, e Isabel tampoco, por lo que se apartaron del promontorio con la extraña sensación de que algo no terminaba de marchar.

Aquella breve parada sirvió para que las mujeres se vistieran con sus galas más vistosas y los hombres sacaran las chaquetillas más adornadas.

Acamparon, como había dicho el patriarca, en un llano a las afueras del poblado, lo suficientemente lejos como para no molestar. Mientras la mayoría preparaban el campamento, extendiendo lonas, avivando el fuego y cocinando los pocos víveres comunales que aún quedaban, un grupo reducido, entre los que iban ellos dos, se dirigieron hacia el pueblo marinero al ritmo de sistros, panderetas y flautines.

A Isabel le habían dado un velo de gasa azul bordado con cristales con el que cubrirse el cabello, ya que su color rojizo era demasiado llamativo. Se lo había sujetado con agujas y, junto con la falda vaporosa y la chaquetilla de raído terciopelo, le daba un aire tan apetitoso que Callaham sentía que se le encendían las mejillas en cuanto la miraba.

Ya no quedaba nada de la asustadiza novicia ni de la estirada

aristócrata. Ahora tenía ante sí a una mujer rebosante de vida a la que no podía dejar de adorar.

La entrada de los gitanos en el pueblo parecía ser todo un acontecimiento.

Uno de ellos hacía juegos malabares con dos teas ardientes que en todo momento parecían a punto de abrasarlo. Una mujer llevaba una pareja de grandes serpientes que le rodeaban el cuello y con quienes bailaba como si se tratara de un caballero galante. Había quienes lograban que una cabra se mantuviera sobre las patas traseras, el que portaba un pájaro de colores muy vivos que contestaba a sus preguntas, e incluso un niño que era capaz de caminar sobre la soga que portaban otros dos sin caerse. Un espectáculo que regresaba al pueblo de tanto en tanto y era acogido con regocijo por sus habitantes siempre y cuando no se quedaran demasiado tiempo.

Callaham aprovechó para echar una ojeada por los alrededores mientras la plaza central se iba llenando de gente, atraída por el sonido de cítaras y pífanos y el aplauso de los vecinos.

Era una localidad pequeña con un puerto en el que atracaban poco más que barcas de pesca. Ninguna de ellas les sería útil para escapar en caso de necesitarlo, pues otra de sus ideas había sido bordear la costa hasta llegar a Francia.

Esa idea la desechó pronto, pues no solo sería necesario embarcar sin que nadie sospechara, sino que los cañones que protegían la línea costera no dudarían en dispararse si saltaba la voz de alarma.

Tras la inspección de las poco más de cinco o seis calles que configuraban el municipio, volvió a la plaza con la seguridad de que el camino estaba despejado.

En ese momento, todo el mundo parecía entusiasmado por el espectáculo que se estaba desarrollando en ella y que, desde el ángulo por el que accedía, no podía ver.

Cuando al fin se ubicó en el sitio preciso, su mandíbula se le descolgó de sorpresa, y quizá algo más.

Isabel ocupaba el centro del arenal y bailaba al son de la música de percusión.

No estaba muy seguro de qué tipo de danza se trataba, si de un baile cortesano o de un aire español desconocido fuera de sus

fronteras.

El cuerpo de la bella aristócrata se retorcía a cada compás mientras sus brazos ondulaban y sus manos se movían como palomas. Era algo hipnótico, parecido a una danza sagrada, algo mítico que impedía que pudiera apartar los ojos de ella.

Cuando sus manos se alzaban, el busto de Isabel tomaba preponderancia y se marcaba bajo la tela. Cuando su cabeza oscilaba, el cabello contenido por el pañuelo marcaba una parábola precisa. Cuando sus piernas se flexionaban, el cuerpo cimbreante le devolvía el recuerdo de aquella mañana en la que la había tenido, desnuda, entre sus brazos, del tacto de su piel, del olor salvaje de su cabello, del gusto dulce de sus rincones más privados.

No pudo reaccionar hasta que uno de los gitanos, el joven que solía ayudar al patriarca, se colocó disimuladamente a su lado.

—Vienen soldados —le susurró.

Callaham lo miró fijamente. Aquel muchacho no los había acompañado al poblado, por lo que era seguro que lo había mandado el anciano con aquel recado urgente. Seguro que habían apostado vigilancia a las afueras para saber a qué tenían que atenerse en cada momento.

Aguzó el oído y escuchó los cascos de los caballos a lo lejos. Estarían allí en cualquier momento e Isabel era en ese instante el centro de atención.

No lo pensó. Esbozó su sonrisa más luminosa e, imitando calamitosamente un paso de baile, llegó hasta el corazón de la plaza y la tomó de las manos.

—¡Qué sorpresa! —dijo ella, encantada.

—Tenemos que marcharnos —le susurró él, sin desdibujar una sonrisa que contemplaban muchos pares de ojos.

—¿Ahora? Me lo estoy pasando muy bien.

Él, por toda respuesta, hizo una afectada reverencia al público, para después tomarla por las piernas y echársela sobre los hombros como si se tratara de un fardo.

Aquello provocó dos cosas: una deliciosa carcajada en la concurrencia y que Isabel le golpeara la espalda con los puños cerrados a la vez que le exigía que la bajara.

Solo lo hizo cuando estuvieron lo suficientemente apartados como para que nadie les prestara atención, en una calle lateral y

solitaria, y agradeció que el lanzallamas hubiera ocupado el lugar de Isabel, atrapando de nuevo el interés de todos.

Iba a explicarle a Isabel la razón por la que la había sacado de allí, y por qué debían marcharse cuanto antes, cuando un escuadrón de la Guardia se vislumbró por el fondo de la calle, cabalgando directamente hacia donde ellos estaban.

No lo dudó.

Tenía que ocultarla de cualquier manera, y no había soportales ni zaguanes donde esconderse. Así que lo hizo, porque era la única y desesperada solución.

La tomó entre sus brazos, la apretó contra la pared y la besó.

Ella protestó, por supuesto, porque no se había percatado de nada y aquel arrebato de intimidad después de haberla despreciado vilmente esa mañana…

Pero el beso de Callaham era tan profundo, tan cálido, su lengua se movía con una maestría tan acertada, que un gemido se le escapó de los labios a la vez que le rodeaba el cuello con los brazos y cedía a sus caricias.

Los caballos pasaron por su lado mientras ellos dos se mostraban, medio en sombras, como dos amantes que aprovechaban la penumbra para entregarse a los placeres prohibidos de la carne.

Incluso escuchó la voz de uno de los soldados de la retaguardia refiriéndose a ellos.

—Estos gitanos son unos salvajes. Mira, se comportan como animales.

Le siguieron algunas risas, y supuso que alguno de ellos lamentó no estar en su lugar.

Mientras se alejaban, miró por encima del hombro de Isabel, que estaba tan entregada que no se había dado cuenta de nada, y vio claramente que quien encabezaba aquel escuadrón era el mismo sargento que les tomara la documentación cuando subieron en Madrid al coche compartido.

Al perderlos de vista, Callaham se apartó de Isabel y fue entonces cuando recibió la bofetada.

—Pero… —intentó comprender.

La segunda bofetada, justo en la otra mejilla, lo dejó aturdido.

—¿Por qué? —pudo preguntar esta vez.

Isabel tenía los furiosos ojos encendidos, y ya había levantado la otra mano para cruzarle el rostro del revés.

—No voy a dejar que me deshonres cada vez que te apetezca —le advirtió, furiosa—, y que luego esgrimas esos argumentos honorables de esta mañana.

—Yo no…

Ella alzó ambas manos, para que no se le ocurriera cercarse.

—Te prohíbo que me beses.

—Era por… —quería explicárselo.

—La próxima vez te clavaré la rodilla donde más has pecado.

Él se encogió solo de imaginarlo, e iba a contestar, a explicarle lo que acababa de pasar, pero en ese instante, el joven que asistía al anciano patriarca se acercó hasta ellos desde el fondo de la oscura callejuela. Traía a sus dos caballos guiados por las riendas, con cuidado de que no se asustaran.

—Deben marcharse cuanto antes.

Ella lo miró, y después a Callaham.

—¿Qué está pasando aquí?

El irlandés suspiró. Si no se largaban enseguida, sería difícil que lograran escapar.

—Te lo iba a explicar antes de que empezaras a abofetearme. —Arrugó las cejas—. Ahora, vámonos.

Le dio las gracias al muchacho y le entregó su anillo como un presente para el jefe del clan.

Seguido por una Isabel que no entendía nada, salieron al galope hacia la oscuridad de la noche.

Capítulo 31
Un camino en la oscuridad

Salir del poblado les supuso dar un rodeo a través de los montes, pero era necesario esquivar a la Guardia que, como el anciano patriarca había vaticinado, interrogó a los integrantes del clan por si se habían topado con ellos por el camino.

Callaham era consciente de que no podía usar el sendero real, y mucho menos adentrarse en las localidades dispersas que lo bordeaban, ya que su presencia podía ser delatada a los soldados que les pisaban los talones.

Durante la huida, no habían cruzado una sola palabra. Él abría la marcha, atento al atajo incierto donde el cielo era su único mapa y a que Isabel no se separara de su lado. Ella le seguía muy de cerca, con rostro preocupado, ya que, por un momento, había llegado a creer que habían dejado atrás lo peor del viaje.

Atados a las sillas de los caballos, sus salvadores habían tenido el cuidado de dejarles sendos fardos no solo con sus ropajes, para que pudieran cambiarse cuando la prudencia les permitiera hacer un alto en el camino, sino con víveres suficientes para unos cuantos días.

En un momento dado, Callaham consideró que estaban a suficiente distancia y a buen cobijo como para hacer una pausa que les permitiera deshacerse de aquellas ropas llamativas y retomar su indumentaria, más abrigada.

Desmontaron en silencio, atando las bridas a una rama baja.

Él comenzó a desvestirse mirando hacia el norte, lo mismo que ella con la vista puesta en el sur. Ninguno de los dos tenía humor y sí una pesada desesperanza que se acrecentaba a cada paso.

Hacía mucho frío, pero ya no quedaba apenas rastro de la nevada.

Mientras se deshacían de la ropa, Callaham cerró los ojos un instante y tomó aire hasta lo más profundo de los pulmones. Se había equivocado, y mucho, y era necesario arreglarlo.

—Creo que ha llegado el momento de pedirte disculpas.

Ella no se volvió. En aquel momento, desataba las cintas con que la colorida falda se ajustaba a su cintura, pero una caricia cálida le recorrió la espalda con sus palabras.

—¿Por haberme besado?

Él esbozó una sonrisa a la nada. Aquel beso los había salvado, pero a él lo había condenado de nuevo a aquella necesidad constante de tenerla cerca.

—Por todas y cada una de las meteduras de pata desde que nos encontramos —contestó.

—Así que lo reconoces.

Por el tono de la voz, se dio cuenta de que ella empezaba a recuperar el buen humor. Eso le provocó un bienestar al que no encontraba explicación.

—Tu padre me encargó ponerte a salvo, y lo único que he hecho ha sido lanzarte al peligro a cada paso.

—Quizá tú no seas el responsable de todo.

Isabel se refería a aquella noche. Había sido ella la que había empezado, la que lo había deseado con tanta necesidad que hasta ese instante mismo de su existencia no creía que pudiera existir una atracción como la que sentía por el irlandés.

En ese momento, estaban ambos desnudos y ateridos, en medio de la nada y dándose la espalda. Era una imagen extraña: dos personas que sentían una revolución en su interior, expuestos el uno al otro, pero sin querer mirarse.

Él comenzó a colocarse los calzones mientras Isabel se encajaba las enaguas.

—No tuve cuidado de ti en la diligencia —le confesó—, tardé en comprender que nos perseguía una manada de lobos, no supe ver que quien nos socorría era un bandido, te he puesto en riesgo llevándote esta noche a la aldea y…

Sí, lo no dicho se refería a la noche en que la había hecho suya.

—De eso no eres responsable —contestó ella, leyendo las palabras no expresadas.

Callaham hizo un chasquido con los labios mientras empezaba a

atar las cintas de su camisa.

—Un caballero debe saber cuándo parar.

—Y una dama qué límites no pueden cruzarse. —Se había encajado el vestido y se ataba los lazos que los ajustaba bajo el pecho, pero se giró hacia él—. ¿Qué te parece si empezamos de nuevo?

Él también lo había hecho, volverse. Los ojos de ambos se cruzaron. ¿Cómo podía ser tan hermosa? Desprender aquella luz, porque se sentía como una polilla incapaz de apartarse, aunque ello supusiera morir abrasado.

—Hay cosas, Isabel —atinó a decir—, que no se pueden reparar.

—Mi padre sabrá encontrar una solución.

—Te he deshonrado. —La mirada de Callaham se opacó—. Hay pocas soluciones para eso.

Ella bajó los ojos un instante. Era consciente de ello, sin embargo, a pesar de su educación y sus creencias religiosas, no se arrepentía.

Cuando los alzó de nuevo, había una sonrisa pícara en sus labios.

—Isabel de Mendoza. —Le tendió la mano para que se la besara—. Su rostro me resulta familiar.

Él no pudo evitar sonreír, aunque lo que su corazón deseaba era estrecharla entre sus brazos y devorarla.

—Napoleón Callaham. —Se la tomó y la llevó a sus labios—. Vendo mi espada al mejor postor.

Ella se llevó una mano al pecho, imitando a una damisela asustada.

—Quizá me vea obligada a contratar sus servicios.

—A usted le haría un buen precio.

Ambos sonrieron. De una manera mágica, la tensión entre los dos había desaparecido y se tornaba en algo delicioso.

—¿Hemos hecho las paces entonces?

Él arrugó la frente con cierta comicidad.

—Digamos que hasta entregarte a don Íñigo haremos como si no te debiera nada.

Hubo un instante de silencio donde ninguno de los dos podía apartar los ojos del otro. Fue Isabel quien lo hizo, buscando su pesado gabán del interior del fardo.

—¿Qué harás cuando llegues a Londres?

Callaham lo agradeció. Unos segundos más y se hubiera lanzado, irremisiblemente, hacia sus labios. Buscó el suyo.

—Compraré la propiedad de mis antepasados —dijo mientras se abrigaba con él—, volveré a cultivar sus tierras, a extender su ganado y a fumar una pipa al calor de la lumbre los días donde el frío corte la piel.

—Suena confortable.

—Te gustaría Restful House. —Su mirada era soñadora—. Está encaramada en una loma que baja hacia un riachuelo. Se ve el mar desde la torre y las tierras de cultivo se pierden en el horizonte a muchas leguas de distancia.

—Necesitarás buscar a una señora de Restful House.

Callaham tragó saliva. ¿Llegaría el momento en que pudiera pensar en alguna otra mujer que no fuera ella?

—Supongo —contestó con parquedad.

—Y querrás tener hijos.

—No menos de una docena, y quiero educarlos yo mismo. Que revuelvan mis cosas, se enreden entre mis piernas y jueguen mientras yo intento que las cuentas de la hacienda terminen de cuadrar. ¿Qué harás tú cuando estés a salvo?

Isabel ya estaba vestida, pero había prescindido del ajustado sombrero, por lo que el cabello seguía suelto sobre sus hombros.

Suspiró. La vida que acababa de describir Callaham le parecía deliciosa. La suya… Se daba cuenta de que quizá su necesidad de quedarse en el convento provenía de no querer plegarse a su destino.

—Creo que mi vida como monja ya no tiene sentido.

—Me alegra oír eso —sonrió.

—Las mujeres de mi posición no tenemos muchas opciones. Aunque mi padre jamás me impondría un esposo, sé que es mi obligación casarme y honrar a la familia. Así que esperaré a tener un candidato…

Se quedó callada a media frase. ¿Por qué le costaba tanto trabajo hablar de aquello cuando al fin habían decidido ser sinceros el uno con el otro? Decidió que lo pensaría en otro momento. La noche avanzaba y debían partir cuanto antes, así que puso el pie en el estribo y subió a su caballo.

—Te garantizo —le dijo Callaham— que habrá una larga cola de pretendientes esperando en la puerta en cuanto te dejes ver en Londres.

Ella le agradeció su cortesía.

—Tendré una boda maravillosa, donde la Reina estará invitada. —Según lo contaba, más terrible le parecía—, pariré a los hijos de mi marido, que por supuesto no me permitirán criar, y languideceré de salón en salón hasta que me apague como el cabo de una vela vieja.

Él sonrió, y también subió a la montura, aunque con cuidado, ya que la herida aún le molestaba.

—Dicho así, no sé si será más satisfactorio para ti que te entregue a la Guardia ahora mismo.

Isabel soltó una carcajada deliciosa que hizo que a Callaham se le erizara el vello de la nuca.

—Creo que este viaje —Isabel había bajado el tono de su voz, que se había vuelto más cálido— y estos días a tu lado me han cambiado.

Aunque esa declaración le afectó, Callaham intentó disimularlo con una broma.

—En cuanto entres en calor, se te olvidará todo esto, y cuando llegues a Londres, te olvidarás de mí.

Isabel sonrió.

—No estoy segura, porque en estos momentos lo que más envidio es a la futura señora de Restful House.

Y, sin más, arreó su montura para que empezara a caminar en la oscura noche y la Guardia no les tomara ventaja, mientras Callaham se quedaba mirándola y un dolor agudo se le encajaba en la garganta.

Capítulo 32
Una luz en la distancia

Hacía ya diez días que salieron de Madrid y, a pesar de las vicisitudes, habían conseguido mantenerse a salvo.

Los víveres que les proporcionaron sus amigos, el agua fresca de los arroyos y los ropajes abrigados les habían permitido recorrer la distancia entre el pueblo pesquero y la noble villa de San Sebastián sin percances, gracias a que se habían mantenido apartados del Camino Real.

En ese momento, la ciudad quedaba a un tiro de piedra y, aunque podían continuar hasta Fuenterrabía si lograban mantenerse ocultos, los documentos que le entregara en Londres don Íñigo hacían hincapié en que intentaran conseguir un carruaje en aquella ciudad, más segura por alejada de la frontera y donde, al parecer, el marqués de las Eras tenía contactos de confianza.

Acababa de amanecer después de una noche incómoda para ambos donde, por ser más benigna de clima, no había sido necesario dormir abrazados. «Dormir» era una palabra alejada de la realidad, ya que ni Callaham, que no había pegado ojo pensando en ella, ni Isabel, que igualmente ansiaba abrazarlo, habían conseguido lograrlo.

Tras asearse en el arroyo por turnos, él empezó a ajustarse el gabán para parecerse a un hombre respetable.

Isabel volvía en ese instante desde la ribera, solo con la enagua y la camisa interior puestas, mientras se frotaba los brazos para entrar en calor tras lavarse con el agua helada del riachuelo. A Callaham le pareció que se presentaba ante él una hermosa ninfa acuática como la que cantaban los poemas antiguos.

En muy pocos días, aquella criatura había impactado en él de tal manera que ignoraba cómo sería su vida sin tenerla cerca. Y si todo

salía bien, eso sucedería no más allá de un par de jornadas, en cuanto lograran llegar a Francia y la pusiera en manos de los hombres del marqués.

Carraspeó para que ella no notara cómo le impresionaba su presencia.

—¿Estarás segura aquí si te dejo algunas horas?

Isabel parpadeó, sin comprender qué le quería decir.

—¿Adónde vas?

—Tu padre nos ha facilitado un nombre y una dirección. Allí encontraremos ayuda para cruzar al otro lado.

Ella fue rápidamente a por su vestido, que empezó a encajárselo.

—Voy contigo.

Pero Callaham la detuvo.

—De ninguna manera.

—Pero… —intentó convencerlo.

Estaban en mitad del monte, en la zona más frondosa. Y si bien era cierto que la joven aristócrata había aprendido a valerse por sí misma, le resultaba doloroso solo de pensar en separarse de ella.

Él la tomó por los hombros, a pesar de que su contacto le quemaba como un hierro candente, para que ella entendiera en la situación en que se encontraban.

—Buscan a un hombre y a una mujer —le dijo sin dejar de mirarla—. Tu cabello es demasiado llamativo y tus formas te delatan. Cualquiera que te vea sabrá que no encajas ni en una fonda ni merodeando unas cuadras. Será solo el tiempo de cerrar un acuerdo.

Los ojos del irlandés tenían un poder magnético para ella. En el pasado había estado segura de que la mejor manera de apartarse del destino que le esperaba era abrazando una vida conventual y tranquila. Pero desde que lo había conocido, le aterraba saber cómo podría ser su existencia sin ver cada mañana la luz de aquellos ojos.

Al final, apartó la mirada y asintió.

—Está bien.

Por supuesto que Callaham no lo creía. Odiaba tener que dejarla sola, pero era necesario acceder a la ciudad para tratar con quien pudiera llevarlos hasta el otro lado de la frontera, y no había otra solución posible.

—Esta zona es segura. —Intentó convencerse a sí mismo—. Mi

mosquete está en el jubón y a los osos no les gustan las pelirrojas.

Consiguió arrancarle una sonrisa que le levantó aquel cosquilleo ya familiar en la base de la espalda.

—Muy gracioso.

Se caló el sombrero hasta las cejas y pasó una mano por el malogrado gabán. Sí, con las botas limpias podría asemejarse a un hombre honorable.

—¿Estarás bien? —Se aseguró una vez más antes de montar.

Ella sonrió.

—Vuelve sano y salvo. Entonces estaré bien.

Mientras se alejaba, no podía dejar de pensar en Isabel. Cada día estaba más cerca el momento de separarse, el de cobrar su ansiada recompensa, y, sin embargo, nada podía hacerle más infeliz. Se preguntó si todos los errores que había cometido hasta ese instante desde que empezó aquella aventura no se debían a que su mente estaba completamente llena de ella. Y se juró a sí mismo que aquello debía terminar porque si no, la pondría en constante peligro en un momento donde estar alerta era la clave para no ser apresados.

Pudo acceder a la ciudad sin problemas en una mañana ajetreada donde transeúntes y carros de mercancía entraban y salían bajo la atenta mirada de la Guardia.

Sintió cierta aprensión al pasar junto a ellos, pero su impecable aspecto montado a caballo y la altanería que tan bien le encajaba le hicieron franquear las puertas sin que nadie le requiriera la documentación.

No tuvo que andar mucho para darse cuenta de la situación. La Guardia Real ya había llegado y recorrían las calles por parejas, deteniendo a cuantos les parecían sospechosos para interrogarlos.

Pudo esquivarlos en dos ocasiones, tomando otra callejuela. En una tercera, no tuvo más remedio que pasar por su lado, pero los dos soldados estaban demasiado pendientes de una pareja que paseaban del brazo y que podían responder a una descripción similar a la de Isabel y él mismo.

Al llegar a una calle más amplia, le llamó la atención un cartel que un guardia estaba clavando en ese instante. Se acercó con disimulo y se le heló la sangre en las venas. Era un retrato de Isabel, bastante bien hecho, y una descripción de ella, en la que se

anunciaba que era peligrosa.

Dio gracias por haber tenido la idea de dejarla a salvo en el monte, bajó del caballo y preguntó a un comerciante por la dirección que don Íñigo le había dejado en sus documentos. Según le dijo, se encontraba a las afueras, en la ribera del Urumea.

Necesitó esquivar a otros tantos guardias hasta llegar allí, y menos mal que fue cauto en todo momento, porque las cuadras a las que se dirigía estaban siendo registradas por un grupo de soldados y a los que parecían sus dueños y empleados los interrogaban en ese instante de mala manera.

Sintió cómo le atravesaba la desesperanza. Al parecer, aquellos malnacidos iban un paso por delante de ellos, y apenas les quedaban opciones. ¿Y si partían de inmediato a Fuenterrabía? Quizá allí… Pero era consciente de que, si una ciudad grande como aquella estaba siendo registrada hasta sus cimientos, una localidad pequeña estaría protegida en cada esquina.

Preocupado, volvió sobre sus pasos hasta la plaza central, dándose cuenta de que el retrato de Isabel, y ahora un boceto de él mismo, estaban clavados por todas partes.

Por su experiencia, era en lugares como aquel donde se cocinaba la vida y el trajín de las ciudades.

Desmontó y empezó a cargar su pipa con tabaco, bajándose el ala del sombrero para no ser reconocido. Era una manera de disimular mientras tomaba buena cuenta de qué se cocía alrededor.

Era una plaza hermosa, con el aspecto de que acababa de ser construida. En una esquina trajinaba el típico grupo de mozalbetes, niños sin hogar que intentaban cazar la bolsa de un incauto. Por el centro, paseaban las personas de calidad, mujeres de hermosos vestidos y caballeros elegantes que se saludaban con sofisticadas reverencias. Los comerciantes vociferaban la mercancía bajo los arcos y un par de mujeres de ropa ligera, a pesar del frío, vendían sus cuerpos en la zona más umbría.

Le llamó la atención un grupo de tres personas que acababan de salir de una posada. Había una mujer mayor, tan rígida como elegante, vestida impecablemente de negro. Le dio la impresión de que se trataba de una criada de alto nivel, quizá una doncella o una dama de compañía. Esa percepción la confirmó la mujer joven que estaba a su lado. Indudablemente, era de la aristocracia por la

manera de moverse, sutil, etérea, casi incorpórea. Era de una belleza casi irreal, de precioso cabello rubio y ojos que desde lejos eran vivos y brillantes. Le resultó familiar, quizá la había visto antes, pero no lograba descubrir dónde. El caballero que las acompañaba no encajaba en el conjunto: vestido de negro, con una capa que ya nadie llevaba, portaba un sombrero de ala ancha que le ocultaba el rostro y hacía imposible identificarlo. Con él también tuvo la impresión de haberse cruzado, pero igualmente era incapaz de recordarlo.

¿Serían viajeros y habían coincidido en alguna fonda? Iba a acercarse a ellos cuando sintió una mano sobre el hombro.

Se volvió de inmediato para enfrentarse a lo que fuera, para pelear si era necesario, pero…

—¿Qué haces aquí? —dijo boquiabierto.

Quien estaba a su lado era Isabel.

Había tenido buen cuidado de recogerse todo el cabello bajo el sombrero y de subirse el cuello del gabán hasta casi ocultar su rostro.

—He visto a varios guardias a pie recorriendo los bosques —le explicó—. Entrar en la ciudad me ha parecido lo más seguro.

Un ramalazo de terror atravesó la espalda de Callaham. ¿Cómo había atravesado las puertas? Estaban fuertemente custodiadas.

—¿Te has cruzado…?

Ella no lo dejó terminar.

—Me he unido a una familia encantadora antes de entrar en la ciudad. Preguntar por la hechura de un vestido nos gusta a todas las mujeres. No nos han requerido documentación alguna. —Se llevó una mano al pecho sin darse cuenta—. He visto nuestros retratos clavados por todas partes y al sargento con el que nos cruzamos en Madrid.

Callaham volvió a mirar hacia el fondo de la plaza, pero aquellas tres personas habían desaparecido.

En cierto modo, era consciente de que ahora estaban atrapados dentro de la urbe. Entrar había resultado fácil, pero salir…

—¿Has podido hablar con los hombres de mi padre? —le preguntó Isabel.

Él estaba preocupado porque los guardias pudieran acceder a la plaza desde cualquiera de las entradas en ese momento.

—Hay un cambio de planes.

Isabel arrugó la frente.

—¿Me estás ocultando algo?

Pero Callaham no le contestó. Buscó entre el grupo de mozalbetes ociosos que se parapetaban en una esquina y levantó una mano.

—¡Eh! Muchacho.

Uno de ellos se acercó con cautela. No tendría más de ocho años, pero era posible que hubiera vivido más vicisitudes que ellos dos.

—¿Quieres ganarte una moneda?

El niño asintió.

—Sí, señor.

Callaham hincó una rodilla en el suelo para ponerse a su altura.

—Dime dónde podemos encontrar a alguien que nos lleve al otro lado.

El chiquillo dio un paso hacia atrás, pero parecía que aquello le causaba interés.

—Eso es peligroso, señor.

—Dos monedas si nos llevas ahora mismo. —Las sacó de su bolsillo y las mostró, refulgentes.

No tardaron en desaparecer entre las manos del pillo, que podía haber salido corriendo en ese instante, pero seguro que había descubierto que, si ayudaba a aquel caballero, sería recompensado de nuevo.

—Sígame, señor.

Empezó a andar y Callaham iba a seguirlo cuando Isabel lo sostuvo del brazo.

—¿Estás seguro?

Él le tomó la mano.

—Te prometo que te pondré a salvo, aunque sea lo último que haga.

Ella se acercó, tanto que podría besarla en ese mismo instante.

—No quiero que eso sea lo último que hagas.

El niño ya se alejaba, pero por alguna razón volvió a mirar hacia el centro de la plaza, donde no había rastros de aquellos tres extraños personajes.

—¿Me esperarás aquí? —le rogó—. Debes esconderte si ves

pasar a la Guardia.

Ella asintió.

—Te esperaré, claro que te esperaré.

Y, sin más, Callaham fue en busca del muchacho, que ya desaparecía por una de las esquinas.

Capítulo 33
Un movimiento inadecuado

Los minutos habían pasado tan lentos para Isabel que cuando vio aparecer de nuevo a Callaham a través de una de las arcadas de la plaza, se le escapó un gemido de los labios.

Durante todo ese tiempo, había estado en peligro. Una mujer de calidad sin compañía de otra dama o de un caballero de su familia era algo inusitado. Por no hablar de que su rostro y su descripción estaban colgados por todas partes.

Se resguardó bajo una de las arcadas, tras un puesto que vendía verduras, pero no le pasaron desapercibidas las miradas de curiosidad de algunos transeúntes que debían estar preguntándose a qué se debía aquella anomalía.

Su atención había estado puesta en dos cosas: en esquivar a la Guardia si hacía acto de presencia en la plaza y en rezar para que Callaham lograra su objetivo.

Así que cuando lo vio aparecer, tan tranquilo como si diera un paseo bajo los escasos rayos de sol, tuvo que reprimir sus deseos de salir corriendo y arrojarse a sus brazos, porque eso hubiera sido tan escandaloso como mostrar la pantorrilla en un baile de la Corte.

Callaham también soltó el aire contenido en los pulmones cuando la descubrió en el mismo lugar donde la había dejado.

A pesar de que había tratado con personas nada de fiar, en su cabeza solo había estado todo aquel tiempo Isabel, y la seguridad de que estaba en peligro. Confiaba en ella y le había dado muestras sobradas de que sabía valerse por sí misma, pero ante un batallón de la Guardia, armados hasta los dientes, poco podía hacer una muchacha que solo sabía de la vida lo que había aprendido en aquellos días de huida.

El mozalbete lo había llevado a través de lóbregos callejones

hasta una zona muy deteriorada de la ciudad. Se preguntó si aquel montón de casuchas se habrían salvado del fuego, pues todo a su alrededor era tan nuevo e impoluto que le extrañó encontrar un sitio tan deteriorado.

En una de aquellas accesorias, guardada la puerta por dos tipos mal encarados, había encontrado al rufián que debía llevarlos al otro lado de la frontera.

No se fiaba de él, por supuesto, como de nadie si quería salir de allí con vida.

Era un tipo de aspecto siniestro, con un corte en la cara que parecía reciente, sentado a una mesa donde una mujer menuda le servía una sopa acuosa. Nada más pasar, los dos malnacidos de la puerta se le colocaron detrás.

Temió que allí acabara todo: clavarle una daga, robarle todas sus pertenencias y arrojarlo al río era lo más fácil. ¿Qué sería entonces de Isabel? Aquel razonamiento en un momento tan delicado volvió a turbarlo porque nunca le había importado nadie que no fuera él mismo, pero se juró que, si había llegado su hora, pelearía con uñas y dientes y se llevaría por delante a tantos de aquellos como le fuera posible. Al menos, de esa manera, iría acompañado al otro mundo.

—¿Cuánto trae? —le preguntó el rufián sin apartar la mirada de la sopa.

—Aún no le he dicho qué necesito.

El individuo se llevó el cucharón a la boca y recriminó a la mujer por haberse quemado. Solo entonces pareció prestarle de nuevo atención.

—Quienes se atreven a llegar hasta aquí siempre quieren lo mismo.

—Seremos dos.

Ahora sí lo miró a los ojos. Estaban tan enrojecidos que helarían la sangre a alguien menos curtido que él.

—Eso costará el triple.

No le discutió el precio. Valdría de poco.

—La mitad ahora y la otra mitad cuando estemos a salvo en Francia.

—Todo ahora o no hay trato.

No era la primera vez que trataba con rufianes de aquella calaña

y sabía que lo único que los movía era el dinero. Eran como lobos, y si ante ellos mostraba la menor debilidad, le saltarían al cuello de inmediato. Callaham parecía estar en un baile de la Corte, sereno, galante y con una ligera sonrisa encajada en el rostro. Decidió tentarlo con jugosas ganancias futuras.

—Te pagaré por cuatro, y eso es todo lo que tengo —dejó una bolsa sobre la mesa—. La mitad ahora y la otra mitad te la entregarán mis hombres al otro lado de la frontera.

El tipo, menos mal, había aceptado.

No tenía ni idea de si los hombres de don Íñigo los esperaban en Francia ni si tendrían monedas para entregar a aquellos forajidos, pero ya resolverían ese acertijo cuando se presentara.

Lo habían dejado marchar indemne con las instrucciones de que debía estar a medianoche en una zona determinada de la ribera que el mozalbete dijo conocer.

Ver a Isabel sana y salva, a su vuelta, le dio esperanzas de que podrían lograrlo. Cuando llegó a su lado, necesitó todas sus fuerzas para reprimir la necesidad de abrazarla.

—Está hecho. Nos iremos esta noche.

Pero ella no pudo contenerse. Se pegó a él y lo abarcó con sus brazos mientras hundía el rostro en su pecho.

—Prométeme que no te separarás más de mi lado.

—Te lo prometo.

El trajín de cascos de caballos hizo que Callaham se separara de ella para poner toda su atención.

Un destacamento de la Guardia acababa de hacer su aparición por una de las esquinas de la plaza, causando un gran revuelo en la gente que paseaba con tranquilidad y veían su espacio invadido por aquellos hombres poco cuidadosos.

—Ha llegado el momento de escondernos.

Iban a tomar otra de las salidas cuando otro grupo de soldados armados entró por aquel acceso dándoles apenas tiempo de guarecerse bajo un soportal.

El corazón de Callaham se llenó de aprensión. A su lado, Isabel contemplaba cómo la hermosa plaza iba llenándose de guardias armados, y más cuando un nuevo destacamento entró por una tercera vía de acceso bajo los arcos.

Pero lo que de verdad preocupaba al irlandés era los guardias

que quedaban apostados en cada entrada y salida, que convertían aquella plaza en una ratonera.

Cuando vio aparecer al concienzudo sargento que los molestara en Madrid, supo la dimensión del peligro en que se encontraban y no le quedaron dudas de que los buscaban a ellos dos.

Miró a Isabel. Ella tenía una de sus blancas manos sujetando la solapa de su gabán, en un gesto involuntario de intimidad.

¿Qué hubiera pasado entre ellos si las cosas se hubieran confabulado de otra manera? Sonrió al imaginarlo. Nunca había conocido a una mujer como aquella, una mezcla de valentía, sorpresa y pasión. Se dijo a sí mismo que debía sentirse dichoso por haber tenido el privilegio de conocerla, de acompañarla, de amarla. Porque por mucho que su cabeza se negaba a admitirlo, estaba total, absoluta e irremediablemente enamorado de ella.

Y por eso sabía lo que tenía que hacer…

Se inclinó hacia Isabel, buscando sus asustados ojos.

—Voy a apartarme solo un instante. ¿Estarás bien?

—No te vayas. —Apretó aún más la solapa de su gabán.

Él le sonrió.

—Te prometo que será solo un momento. Tú debes permanecer aquí, al resguardo de la arcada. ¿De acuerdo?

Isabel, al fin, asintió. Parecía asustada, aunque no de la Guardia, sino de separarse de él. A Callaham aquella expresión en el rostro de Isabel le dolió más que la herida de su pierna, pero era consciente de que solo había una manera.

Fue hasta el grupo de mozalbetes, que ni se habían inmutado con la presencia de la Guardia, y localizó al muchacho con el que estaba en tratos.

Desde el otro lado de la plaza, amparada por el puesto de verduras, Isabel vio cómo hablaba con aquel niño mientras no perdía la vista del centro, donde cada vez parecía haber más soldados.

Callaham regresó con el muchacho pegado a su lado, como una sombra.

—Toma. —Se sacó una bolsa de monedas del gabán y se la entregó a Isabel—, ponla a buen recaudo.

—Pero…

Después, se abrió la prenda de abrigo y extrajo el ligero

cartapacio de don Íñigo. También se lo puso en las manos.

—Están los salvoconductos y algunas direcciones que te serán de utilidad. Si lo ocultas bajo tus ropas, pasará desapercibido.

Ella lo miraba perpleja, sin entender nada de aquello.

—¿Por qué me das todo esto?

Callaham puso una mano en el hombro del muchacho.

—Él es Tomás. Te sacará de la plaza a través de aquella bodega y te pondrá a salvo hasta que puedas subir esta noche al carro que te sacará de aquí.

El rostro de Isabel se puso lívido, y dio un involuntario paso hacia atrás. Acababa de comprender cuáles eran sus intenciones.

—No pienso ir a ningún sitio sin ti.

Callaham suspiró. Para él era tan doloroso como para ella, pero tenía claro que la pondría a salvo a cualquier precio.

Miró hacia atrás. Algunos soldados ya interrogaban a los transeúntes, no tardarían en llegar hasta ellos. La tomó por los hombros, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Isabel, no podemos huir los dos juntos. En cuanto nos movamos, nos apresarán.

Ella se resistió.

—Pero puedes venir con nosotros hasta esa bodega…

—Registrarán cada palmo de la ciudad como están haciendo hasta que nos encuentren. Juntos no hay salvación posible.

Estaba aterrada, y sentía un dolor profundo en el lugar donde debía estar su corazón. ¿Cómo podría apartarse de él? ¿Cómo podría dejar de verlo?

—¿Y qué vas a hacer? —se atrevió a preguntarle, aunque ya lo sospechaba.

Callaham sonrió. Aquella sonrisa luminosa que no salía de su mente cuando pensaba en él.

—Distraerlos. Llevarlos en otra dirección —le dijo—. Entretenerlos mientras tú sales de la ciudad.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Isabel sin ni siquiera darse cuenta.

—No —musitó.

Él tragó saliva. No podía flaquear en aquel momento.

—Prométeme que te pondrás a salvo.

Ella se apartó aún más.

—No puedes hacerme esto.

No pudo contenerse. Fue hacia ella y la besó. Si estaba todo perdido, al menos, sería el último recuerdo de la mujer que amaba.

Fue algo tan apasionado como fugaz, que levantó miradas escandalizadas alrededor y una sonrisa de sorpresa en el muchacho que presenciaba todo aquello con preocupación.

—Prométemelo —le rogó de nuevo Callaham cuando se separaron.

El muchacho le tiró del vestido.

—Señora, tenemos que irnos.

Ella apenas podía respirar.

—¿Te reunirás conmigo?

«¿Cómo pueden ser tan luminosos unos ojos?», pensó Callaham.

—Siempre estaré contigo.

Y, sin más, se abrió el gabán y, con las manos alzadas, empezó a caminar hasta el centro de la plaza, hasta donde estaban los soldados.

Isabel sintió cómo tiraban de ella. Era el muchacho, que insistía en que debían largarse. Lo hizo, aunque parecía que a su alrededor todo se volvía difuso y silencioso, como uno de esos sueños donde todo sucede lentamente.

El chico avanzaba, sujetándola del vestido, mientras sus ojos no podían apartarse de la figura del irlandés, que cada vez estaba más cerca de aquel sargento, de aquel hombre duro, pétreo, que lo descubriría en cualquier momento.

Antes de entrar a través de la puerta adintelada de la bodega, pudo ver cómo los soldados rodeaban a Callaham, cómo lo obligaban a ponerse de rodillas y cómo la culata de un mosquete impactaba sobre su cabeza.

Capítulo 34
Una pesadilla

—¿Qué está sucediendo en la ciudad? —le preguntó María a su esposo—. No es normal que esté tomada por las tropas del Rey.

La señora Smith entró en el salón en ese instante, proveniente del dormitorio que les habían asignado en la cómoda pensión, una estancia de dos piezas pequeñas pero confortables.

—La Guardia acaba de apresar a un forajido. —Estaba entusiasmada—. Se ha entregado él mismo, aquí abajo, en la misma plaza. Ha sido muy emocionante.

Tanto María como Lobo intercambiaron una mirada y se dirigieron hacia el balcón. Solo les dio tiempo de ver cómo el destacamento salía por uno de los arcos laterales llevando a un hombre con las manos atadas. Lo vieron un instante y de espaldas, aunque les pareció que el cabello era rubicundo y, por su hechura, alto, bien vestido, y de buena forma física.

—Quizá fuera un forajido buscado y se debe a eso el revuelo que comentas. En ese caso, ya no debemos preocuparnos —intentó él darle una explicación.

—¿Ha podido verle el rostro? —le preguntó María a su ama de llaves.

La mujer se llevó una mano al mentón. Lo cierto era que todo había sido tan fugaz, además de excitante, que apenas le había dado tiempo a ver nada.

—Llevaba sombrero, pero cuando lo han golpeado, se le ha caído. No sabría qué decirle. Me ha parecido que su cabello era rubio y apostaría a que tenía un tupido bigote.

María se dirigió a su esposo y habló en voz baja.

—¿Crees que puede ser sir Callaham?

Él lo dudó.

—Se ajusta a su descripción, pero hay cientos de caballeros que podrían coincidir, y más con esos carteles pegados por todas partes. Habrá decenas de denuncias falsas. Según los hombres de tu padre, aún es pronto para que hayan podido llegar a la ciudad.

Y tenía razón. Torlundy le había explicado que Callaham llevaba órdenes de dirigirse hacia allí y por eso mismo se encontraban ellos aguardando.

En cualquier caso, debían dar con ellos antes que la Guardia, en el momento en que traspasaran las puertas de San Sebastián, para advertirles que quienes les ayudarían a cruzar la frontera habían sido apresados y era necesario hacer un cambio de planes.

María había vuelto al interior, y se dirigía al ama de llaves.

—Señora Smith, mi marido y yo vamos a pasear por la ciudad. ¿Le importa quedarse sola? Si necesita algo, solo tiene que pedirlo al posadero.

La criada parecía encantada.

—No se preocupe, *milady*. El reencuentro siempre es emocionante.

Torlundy se le unió, aunque tenía las cejas fruncidas. Contaba con que la criada les diera un rato de intimidad en el dormitorio para poder desfogar todo lo que había echado de menos a María. Pero su mujer tenía aquella expresión decidida en el rostro.

—¿No te parece que sería más prudente que aguardáramos aquí? —intentó convencerla en voz baja, para que el ama de llaves no se enterara.

—¿Y qué haríamos? Nos aburriríamos.

—Se me ocurren algunas cosas. —Se mordió el labio inferior—, con las que disfrutaríamos los dos.

Ella también había bajado la voz, aunque la señora Smith, que sabía muy bien cuál era su lugar, estaba muy pendiente del dibujo de la alfombra y hacía como que no escuchaba.

—¿Estás pensando en la cama? —le preguntó María, contoneándose deliciosamente.

—Por ejemplo.

Ella se humedeció los labios.

—¿En sábanas suaves?

—Así es.

—¿Tú y yo solos?

Torlundy dio un paso en su dirección.

—Y revueltos.

Estaba ya excitado solo de pensar en lo que harían a continuación cuando el rostro de María se volvió terriblemente serio, y ella se apartó un paso de donde estaba.

—¿Y qué te ha hecho pensar que te he perdonado?

—Amor…

—Señora Smith. —Fue a su encuentro—, nos vamos. Descanse un poco, aún puede estar algo mareada tras el viaje.

A su pesar, Torlundy la siguió escaleras abajo; cuando una Mendoza tomaba una decisión, tomaba una decisión irrenunciable.

Al salir a la plaza, todo parecía más tranquilo, aunque aún había algunos guardias apostados en las esquinas y los malditos carteles que María se negaba a mirar. Decidieron dirigirse a una de las arcadas que giraba en dirección al río.

Una al lado del otro, podrían aparentar una dama de calidad y su guardián, ya que el disfraz de Lobo lo alejaba del de un caballero. Él no estaba tranquilo. Las calles estaban vigiladas y podrían meterse en un lío solo con dar un paso en falso.

—María, no es seguro pasear por una ciudad atestada de guardias.

Ella continuó avanzando.

—Tengo un mal presentimiento.

—Aun así.

Su marido tenía razón. Pero algo no salía de su cabeza, una sensación urgente que le había atenazado otras veces y solía coincidir con algo cierto.

—¿Y si ese fugitivo a quien han apresado era sir Callaham? —le dijo—. ¿Y si mi hermana vaga sola y perdida por la ciudad?

—Él jamás la dejaría.

Continuaron caminando. Una pareja de guardias se les quedó mirando, y María les correspondió con la mirada altanera de la alta nobleza, lo que hizo que no se atrevieran a preguntarles. Además, ellos dos diferían en todo de la descripción de los proscritos.

Giraron una nueva calle, cuando el mozalbete que les atendió en el puerto vino a su encuentro.

—Señor —se dirigió a Torlundy—, la mujer que buscaba está aquí.

María interrogó a su marido con la mirada.

—Les di instrucciones de que estuvieran atentos por si la veían aparecer. ¿Dónde se encuentra?

El chiquillo arrugaba su gorra entre las manos.

—Debía acompañar a Tomás, uno de los nuestros, a lugar seguro hasta la caída de la noche, cuando la sacarían de la ciudad, pero se ha negado a ir. Ahora va camino de la plaza y quiere entregarse a la Guardia.

María se puso pálida, pero no necesitó decir nada.

Lobo echó a correr en aquella dirección y ella lo siguió, intentando no llamar la atención, pues una dama jamás debe parecer agitada.

La identificó desde lejos. Aquella forma de caminar y el imprudente mechón de cabello rojizo que se le escapaba del sombrero.

—¡Es ella! —le gritó a Torlundy.

Algunas cabezas se giraron hacia María, pues no era habitual ver a una dama alzando la voz, pero fue solo un instante.

Isabel estaba accediendo de nuevo a la plaza, justo por el arco que estaba protegido por una pareja malencarada de guardias. Si no se apresuraban…

Pero Lobo fue lo suficientemente ágil como para llegar hasta ella y tomarla de un brazo, como si se tratara de un marido exigente.

—Querida —exclamó con su más afectado movimiento de manos—, mamá nos espera y a casa de mamá nunca se llega tarde.

Isabel lo miró, boquiabierta, y los guardias, que estaban a escasos metros, también se percataron. Uno de ellos se rio a carcajadas y el otro le gastó una broma, pero no hicieron nada más. Aquel entretenimiento fue suficiente como para poder retirarla a tiempo del peligro y para que Isabel viera a la mujer bellísima que venía a su encuentro con el rostro cubierto de lágrimas.

Fue entonces cuando le fallaron las piernas.

Era María.

Su hermana María.

Esta llegó en el momento en que fue necesario sostenerla para que no callera y se unieron en un abrazo tan estrecho que los sollozos de una se mezclaban con los de otra, e incluso Torlundy tuvo que volver la mirada para que no vieran que le brillaban los

ojos.

Por el momento, estaban a salvo.

Él había tenido el acierto de girar tras la arcada para entrar en una bocacalle que los ponía a cubierto de la Guardia, pero nada aseguraba que otra pareja no patrullara la zona y se extrañara por aquella exagerada demostración de afecto en público.

—Será mejor que volvamos a la fonda —les rogó.

Pero Isabel no parecía dispuesta.

—Tienen a sir Callaham —exclamó.

María asintió. Así que sus sospechas eran ciertas.

—Pero al menos, tú estás a salvo.

—Se ha entregado para que yo pueda huir. —Volvieron a llenársele las mejillas de lágrimas.

Aquello cambió completamente la idea que María tenía del irlandés. Estaba segura de que era un aventurero sin escrúpulos, sin embargo…

Tomó a su hermana del brazo, e intentó sin éxito que fueran hasta la posada.

—No te preocupes —pretendió convencerla—. Con nosotros estás a salvo y hay hombres de papá en la ciudad. Mañana mismo estaremos en Francia y brindaremos con champán. Incluso podrás ir a misa.

Pero Isabel se apartó de su hermana. Sus ojos tenían una decisión que conocía bien. La veía a diario cuando se miraba en el espejo.

—No pienso irme sin él.

—Señorita Mendoza… —intervino Torlundy.

Isabel lo miró. No tenía ni idea de quién era ese hombre que había impedido en el último momento que se entregara. María creyó que había llegado el inoportuno momento de presentárselo.

—Es mi marido.

Ella apenas le pudo sonreír. A Torlundy le pareció tan hermosa como las demás Mendoza que conocía. Y veía que era igual de cabezota. También él intentó convencerla.

—Isabel, si Callaham se ha entregado para salvarla, es porque eso es lo que desea.

Ella se cruzó de brazos.

—Me da igual. Huimos juntos o me quedo aquí.

Marido y mujer intercambiaron una mirada críptica. La de María quería decir «ayúdame». La de Lobo «a esto me tengo que enfrentar a diario contigo».

—¿Podemos discutir eso en un lugar tranquilo? —le rogó María.

—No.

Torlundy no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Indudablemente, no nos hemos equivocado de muchacha: es una Mendoza.

Capítulo 35
Una compañía poco grata

Se podría decir que era un salón agradable, si no fuera porque le habían atado los pies y las manos a una silla más dura que la Piedra del Destino, en una postura tan incómoda que le dolían las articulaciones.

A eso había que sumar los dos guardias malhumorados apostados dentro de la habitación y el golpe de la culata, que le lanzaba dentelladas como si quisiera partirle la cabeza en dos.

Al menos, el sacrificio había valido la pena, e Isabel, en ese instante, estaría a salvo y a la espera de que la oscuridad de la noche les permitiera sacarla de la ciudad para amanecer en Francia, segura y libre.

Lamentó no poder ir con ella. Si no lo mataban a golpes, lo encerrarían en un calabozo hasta que lo matara el escorbuto. Lo que tenía claro era que no volvería a ver la luz del sol. Pero había merecido la pena: conocer a Isabel y ponerla a salvo había merecido la pena.

Quizá aquello era lo mejor que podía haberle sucedido porque, una vez al otro lado de la frontera, la realidad hubiera caído sobre ellos: Isabel volvería a ser la inaccesible hija de un aristócrata de altísima posición y él, poco más que un mísero terrateniente con título rural sin la menor importancia, que estaría tan lejos de poder acercársele como la luna del sol.

Y eso sí hubiera sido un suplicio. Languidecer sabiendo que la mujer que amaba le estaba prohibida, vedada, tan lejos de sus posibilidades que, posiblemente, jamás volvería a verla.

Al menos, la prisión tenía algo de heroico, y quizá alguna vez Isabel pensara en el testarudo irlandés que entregó su vida por ella como un gesto de honor. Sonrió, y la herida de la cabeza le dolió

aún más.

¿Por qué le habían golpeado? Se había entregado pacíficamente. Aunque si bien es cierto que había olvidado arrojar al suelo, en señal de paz, la daga y el puñal. Lo habían reducido en un instante mientras él perdía parte de la conciencia por el golpe.

No había querido mirar hacia atrás, hacia el lugar por donde el mozalbete debería haber puesto a salvo a Isabel, porque una mirada astuta podía haber seguido la dirección de sus ojos e ir tras ellos. Pero algo era seguro: habría dado cualquier cosa por verla una última vez, por contemplar el brillo de sus ojos un último instante.

Escuchó voces al otro lado de la puerta y el sonido de botas sobre el pavimento. Lo habían traído a aquella casa noble donde, al parecer, estaba el cuartel de la Guardia, y encerrado en aquella especie de despacho, supuso que antes de meterlo en una lóbrega mazmorra para aguardar a que alguien le interrogara.

La puerta se abrió y los dos guardias que le custodiaban se pusieron firmes de inmediato.

Con paso decidido, entró un hombre al que ya conocía. Aquella vez, junto a la Casa de Postas, lo había infravalorado. Ahora se percataba de su mirada aguda, del brillo de inteligencia de sus ojos y de esa rectitud que suelen aparentar las personas eficientes.

El sargento Robles se plantó ante él, impecablemente vestido, desde los relucientes botones de su casaca hasta las lustradas botas que parecían no haber pisado el fango de los caminos.

—Espero que mis hombres no se hayan excedido en su celo —dijo con una voz agradable y bien modulada.

Callaham agradeció la cortesía.

—Si es por el golpe, me temo que no era necesario.

—Usted iba armado.

—Una daga contra un ejército. Poco podía hacer.

Un soldado acababa de traer una silla, y se había retirado con la misma eficiencia. El sargento tomó asiento frente al recluso, aunque se mantuvo muy recto. Nada en él parecía hecho para el confort.

—Con menos he visto a hombres causar más dolor —le dijo—. Me gustaría preguntarle si sabe a qué destino se enfrenta.

Tras el reguero de sangre seca que surcaba el rostro del irlandés, apareció una sonrisa burlona.

—Estoy seguro de que me lo va a decir.

Robles cruzó una pierna sobre otra. Callaham había luchado al lado de militares como aquel, hombres de raza que no podían ascender en el escalafón a causa de su baja cuna.

—Cuando yo salga de esta habitación —comentó el sargento—, entrarán dos de mis hombres más minuciosos. Tienen una larga experiencia en su campo. Son capaces de hacer hablar hasta a alguien a quien le han cortado la lengua. Eso sí, sus métodos son poco ortodoxos y, según dicen, muy dolorosos.

—¿Más que este dolor de cabeza?

Robles no pudo evitar sonreír.

—Créame, infinitamente más. Si aun así, le quedara un aliento de vida y ha decidido no decir nada, mañana mismo será llevado a Madrid. —Unió las palmas de ambas manos, en un gesto beatífico—. Lamentablemente, estamos en el invierno más crudo de los últimos años, porque el carromato es poco más que una jaula con ruedas y usted irá dentro tan desnudo como su madre lo trajo al mundo.

A Callaham le recorrió la espalda un escalofrío. Había atravesado la península en invierno por dos veces, y sabía de lo que hablaba su interlocutor, pero no dio su brazo a torcer.

—Soy irlandés. Conozco el frío.

—Eso juega a su favor —exclamó, satisfecho—. Y si llegara con vida a Madrid, cosa que francamente dudo, empezarán de nuevo los interrogatorios, más refinados y dolorosos, llevados a cabo por verdaderos artistas que son capaces de llevar a un hombre hasta la locura y mantenerlo con vida tanto tiempo que le sorprendería. Porque, créame, una vez en Madrid, nuestro único objetivo será que viva, que tenga una larga y terrible existencia, y que recuerde a cada instante que una vez yo entré en esta sala y le di la oportunidad de escapar de todo eso.

Evitó tragar saliva para no dar una satisfacción al sargento, pero el panorama que le estaba retratando no podía ser más terrible.

—Suena tentador —fue lo que dijo.

Ahora el sargento sí se recostó sobre el respaldo, como si se tratara de la conversación entre dos viejos amigos.

—Y dicho eso, ¿dónde se encuentra doña Isabel de Mendoza?

Callaham alzó las cejas.

—En estos momentos, debe estar tomando champán y ostras

camino de Bayona.

—Le aseguro que le creería —asintió—. Me parece usted un hombre honorable y, según los informes, valeroso en el campo de batalla. Pero hay algunas incongruencias.

—No lo creo.

Se miró las uñas, aunque estaban impecablemente cortadas. ¿Es que aquel sargento no tenía defecto alguno?

—Por ejemplo, los bandidos —empezó a exponerle—. Mis hombres dieron con ellos y fueron muy explícitos en los detalles. De ser cierto lo que les contaron, es difícil que doña Isabel pueda ir en este momento camino de Bayona, pues apenas le habría dado tiempo de cruzar la frontera.

¿Cómo era posible que hubieran dado con aquel campamento? Aunque un tipo tan concienzudo como aquel habría vuelto sobre sus pisadas tantas veces como fuera necesario.

Un presentimiento oscuro le empezaba a embargar el ánimo, pero no quiso darle la satisfacción de descubrirlo.

—Usted lo ha dicho. —Le guiñó un maltrecho ojo—. Está al otro lado de la frontera, lejos de sus garras.

Las cejas del sargento se alzaron.

—Así que ha cruzado el Bidasoa.

—Indudablemente —dijo, satisfecho.

Robles lo dudó. Su mirada se perdió en la nada, como si repasara los acontecimientos.

—Sus amigos gitanos no lo tienen tan claro —añadió al cabo de un rato, como si fuera una conclusión a la que acabara de llegar—. ¿Le he dicho que su patriarca y yo hemos tenido una larga charla? Es un hombre honorable. Me gustan las personas así.

Ahora un escalofrío le recorrió la espalda a Callaham. De nuevo, había infravalorado a aquel hombre. No solo era concienzudo, también astuto, y no dejaba ningún cabo sin atar.

—Él no sabe nada —exclamó, temeroso de que los hubiera puesto en peligro al pedirles ayuda—. Han socorrido a dos viajeros anónimos, nada más.

—Lo sé. —Le quitó importancia con un aleteo de la mano—, lo que me preocupaban eran los tiempos. En qué punto del recorrido se separaron de ellos. Al final, cuando ha tenido que elegir entre meter entre rejas a toda su gente o darnos un dato tan poco valioso,

ha optado por lo cabal, y ese dato me dice que a doña Isabel no le ha podido dar tiempo de llegar a Francia, aunque le hubieran salido alas.

A esas alturas, Callaham estaba de verdad preocupado.

—Piense lo que quiera —contestó, intentando no parecer desesperado.

El sargento era muy consciente del efecto que empezaba a causar en el ánimo del escocés. Exactamente el que había pretendido desde el principio.

—Pero ¿sabe lo que me ha convencido de que doña Isabel sigue aquí, en la ciudad? —dijo, como si se tratara de una casualidad.

—¿Se le ha aparecido el arcángel San Gabriel? —intentó ser cínico.

Robles sonrió. Podría ser un hombre atractivo si no fuera tan analítico y concienzudo.

—Usted —lo apuntó con el dedo.

—Vaya.

De nuevo, hubo un silencio entre los dos hombres. Callaham sabía que tenía las de perder, pero se juró a sí mismo que no diría nada, aunque le arrancaran, una a una, las uñas de las manos y los pies. El sargento, por su parte, era consciente de que los tiempos eran importantes. Si por él fuera, aquel extranjero hablaría solo con un par de conversaciones más, porque detestaba la violencia gratuita. Pero precisamente eso era de lo que no disponía, de tiempo.

—Llevo todo este tiempo preguntándome por qué se ha entregado —dijo al cabo de un rato.

Callaham intentó encogerse de hombros, pero las ataduras se lo impidieron.

—Es obvio, no he hecho nada ni tiene nada contra mí, y, sin embargo, hay carteles con mi rostro por toda la ciudad.

—Eso sería muy honorable, pero poco cierto. ¿Le expongo mi teoría?

—No me interesa especialmente.

El sargento volvió a inclinarse hacia delante, como si quisiera que lo escuchara atentamente.

—Sospecho que quiere entretenernos, convencernos de que la hemos perdido para darle tiempo a huir.

Un nuevo escalofrío atravesó al irlandés.

—Es absurda, si me lo permite.

Robles chasqueó los labios. Parecía que empezaba a perder la paciencia.

—No sé cuánto dinero le han entregado por sacar a doña Isabel de España. Yo le propongo dos cosas: dejarle en libertad ahora mismo e igualar el pago. Espero que sea una oferta de su agrado.

Sí que lo era. En cualquier otro momento de su vida, la habría aceptado sin rechistar. Eso es lo que tienen los mercenarios, que son fáciles de comprar y prestos a cambiar de bando si hay un mejor postor, pero en ese caso…

—Me gustaría ayudarle, se lo aseguro —dijo, intentando no parecer afectado—, pero Isabel está a salvo al otro lado de la frontera.

Las cejas del sargento permanecieron inmóviles, como si su rostro se hubiera congelado.

—Isabel —musitó.

Callaham se dio cuenta de su error, pero ya era tarde para enmendarlo.

—Correcto. —Intentó llevarlo en otra dirección—. Esa muchacha caprichosa y asustadiza se encuentra fuera de su jurisdicción.

Robles bajó la voz. Se volvió más cauta y peligrosa a la vez.

—No se trata a una dama con tanta familiaridad, a menos que…

—Soy irlandés. —Volvió a intentar encogerse de hombros sin éxito—, no manejo bien las costumbres españolas.

El sargento se puso de pie lentamente. Su rostro se había puesto muy serio. Parecía en verdad afectado.

—Le compadezco —le dijo—. Enamorarse de alguien tan por encima de usted en el orden social es una desgracia. Arruinar su vida por ello, una calamidad.

—¿Algo más? —contestó Callaham con arrogancia.

En esa ocasión, Robles parecía indignado. Admiraba a los valientes y aquel extranjero lo era. ¿Cómo no se daba cuenta de que era solo un peón más en el tablero y de que aquella mujer ya lo había olvidado?

—No sea estúpido —casi le rogó—. Sálvese. Ella hará lo mismo una vez abandone España y jamás se acordará de usted.

—¿Algo más? —casi mordió las palabras.

El sargento se puso los guantes. No era un hombre al que le gustara la violencia gratuita, no, pero a veces no quedaba más remedio, por el bien de todos.

—De verdad que lo lamento. Parece usted un hombre honorable.

Y se dio la vuelta mientras dos tipos siniestros entraban en la sala.

Capítulo 36
Un plan complicado

Fue justo en ese momento cuando María de Mendoza, conocida como *lady* Torlundy en Inglaterra, se desmayó en plena Plaza Nueva, cuando no había rastros de la Guardia en el lugar.

Rápidamente, la gente se arremolinó alrededor. ¿Cómo era posible que una dama estuviera sola y sin atender? Quizá precisamente aquello era lo que le había causado el desmayo, pues los espíritus delicados eran frágiles.

Intentaron reanimarla, pero la hermosa mujer no volvía en sí, a pesar de los esfuerzos de una afanosa dama por golpearle la mejilla. Solo cuando dos tipos robustos y de extraño acento empezaron a apartar a la gente para ver qué había pasado, María detuvo la mano de la dama en el aire antes de que la golpeara de nuevo.

—Debería reclutarla el ejército —le dijo a la desconocida—. Hubiera vencido usted sola a las tropas napoleónicas.

La mujer la miró sin comprender, aunque la rojez en las mejillas de María decía que la señora había sido contundente, y cuando la desmayada se puso de pie de un brinco, sus ojos se volvieron aún más confusos.

Los dos hombres que tanto interés habían demostrado se retiraban ya del lugar a paso apresurado, como si temieran ser descubiertos, pero María no les dejó marchar, yendo rápidamente en su búsqueda.

—Sé quiénes son —les gritó—. Ahora sí necesito su ayuda. Busquen a los otros dos y reúnanse en mi habitación. Supongo que no necesitarán que les diga cuál es.

Sin más, se dio la vuelta, no sin antes mirar hacia el balcón desde el que no perdían detalle ni su marido ni la señora Smith.

—Es una excelente actriz —le dijo el ama de llaves, entrando de

nuevo en el salón del apartamento.

—No sabe cuánto —le confirmó Torlundy, que había vuelto a adquirir su aspecto de caballero.

Habían conseguido que Isabel tomara algo caliente y se cambiara de ropa, aunque se había negado a darse un baño mientras sir Callaham seguía preso.

La muchacha estaba tremendamente afectada y tenía claro que si no ponían en libertad al irlandés, ella misma lo intentaría salvar, aunque con aquella acción perdiera la suya.

La puerta se abrió, y María apareció seguida por cuatro hombres corpulentos con cara de pocos amigos, que miraron alrededor, como si necesitaran cerciorarse de que todo marchaba bien.

—¿No iban estos caballeros en el barco que nos trajo aquí? —preguntó el ama de llaves, que recordaba aquellos rostros ceñudos, a pesar de los constantes vómitos.

En efecto, eran los hombres que su padre había puesto a disposición de María. Cuando se había enterado por medio de la misiva que le entregó el capitán, enfureció, pero ahora se daba cuenta de lo útil que les iban a ser. De ahí la pantomima del desmayo, una manera de que acudieran a socorrerla y ella pudiera solicitarles su ayuda.

—Señora Smith —le dijo a la criada—, será mejor que baje a comer algo.

—Pero yo…

María tenía claro que no la iba a implicar en aquello. La apreciaba demasiado como para ponerla en un mayor peligro.

—Hágalo por mí. —Le lanzó una mirada cómplice—. Tenemos que tratar asuntos familiares… delicados.

El ama de llaves abrió mucho los ojos, como si acabara de comprender su imprudencia, a pesar de que no entendía qué pintaban aquellos caballeros en los asuntos privados de los Mendoza.

—Por supuesto, *milady*. —E inmediatamente los dejó solos.

Torlundy tomó la palabra.

—Sacar a Callaham de allí no va a ser fácil. ¿Qué saben ustedes de las condiciones en que se encuentra?

Uno de ellos dio un paso al frente. María decidió que debía ser escocés, porque su cabello era tan rojo como el fuego.

—La Guardia ha ocupado una casa privada a modo de calabozo —les contó—. No está tan bien guardada como cabría suponer, porque todos los efectivos están repartidos por la ciudad buscando a doña Isabel. Los bajos fondos están siendo registrados casa por casa, al igual que los palacios de los nobles. Pronto le tocará a fondas y pensiones.

María intervino. Era consciente de que aquellos hombres no habían permanecido ociosos, sino que habían tomado nota de todo lo que se cocía en la ciudad.

—Cuando dice que no está tan bien guardada, ¿a qué se refiere?

—No temen que nadie pueda entrar. Su preocupación es que el reo no pueda salir, así que apenas hay media docena de hombres apostados en la casa. Eso sí, el sargento que los comanda está allí.

Isabel, que había estado atenta pero callada, se puso de pie.

—¿Cuál es el plan?

—Tú te quedarás aquí, por supuesto —le ordenó su hermana.

—Nada de eso.

—Isabel… —intentó convencerla.

Pero la muchacha parecía decidida, y sus ojos así lo indicaban.

—He atravesado media España bajo la nieve —le expuso—, he escapado de lobos, bandidos y un ejército. Créeme, hermana, sé valerme por mí misma.

No supo qué contestar y casi agradeció que otro de los hombres de su padre interviniera.

—Debemos hacerlo ya —dijo un rudo galés—. Según avance la noche, las calles quedarán desiertas y los efectivos de la Guardia regresarán a la casa.

—Se me ocurre una forma.

Todos miraron hacia Torlundy, que había permanecido callado, con la vista puesta en el exterior, durante todo ese tiempo.

Cuando les expuso su idea, convinieron en que era una locura, menos Isabel, que estuvo de acuerdo con él en todos los detalles.

Abandonaron la fonda teniendo cuidado de no ser vistos por la señora Smith, que despachaba un buen asado de espaldas a la escalera de acceso mientras explicaba a la cocinera las carencias de la carne asada en Inglaterra.

Una vez en la calle, se dividieron en tres grupos. Uno de los hombres de don Íñigo se dirigió a la línea de costa. Los otros tres,

junto con Torlundy, salieron de la plaza por una de las arcadas. María e Isabel, tomadas del brazo, emprendieron el camino hacia la casa donde custodiaban a Callaham, y cuya ubicación había detallado uno de aquellos cuatro.

La ciudad empezaba a vaciarse con la caída del sol, aunque la Guardia seguía presente en las calles. En aquel momento, la mayoría de sus esfuerzos se centraban en los barrios periféricos, donde era más lógico que se escondiera la fugitiva.

Si como sospechaba Robles, Callaham la había dejado en manos de las bandas que se encargaban del estraperlo y de pasar a gente a un lado y al otro de la frontera, estas no estaban en la zona noble de la ciudad, sino en sus arrabales.

Isabel estaba nerviosa, pero también decidida. Era muy consciente de hasta dónde le importaba aquel testarudo irlandés, a pesar de que también sabía que, una vez estuvieran a salvo, si es que lo conseguían, jamás volverían a verse.

Ella se debía a su estirpe y él, a rehacer los cimientos de su defenestrada familia. Su vida juntos se circunscribía a aquellos pocos días, pero estaba dispuesta a luchar por unas horas más a su lado.

Cuando entraron en la calle, María le palmeó la mano.

—Aún puedes esperarme aquí —le dijo.

Ella negó con la cabeza.

—Sé que puedo hacerlo.

No quiso insistir porque ya estaban enfrentando la casa, ante la que había apostados dos guardias bien armados, con cara de pocos amigos.

Fue entonces cuando María fingió que se doblaba un tobillo, soltaba un alarido de dolor, y tenía que sujetarse en su hermana para no caer.

—¡Querida! —exclamó Isabel, bastante convincente—. ¿Te has hecho daño?

—Me duele. No puedo dar un solo paso.

Ambas miraron alrededor, hasta que parecieron descubrir a aquellos dos hombres, que no se habían movido de donde estaban.

—¿Pueden socorrernos, soldados?

Se miraron entre sí. Parecían damas de calidad. El sargento los amonestaría si se enteraba de que no las habían ayudado.

—¿Qué necesitan?

María se masajeaba el tobillo, con un innegable gesto de sufrimiento.

—¿Tienen algún sitio donde podamos sentarnos? Necesita descansar unos minutos, nada más.

De nuevo, los guardias se miraron entre sí, pero Isabel les ayudó a tomar una decisión.

—¿Podemos usar ese banco?

Se refería precisamente al que había descrito uno de los hombres de don Íñigo, un bancal de piedra que ocupaba una pared dentro del zaguán.

Los guardias no pudieron negarse, y mientras uno de ellos acudía para ayudarla a llegar hasta el interior, el otro había entrado para limpiar con un pañuelo el asiento, ya que una dama de categoría necesitaba de cuidados.

Fue tan rápido que ninguno de los dos se dio cuenta cuando los cuatro hombres entraron justo detrás y los golpearon con eficacia y en silencio, hasta que cayeron al suelo como fardos.

—No estarán muertos, ¿verdad? —gimió Isabel.

—Se despertarán con un buen dolor de cabeza, nada más —le aclaró su cuñado.

Pero no había tiempo para entretenerse.

No tenían muy claro dónde estaba Callaham, y el tiempo corría en su contra.

Consiguieron neutralizar a otros dos guardias que había en la sala contigua y que ya se acercaban a ver qué era aquel jaleo. Según la información con la que contaban, no había más de seis en el edificio, pero pronto comprobaron que aquello no era correcto, ya que otros cuatro bajaron las escaleras al escuchar los golpes.

Con estos no fue tan fácil. Uno logró sacar el arma, pero consiguieron reducirlo antes de que disparara, otro dio unas cintas con la espada y fue María quien lamentó destrozar un jarrón chino en su cabeza, pero logró que cayera al suelo sin sentido. A los otros dos los ataron y amordazaron antes de continuar, no sin antes sacarles la información de dónde estaba el irlandés.

Lo tenían prisionero al final del pasillo, en una estancia tras una puerta cerrada.

Torlundy les advirtió de que se anduvieran con cuidado. Era

muy posible que el ajetreo les hubiera puesto sobre aviso y estuvieran preparados, y contra un arcabuz cargado tenían poco que hacer.

Empezaron a discutir cuál era la mejor manera de proceder, hasta que escucharon unos golpes en la madera y se volvieron hacia la puerta.

Isabel estaba justo delante, y acababa de llamar con los nudillos.

Los hombres de don Íñigo no daban crédito, Torlundy miró a su mujer, sin comprender, y María únicamente pudo encogerse de hombros.

No tardó en abrirse la puerta, y un guardia confiado parpadeó al encontrarse a una mujer al otro lado. Pero Isabel aprovechó su desconcierto para tirarse contra la puerta medio encajada con todo su peso y derribarlo, dejando la vía libre.

Los otros no lo dudaron. Entraron en la estancia a tropel, antes de que el segundo guardia pudiera reaccionar, y lograron reducirlos a ambos sin derramar sangre.

Solo quedaba el sargento.

Robles estaba allí, de pie, y no había movido un solo músculo.

No lo esperaba, era cierto. Estaba convencido de que la joven Mendoza estaba preocupada en ese instante únicamente por salvar sus huesos, pero nunca por rescatar a un mercenario.

Los asaltantes sabían qué hacer. Dos de ellos fueron hacia la puerta para vigilar que no llegaban refuerzos mientras los otros dos mantenían a raya al sargento.

Callaham no estaba en buenas condiciones. A la herida de la cabeza y de la pierna se habían unido los golpes de los verdugos que habían intentado, sin éxito, que les dijera el paradero de la dama. Tenía un ojo morado, le sangraba el labio y empezaba a amoratársele el mentón.

Pero Isabel no lo dudó y corrió a sus brazos, sin importarle lo que sucediera alrededor.

—¡Mi amor!

Él tardó en enfocar, y más en reconocerla.

—¿Qué haces aquí?

—¿Pensabas que te iba a dejar?

Una mirada de terror acudió a los ojos de Callaham.

—Isabel, vete. Huye mientras puedas.

Pero ella ya lo besaba, con cuidado de que la herida no le doliera, mientras Torlundy le desataba las cuerdas y María observaba aquello absolutamente anonadada.

La expresión de Robles era indescifrable. Había un deje de furia y frustración, pero también de sorpresa y de admiración.

—No conseguirán salir de la ciudad —les advirtió.

Fue Isabel quien le contestó, apartándose un mechón rojizo de la cara.

—Es posible, pero había que intentarlo.

Uno de los hombres de don Íñigo acudió para pedirles que se aligeraran. No tardarían en venir más guardias.

—Saben que es un mercenario sin honor, ¿verdad? —insistió Robles.

El irlandés ya estaba de pie, aunque se mantenía con dificultad.

—Sé que no le abandonaría a su suerte —le contestó Isabel sin acritud.

Torlundy le hizo una graciosa reverencia al sargento, que ya lo había reconocido como el afectado milord inglés con el que se topó en la fonda.

—Y, ahora, caballero —le pidió—, si es tan amable de ocupar su lugar.

Y mientras Isabel intentaba sujetar a Callaham, que apenas podía caminar, Torlundy empezaba a atar al sargento Robles a la misma silla donde había estado su prisionero, preguntándose si lograrían salir con vida de aquella.

Capítulo 37
Una salida peligrosa

Cuando la señora Smith vio aparecer a *lady* Torlundy, estaba disfrutando de una infusión de manzanilla y anís que había tenido bien llevarle a sus habitaciones una de las criadas de la posada.

—¿Desea que le suban la cena? —Se puso de pie de inmediato. Ya se la tomaría cuando la señora no la necesitara.

Pero *milady* parecía alterada. Entró en la estancia como un ciclón, abrió cajones y tomó dos de sus chales del mejor tejido.

—Debemos irnos —le dijo.

El ama de llaves la miró ojiplática. No estaba muy segura de si aquellas palabras significaban que debían irse a cenar al comedor de la cantina o…

—Creo que no la entiendo, *milady*.

María ya apilaba sobre la cama las escasas pertenencias que necesitaba. Se apartó un mechón de rubio cabello que se le había soltado del peinado y solo entonces la miró, con una sonrisa de circunstancia encajada en los labios.

—Nos marchamos. —La amplió—. Volvemos a Londres.

La señora Smith no supo muy bien cómo encajarlo. Era noche cerrada, hacía frío y, que recordara, su señora no había tomado aún sus ansiados baños.

Sin embargo, no era su deber discutir decisiones. Si había llegado la hora de regresar, era porque estaba así previsto y, simplemente, no se lo habían comunicado antes.

—Por supuesto, señora. —Intentó que *milady* no viera su expresión un tanto molesta—. Me pondré enseguida a preparar el equipaje. ¿Qué vestido desea ponerse para el trayecto?

—No, no. —María fue hasta ella, encantadora como siempre—. Nos vamos ahora mismo y con lo puesto. Ya nos enviarán todo a

Chesham Manor los próximos días. Coja solo aquello que pueda transportar fácilmente.

Aquello sí que la preocupó, pero no dijo nada. Ya estaba acostumbrada a que servir a los Mendoza era algo imprevisible, por no contar con las extrañas costumbres españolas. ¿Aquella era otra de esas?

Apenas le dio tiempo de coger algo de abrigo, sus escasas joyas y su libro de oraciones, y unos instantes después atravesaban como dos sombras las oscuras y solitarias calles de la ciudad.

Doña María iba ligeramente adelantada, a paso apresurado, muy pendiente de lo que pudieran encontrar más adelante. La señora Smith se preguntó dónde estaría lord Torlundy. Sobre todo, cuando su ama tiró de ella para que se escondieran bajo un soportal al paso de una pareja de soldados que hacían la ronda.

Aquello terminó de preocuparla.

Tomando todas las precauciones, avanzaron presurosas, hasta que los nobles edificios dieron paso a casas más modestas y salieron, al fin, a la ribera, donde un grupo de sombras trajinaban junto a un bote fondeado en la orilla.

Fue entonces cuando pudo distinguir la silueta de milord, lo que la dejó más tranquila, y de aquellos cuatro hombres que habían estado aquella tarde en la pensión. También estaba aquella mujer tan bella que acompañó a los señores a la habitación de la fonda y un caballero que, desde la distancia, parecía magullado.

Según se acercaban, pudo distinguir que estaba herido, o su rostro mostraba rastros de sangre al menos, así como su ropa.

—No podemos demorarnos más —inquirió lord Torlundy, que le tendió una mano a su esposa para que subiera al bote.

Inmediatamente, ayudó a la otra dama, que tenía un parecido innegable con *milady*, y después le tocó el turno a ella.

—Señora Smith, esta noche tendremos un viaje movido.

Ella contestó como se esperaba, sin sacar jamás los pies del plato.

—No veo nada incómodo, señor.

Cuando se acomodaron en las duras tablas que hacían de asiento, dos de aquellos fornidos hombres empujaron la embarcación para desencallarla de la ribera mientras los otros saltaban al interior.

Fue entonces cuando pudo dedicar su atención a aquella pareja de desconocidos a quien no le habían presentado. La dama era, sin duda, una Mendoza, pues el parecido y el color verdoso de los ojos lo delataba. ¿Sería la hermana que aún no había llegado a Londres? El caballero le pareció muy atractivo, a pesar de que parecía que lo habían golpeado. Tenía unos hermosos ojos azules y una complexión excelente. Se habían sentado juntos, ella muy pegada a él, y le había tomado la mano. Tampoco le pasó desapercibida la mirada de su señora hacia ese detalle y cómo, de inmediato, había disimulado, como si no se hubiera percatado de aquello.

Cuando el bote estaba ya flotando, los otros dos saltaron al interior y junto a sus compañeros remaron suavemente, como si no quisieran remover el agua, alejándose lentamente de la costa para ubicarse en el corazón del río.

A su alrededor, todo era oscuridad, pero al menos, aquella noche no hacía viento. Todos parecían muy pendientes de las riberas, como si temieran que alguien pudiera aparecer por allí y detenerlos. Pero no fue así.

Cuando salieron a la mar, lo sintió en la manera en que el bote empezó a moverse. Temió que los vómitos aparecieran de nuevo, aunque en esa ocasión no se presentaron.

El silencio entre los viajeros era absoluto. De vez en cuando, se cruzaban miradas de preocupación cuando una luz se acercaba a la costa, o cuando una ola era demasiado pronunciada.

No estaba muy segura de cuánto tiempo había pasado cuando sintió el topetazo de la proa contra la arena, pero debían haber sido algunas horas. Todo a su alrededor era tan oscuro como la más siniestra noche sin luna.

Saltaron a tierra, subiéndose los vestidos para no empaparlos de aquella agua helada que pinchaba como agujas.

—Este es el lugar —dijo milord—. Deben de estar… allí.

Señaló una luz ligera que aparecía y desaparecía a poca distancia, sobre un monte. *Lady* Torlundy sonrió por primera vez desde que había salido de la ciudad.

—Lo tenías todo preparado.

Él se encogió de hombros, pero parecía orgulloso.

—Antes o después habría que hacer esto. No he permanecido ocioso hasta que llegaste.

Se dieron un ligero beso, pero ya empezaron a ascender por una cuesta empinada hacia un monte. Uno de los hombretones tuvo que ayudarla y el caballero se negó a ser atendido por otro de ellos, aunque parecía que cojeaba de una de sus piernas.

Cuando llegaron al promontorio, había dos hombres más, que custodiaban una carroza ligera y caballos suficientes para todos.

Milord les entregó una bolsa y los dejó marchar tras comprobar que todo era tal y como había convenido.

—Dentro del carruaje hay ropa limpia y seca. Pararemos lo justo para limpiar las heridas de sir Callaham. —Este se lo agradeció con un gesto.

Minutos más tarde, emprendían de nuevo el camino. Las mujeres iban en el interior confortable, aunque el camino estaba lleno de piedras y cada vez que tomaban una saltaban en sus asientos.

Los caballeros iban en las monturas, abriendo el camino. El irlandés se había negado a acompañarlas, a pesar de la insistencia de la joven dama. A lo lejos, el sol empezaba a salir.

—Ella es mi hermana, doña Isabel. —Se la presentó *milady* en algún momento del trayecto, cuando parecía lo suficientemente calmada como para hacerlo.

—Señorita —dijo en su lamentable español—, se parecen todas tanto que si no fuera por el color del cabello…

—¿Mis hermanas han llegado sanas y salvas? —preguntó Isabel, que había comprendido por las palabras del ama de llaves que ya las conocía a todas.

—Están con papá —María la cogió de una mano y la besó—, y pronto volveremos a estar todos juntos.

Continuaron avanzando, y extremaron las precauciones cuando llegaron a una nueva localidad, tan hermosa como pintoresca. Justo al otro lado estaba el paso de la frontera, fuertemente pertrechado por soldados que vigilaban que los transeúntes cumplieran los requisitos de paso.

Cuando bajaron del carruaje, los hombres ya habían desmontado para acercarse. Era el momento más peligroso, y donde probarían si las artes falsificadoras de los hombres de don Íñigo eran tan buenas como se decía.

—Habrá que entregar los salvoconductos para pasar al otro lado —dijo Torlundy—. Y no debemos cruzar todos juntos.

Estuvieron de acuerdo. Sería demasiado sospechoso un grupo tan nutrido.

—Isabel, la señora Smith y yo podemos pasar juntas. Dos damas y su criada es algo razonable.

—¿Y sir Callaham? —preguntó de inmediato su hermana.

—Cruzaré con lord Torlundy. —Miró al aludido—, ¿le parece?

—Eso mismo iba a proponer yo.

—Dos de nosotros cruzaremos los primeros para comprobar que los documentos están en regla —dijo el escocés—. Los otros dos serán los últimos, por si necesitan protección.

Convinieron que así lo harían, pero entonces Isabel se puso mortalmente lívida, tanto que tuvo que sujetarse a su hermana para no trastabillar.

—¿Qué sucede? —le preguntó María, asustada.

—El cartapacio.

Nadie sabía qué quería decir, menos Callaham, que lo comprendió al instante.

—Es donde está toda nuestra documentación.

—Lo dejé en tu habitación —musitó Isabel.

Aquello sí era un problema.

En aquel instante, los hombres de Robles debían estar galopando a marcha forzada para alcanzarlos, por lo que no tenían tiempo de desandar sobre sus pasos.

Torlundy hundió la cabeza entre los hombros. Era fácil que su cabeza hilvanara ideas, pero en aquel momento no se le ocurría ninguna para salir de aquel atolladero, cuando estaban a escasos metros de conseguirlo.

Isabel se sentía fatal y así lo mostraba su rostro. Callaham estaba muy serio, con las cejas fruncidas, pero parecía más preocupado por el estado de la muchacha que por aquel desastre.

Todos empezaron a intercambiar ideas. Quizá podían esconderse en la ciudad mientras uno de los hombres partía de nuevo a San Sebastián. O podían intentar bordear la localidad y atravesar por los montes. O quizá…

Pero Callaham, que había intercambiado una mirada y una sonrisa con Isabel, alzó la voz.

—Tenéis que cruzar la frontera.

Se le quedaron mirando, sin saber a qué se refería.

Él carraspeó antes de continuar.

—Antes del mediodía, las tropas estarán aquí y no habrá salvación alguna. Todos ustedes deben cruzar la frontera. Ahora.

María parpadeó varias veces.

—¿Y vosotros?

Isabel estrechó la mano de Callaham, porque fue ella quien habló.

—Lo haremos a través de los montes.

Su hermana empezó a negar con la cabeza.

—No, de ninguna manera. Estamos aquí para…

—María —la interrumpió—. Él y yo, juntos, hemos llegado hasta aquí sanos y salvos. Sabremos valernos los pocos metros que nos quedan para llegar a Francia.

Iba a protestar de nuevo, pero su marido le puso una mano en el hombro.

—Dejad, al menos, que uno de nuestros hombres os acompañe.

Los valientes hombres de don Íñigo dieron un paso al frente, pero el irlandés negó con la cabeza.

—Cuantos más seamos, más difícil lo tendremos —razonó Callaham—. Ella y yo… —La miró un instante y su rostro se dulcificó— sabemos lo que piensa uno antes de que lo diga el otro, y en una huida acelerada esa es la diferencia entre escapar y que te cojan.

María no estaba convencida, pero no podía oponerse porque era cierto.

La señora Smith permanecía muy callada, intentando comprender qué era todo aquello.

Cuando Isabel abrazó a su hermana, el ama de llaves tuvo que volverse para que no vieran las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Nos veremos en Bayona.

María le acarició el cabello.

—Prométemelo.

—Te lo juro.

—Tú nunca juras.

—Ya va siendo hora.

Y montaron en sendos caballos para alejarse hacia el monte mientras el resto, taciturno, emprendía camino a la frontera.

Capítulo 38
Un último esfuerzo

Tuvieron que adentrarse en los montes más de lo que habían calculado, ya que, según se acercaban a la frontera, siempre se encontraban con guardias bien armados que la protegían.

Callaham parecía haber tomado nuevos bríos, como si se hubiera olvidado de cada una de sus magulladuras. Ya no quedaba nada de la Isabel que se encontrara en el convento. Aquella muchacha desconocedora de la realidad y anclada en las costumbres palaciegas había dado paso a una mujer segura de sí misma que sabía tomar sus propias decisiones.

Entre los dos había un silencio casi sagrado. Ambos sabían que su salvación también sería su perdición. Seguiría siendo una posibilidad mientras estuvieran en tierras españolas, pero una vez que llegaran a Francia, si es que lo conseguían, una vez que desembarcaran el Londres…, todo se habría acabado.

La hija de un Grande de España no se codeaba con miembros de la baja nobleza irlandesa. Él jamás tendría acceso al mundo que se abriría ante Isabel una vez a salvo.

Fue un camino tortuoso. Tuvieron que cruzar un río cuyo caudal obligó a los caballos a nadar, pero ninguno de los dos se quejó, como si aquello, que una semana antes hubiera sido una hazaña, fuera ahora de lo más normal.

Volvieron a acercarse a la línea fronteriza para alejarse de nuevo a la vista de nuevas tropas, y estaba cerrándose la noche cuando vislumbraron, a lo lejos, una luz titilante que la floresta hacía que apareciera y desapareciera.

—Es una casa —susurró Isabel.

Callaham ya se había percatado.

—Los caballos necesitan descansar, igual que nosotros, y creo

que estamos suficientemente lejos de cualquier camino como para que los soldados estén cerca.

—¿Crees que debemos arriesgarnos?

No había querido asustarla, pero apenas le quedaban fuerzas. Estaba casi seguro de que la herida de la pierna se había vuelto a abrir, y la paliza que le habían pegado le tenía dolorido todo el cuerpo.

—Nos acercaremos con cuidado —le dijo—. Si vemos algo sospechoso, nos marcharemos como hemos llegado.

Ella estuvo de acuerdo. Estaba hambrienta y aterida. Había perdido la cuenta de dónde quedaba la frontera y si estaban cerca o lejos de ella. Descansar al calor de la lumbre, aunque fuera solo unos minutos, les ayudaría a continuar en su huida.

Se acercaron con cuidado. Parecía una granja, porque había un corral desde el que les llegaban los mugidos del ganado, y un granero elevado donde guardarían el cereal.

Todo estaba silencioso y desierto, menos la luz del interior, que no pudieron vislumbrar porque una cortina lo impedía.

Descabalgaron, Callaham con cuidado de que ella no se diera cuenta de cómo le dolía la pierna. En otra ocasión, le hubiera dicho que lo dejara hacer, pero sabía que Isabel era tan capaz como él mismo, incluso más en aquellas circunstancias.

Se miraron antes de llamar a la puerta. Él le cogió la mano y ella musitó una oración en voz baja.

Dos golpes y esperaron. Dentro les pareció oír voces y quizá el llanto de un niño. De nuevo, tuvieron que aguardar, hasta que una voz femenina les habló desde el otro lado de la puerta cerrada.

—*Que désirez vous*?

Ambos se miraron, llenos de asombro…

¡Estaban en Francia!

Habían cruzado la frontera sin ni siquiera percatarse.

Callaham esbozó una sonrisa y tuvo ganas de besarla, pero aún tenían que ver cómo pasar aquella noche.

—*Nous sommes des voyageurs et nous sommes perdus* —contestó Isabel en un perfecto francés—. *Nous avons besoin de passer une nuit au chaud. Nous pouvons vous payer*.

Él la miró, asombrado de aquella habilidad, aunque sabía que la alta nobleza usaba la lengua gala muchas veces cuando viajaban.

Al otro lado, la mujer pareció dudarlo, pero al fin les abrió. Se asustó al ver el estado del caballero, pero la sonrisa de Isabel la calmó.

Dentro, el calor era reconfortante. Había una enorme chimenea donde cocía un caldero. Dos niños jugaban en el suelo, sobre una manta, y había un juego de agujas y punto junto a una butaca muy rústica, que la mujer estaría tejiendo cuando ellos llegaron.

Mientras Callaham permanecía callado, la granjera les contó que su marido había ido a la ciudad a vender ganado y que regresaría por la mañana. Les ofreció lo que tenía para comer, una sopa de carne, y les dijo que podrían pasar la noche allí, en un cuarto sobre el cobertizo.

Isabel se lo agradeció y le pagó generosamente. La mujer le dijo que era demasiado, pero ella insistió.

—Estamos cerca del castillo de Urtubie, en suelo francés —le explicó al irlandés, que había entendido una de cada tres palabras—. Podremos descansar y salir mañana a primera hora hacia Bayona.

La cena les pareció la mejor de sus vidas. La mujer era callada y hacendosa, y no mostraba una curiosidad que seguro sentía. Mientras Callaham salía para dar de comer a los caballos y asegurarse de que estaban bien, la granjera llevó a Isabel hasta la habitación que les había indicado. Había que subir una escalera de mano, y tenía el techo muy bajo. Era poco más que un jergón de paja sobre el suelo, pero le pareció mejor que los colchones de borra merina que tenía en el palacio de Madrid.

La mujer le dejó una vela antes de marcharse y agua caliente, y se aseguró de que tenían mantas suficientes.

Ella estaba desvistiéndose cuando Callaham sacó la cabeza por la trampilla.

—Dormiré en el pajar —le dijo—. Solo quería darte las buenas noches.

Ella se le quedó mirando.

—De ninguna manera. Tengo que ver cómo tienes la herida.

Intentó protestar, pero sabía que no serviría de nada.

Terminó de entrar en la habitación y cerró la trampilla.

Isabel estaba quizá más bella que nunca. Con el rojizo cabello suelto y la ligera ropa interior que le había dado su hermana, tan

delicada que el resplandor de la vela la volvía casi invisible. Tuvo que tragar saliva, pero empezó a desvestirse con cuidado, dejando cada prenda a un lado.

Cuando se bajó los calzones, reprimió un gesto de dolor que a ella no le pasó desapercibido.

—¿Te duele?

—Puedo soportarlo.

Él solo llevaba puesta la camisa y, allí de pie, arrebatadoramente atractivo, se sentía igual de incómodo, sobre todo, porque sabía que su inoportuna virilidad expuesta estaba reaccionando a la presencia de Isabel de una manera vergonzosa.

Ella pareció no percatarse. Tomó el tazón de agua caliente y la tela que le había cedido la granjera, y empezó a limpiar la herida del muslo. Se quedó más tranquila porque no estaba abierta, tampoco parecía infectada. Únicamente irritada por no haber tenido el descanso que una lesión así requería.

—Mañana o pasado embarcaremos hacia Londres —dijo mientras pasaba la tela con delicadeza para no hacerle daño.

—Y en una semana estarás en brazos de tu padre. Lo hemos conseguido.

Ella asintió.

—Cuando nos reunamos con mi hermana y con lord Torlundy…

—Volveremos a ser doña Isabel y un mercenario irlandés, lo sé.

Ella no se atrevía a mirarlo. En unas pocas horas, todo lo que existía entre los dos habría acabado, el sueño de que aquel hombre era todo lo que siempre había esperado dejaría de existir.

Dejó la tela a un lado y se puso de pie, tan cerca de Callaham que él tuvo que tragar saliva.

—No me arrepiento de nada de lo que hemos hecho.

—¿Ni siquiera de haber bailado en una plaza pública? —Intentó él aliviar con humor la sensación de que se asfixiaba.

Pero lo que consiguió fue que ella lo besara. Se alzó sobre los pies y estampó sus suaves labios contra los suyos. ¿Cómo podía una piel ser tan jugosa? ¿Cómo podía un simple beso ser tan satisfactorio?

Cuando ella se apartó, los ojos de Callaham expresaban la lucha que había en su interior.

—No podemos. He jurado protegerte.

Ella se humedeció los labios y lo miró. Los iris azules del irlandés parecían zafiros luminosos. Le temblaba ligeramente la mandíbula, de deseo o por la necesidad de contenerse.

—Esta es nuestra última noche juntos. —Isabel se acercó un poco más, hasta rozarlo—. Quiero recordarte abrazado a mí. Quiero guardarlo para siempre en mi memoria.

Callaham no pudo contenerse más. La estrechó entre sus brazos y la besó mientras un gemido de satisfacción escapaba de su boca.

Con manos ansiosas, se quitaron las escasas prendas que aún llevaban, uno al otro, y cayeron sobre el jergón. Ni siquiera cuando el irlandés pegó su cuerpo desnudo al de Isabel sintió el dolor de la herida, como si el placer nublara cualquier otra sensación.

Las yemas de los dedos recorrieron cada rincón de piel, como si necesitaran grabarse cada ángulo del otro cuerpo, cada textura, la temperatura precisa del otro. Las bocas ansiosas hicieron otro tanto mientras el calor los envolvía, el vapor del deseo y del placer formaba una nube difusa a su alrededor y los gemidos entrelazados creaban un coro protector.

Cuando al fin entró en ella, cuando toda su envergadura la ocupó, supo que aquel era el momento más dichoso de su vida, y cuando Isabel llegó al clímax exhalando un profundo gemido, él se desbordó siendo consciente de que ese era el peor error de su existencia.

La mañana les cogió despiertos y abrazados, pues no habían querido dejar paso al sueño. No habían podido dejar de acariciarse, y las escasas fuerzas que aún les quedaban las habían usado para otros cuantos envites.

Cuando cantó el gallo, supieron que todo había acabado.

Él le dio un último beso.

—Te amo —le dijo—, pero creo que ya lo sabes.

Ella lo abrazó con fuerza, reprimiendo las lágrimas.

—Nunca dejaré de pensar en ti.

Él le sonrió.

—Algún día, cuando seamos dos ancianos, quizá volvamos a encontrarnos y reírnos de esto.

Ella prefirió no contestar, porque sus labios solo podían articular la palabra amor.

Capítulo 39
Un encuentro feliz

Londres. Dos semanas después.

Cuando se abrió la puerta del gabinete privado de don Íñigo en Chesham Manor, un torbellino en forma de mujer pelirroja cayó, llorando, entre sus brazos.

El marqués reprimió las lágrimas, pero la abrazó con tanta fuerza que era evidente que por su cabeza había pasado la posibilidad de perder a su hija.

Había sido informado de todo con suficiente tiempo.

En cuanto María y Torlundy llegaron a Bayona, le habían enviado una larga carta con el primer barco que salió para Londres. La segunda, más detallada aún, la recibió dos días más tarde, con la feliz noticia de que Isabel se había reunido con ellos, sana y salva, y cogerían un velero rumbo a Inglaterra aquella misma noche.

Había pensado en ir a recogerlos al puerto, pero tendría que llevarse a sus cuatro hijas y aquello podía convertirse en una locura. Reprimió sus ganas en pro de la dignidad de su casa y tomó la decisión, como ya le sugiriera María, de esperarlos en la mansión familiar.

El alboroto se había producido hacía ya un buen rato, justo después de que sonara la campana de la entrada.

Casi podía imaginarse, parapetado en su despacho, a qué se había debido cada uno de los gritos, las risas y los llantos.

Seguro que sus cuatro pequeñas bajaron a tropel las escaleras y se habían lanzado en brazos de su hermana. Allí, delante del mayordomo y los lacayos, habrían manifestado todas esas muestras de afecto que horrorizaban a los ingleses, pero que, en su casa, estaban a la orden del día. Solo cuando todas hubieran quedado

satisfechas, habrían atendido las indicaciones de su mayordomo de que el señor aguardaba a los recién llegados.

Y ahora tenía a su adorada hija allí, entre sus brazos.

Consiguió apartarla para mirarla a los ojos. Cómo había crecido. La última vez que la había visto apenas era una niña, mientras que la dama que estaba en su presencia era toda una hermosa mujer.

—He rezado por ti cada día que ha pasado.

Ella volvió a abrazarlo.

—Llegué a pensar que jamás volvería a verte.

María y lord Torlundy también habían entrado en el gabinete y parecían más que satisfechos. Mientras su yerno se servía un licor, su hija mayor los miraba arrobada, con la sensación de que las cosas no podían estropearse en adelante.

Había alguien más allí, porque a las pequeñas se les había dado orden de volver a sus habitaciones hasta que todo quedara resuelto: sir Callaham.

Le pareció distinto al hombre que recibió en aquella misma sala hacía ya casi dos meses. Aún quedaban marcas de su sufrimiento, en forma de una ligera decoloración bajo uno de sus ojos y en una imperceptible cojera.

Permanecía muy firme, marcial, junto a la puerta.

Cuando Isabel, al fin, se apartó, creyó que había llegado el momento de dar los agradecimientos.

—Sir Callaham. —Se dirigió hacia él—, quedo en deuda con usted. Como me prometió, me ha entregado a mi hija. Solo me queda cumplir lo acordado.

No parecía que la recompensa le satisficiera, porque el muchacho tenía la viva expresión de un cordero cuando lo llevaban al matadero.

Se puso aún más firme, pero no dijo nada.

—A la salida le entregarán la bolsa con la parte de su dinero aún no abonada —concretó el marqués—. La Reina ha tenido a bien escucharme y han sido levantadas todas las causas que pesaban contra su familia por traición.

Callaham se lo agradeció, bajando la cabeza.

—He hecho pesquisas —añadió don Íñigo—, y sé que Restful House está disponible en este momento. Creo que podrá hacer una oferta sensata a sus actuales dueños. Es esa su casa natal, ¿verdad?

En cualquier otro momento, cada una de aquellas noticias lo habrían llenado de júbilo. Soñaba con restituir su honor y su hacienda desde que les fueran arrebatados, pero en ese instante le eran tan indiferentes que si le hubiera dicho que a partir de mañana sería el rey de Inglaterra, no le habría importado.

Porque solo tenía ojos para Isabel.

Ella estaba allí, al otro lado del salón, impecablemente vestida con un traje blanco y ligero, con el cabello sujeto, aunque un rebelde mechón, como ella, se le escapaba del peinado. Lo miraba con ojos brillantes, las manos juntas, inmóvil, como una pétrea diosa del amor.

Posiblemente aquella sería la última visión que tendría de ella. En cuanto saliera de aquella habitación, sus mundos serían tan distintos como el mar y la tierra, para siempre.

Logró articular palabra.

—Se lo agradezco, milord.

No había mucho más que decir. Si permanecía por más tiempo allí, solo lograría comprometer a Isabel.

Rogó porque sus pies le obedecieran. Hizo otro sobrio saludo militar y se dio la vuelta, camino de la puerta. No, no iba a mirar hacia atrás. Si lo hacía, la raptaría y huiría con ella a Estambul, o a Damasco, a un lugar donde nunca fueran encontrados.

Iba a salir cuando de nuevo oyó la voz de don Íñigo.

—¿A dónde va?

Se volvió sin comprender.

La expresión del marqués había cambiado. Ahora sus cejas estaban fruncidas y su rostro se mostraba levantisco.

—Aún tengo que decirle —exclamó don Íñigo— que estoy absolutamente indignado con usted. —Tocó una campanilla que había sobre la mesa—. Es un canalla, un sinvergüenza. Un hombre de la peor estirpe.

Callaham se puso mortalmente pálido. Miró a Isabel. Ella estaba tan lívida como él, y tampoco comprendía qué pasaba.

—Puse la seguridad de mi hija en sus manos —lo acusó—, y también su honra, y, sin embargo, sé que me la devuelve perdida para siempre, ultrajada, manchada con la peor de las ignominias para una dama que quiera serlo.

—Papá… —intentó intervenir.

—Y tú —la señaló con un dedo—, cállate, mesalina. Ya hablaremos tú y yo. Ahora este canalla debe pagar por lo que ha hecho.

Callaham no sabía cómo, pero era evidente que don Íñigo se había enterado de todo.

Fue consciente de que cada una de las palabras que acababa de decir el marqués eran ciertas, y que debía pagar por ello.

El castigo estaba estipulado desde antiguo: lo castrarían en la plaza pública y lo colgarían del cuello hasta morir, como a un villano. Y lo acogía con honor. No se había engañado mientras la había ultrajado. De hecho, volvería hacerlo, porque era lo más hermoso que se iba a llevar al otro mundo.

Supuso que la guardia privada del marqués entraría por la puerta que se acababa de abrir a su espalda. No se resistiría, no. Pero sí miraría por última vez a Isabel, para tenerla en su memoria en el momento del martirio.

Sin embargo, quien pasó por su lado, camino del escritorio, fue el estirado mayordomo portando una bandeja de plata sobre la que había unos documentos.

Don Íñigo seguía igual de enojado, y tomó una pluma.

—Firme esto, y ni se le ocurra echarse atrás.

Callaham sí que no entendía nada, pero el marqués procedió a aclarárselo.

—¿Pensaba que se iba a salir con la suya? —Su frente se arrugó aún más—. Pues claro que no. Se casará con mi hija y le restituirá el honor perdido. Y si se niega, haré que le destierren o algo peor, se lo aseguro.

El irlandés parpadeó varias veces. Isabel también.

—Padre… —intentó decir de nuevo.

—Lo siento, hija mía. Deberás compartir tu vida de ahora en adelante y hasta que Dios te recoja en su gloria con este malhechor, porque la honra es la honra, y una Mendoza se debe a ella.

La sonrisa en el rostro de María, que había permanecido convenientemente apartada durante todo ese tiempo, hizo que tanto Isabel como el irlandés al fin soltaran el aire contenido en los pulmones.

—Firmaré sin rechistar, señor —dijo, tomando la pluma—, me lo merezco.

Quería besarla, abrazarla, amarla, pero no era el momento de hacerlo porque, como había dicho su futuro suegro, tenía toda la vida por delante. Los ojos de Isabel brillaban con una fuerza que era difícil de contener.

—Rubrique cada página del contrato matrimonial —insistió el marqués—, y luego pasee con mi hija por el jardín, que parezca que esto no es un matrimonio desgraciado. Las apariencias son importantes. Nos encontraremos a la hora de la cena, tendrá que conocer al resto de la familia.

Mientras un Callaham exultante procedía a hacerlo, don Íñigo se apartó hasta el ángulo donde Torlundy servía otra copa que le tendió al tenerlo a su lado.

—¿He parecido convincente? —le preguntó en voz baja su suegro, agradeciéndole el trago.

—Lo de mesalina un tanto excesivo, pero ha estado perfecto.

Sonrió y miró a su hija de soslayo. Estaba feliz y no podía apartar los ojos del irlandés.

No es que aprobara su conducta, no, pero María tenía razón en cada una de sus cartas que le había mandado desde Bayona: se amaban, él era un hombre bueno y honorable y era la mejor solución posible.

—¿Casaré a alguna de mis hijas con un caballero normal?

Torlundy se hizo el ofendido.

—Querido suegro, creo que tienes a los tres mejores yernos de Gran Bretaña.

Suspiró. Y aún le quedaban cuatro por casar. Quizás las más difíciles. No sabía cómo lo conseguiría.

Se bebió la copa de un trago, tenía un extraño resquemor en el estómago.

—Y, ahora, si me lo permites, voy a ver a la señora Smith. Esta casa la ha echado de menos.

Y cuando salió, María acudió a sus brazos, y juntos se asomaron a la ventana, donde un nuevo día estaba en su cenit, para que a sus espaldas los dos enamorados continuaran con el beso con el que se habían estrechado en cuanto don Íñigo los dejó a solas.

Índice de contenido

Cubierta

Lady Melindres

Una extraña visita

Un viaje tortuoso

Una dirección dudosa

Una decisión desesperada

Una joven impertinente

Un guardia desconfiado

Un viaje incómodo

Una conversación confusa

Un recuerdo afortunado

Un encuentro ansiado

Un mensaje misterioso

Una pista fácil de seguir

Una decisión imprudente

Una partida precipitada

Una noche helada

Un cliente a deshora

Una lista de intenciones

Una partida incomprensible

Una carrera apresurada

Un encuentro fortuito

Un rastro invisible

Un dolor de cabeza

Un viaje movido

Un futuro siniestro

Una cura milagrosa

Una noche cálida

Una determinación infranqueable

Una llegada imprevista

Una grata compañía

Un espectáculo a media noche

Un camino en la oscuridad

Una luz en la distancia

Un movimiento inadecuado

Una pesadilla

Una compañía poco grata

Un plan complicado

Una salida peligrosa

Un último esfuerzo

Un encuentro feliz